



MIKEL ALVIRA

EL
COLOR DE
LAS
MAREAS

[TXERTO]a

MIKEL ALVIRA



Nacido en Pamplona, en 1969, es un autor a quien su inquietud creativa le ha llevado a trabajar en muy diversos ámbitos, desde las artes plásticas hasta el cine, disciplinas en las que ha realizado exitosas incursiones. Pero ante todo y sobre todo es escritor. Confiesa que no sabe estar sin escribir, ya sea narrativa, poesía o ensayo. Con *El silencio de las hayas* (2009) despegó su fecunda carrera de autor, que incluye títulos como *Llegará la lluvia* (2011) o *El mar que te debía* (2012). Con *El color de las mareas* regresa el Mikel Alvira novelista.



“Se llamaba Beatriz Tussaud y no se casó con el amor de su vida”. Con esta frase arranca esta novela, y también el manuscrito a través del cual el enigmático señor Joaquín revela a Nuria la verdadera historia de su tatarabuela y de cuantos conforman el sorprendente atlas de su familia. “Una mirada puede ser el paso a un mundo infinito”, dice más adelante. Y es que la vida de Beatriz parecía encarrilada hasta que la mirada de Marcel Hugarte lo cambió todo. *El color de las mareas* es la historia de amor de Beatriz y Marcel, que discurre de 1898 a 1948, y que Nuria reconstruye mediante una investigación que, por momentos, confiere al relato aires de *thriller*. Cincuenta años en los que se registran crímenes, pasiones inconfesables, giros del destino y, sobre todo, la evidencia de que las relaciones humanas son siempre fascinantes.

“Me he sentido mecido por la buena literatura de Mikel Alvira”
Gonzalo Giner, autor de *El sanador de caballos* y *Las ventanas del cielo*

“Si te gustó *El silencio de las hayas*, esta novela te cautivará”
Villar Arellano, bibliotecaria de Civican-Pamplona

“Mikel tiene una magia especial para tender puentes entre personas, al igual que lo hace
entre sus personajes”
Cipri Quintas, autor de *El libro del Networking*

“Mikel Alvira llega directo al corazón con esta historia apasionante. El desafío es aprovecharla”

Paty de Luque, Fábrica de Valientes

PORTADA: **UNAI ARANA**
FOTOGRAFÍA DE PORTADA: **KONTRALUZ STUDIO**
DISEÑO DE COLECCIÓN: **UNAI ARANA**
FOTOGRAFÍA DEL AUTOR: **INGUNN VISTE**

© MIKEL ALVIRA PALACIOS
© TXERTO A - COLECCIÓN NARRATIVA
I.S.B.N.: 978-84-7148-598-4

TXERTO A
PORTUETXE, 88 BIS, 20018 - DONOSTIA
TEL. 943 310 267 - TXERTO A@TXERTO A.EUS
WWW.TXERTO A.EUS

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Producción del ebook: booqlab.com



[] TXERTOa

narrativa

MIKEL ALVIRA

EL
COLOR DE
LAS
MAREAS

A Rosa Puente, inspiradora siempre.

*Uno y una no son dos. Uno y una es lo que es
y un día yo tomé mi senda y ella la suya también.
Y si el destino quisiera hacer con las dos un lazo,
me agarraré a su cintura y haré un nudo con mis brazos
porque una noche sin luna nos prometimos el mar.*

*Nos prometimos el mar lleno de vida y de sal,
llenamos el corazón (violencia y calma a la vez),
él es el mismo traidor, azul o verde da igual.
Nos prometimos el mar.*

Carlos Goñi, Revólver; canción "San Pedro", del disco SUR



LIBRO PRIMERO, 1898

I



CON FRECUENCIA UNA MIRADA PUEDE SER EL PASO A UN MUNDO INFINITO

Se llamaba Beatriz Tussaud y
no se casó con el amor de su vida.

Con esa frase empieza el legajo que el señor Joaquín ha dejado a Nuria. Esta es su historia. La historia de Beatriz Tussaud, su tatarabuela, una mujer excepcional. Y la de Marcel. Y la de tantos como conforman el atlas de su familia.

El señor Joaquín es un hombre alto, aunque ya algo encorvado, de talle delgado y rostro fino, con un poblado bigote blanco que contrasta con la calva, arrugada y repleta de manchas. Tiene las manos afiladas, salpicadas por lunares y venas azules, y viste con un traje que debió de ser elegante en la década de los ochenta. Cojea, por lo que se ayuda de un bastón con empuñadura blanca, muy de *dandy* de la época de Magdalena León.

Ha entrado en la galería, ha mirado en rededor, ha sonreído y se ha dirigido a la joven.

–Supongo que te interesará esto –le ha dicho mirándola de hito en hito y tendiéndole un voluminoso legajo de gruesos lomos–. Eres Nuria, ¿verdad?

Ella ha dejado su teléfono móvil sobre la mesa, ha mirado de reojo el ordenador portátil y se ha adelantado hasta el anciano. Tomando el paquete de páginas, lo ha abierto y ha descubierto sus enladrilladas páginas, escritas con una letra pequeñísima y apenas sin respetar los márgenes, de forma que la abigarrada literatura del volumen parece querer escaparse de cada hoja.

–Gracias. No compro almonedas. Solo arte, preferiblemente cuadros. Alguna escultura... –ha explicado ella.

–No quiero que me lo compres –ha carraspeado él, dándose la vuelta–. Tú simplemente léelo. Ya pasará por aquí y lo comentaremos. Mi nombre es Joaquín, Joaquín Hugarte.

Se llamaba Beatriz Tussaud y no se casó con el amor de su vida.

* * *

Amanecía sobre la playa con bastante rapidez. Los días anteriores, de lluvia continua, habían desolado el arenal con un sinfín de restos que se amontonaban tétricamente como pruebas de un naufragio. Las gaviotas, con agudos chillidos y torpes aleteos, vagaban de un montón a otro removiendo la basura y escudriñando entre las ramas partidas y los manglares rotos. En la línea de agua aparecían algunos pescados muertos. No era el mejor día para hacerse a la mar. Olía a sal, a vísceras de pez, a brea y esparto mojado. Marcel Hugarte enfilaba con paso marcial la calle Noray, camino del puerto. Iba dejando a ambos lados las puertas cerradas de las tabernas, pintadas en azules desconchados y verdes mohínos, hasta alcanzar la esquina de los almacenes de pescado y del cobertizo donde las redes aguardaban para ser reparadas.

En su rostro, un rostro afilado y curtido, perfectamente rasurado a partir de sus pobladas patillas, se reflejaba la determinación de regalarse unas horas de timón. Era un hombre fuerte, fibroso; no demasiado corpulento pero de gestos atléticos. Calzaba botas de navegar y gruesos guantes de piel; el cabello, aquel día tocado con una gorra marinera de fieltro, sobresalía hasta cubrirle la nuca. Nada parecía poder detenerlo.

—¡No es el mejor día para hacerse a la mar, insensato! —escuchó tras de sí. Inmediatamente reconoció la voz del anciano lobo de mar, antiguo contrabandista, antiguo capitán, antiguo explorador.

—¡Qué sabrás tú, fanfarrón! —sonrió.

—¡Un respeto, Hugarte! No se te olvide que estuve en Terranova...

—... antes de que nadie de este pueblo nuestro de San Telmo lo hiciera —completó Hugarte la conocida letanía del viejo lobo de mar.

El puerto, casi desierto, guarecía las embarcaciones abarloadas de tres en tres, y solo media docena de mujeres cosía redes al socaire de la lonja de pescado. Las carretillas con ruedas de madera y cestos de mimbre aguantaban estoicamente el final del aguacero, y en la punta del espigón, apoyado en un noray, un mástil esperaba ser reparado con anclajes de herrero.

—Te lo digo en serio. Hoy la mar viene jodida. ¡No sé qué se te ha perdido

a ti más allá del puntal! ¡Seguro que huyes, Hugarte! Siempre lo haces. Siempre huyendo, maldito marino cobarde! –reía el anciano– Siempre huyendo a la mar.

–¡Qué sabrás, fanfarrón! –respondió el joven alzando la mano y dibujando una cálida mueca.

–¡Lo sabré yo! Ja, ja, ja. Siempre huyendo, Hugarte. Te crees que huir es la respuesta cuando te vienen mal dadas. ¡Pues que sepas que yo jamás hui cuando una ballena se cruzaba en mi camino...!

–Ya, ya... En Terranova...

–Cualquier día vas a tener un disgusto, Hugarte.

–El mar es como una mujer. Hay que saber tratarla, eso es todo.

–¡*Mecagüen* todas mis muelas! –gritó el anciano levantándose del poyete en el que estaba sentado y escupiendo en el suelo cerca de sus gruesas botas–. ¡A las mujeres ni me las mientes! Cuatro he tenido y las cuatro me han dejado. Una de aquí, de San Telmo, que maldita la hora. Otra de La Coruña, de cuando trabajé para La Veloz. ¡Aquello sí que eran barcos buenos y no los paquebotes de los ingleses! La tercera, ojalá se pudra en el infierno, la madre de mis hijos, que en mala hora se murió y me abandonó con los mocosos, rediós. Y la cuarta, ya sabes, la Benita, la de San Sebastián. ¡Así que no me mientes a la mujer que bastante he tenido!

Marcel Hugarte sonrió, le palmeó la espalda y permitió que el viejo lo acompañara hasta el *Hamaika*, un sencillo bajel de un solo palo y casco de madera al que arrojó un petate y una manta encerada.

–Volveré antes de que se ponga el sol.

–¿Y se puede saber a dónde carajo sales tú hoy con lo cabrona que está la mar? Siempre huyendo de los problemas, Hugarte, cobarde. Todo el pueblo cree que eres un valiente, un tipo arrollador, pero solo el mar y yo sabemos que es pura fachada. Ahí dentro hay un corazón que sufre...

–No hay gloria sin riesgo, viejo –se carcajeó el joven.

–¿A mí me lo cuentas? ¡Si llegué a Terranova...

–... antes que nadie de San Telmo lo hiciera! ¡Ja, ja, ja!

–¡Ya te puedes andar con cuidado o un día una ola te llevará con ella! Eso... ¡si no te lleva antes una falda, pirata!

–No creo que sea para tanto –se carcajeó Hugarte–. No ha nacido mujer que me rapte este corazón. ¡Ja, ja, ja! Este corazón que tú dices que sufre...

–Maldito terco. No deberías zarpar. Hoy no anda el Cantábrico como para

balandros. ¡Y sí! ¡Sufre! Soy viejo y poco conozco de las cosas de los libros, pero entiendo mucho de la condición de los hombres y distingo bien cuando uno da una imagen y por dentro es de otra manera...

—¡Qué sabrás! —sonrió Marcel— ¡Qué sabrás de mí, tunante!

Cuando el *Hamaika* enfilaba la bocana y dejaba que el viento inflara su vela, el viejo volvió a escupir en el suelo y le dio la espalda, farfullando reproches ante la inconsciencia de Hugarte y preguntándose si aquel hombre era en efecto el hombre que todos veían.

Somos la energía que irradiamos. Somos la voz con que tendemos puentes, el saludo, la sonrisa. Somos eso, poco más. Somos el sueño que perseguimos. El resto, mera fisiología.

Somos lo que nos rodea, lo que nos influye o en lo que influimos. Somos el gesto, la frase que rescatamos de un libro, el verso que conocemos u olvidamos. Prácticamente nada más.

Derrochar energía es ser en esencia. Sin energía, lo que somos es la peor versión de lo que podemos ser.

—... antes que nadie de San Telmo lo hiciera —musitó el viejo viendo la silueta de Hugarte perderse—. Y por mi madre que el día que te descubras a ti mismo, te darás un susto de mil pares de narices.

* * *

La ciudad de San Telmo, en un punto cualquiera de la costa vasca, era, desde el mar, una mancha de tejados grises y naranjas, casas de piedra y ladrillo, una plazoleta abierta a la playa y un arenal inconsistente rematado por la atalaya del puntal. Tenía un faro al otro lado, allá donde el verde de los pastos tocaría el mar de no ser por el vertical cortado del acantilado, y una iglesia que descollaba su campanario por encima de las viviendas de los pescadores, los barrios de los comerciantes y las casonas de los indios. Una ciudad pequeña, próspera y recogida; un pueblo grande, en expansión; las dos cosas, según se mirara.

Hacia el sur, en la zona más alejada de la costa, se mezclaban caseríos, pastos y los huertos del monasterio, hasta una loma herbosa. En los extremos,

y aquello le gustaba a Marcel, San Telmo lucía dos baterías de cuando las guerras napoleónicas y, si junto a una había una conservera, junto a la otra, un astillero, y a sus espaldas, elevándose para romper el horizonte, los barrios que daban paso a la carretera.

En la calle Cruz, perpendicular al paseo Juan Sebastián Elcano, cerca de la pequeña plazuela de los Curtidores, había una casa roja, la única casa roja de todo San Telmo, excepcional. No era demasiado lujosa, pero sí ofrecía cierto aire noble, no tanto por escudo o blasón en la fachada, que no había, ni por artesonado o portalón, que tampoco, sino por aquel ocre cenizo y mate y por aquellas balconadas en las tres alturas de la vivienda. Cuando la vio, Gerard Tussaud supo en aquel instante que allí instalaría su relojería, y así lo había hecho en 1890, hacía ya ocho años.

Un día, por la mañana pronto, sonó la campanita que colgaba del quicio de la puerta, ante cuyo sonido Gerard Tussaud salió solícito de detrás del mostrador y saludó a su cliente. Ambos se estrecharon la mano.

Gerard Tussaud era un hombre de no mucha estatura, correcto, afable y pulcro, de uñas perfectas, patillas pobladas pero siempre simétricas y pies pequeños. Solía vestir con un traje negro impecable.

–Usted dirá en qué puedo ayudarle, señor Herranza, don Eduardo Herranza.

–Vengo por el asunto del reloj. Confío en que haya podido engrasarlo y que esté listo para lucir en mi salón, a lo más tardar, pasado mañana. Tengo una velada, uno de mis habituales divertimentos, y me encantaría que mis invitados pudieran disfrutar de él.

–No se preocupe. Lo tengo en cuerda y en hora. Si le parece bien, esta misma tarde mando al mozo a su domicilio y se lo deja preparado. Solo era cuestión de ajustar el mecanismo. ¡Tiene usted una joya!

–Una joya... que usted sabe mantener, amigo Tussaud. Y aprovecho para preguntarle... en fin... algo que siempre me he preguntado. ¿Cómo termina un topógrafo francés en nuestras tierras, establecido y con negocio propio? Le hacía a usted más, ¿cómo diría?, más liberal, menos emprendedor. Los franceses, ya se sabe, tienen tanta fama de volátiles...

–Perdone que sonría, señor Herranza. En efecto –dijo Gerard Tussaud, saliendo de detrás de la exigua vitrina baja que hacía las veces de mostrador–, mis compatriotas han sido en ocasiones veleidosos, ambivalentes y muy... volubles... pero le aseguro a usted que algunos somos gente de bien, sensatos

y con seriedad para los negocios. Y si no, mire usted mi humilde relojería. ¡Quién me iba a decir a mí que de topógrafo iba a derivar en relojero!

—Y dígame, cuénteme —preguntó el señor Herranza chocando con suavidad el pomo nacarado de su bastón contra el filo de la vitrina—, ¿cómo fue eso?

—Cosas del destino. Una vez que se levantaron los planos para las vías férreas en estas maravillosas tierras de las Vascongadas, terminó supuestamente mi trabajo, pero me contrataron en San Telmo para elevar las cotas en los astilleros.

—¿Me dice que tiene usted algo que ver con que el astillero lo pusieran junto a la batería? Ahora San Telmo tiene cortada su salida natural hacia el faro y hay que bordear por detrás de la ermita, lo cual es un fastidio, perdone que le diga.

—Bueno, yo lo único que hice fue medir el terreno. Era topógrafo, recuerde.

—Oh, sí, sí. Pero continúe, continúe... ¿Y cómo se hizo relojero?

—Mi señora, a la que conocí en aquellos años y con la que tras un fugaz noviazgo desposé, quedó en estado de buena esperanza muy pronto, a los meses del desposorio, y decidimos establecernos aquí, en San Telmo.

—¿Lo ve? Los franceses son unos temerarios. Aquí los noviazgos se hacen como Dios manda.

—La cosa es que decidí que la vida de topógrafo era demasiado inestable, siempre de un lado para otro, y decidimos abrir mi relojería —concluyó ufano, abriendo los brazos como para abarcar todo el local, sin disimular un rubor de orgullo que le encarnó las prominentes mejillas.

—Pero habla usted muy bien nuestra lengua...

—Su idioma fue un reto en mi juventud, se lo aseguro —sonrió orgulloso.

—Es usted un erudito, señor mío. Y tan responsable y tan puntual y tan aseado... Una pena que sea francés.

* * *

Se llamaba Beatriz Tussaud y no se casó con el amor de su vida.

Nuria coloca el legajo en el mostrador y se acoda con cuidado sobre el

cristal de la vitrina tras apartar un tarro con lápices y una agenda. Detesta el desorden. Comprueba que el ordenador está en modo reposo, apila correctamente unos folletos y se arrellana en uno de los sofás de la galería. Ha decidido comenzar la lectura de aquellas páginas antes siquiera de que llegue la hora del cierre, a sabiendas de que a lo largo de la tarde nadie entrará a importunarla.

Cruza las piernas, consciente de que se le arrugará el pantalón de hilo, y mira la punta afilada de sus zapatos verdes, hipnotizada por el contraste con el suelo immaculado. Sonríe. Sabe que su coletero es exactamente del mismo color que esos zapatos, del mismo tono. No deja nunca nada al azar.

La frase es demoledora. ¿No se había casado Beatriz Tussaud, su tatarabuela, por amor? ¿Se refería al tatarabuelo Daniel? ¿O es que existía otra Beatriz Tussaud? ¡No! No podía haber otra Beatriz Tussaud en la ciudad de San Telmo. Era imposible que existiera otra. Entonces... ¿por qué el legajo tiene en la primera página esa sentencia?

Acaricia las tapas de hule y huele el papel amarilleado por los años. Parece un milagro que no se haya estropeado, que la humedad o la polilla no lo hayan deteriorado. De no ser por el polvo que reposa en cada milímetro de sus hojas, se podría pensar que esto no es sino una de esas burdas réplicas *vintage* que se venden en ciertas papelerías de la calle Gernikako Arbola, la comercial, la de las tiendas, en el centro de San Telmo.

Beatriz se casa feliz y radiante como todas las novias de su familia. Como se había casado su madre, doña Rosa, con Gerard Tussaud, el topógrafo francés que legó a sus hijos apellido, casa y mapas. Y como Paulina, Lina, que llevaba años jurando que estaría enamoradísima al pronunciar el sí quiero cuando le llegara el día.

Beatriz es la novia más hermosa de la familia; al menos, la más creíble. Nada le anunciaba que agazapada tras un minuto, le asaltaría otra manera de vivir la vida.

Notas de Nuria al cierre de la sala:

- Comprar una caja para guardar los folios.
- Pagar la contribución. Domiciliar de una vez.
- Arreglar el internet de la galería.
- Pensar en Beatriz Tussaud. ¿Cómo que no se casó con el amor de su vida?

Suena el teléfono.

–Galería Tussaud. ¿Sí? Habla con Nuria Tussaud.

–¿Nuria Tussaud?

–Sí, la misma. ¿En qué puedo ayudarle?

Han colgado. A Nuria le parece extraño, pero prefiere no darle más vueltas y no preocuparse, pese a que es la tercera llamada similar que recibe en la semana.

* * *

En el primer piso de la casa roja de la calle Cruz, sobre la relojería, Beatriz y Paulina bordaban a mano sentadas de cara a los cristales del mirador, en la galería principal, al otro lado de la balconada. Entraba la luz, hermosa y blanca, a través de los vidrios imperfectos, y teñía de atmósfera incierta la alfombra de lana, las dos sillitas de costurera, las manos de las jóvenes y sus cabellos recogidos en moño. Doña Rosa, discreta, disfrutaba sabiendo que sus hijas acudían allí para departir.

Doña Rosa, a quien todo el mundo en San Telmo conocía por su blanquísimo cabello, era resumida, rechoncha y afable. No hablaba mucho ni acostumbraba a dar su opinión sobre las cosas, y se limitaba a observar el mundo desde sus pequeños ojos grises, incrustados en un rostro como de mendrugo de pan arrugado y dulce. Cruzaba sus brazos en la cocina, sobre la mesa, sin ánimo de escuchar lo que se cotilleaba en el mirador de su casa, en un pacto no escrito por el cual ella se reconfortaba ejerciendo de gallina clueca a cambio de no inmiscuirse en los asuntos de sus pequeñas. Y sus pequeñas, que ya no lo eran con veinte y veintiún años, conversaban confiadas, sabedoras de que su madre jamás se atrevería a asomarse por allí.

–Lo quiero con locura. No sé. Me imagino que lo quiero como ha de querer una esposa, ¿no? Lo quiero y creo que estoy enamorada de él, si es que una mujer puede estar enamorada de su marido. Nos han enseñado a ser pulcras y cuidadosas, y puntuales, pero nunca nos han enseñado qué es eso de amar. Sin embargo, sí tengo la certidumbre, fíjate bien lo que te cuento, la absoluta certidumbre de que no hay otra persona en el mundo a quien yo pueda querer como a él.

Beatriz apartó el bastidor del bordado y continuó su reflexión ajena al

sirimiri del otro lado de los cristales que se había ido convirtiendo en aguacero, pese a que la luz, de un plomizo brillante, quería anunciar la proximidad del sol.

—A Daniel lo quiero cada día un poquito más, en serio. Ahora echo la vista atrás y me doy cuenta de que querer no es algo inamovible. No es algo como lo de las novelas que leemos. ¡Y por favor que no se entere padre de que leemos ese tipo de novelas, Lina! No digo que sean malas, por Dios; en absoluto. Estoy segura de que son grandes novelas. Me refiero a que en esas novelas los amantes se aman desde el primer instante y, desde entonces, su amor permanece estable: ni crece ni decrece. Piensa en Gustavo Adolfo Bécquer. Nos gustan sus poemas, ¿no es así? Pero son amores... ¡tan firmes! Y yo, querida Lina, no creo que la cosa sea así. Al menos, no en mi caso. Yo a Daniel he ido aprendiendo a quererlo. No sé cómo explicártelo. Ya lo quería el día que nos casamos. Incluso antes, me imagino. Supongo que dos prometidos ya se quieren aunque eso suene a pecado. ¿No? Bueno, eso no lo sé. No sé si dos prometidos pueden quererse... pero lo cierto es que yo, desde el día que salí de la iglesia convertida en esposa de Daniel, empecé a quererlo. Y hasta hoy. Y cada día de una forma diferente y un poco más intensamente. Me imagino que el paso del tiempo nos hace entendernos mejor. Dice mamá que un marido no tiene por qué entender a una mujer, que bastantes cosas tienen en la cabeza los maridos, y que es labor de la mujer entender al marido, pero yo creo que, a su manera, Daniel también me va entendiendo a mí. A veces tiene un pronto que me desconcierta, cuando algo le molesta o algo no está como él ha previsto, pero hasta en eso es maravilloso.

Lina abandonó su labor, cerró la cajita de los hilos y se arrodilló a los pies de su hermana. Le gustaba oírle e imaginarse qué se sentiría en el pecho cuando una mujer se mostraba así de segura con un marido. Apoyó su cabeza en el regazo de Beatriz y suspiró de envidia mientras ella le acariciaba el cabello.

—Esa es la razón por la que te digo que no creo que exista hombre en todo el mundo a quien yo pudiera querer como a Daniel... y mucho menos que me quiera como él me quiere.

Por eso, el día que Beatriz Tussaud conoció a Marcel, no sospechó que se podía querer a dos hombres a la vez. Mucho menos, que un minuto en la vida supusiera una vida infinita.

Hay minutos que valen años; minutos que valen existencias enteras. Hay minutos que no se ajustan a los patrones convencionales de tiempo, precisamente por eso, porque el tiempo es un invento humano para medir la existencia.

Hay minutos que cuentan como existencias infinitas.

Son esos instantes de creatividad, de emoción o de amor. O los minutos de sorpresa. Son los minutos en los que el mundo se dobla, se convulsiona, se retuerce sobre sí mismo, y nos recuerda que vivir cabe en un minuto si el minuto es consciente.

La lluvia aporreaba las ventanas. Beatriz se echó por encima el echarpe y sonrió a su hermana.

—¡Voy a llegar a casa empapada!

* * *

Hay personas que no ven lo que les sucede. Personas cuyas vidas son planas, sin matices. Personas que no toman conciencia de la existencia. Pero, también, personas que viven hasta la extenuación, que exprimen las relaciones y las oportunidades y que son conscientes de que cada instante puede marcarnos el futuro.

Nos rodean amores malditos, aquellos que no debieran haber existido, relaciones que hacen sufrir pero que no podemos evitar y que a veces generan cataclismos, grandes obras de arte, novelas escritas a contrapié y las más inconfesables euforias.

La casa de los Herranza, soberbia y lujosa, habría sido una casona exenta de no haber estado ubicada en el principal de un edificio en plena calle Juan de la Cosa, en la zona expedita y lujosa del nuevo San Telmo, a pocos metros de la plaza y de las viejas calles pero en el ensanche opulento y refinado al que los burgueses de la ciudad se habían ido mudando desde finales de los ochenta.

Se había dotado a la entrada del inmueble de árboles traídos de Asia y América, como se hacía en las propiedades de los indianos, y se habían diseñado anchos balcones pensados para ser utilizados como cenadores, así

como una entrada para carruajes que conducía a un amplio patio interior mediante una especie de pasadizo.

En el portal, un empleado con levita saludaba a los invitados y, tras anotar sus apellidos en una tarjeta, les indicaba que, subiendo por la escalerona, se toparía con la residencia en la puerta de la izquierda.

–Daniel Sanmartín y señora –anuncia él.

–Bienvenidos. ¿Es la primera vez que asisten a una recepción de los señores Herranza? No tienen pérdida. Accedan por la escalera principal y encontrarán la entrada. Disfruten de la velada.

Todo era lujo y boato: alfombras, lámparas, muebles... Todo dejaba boquiabierto a Beatriz. Todo era exageradamente provinciano, como si los dueños, en lugar de construir un hogar, hubiesen querido construir un mausoleo de refinado gusto dieciochesco.

–Es sobrecogedor. No teníamos que haber aceptado la invitación –susurró Beatriz a su marido.

–Calla. Es una oportunidad. Los Herranza tienen intereses en la capital. Es un privilegio que nos hayan convidado.

–Bien, pero tú no me dejes. Esta gente tan peripuesta me da miedo.

–Querida... no más que a mí. Han venido hasta de Madrid. Algunos de esos caballeros –dijo Daniel, dirigiendo discretamente la vista hacia un grupo de gruesos hombres que fumaba habanos en un extremo del enorme salón– son banqueros e industriales.

–¡Pues tú me dirás qué pintamos nosotros aquí! –murmuró Beatriz, apretada al brazo de su marido.

–Medrar en San Telmo. Medrar en San Telmo. Y tú eres mi mujer y me ayudarás a medrar.

Y entonces sucedió algo que, en cierta manera, iría a cambiar el curso de la noche, de los acontecimientos, de la vida de Beatriz. Algo fuera de guion. El minuto milagroso. Un giro de timón, un aire de barlovento que inclinó el barco del destino e hizo que la existencia no volviera a ser igual: raptaron a Daniel, lo arrebataron de la compañía de Beatriz, se lo llevaron a un corro de hombres en los que pronto surgieron presentaciones y una animada conversación. Nadie cayó en la cuenta de que Beatriz se quedaba sola, perdida en mitad de un océano de caras desconocidas y voces extrañas.

–No nos han presentado –le dijo él sin vergüenza alguna, aún a sabiendas de que era una mujer casada y de que su marido andaría por alguna de las

salas contiguas—. Y eso es intolerable. Es usted una mujer muy hermosa.

Y lo era. Era una mujer hermosa. Beatriz poseía la exótica hermosura de quien no sabe que la posee. Tenía unos intensos ojos que destilaban el verde oscuro del Cantábrico, y un cabello ralo que discurría a ambos lados de sus mejillas sonrosadas en dos tirabuzones perfectos.

—Ni creo que yo deba hacerlo. Mi esposo se encuentra en esta misma casa, señor...

—Marcel —pronunció él al tiempo que ofrecía una estupenda sonrisa—. Marcel Noviembre.

—¿Cómo dice?

—Mi nombre es Marcel Hugarte. En realidad, Marcelo, aunque todo el mundo me dice Marcel. Me bautizaron Marcelo, ya ve. Puede decirme Marcel, Marcel Hugarte, pero, a partir de ahora, mi apellido será Noviembre porque no verán el sol mis días hasta que sepa cuál es el suyo. Noviembre es el mes más triste del año. O no, quizás no el más triste sino el más... digamos... oculto, el más discreto, el más prudente. Nadie se casa en noviembre, nadie sonríe en noviembre. ¡Pero no! No es triste, es simplemente un mes anodino. Cambiemos triste por discreto. Noviembre... ¡ah, noviembre! El decimoprimer mes, el número once. Adoro noviembre y adoro el número once. ¿Sabía usted que mi barco se llama *Hamaika* y que *hamaika* en vascuence es precisamente once?

—¡Es usted un descarado! —le contestó Beatriz, no sin ruborizarse. Aquel hombre poseía un magnetismo difícil de evitar, una suerte de atractivo natural no tanto por tratarse de un hombre guapo, que no lo era, sino, precisamente, quizás por el ingenuo desparpajo que ofrecía tras su sonrisa.

Hay momentos en la vida en los que dos miradas se cruzan y no hay lapso de tiempo para la remisión. Las miradas no necesariamente han de ser hermosas. Puede que los ojos jamás ocuparan las listas de los ojos más bellos. Nos referimos a otra belleza, a otra hermosura; aquella que reside en la franqueza de la mirada, no en su posición en ninguna escala estética. Y por eso, no se precisa ser una Elena para reflejar en la mirada propia la mirada ajena que nace del desparpajo. Y por eso, ese tipo de miradas solo pueden generar giros de timón, vientos de barlovento. Y por eso, hay miradas que valen una vida.

—No he querido ofenderla, señora... ¿Se turba usted por lo de haber usado una palabra en vascuence o lo hace por hablarle de noviembre? ¿Cuál es su

nombre?

–Beatriz. Beatriz Tussaud, desposada con don Daniel Sanmartín, quien, por cierto, se encuentra también en esta casa... Hija de Gerard Tussaud, el relojero de la calle Cruz.

–Sí, es la segunda vez que me lo dice –interrumpió él mientras dirigía la vista en rededor intentando averiguar quién era el famoso Daniel Sanmartín, quién, de entre todos los invitados al concierto en casa de los señores Herranza, era el afortunado Daniel Sanmartín.

–¿Perdón?

–Que es la segunda vez que me avisa de que su esposo se encuentra entre nosotros. ¿Acaso teme algo, Beatriz?

–A los descarados como usted –respondió la mujer, claramente azorada.

–¡Pues no tema, señora mía! –le respondió mientras realizaba una anacrónica y exagerada reverencia más propia de la Edad Media que de 1898.

–¿Se puede saber qué está haciendo, insensato? –sonrió Beatriz turbada y, en cierta manera, halagada.

–Marcel Noviembre, señora mía, le asegura que sus intenciones son amables, honradas y transparentes, que nada ha de temer y que su matrimonio está a salvo a pesar de que, probablemente, termine usted enamorada de mí antes de que termine este concierto que los Herranza ofrecen cada 21 de septiembre y al que este año, por fin, he podido asistir por no encontrarme navegando.

–¿C... cómo... cómo dice? ¿Cómo se atreve a dirigirse a una mujer casada en esos términos? ¿Es que cree que sería tan insensata de enamorarme de un desconocido?

–Son los mejores enamoramientos, Beatriz. No lo dude.

–Además... –siguió ella, aunque bajando ligeramente la voz y notando su pulso acelerado–, ya sabe mi nombre y mi apellido, así que ya no es usted Noviembre ni once ni *hamaika*.

En ese momento, la señora Herranza anunció a los convidados que habían de pasar a una sala contigua, ya dispuesta para el concierto, en el que un cuarteto de cuerda aguardaba paciente a que la treintena de espectadores fuera ocupando sillas, divanes y butacas.

Daniel hizo un gesto a Beatriz para que se sentara cerca de la anfitriona, en el sector delantero que parecía estar diseñado para las mujeres, mientras que los caballeros se acodaban en muebles y chimeneas por la parte trasera de

la estancia. Él se veía orgulloso de sí mismo y de su esposa, espléndida dentro de un fabuloso vestido azul. Ella, de su marido, elegante con la levita, rodeado de hombres de mayor edad y seguramente importantes.

Sin embargo, Beatriz no podía evitar pensar, pieza a pieza del concierto, en Marcel Noviembre, a quien se moría de ganas de preguntar a ver qué nuevo apellido iba a adoptar. Con un canon, su latido se atropelló. Con una polonesa, se interrogó. Con una vieja melodía tradicional, perdió la conciencia de dónde estaba. ¿Era posible que, en solo un minuto, una mirada no prevista causara semejante efecto? ¿Cómo es que no oía la música? ¿Es que se estaba indisponiendo? ¿O era simplemente que estaba enajenada? ¿Era aquello a lo que se referían sus novelas leídas a escondidas de su padre cuando hablaban de perder el sentido? ¡Bobadas! ¡Cursiladas! Aquel engreído de Marcel no iría a enajenarla. Aquel sinvergüenza y descarado, indecoroso y bravucón no conseguiría que se distrajera del concierto. Aunque... ¿y el concierto? ¿Qué había sucedido con el concierto? ¿Por qué los músicos saludaban? ¿Por qué se habían puesto en pie? ¿Por qué el público aplaudía? ¿Es que se había terminado? ¿Es que ella no lo había escuchado? ¿Es que en la vida, a pesar de estar casada, existían resquicios para lo imprevisto?

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! —era la señora Herranza, aplaudiendo con sus manos enfundadas en largos guantes blancos, quien se levantaba de su asiento para saludar a los cuatro músicos y dar por terminado el repertorio. Sencillamente, maravilloso, señores. ¡Bravo! ¡Bravísimo! Cada año se superan. Son ustedes unos maestros, unos virtuosos...

Un sentido murmullo recorrió la sala de extremo a extremo, sobre los divanes, las consolas, las cortinas con brocados, la repisa de la chimenea colmada de adornos en marfil, probablemente traídos de China, sobre los cuadros enmarcados con gruesas molduras y hasta sobre el reloj del señor Herranza. Los hombres, desde la parte de atrás, apoyando sus copas de brandy sobre coquetas mesitas auxiliares de mármol y bronce, aplaudían con energía. Por delante, las esposas lo hacían con delicadeza pero con igual sentimiento. Realmente, el concierto había sido delicioso pese a que Beatriz, sintiendo presión sobre el pecho, no había sido consciente.

—Y ahora, queridos amigos y amigas, me vais a permitir un atraco — anunció la señora Herranza con sonrisa pícar—. Ya sabéis que cada arranque de otoño nos gusta reuniros para compartir estos momentos de música y, en

cierta forma, recordarnos que seguimos vivos y unidos. No en vano Eduardo y yo nos casamos en estas fechas.

–No lo sé, querida. ¿Estás segura? –bromeó desde el fondo de la sala su marido, elevando la copa en actitud de brindis y sonriendo al resto de los asistentes.

–¡Oh, Eduardo! ¡Eres incorregible! Por eso, probablemente, te sigo queriendo otoño a otoño.

Un prolongado suspiro femenino y una espontánea risa masculina corearon el anual cortejo de los Herranza. Fuera de aquella clase social, habría sido intolerable que una mujer hiciera pública una frase así, pero en la alta burguesía de San Telmo, aquel ritual era parte ya de la liturgia.

–Pero... vayamos al grano. Quería agradeceros a todos que, un año más, hayáis aceptado nuestra invitación y os hayáis acercado hasta nuestra residencia para asistir a este estupendo concierto. De igual manera, quiero muy especialmente agradecer a una joven pareja que hoy viene por primera vez. Se trata del matrimonio Sanmartín: Daniel Sanmartín, un joven talentoso en el mundo de la maquinaria industrial, ingeniero, creo, según me han dicho, un inventor que llegará muy lejos por lo que tengo oído a mi señor esposo y a sus socios de la Liga de Pensadores Liberales. Aunque, eso sí –le dijo mirándole a los ojos y notando cómo el pobre se sonrojaba–, es mejor que no hagas caso a gente como mi marido. Lo único que han conseguido en la vida es amasar fortunas.

Una nueva risa invadió la sala. El señor Herranza, ufano por el piropo, permitió que varios hombres le palmearan la espalda y le brindaran sus copas.

–El joven y prometedor Daniel Sanmartín y su esposa, la bellísima Beatriz Tussaud, quien nos acompaña también –remató la anfitriona–, hija primogénita de un respetado habitante de nuestra ciudad, el señor Tussaud, el relojero de la calle Cruz, a quienes sin duda conocéis porque no hay relojero más preciso en todo el norte de España. ¡Y eso que es francés!

Hubo una taimada risa y algún comentario de Eduardo Herranza sobre el excelente trabajo de restauración que había realizado en su antiguo reloj. Algunas mujeres asintieron complacidas. Beatriz correspondió con un tímido gesto de cabeza, miró a ambos lados y descubrió a Marcel apoyado en el marco de una puerta, mirándola risueño. Y entonces, en una centésima de segundo, en esa centésima de segundo que ni el más riguroso de los relojes de su padre habría podido medir, le guiñó un ojo. Fue un guiño fugaz,

imperceptible, casi inexistente, pero suficiente como para que Beatriz, por un instante, se olvidara de Daniel, de los Herranza, del concierto, de los aplausos de las demás señoras, y ocupara su cabeza, única y exclusivamente, la sonrisa de Marcel, la rotunda sonrisa de Marcel.

—Y también hoy nos acompaña Enrique Sota de Salazar y Vinuesa, nuestro más notable galerista de San Telmo, y Marcel Hugarte, nuestro querido amigo Marcel Hugarte, ausente en las últimas ediciones por andar siempre navegando. ¡Bienvenido, Marcel!

—¡Un placer, señora Herranza! —comenzó su discurso, arrancando desde la puerta, avanzando lentamente hacia la anfitriona y deteniéndose a escasa distancia de la silla de Beatriz, cerca de los cuatro músicos. Su porte era el de un hombre seguro y sin complejos, aunque con la vista ligeramente baja en un calculado gesto de falsa timidez—. Un placer, señor y señora Herranza. Y no lo digo solamente por el placer que el cuarteto de cuerda nos ha proporcionado —a esa altura, Marcel se hallaba junto a uno de los virtuosos al que, en un repentino gesto, rasgó las cuerdas del chelo ante la sorpresa y el alborozo de los asistentes—. Sin duda, sus conciertos pasarán a los anales de esta nuestra ciudad de San Telmo. Ni lo digo por el placer que me ha proporcionado su estupendo brandy, señor Herranza —y Marcel brindó en alto con su mano desnuda, simulando agarrar una copa que elevaba, se acercaba a los labios y bebía—. ¡Exquisito!

Los invitados observaban las evoluciones de Marcel a sabiendas de que, como artista que era, de él podía esperarse cualquier cosa. La señora Herranza disfrutaba con la improvisación mientras Beatriz comenzaba a comprender que aquel tipo la estaba embelesando.

—Ni lo digo por el placer de los dulces que han preparado sus cocineras, señora Herranza. ¡Por cierto! ¿Y los dulces? ¿Se han acabado los dulces? ¡No me diga que se han terminado los dulces! —se alarmó falsamente enfadado mientras empezaba a corretear por la sala buscando los supuestos dulces bajo las sillas de los espectadores, entre las patas de los sofás y sobre los tocados de las mujeres mayores.

Surgió el alboroto. Se sucedieron las carcajadas y los grititos de meliflua histeria. La señora Herranza disfrutaba de su invitado y de las ocurrencias que le permitía su condición de hombre de mar y hombre de artes. No cabía duda de que había sido una suerte que aquel otoño hubiera podido acudir a la cita.

—¿Es que no hay dulces? ¿Es que se han terminado? —continuó aflautando la voz y exagerando sus gestos como si representara su papel en un sainete—. ¡Oh, no me digan! ¡No me digan, damas y caballeros, que se han agotado los dulces! ¿Acaso en su sombrero de fieltro? —bromeó buscando en el tocado de la señora Ruiz de Mieza, esposa de un industrial—. ¿O bajo su silla, señora mía —indagó revisando el asiento de la mujer del dueño de la conservera de San Telmo—. ¿O —dijo corriendo hasta la chimenea— tal vez se los haya quedado usted, estimado caballero? ¿No le basta con quedarse con nuestras pensiones? ¡Cómo son los banqueros! —bromeó ante las carcajadas de los demás, husmeando como un sabueso en la levita de un orondo personaje del fondo, dueño de un banco.

De pronto, caminó hasta el centro de la sala y se detuvo, hizo un gesto y logró que la parroquia se callara. Todos sabían que iba a hablar, que iba a decir algo ingenioso, serio y quizás poético. Él, consciente de la expectación, decidió prolongar la incertidumbre. Beatriz comprendió que era un manipulador, un hombre inteligente, un loco tal vez.

Marcel, aún con la mano en alto, desanduvo sus pasos hasta situarse nuevamente junto a la anfitriona, con los músicos a su espalda y los invitados frente a sí. Abrió ligeramente la boca en un ademán de comenzar a hablar, pero no lo hizo. Agitó los dedos, giró la cabeza, bajó el volumen de su voz y, finalmente, pronunció:

—No me atrevo, señora Herranza.

Fue tal susurro, que todos los asistentes, involuntariamente, se echaron hacia delante para oír mejor.

—No me atrevo a decir qué es eso que sí me ha producido placer —repitió elevando lo suficiente la voz como para ser escuchado.

La señora Herranza sonrió. Sabía que de aquella pantomima no podía sino surgir alguna excentricidad.

—¡Atrévase, joven Marcel! Un hombre como usted, que ha recorrido los puertos de medio mundo, ¿va a tener miedo de esta pobre gente? —invitó la anfitriona, sofocada por las carcajadas.

—A quien temo es a su marido, señora Herranza —sonrió con su impecable sonrisa encorvándose hasta colocar su rostro junto al de la anciana, en un alarde de contacto físico que a todas luces habría sido un escándalo fuera de aquel foro de excéntricos millonarios.

Beatriz estaba escandalizada, entusiasmada y expectante a partes iguales.

—¡Oh, tranquilo, tranquilo, Marcel! ¿No ves que mi marido es inofensivo? Cuantas más empresas tiene, más despreocupado se vuelve.

—Me quedo más tranquilo —exclamó el joven. E, incorporándose, miró por dos segundos a Beatriz directamente a los ojos y luego al resto de los asistentes. Beatriz dio un respingo dentro de su vestido azul—. Lo que me ha producido placer esta tarde no han sido ni los dulces ni la música ni el brandy. Lo que me ha producido placer esta tarde ha sido verme rodeado de damas de tanta belleza como sus invitadas, señora Herranza, aunque esto me empiece a granjear las furias de sus maridos que, sin duda, no son conscientes en la justa medida de los tesoros que albergan en sus propias casas.

Y, en un arrebato solamente permitido a Marcel, éste empezó a correr por la sala besando en las mejillas a todas las mujeres, con enormes carcajadas de los complacientes maridos, gritos y nuevas histerias de las esposas y amenazas fingidamente serias de la señora Herranza.

—¡Sinvergüenza! ¡Descarado! ¡Marinerillo de poca monta! ¡Es usted incorregible! ¡Qué desfachatez! ¿A quién se le ocurre! ¡Depravado! ¡Impío! ¿Dónde ha dejado usted su vergüenza? —se carcajeaba la anfitriona—. ¿Es que no le enseñaron modales en la escuela de pilotos? ¡Último año que le invito! ¡Último año!

Incluso en los momentos más imprevisibles, una persona de bien mantiene la sensatez. Incluso en los arrebatos del azar. Incluso cuando se alinean los astros y se alían las diosas del capricho, una persona de bien permanece en sus cabales. Porque ser persona de bien es, sobre todo, saber eliminar la posibilidad de la tentación antes siquiera de que esta asome su figura tras las bambalinas de la escena de la vida.

Ser una persona de bien habría sido no escuchar lo que sucedió a continuación. Ser una persona de bien resulta, frecuentemente, de un tedioso insufrible.

Entonces, ocurrió. Marcel se detuvo frente a la silla de Beatriz, echó la rodilla al suelo, le asió la mano con dulzura y, pidiendo permiso a Daniel Sanmartín, quien no pudo sino acceder con un leve y complacido asentimiento de cabeza, Marcel Hugarte declamó en un cálido y casi susurrante tono:

*Estratagema de seguir oyéndola
y seguir buscándola y comprendiendo.
Hacerme farol amarillento
en aceras desiertas de sus calles.
Estratagema de seguir riendo,
de seguir haciendo sombra de camisa
en su ropero, brillos de gemelo
en los puños que sus puños cubren.
Esa es mi noticia. Es mi stratagema.
Estratagema de seguir hablándola
para calar mi voz en su fondeadero,
convertidas las velas de mi barco
una vez en tierra en lienzo.
Noticia de tenerla en vilo,
instantes silenciosos en sillita de costurera.
Hacerme velador en blanco
para servirnos vinos y aguaceros.
Esa es mi noticia. Es mi stratagema.
Corriente de aire inconcebible
camino de sus manos,
camino de sus miedos.*

Después, besó la mano de Beatriz con húmedos labios y, avanzando en cuatro largos pasos hasta Daniel, le estrechó la suya afablemente y le dijo:

–Amigo mío, albergas en tu casa un tesoro.

–¡Basta, deslenguado! –interrumpió jocosa la señora Herranza–. ¡Deje de importunar a mis invitados con sus verborreas y palabrerías, poetucho de tres al cuarto! ¡Bohemio!

Y una nueva explosión de risas invadió la sala. Sin duda, todos estaban acostumbrados a las ocurrencias del piloto, dando la impresión de que una velada sin alguna de sus excentricidades se convertiría en una velada inconclusa.

Al filo de las diez de la noche, los invitados fueron abandonando la residencia de los Herranza agradecidos por el convite y prometiéndose

nuevos encuentros a lo más tardar en el próximo otoño. Así, uno a uno, todos los matrimonios se despidieron y, de igual manera, Beatriz y Daniel.

–Ha sido un placer que vinieran. Me alegro mucho de que mi marido le haya invitado, joven Daniel Sanmartín. Si mi marido pone el ojo en alguien, algo bueno esconde.

–Muchas gracias, señora Herranza.

–Confío en que poco a poco vayan siendo asiduos a este tipo de encuentros. En San Telmo no todo son pescadores, obreros del astillero y gentuza de escasos recursos. Eduardo les ha abierto la puerta de esta nueva sociedad y estoy segura de que van a aprovechar la oportunidad. Usted, joven Beatriz, ha enamorado a todos los hombres con su sencillez. ¡No ve que somos todas ya unos vejestorios! ¡Si hasta Hugarte se ha fijado en usted!

–Le agradezco sus palabras –pronunció torpemente Daniel.

–No se lo tengan en cuenta. Es un tipo excéntrico, medio poeta, medio pintor... Hizo fortuna hace años, se dice que con contrabando y esas cosillas que, por otra parte, tampoco hacen daño a nadie. Desconocemos su patrimonio, pero mi marido dice que sería un buen fichaje para alguna de sus empresas, por lo decidido y arrojado. Yo más bien pienso que es mejor tenerle lejos de los caudales. Es divertido para las fiestas, pero incontrolable para los negocios. Además, no creo que sea tan arrojado cuando se trata de temas del corazón, porque no se le conocen amores ni pretendidas. Cuentan de él que cuando navega es un intrépido. ¿Sabían que es piloto? Un marino con mucha reputación. Yo, no obstante, creo que, llegado el momento, es un hombre huidizo a quien le aterriza el compromiso. ¡Se lo dice una que ya ha visto mucho en esta vida!

–Habíamos oído hablar de él, sí. En San Telmo, quien más quien menos ha escuchado alguna de sus tropelías.

–Aventuras, diría yo –apostilló la señora Herranza–. Con todo, no se crean la mitad de lo que oyen. Y usted, Beatriz, confío en que no se haya escandalizado con lo que ha visto. Sabemos que su padre, a pesar de ser francés, es de rectos principios y la habrá educado a usted en la rectitud moral.

–Oh, no. Ha sido divertido –susurró ruborizada.

Ya en la calle, reconfortados por tan buena acogida en sociedad, ambos

decidieron regresar a casa dando un paseo, pese a que el cielo amenazaba lluvia en aquella noche de septiembre. Él, pensando que quizás algunos de aquellos prohombres se fijarían en sus dotes para la mecánica y terminarían por correr con los gastos de una patente. Ella, intentando grabar en su memoria todos y cada uno de los gestos, guiños y frases de Marcel Hugarte, Marcel Noviembre.

Hay miradas, en efecto, que se convierten en el paso irremediable hacia mundos infinitos.

II

ALGUNOS COLORES DEBERÍAN ESTAR PROHIBIDOS, SOBRE TODO, VISTAS SUS CONSECUENCIAS

Hay quien se casa con el amor de su vida;
hay quien hace de su pareja el amor de su vida.
Y hay quien siempre se arrepentirá
de no haber aprovechado un minuto.

“Tengo que hacer algo con estos grabados. No puede ser que lleven aquí tanto tiempo y ni siquiera los haya clasificado. Estás perdiendo facultades”.

Nuria habla consigo misma y observa su galería, a medio camino entre el despacho de un marchante y una sala de arte, y se pregunta en qué momento de la vida ha empezado a acumular piezas que nunca se venderán.

Cinco de las paredes principales permanecen preparadas para exponer cuadros, aunque cada vez son más las propuestas de informalismo, fotografía, escultopintura, collage e instalaciones. Al fondo, cerca de las escaleras metálicas de acceso al entresuelo donde radican la oficina y un coqueto *office*, varias vitrinas muestran diversos objetos de inicios y mediados del siglo XX, mientras que dos estanterías industriales construidas con acero corten exhiben la parte que, a fin de cuentas, es más comercial, con grabados, acuarelas, dos lámparas Jieldé...

Pasa a la segunda sala, la destinada a los conciertos y las *performances* y sonrío al pensar que allí estuvo el taller del huraño Gerard Tussaud, y se pregunta qué le empujaría a Beatriz, cuando heredó la relojería, a convertirla en una galería de cuadros.

Cuenta las líneas en el suelo. Siempre lo hace. Llega a pensar que son imaginarias, pero las conoce perfectamente. Empieza desde la veintidós. Sabe que la veintidós tiene un nudo en la parte izquierda, probablemente un

defecto de la madera. La veintiuna. La veinte. La diecinueve. La dieciocho aún conserva el rayón que le hicieron al montar una exposición y arrastrar un cajón sin protectores de fieltro. La diecisiete. Nunca le ha gustado el número diecisiete. La dieciséis. La quince. Sonríe. Se acuerda de lo de “el quince, la niña bonita”, aunque jamás lo ha entendido. La catorce, e irremediablemente le viene a la cabeza la quiniela y lo del “pleno”. La trece, ya en el tramo de cerca de la puerta. La doce, docena, como los huevos. Le encanta que en Francia los huevos se venden por decenas. Es impresionante cómo la mente puede procesar a tanta velocidad, y le asaltan imágenes confusas de sus años en Burdeos, estudiando arte, aprendiendo a vivir. La once, que, por algún milagro, está casi difuminada. Y la diez, que muy al contrario, parece marcar el límite del área. La nueve. La ocho. La siete. ¡Su número más odiado, el siete! La seis, y vuelve a pronunciar “media docena” y vuelve a las decenas, a los huevos y a Burdeos. Se llamaba Paul aquel novio. La cinco. La cuatro. Solo quedan tres para alcanzar la entrada; son como las más importantes, las del protocolo, las niñas mimadas de entre las líneas del suelo. La dos es la que más se pisa. En cierta ocasión pensó en pintarla de un color diferente, pero le pareció una idea demasiado de los noventa. Y la uno, casi donde encaja el filo de cristal.

Su galería es el orgullo de la ciudad de San Telmo. En 2012 la reconocieron en el bando de las fiestas y en 2014 apareció en el calendario municipal que recogía lugares emblemáticos. Por no citar el 2015, la mejor campaña, aunque los números no cuadrasen.

Suena el teléfono y Nuria sale de su ensimismamiento. Sonríe al pensar que, de manera recurrente, contar las líneas le lleva a suspirar, a prever el futuro de su establecimiento y a contener el pánico.

—¿Sí? Galería Nuria Tussaud.

Ha sonado el teléfono. Nuevamente preguntan por ella. Parece una voz mayor, quizás de anciana.

—¿Es usted Nuria Tussaud?

—La misma, sí. La reconozco. Ha llamado ya media docena de veces y siempre me cuelga. Si es una broma, le advierto que no tiene gracia.

—No es una broma, pero es que no lo tengo sencillo para llamar. No me quitan el ojo de encima. Esta gente es muy mala. Creo que saben que sé lo que sé. Son gente muy lista. Muy lista. Saben que quiero que usted sepa lo que yo sé.

–¿Pero quién es usted?

La voz parece quebrarse. Hay un silencio sordo al otro lado del hilo. Nuria duda de si sigue ahí o no.

–Tengo algo que contarle sobre su familia. Y sobre su tatarabuela, Beatriz Tussaud, la fundadora de la galería que usted regenta. ¿Y si le dijera que nada es lo que parece?

–¿Pero quién es usted? ¿Qué quiere? ¡No entiendo nada!

–Tengo que colgar.

Bip...bip...bip...

“Quizás tenga que hablar con Jorge y hacerle caso en sus sugerencias. Quizás lo mejor sea que cierre la segunda sala, la del fondo. Ahorraré en calefacción y luz. Quizás tenga que contarle lo de estas llamadas. Quizás la irrupción del señor Joaquín y su legajo precisamente en estas fechas no sea casualidad. Quizás me esté volviendo loca. Quizás tenía que haberme quedado en Burdeos”.

Notas al cierre:

- Hablar con Jorge sobre lo de cerrar la zona de expresiones.
- Hablar con Jorge sobre las llamadas de la anciana.
- Hablar con los del internet.
- Leer algo más de las páginas del señor Joaquín.
- Comprar papel higiénico.

* * *

En casa de Lina, ambas leían en silencio en sendos sofacitos de terciopelo granate. Fuera no llovía, aunque el cielo presagiaba una nueva galerna. Beatriz se había recogido el pelo con unas horquillas doradas que le conferían un aspecto distinto, quizás más serio. A decir verdad, casi siempre aparentaba más seriedad de la que, en el fondo, a ella le gustaba. Pero era su papel, y a él se debía.

En la chimenea crepitaba un incandescente tronco que aportaba algo de calidez, más que de calor, a la salita. Sobre una mesa revestida con faldones de rígida tela bordada, dos tazas daban noticia de las melisas que se habían

tomado.

—No sabría explicártelo. Supongo que esas cosas no se saben explicar. ¿Es que jamás te has sentido tú así? ¡Le llevo dadas tantas vueltas! Sería como cuando se te ofrece en la mesa un guiso que ya sabes que te gusta y, a la vez, un plato nuevo del que no has probado sino el aroma pero estás convencida de que, tomar un bocado, te embelesaría tanto como el guiso de siempre. ¿Me explico? ¿O no me explico? ¿Tú me entiendes? Y no tiene nada que ver con Daniel, que quede claro, Lina. Bueno, no sé. A Daniel le quiero tanto... pero con él me divertí de tal manera... Desconocía que un hombre pudiera hacer reír así a una mujer. ¿Te he dicho que me ruboricé? ¡Seré tonta! Me ruboricé cada vez que se dirigió a mí. ¿Y el poema? ¡Menudo poema! Un poema precioso. Imagino que lo llevaría aprendido. O no, no sé. Quizás lo improvisó en el momento. Tiene aspecto de ser un hombre tan ocurrente... Pero, vamos, da igual. Lo curioso es que, ya repentinos ya premeditados, aquellos versos parecían dirigidos a mí. ¿Comprendes? Que estoy segura que no, que lo más probable es que él ni siquiera recuerde mi nombre porque lo más fácil es que tenga muchas pretendientes y muchas amantes. ¡Como que es piloto! ¡Figúrate: navegante y con esa palabrería! Tendrá novias en más de un lugar. Y de mí, ni se acordará ya, claro... ¡Pero me haría tanta ilusión saber si se acuerda de mí o no! ¿Soy tonta? Soy tonta, ¿verdad?

Lina no respondía. Se limitaba a sonreír francamente, comprendiendo que su hermana estaba loca y absurdamente enamorada de un hombre al que jamás tendría. Sin embargo, le encantaba verla así, y por eso sonreía. Le encantaba comprobar que debajo de las horquillas doradas había una cabeza capaz de lo irracional. Le encantaba descubrir en su hermana que, más allá del camafeo que pendía de la chaquetita, latía un corazón capaz de amar lo que nunca debía amarse.

Beatriz le devolvió la sonrisa ruborizada, cerró el libro y se dispuso a abandonar la casa de su hermana para volver a la suya propia. Aquellos paréntesis eran agradables, reconfortantes, pero no podían alargarse porque su sitio era su propio domicilio. Era la mujer de un ingeniero del astillero, y eso le obligaba a ciertos horarios y ciertas convenciones. Daniel no tardaría sino dos horas en llegar y era su obligación estar esperándole.

—¿Será pecado imaginármelo recordándome?

¿Es pecado imaginarnos lo que racionalmente no podemos ordenar? ¿Es pecado pretender completar nuestra existencia con vidas que imaginamos? ¿No es en definitiva la imaginación un consuelo para quienes no se atreven a ejecutar? ¿O es que no existe el pecado? ¿O es que el pecado es solo el fruto del miedo a imaginarnos que se puede ser feliz a pesar de la vida que nos hemos empeñado en crear?

Guarecida bajo un paraguas tan cursi como poco práctico, Beatriz caminaba hacia su casa cuando comenzó a llover con violencia. Intentó protegerse bajo aleros y balconadas, pero el agua caía racheada y pronto su vestido estuvo absolutamente inundado, su pelo desmadejado y sus pies arruinados. Parecía que jamás antes hubiera llovido, como si hubieran abierto una esclusa más allá de los tejados y alguien azuzara el agua para caer a baldes sobre el suelo. Correteaba de forma infantil sobre los charcos, a cortos pasitos de mujer torpe, y se lamentó por no haberlo previsto; quizás tenía que haber renunciado a leer con Lina y debía haberse quedado en su propia casa. Lo cierto es que, a pesar de que las viviendas de ambas no distaban mucho, el trayecto le estaba resultando infinito, toda vez que la tormenta había arreciado y el paraguas no le servía sino de estorbo, continuamente volteado e imposible de manejar.

San Telmo se había convertido en una ciudad flotante a la que le fallaban los cimientos. Las calles eran ríos y el mar era un trozo de cielo caído sobre los tejados. En el puerto, los barcos chocaban violentamente sus costados contra otras naves o contra el dique, hasta el punto de que decidieron tensar amarras a alguno ante la posibilidad de que terminara convertido en una bala perdida en mitad de la dársena. El faro, activado pese a la hora, avisaba de su presencia, enturbiado por gruesos cortinones de lluvia, y en la calle Cruz, al otro lado de donde se encontraba Beatriz, Gerard Tussaud amontonaba sacos terreros en la puerta de la relojería ante la amenaza de una nueva riada.

La joven avanzaba perdida en la jungla de gotas que la envolvía, prácticamente sin ver, lamentándose por la situación y obsesionada por llegar a casa antes que Daniel. ¡Daniel! ¿Qué sería de él? ¿Le habría sorprendido la galerna en los astilleros exteriores o estaría a resguardo en algún pabellón?

—¿Beatriz?

¡Era su voz! ¡Inconfundible! De las miles de voces que hay en el mundo,

esa era su voz. Beatriz se petrificó. Estaba horrible, lo sabía, con su mediocre vestido de diario, sus zapatos empapados, su pelo hecho una maraña. Estaba horrible y se aferraba al mango de su paraguas como si, por algún extraño sortilegio, pudiera ocultarle su desastrado aspecto.

—¡Beatriz Tussaud! ¡Está usted pasada por agua!

Marcel la agarró del brazo con firmeza y dulzura y le obligó a elevar el rostro hasta hacer coincidir las miradas.

—¡Por Dios! ¿Es que se ha caído usted en un estanque?

Ella lo miró feliz y confundida. Llevaba una semana preguntándose qué había sucedido en casa de los Herranza, cuestionándose si hacía bien o no pensando todo eso, intentando no olvidar cada frase, cada gesto... Y cuando por fin se reencontraban, cuando por fin se cumplían sus previsiones, cuando se convencía de que no le importaría en absoluto, es más, le encantaría volver a ver al ingenioso Marcel Hugarte, ocurría en la más desagradable tarde de otoño, en medio de un diluvio, con un aspecto deplorable.

—La... lluvia. Ya sabe. Ya ve. Vaya. ¡Vaya casualidad! ¿Y usted? ¿Qué hace usted por aquí? —se siente tonta; nota cómo le tartamudea la voz, quizás por el frío, quizás por el rubor.

—Vivo por aquí. Bueno, cuando no navego, claro —respondió él.

—Lo sé. He preguntado por usted.

—¿De veras? ¡San Telmo es un pañuelo!

—San Telmo es una ciudad, pero un pueblo para muchas cosas.

—Sin embargo, no habíamos coincidido antes. Es extraño. Tantos años viviendo por la misma zona...

—Las cosas suceden así.

Marcel se protegía con una enorme capa de tela embreada, más propia de ser usada en un barco que en las calles de una ciudad. Sin soltar el brazo de Beatriz, la atrajo hacia sí, la cobijó bajo ella y comenzó a caminar.

—Vivo aquí cerca. Usted vive en la otra punta, cerca de la calle Cruz. La he investigado. Je, je, je. Por aquí vive su hermana Paulina, no me engañe. San Telmo es un pueblo cuando se trata de que las viejas le cuenten a uno chismorreos sobre las hijas del relojero francés. Venga. Venga a secarse. Apenas dos calles. ¡Corra! Y quítese esos pelos de la cara, mujer, que se va a quedar ciega.

Entonces él se anticipó y con su dedo índice retiró un grueso mechón de la empapada cabellera que le cruzaba por el ojo izquierdo.

—¿Qué dice?

—Que venga a mi casa a guarecerse. Es imposible caminar con esta galerna. Jamás llegará hasta su barrio con toda esta lluvia. No tiene por qué temer.

—¿Cómo puede usted pensar que voy a subir a su casa? —se quejó ella, al tiempo que se colocaba el rebelde mechón—. ¡Por amor de Dios! ¡Soy una mujer decente!

—¡Pero Beatriz! ¿Es que piensa que lo dudo? Es una mujer decente totalmente empapada. ¡Vamos! ¡Déjese llevar! ¿O es que teme a este pobre marino en tierra? —sonrió él espontáneamente.

Beatriz no cedía. Se moría de ganas de saber cómo sería la vivienda de aquel hombre. De hecho, se moría de ganas de saber cómo sería aquel hombre. Se sentía halagada, tanto como desasosegada. Le producía un enorme pudor pensar lo que pensaba, y era consciente de que si cualquiera la veía entrando o saliendo de la vivienda de un soltero... En fin, que no, que no podía acceder a la invitación de refugiarse, por más que notaba el agua hasta en los huesos. Así que aceptó que, como mucho, Marcel la acompañara hasta la esquina del mercado, desde donde ella caminaría en solitario hasta su calle a través del parque de los cisnes y de la calle Juan de la Cosa.

Le partía el alma despedirse de él, darse cuenta de que le soltaba el brazo, salir de debajo de la capa embreada. Le partía el alma no atreverse a darle las gracias. En el fondo, le partía el alma saberse casada y, a la vez, echar a correr lejos de aquel hombre antes de preguntarle si podría volver a verlo.

Recordaba la conversación con su propio marido cuando, la noche de la velada, volvían paseando desde casa de los Herranza hasta la suya. Daniel le preguntaba a ver qué le había parecido; ella le respondía que interesante. Él le confesaba que estaba contento por el hecho de que les hubieran invitado; ella asentía. Él le comentó que ese tal Hugarte había sido un descarado, un gracioso, y que esos poemas que se sacaba de la manga seguramente los aprendía en sus correrías por los puertos y tabernas; ella sonreía.

Le partía el alma que Daniel ni siquiera hubiera sentido celos, aunque, por otra parte, se aliviaba en ello, convencida de que un atisbo de celos podía disgustar a su marido, hacerle gritarla o despreciar su presencia.

Le partía el alma sentirse tan reconfortada con Marcel Hugarte, Marcel Noviembre.

Y con el alma partida, recibió unos minutos después a su marido, le regaló

su mejor sonrisa y le sirvió la cena con una exquisita dulzura. Y él le contó sus trabajos en el astillero, donde probaban una compleja máquina de bielas que ella no comprendía, y se alargó con todo lujo de detalles sin que ella fuera capaz de comprender por qué es tan importante un sistema mecanizado de poleas para elevar los barcos cuando el calafateo. Más tarde, tomaron un espirituoso en la salita y se retiraron a dormir.

Y con el alma partida, ella no pegará ojo en toda la noche, a medio camino entre el incipiente resfriado que ha cogido bajo la lluvia y el evidente entusiasmo por haberse encontrado con Marcel. Y se repetirá que aquello estaba mal. Y, a la vez, no dejará de recordar sus palabras y el tono cálido de su voz. Y se agarrará el brazo donde él la asió, y se morderá el labio mientras no sabrá si reír o si llorar.

* * *

—¿Qué intenciones llevas, Hugarte?

—Las de siempre, viejo. A ver dónde me lleva Neptuno.

—Eres un inconsciente y un osado. Un día de estos vas a tener un disgusto. Quien tienta a la suerte, tienta a la vida. No tienes necesidad de salir a la mar. Siempre huyendo. Siempre escapando de la realidad en tierra firme.

—¿Qué sabrás tú! —le sonrió Marcel estrechándole la mano y arrojando al *Hamaika* un petate y una manta.

—¿Pues claro que sé, insensato! No en vano fui el primero...

—¿Vas a contarme lo de Terranova?

—Vete al infierno, Hugarte. Solo te digo que, en días como hoy, lo sensato es quedarse en tierra. Ni los de la anchoa han salido esta madrugada, míralos ahí amarrados. ¡Si es que este mar del diablo nos deja más días en seco que en derrota! Ajusta bien el foque, ni demasiado cazado ni demasiado largado, y ojo con la botavara o te abrirá la cabeza en cualquier trasluchada.

Un rato después, el viento azotaba con decisión la vela del *Hamaika*. Marcel, erguido en su puesto, desafiando las rachas heladas que llegaban desde la proa y atento al aparejo, mantenía el rumbo con hábiles tirones de la caña del timón. Parecía imposible que un hombre capaz de empuñar un pincel o una pluma fuera capaz también de dominar los caprichos del mar. Aún no llovía, pero las nubes presagiaban un aguacero inminente, como con tanta

frecuencia.

El mar no es enemigo del ser humano, por mucho que robe vidas y se empeñe en conquistar lo que este le ha arrebatado: parcelas de terreno, diques, ensenadas y espigones. El mar es eterno y, por ello, no posee la proporción de la existencia humana, tan ínfima, tan fugaz. ¿Tendría un galápago conciencia del aleteo de un mosquito? ¿Sabría un elefante medir las fuerzas de una abeja?

El mar no es el enemigo; simplemente se trata de una cuestión de calibración.

Cuando alguien lo corteja, el mar se presta. Cuando alguien lo seduce, el mar cae rendido. Pero cuando el mar despierta, el ser humano desaparece, infinitesimal ante su extensión en volumen y tiempo.

No hay eje cronológico que doblegue al mar. Ni técnica.

Había hecho que el *Hamaika* se acomodara al vaivén de las olas como si avanzara sobre invisibles raíles de espuma y sal. Puede que ése fuera uno de los dones de Marcel al pilotarlo: jamás dudaba y siempre encontraba el lecho perfecto para la quilla como si las cuadernas del viejo velero fueran una prolongación de sus pies sobre cubierta. De hecho, algo que le apasionaba era pilotar su bajel descalzo, sintiendo la madera en la epidermis de sus plantas. No así aquel día, rayando diciembre, con el frío instalado a lo largo de la eslora y la humedad trepando hasta las sienes. Soplaba un intenso viento norte que, pese a anunciar lluvia, hinchaba la tela con decisión haciendo avanzar con descaro.

Pasadas dos horas, Marcel dejó ver la línea de costa. El barco elevaba y hundía su proa con tal violencia que tuvo que echarse sobre las espaldas la pesada capa embadurnada en cera, propia para los días de lluvia. Aún no habían roto las nubes, pero las olas lo iban mojando poco a poco. Marcel disfrutaba haciéndose a la mar los días de mal tiempo y, aunque en algunas ocasiones le hubiese sorprendido una tormenta de verano o un cambio de vientos, una galerna invernal o el temido viento del norte, jamás se había visto perdido en mitad de una tormenta.

Era un buen piloto, formado en la escuela de pilotos, con estudios en Plencia, en Santander, en La Coruña y con experiencia en la Escuela de

Sevilla y después como oficial durante tres años en el paquebote a Inglaterra. Había terminado por conseguir trabajo en una compañía bilbaína haciendo distintas derrotas y venciendo siempre cuando venían mal dadas. Frío, rápido y con un especial olfato para adelantarse a los problemas, su fama le había granjeado un nombre que le permitía, cuando no era contratado para rutas fijas, ofrecerse como piloto a sueldo en esporádicas singladuras gobernando navíos de todo tipo.

Unas gruesas gotas frías comenzaron a unirse al gélido salpicón salado del mar. Crujía la cubierta y el mástil bailaba de babor a estribor como el péndulo de cualquiera de los relojes del establecimiento de Gerard Tussaud. Marcel era uno con el timón y, sin perder la concentración en el horizonte, no dejaba de seguir el ritmo cadencioso de la vela, de forma que pronto imaginó que el *Hamaika* era un reloj y él hacía las veces del señor Tussaud. Y se acordó de Beatriz aunque se lo tuviera prohibido.

Prohibido como se prohíbe al río correr hacia el mar. Como se prohíben los olores. Como quien prohíbe a la nieve que no se pose en la tierra virgen.

Porque prohibirse pensar en alguien es abrir la compuerta de los pensamientos; es descifrar la clave de cualquier combinación; es recordar a la mente que aquello que está prohibido es por lo que merece la pena respirar.

El *Hamaika* soportaba las embestidas con bravura. Parecía mentira que un barco construido a mediados del siglo se portara tan valientemente casi cinco décadas después. Marcel lo había adquirido a un tratante de cabotaje de las Rías Bajas y se lo había llevado hasta San Telmo recalando en algunos puntos de la costa cantábrica. Era un balandro bien construido, perfecto para las derrotas breves, las operaciones de contrabando o rescate, los traslados de mercancías poco voluminosas y el atraque en puertos complicados. Resultaba maniobrable, ágil y divertido.

Las olas reventaban contra el pequeño casco y le obligaban a escorarse, pero, gracias a una desproporcionada quilla que el de las Rías Bajas había hecho instalar, sustituyendo a la primera y copiando así los modelos usados en Normandía, el velero retornaba a su posición horizontal hasta el siguiente golpe de mar, algo que Marcel conocía a la perfección y a lo que le sabía sacar el máximo provecho cuando, como aquel día, salía a la mar con el

único propósito de retarle a un pulso.

La cubierta se inundaba por momentos, para desaguarse inmediatamente por los sumideros, al tiempo que la vela, flameando, se hinchaba y deshinchaba a voluntad de las ráfagas de viento. En algunos golpes de agua, Marcel corría a las escotas para largar a babor o estribor, jugando con el génova en cada virada. Después, escudriñando el horizonte, intentaba vislumbrar un claro entre la cortina de lluvia y mar.

Un color plomizo y eléctrico envolvió la escena. Las nubes transcurrían a gran velocidad a escasa altura, rozando con sus tenebrosas panzas el mástil del *Hamaika*. Marcel las observaba exultante ante las violentas sacudidas de la proa. El ruido resultaba insoportable.

Y entonces sucedió. Por un instante, perdió la concentración. ¿Y si era cierto que la imagen que proyectaba no era la que su pecho albergaba? ¿Y si su valentía y fanfarronería eran la coraza de alguien frágil? ¿Y si pensar en Beatriz era su forma de asumir que era un ser con dos rostros? Se olvidó de vigilar la vela y de controlar el rumbo. Su cabeza vagaba ajena a la galerna. ¿Y si el viejo tenía razón?

Vagó hasta las noches en las que la soledad le vencía; hasta las horas muertas en las que se repetía que no era ni un buen violinista ni un buen escritor ni un buen poeta; ni siquiera un buen marino, porque los buenos marinos son, ante todo, prudentes. Dejó que su mente dibujara los momentos de hartazgo, las largas jornadas de desazón, sentado en su estudio, mirando el universo de su creatividad como algo ajeno, impropio, imprevisto y falto de valor. Los días en los que no habría salido de casa. Y suspiró. Y pensó que, en efecto, Marcel Noviembre era la coraza del auténtico Marcel. Y se preguntó si a Beatriz le gustaría el Marcel frágil, el vulnerable, el retorcido en las dudas.

En el segundo en el que se quitaba de la frente el flequillo mojado, llegó una ola por estribor, se estrelló contra el casco, se elevó sobre cubierta y, cayendo sobre la banda como una cascada infinita, lo arrojó contra la borda.

—¡Jódete, cabrón! ¡No puedes conmigo! ¡No puedes conmigo! ¡Ja, ja, ja!
¡Marcel es más listo que tú, vanidoso Neptuno, hijo de puta! ¡Nada puede detenerme!

* * *

—¿Cómo que el alma dividida? ¡Beatriz, eres incorregible! Deberías dejar de leer a Bécquer. Es estupendo que te enamores, hermanita. Pero de ahí a que tengas el alma en vilo... ¡No exageres! Tú tienes a tu marido, y, por cierto... ¿es que no pensáis tener hijos nunca? ¿O es que él no...? —la pícaro mirada de Lina provocó una carcajada en ambas hermanas.

—¡Lina! ¡No seas grosera! Una jovencita como tú no debería sugerir... esas cuestiones. ¿Qué pensaría mamá? ¿Y padre? ¿Qué pensaría padre si te oyera?

—¡Tendrás valor! Acabas de confesarme que tienes el alma dividida. ¡Oh, dividida! —se burló Lina, echándose el dorso de la mano a la frente e imitando la voz de su hermana.

—Es distinto. Lo mío es una cuestión de sentimientos y tú hablas... tú hablas de si Daniel... —se puso roja—, ya me entiendes. ¡Y además eso no es de tu incumbencia!

—¡Ja, ja, ja! Entonces... ¿sí?

—Sí, ¿qué?

—Daniel. Daniel... ¿Cómo es en la intimidad? Cuéntame, cuéntame...

—¡Lina! ¡Me niego a seguir con esta conversación! —realmente, estaba enfadada y divertida a la vez—. ¡No te interesa en absoluto lo que sucede entre Daniel y yo en la intimidad! Además... ¿te parece correcto hablar de estas cosas cuando —fingió un exagerado desmayo sobre la silla— yo... te... estoy... diciendo... que tengo el alma hecha trizas?

—Ja, ja, ja.

—Lina, en un asunto quizás sí tengas razón.

—¿Cómo dices, Beatriz?

—Que quizás en una cosa sí tengas razón, hermanita. ¡Tengo que dejar de leer a Bécquer!

—Eres una loca, y por eso te quiero, hermana. Así que, dime, dime... ¿de verdad te habrías ido a su casa el día del aguacero? ¿Tan seductor es? ¿Tan guapo es Marcel?

—No, no, no... Guapo, no. Es simpático, ocurrente, extravagante... ¡Tenías que haber visto qué capa usaba para taparse de la lluvia! No es guapo. O sí. ¡Yo qué sé, Lina! ¡Yo no sé qué es un hombre guapo! Una mujer decente no se plantea esas cosas. Pero tiene una sonrisa deliciosa...

—¿Deliciosa? ¿Qué quieres decir con deliciosa?

—No sabría explicarte. Simplemente, me gusta su sonrisa. Cuando sonrío,

se para el tiempo. A mí, al menos, se me paraliza el corazón. Creo que su sonrisa no es de este mundo...

Lina se tapó la boca. Estaba a punto de dejar escapar una nueva carcajada. Pensaba que Beatriz era una exagerada. O, peor, que estaba decididamente enamorada.

—Cuando sonrío, se le acentúan las comisuras de los labios y sus pómulos se sonrojan. ¡Es fantástico!

—¡Ja, ja, ja! —estalló Lina sin contener su espasmo de hilaridad, mientras dejaba el libro que tenía en su regazo y se arrodillaba a los pies de su hermana—. Me encanta oírte decir esas cosas. ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta, Beatriz, de que estás enamorada de ese hombre al que solo has visto en dos ocasiones?

—¡Paulina! ¡Yo no estoy enamorada de ese hombre! Ya te dije un día que no habrá jamás nadie que pueda quererme como me quiere Daniel... y que yo no podré nunca jamás querer a otro que no sea mi marido. Con mi marido, abnegación absoluta.

* * *

Daniel apuró su espirituoso, chasqueó los labios y ordenó a Beatriz que se acercara. Tenía un brillo especial en los ojos, y no precisamente por el alcohol. Ella sospechaba que algo importante iba a decirle; lo conocía bien.

—Mi motor ha sido un éxito. Hemos superado la fase de pruebas y los jefes están satisfechos con el prototipo de mi grúa. Probablemente se patente. Eso puede proporcionarnos buenos ingresos ¿Te das cuenta de lo que significa? Si se patenta, podremos, por fin, hacer esas cosas que queremos hacer. Podré encargarte un cuadro tuyo para el comedor. Y podremos viajar a París. Tú querías viajar a París, ¿verdad?

—¡Oh, Daniel! ¡Eso es maravilloso! ¡Eso es fantástico!

—Me han dicho que siga trabajando en el proyecto. Creo que vienen buenos tiempos, Beatriz. La gente anda preocupada con lo que pasó en verano en Cuba, pero yo lo veo como una oportunidad. Vendrán más guerras, y, si hay guerra, se harán más buques. Tengo que acabar pronto mi grúa porque me ronda una nueva idea en la cabeza: creo que podrían instalarse baterías giratorias en las bordas. Sería un adelanto. Nuestra Armada no

volvería a sucumbir como lo ha hecho en el Caribe. Ya sabes que no entiendo nada de política, Beatriz, pero algo me dice que van a llegar buenos tiempos. No nos puede ir a peor. ¿Acabamos perdiendo Cuba? ¡Pues la perdemos! ¡Ya nos haremos con más tierras! Dicen que África está llena de países por explotar. Con mis grúas, con mis buques, con mis inventos... hasta la reina María Cristina me acabará felicitando. ¿Y sabes qué es lo maravilloso? Que vendrán buenos tiempos para mí. Si esa patente la saco adelante...

–La sacarás –interrumpió lacónicamente ella, con una sonrisa tierna y complacida y un gesto cándido y directo.

–Ya veremos, ya veremos. Quiero contactar con mis viejos profesores. Ellos podrían orientarme. Aún hay dificultades técnicas en la grúa que no sé cómo solventar. Pretendo desempolvar las anotaciones de mi estudio sobre Siemens e intentar mejorar los modelos. Quizás la clave esté en colocar dos motores en lugar de uno, y en encontrar una manera más barata de ajustar las piezas... Y como pueda llevarlo a cabo en un plazo breve, en unos meses, estoy seguro de que lograremos la patente y de que me contratarán en una buena fábrica como jefe de ingenieros. El astillero se nos quedará pequeño. San Telmo se nos quedará pequeño. ¿Te imaginas vivir en Bilbao o Santander? ¿O en Cádiz? ¿O en Barcelona? Ya verás. Confía en mí.

–Claro que confío en ti. Aunque yo vivo tranquila en San Telmo...

–Y si tenemos dinero, te llevaré a París. Y compraremos ropa nueva. Y encargaré un retrato tuyo...

Beatriz se abalanzó hacia él y le abrazó. Pensaba en París, sí, claro; y en un retrato, por supuesto; pero, sobre todo, en lo orgullosa que estaba de su marido, de su hombre, de ese ser callado y poco afectuoso al que, sin embargo, quería con toda el alma.

El alma... ¿No era ella quien decía tener el alma partida? ¡Tonterías! Está con Daniel, en su casa, abrazada, feliz, convencida... Su alma pertenece a Daniel. Su alma está sanada. ¡Ni siquiera se acuerda ya de Marcel! Marcel Hugarte. Marcel Noviembre... ¡No piensa volver a verlo! No quiere volver a verlo. No quiere que la sombra de ese hombre planee de nuevo sobre sí. Ha sido un espejismo, una bruma, un soplo. Todo ha pasado. No quiere volver a dudar ni volver a ruborizarse por nadie; menos aún por Marcel Hugarte.

La salita permanecía en una penumbra acogedora apenas rota por dos quinqués de cálida luz naranja. Ella se sentía satisfecha por el hogar que había sabido crear junto a Daniel, y se preguntaba cómo demonios había

podido dudar de todo eso solo porque un charlatán engreído la hubiera sonreído. Mira la alfombra, los muebles, el jarrón sobre el alféizar. Ella solo pertenecía a su marido.

No quería volver a oír hablar de Marcel. No quería volver a mentarlo. Se lamentaba de habérselo contado a Lina porque, al hacerlo, sería irremediable que ella le preguntara por él. Pero estaba convencida. Jamás se dejaría llevar por lo incontrolable.

—¿Sabes cómo vamos a celebrarlo? —preguntó Daniel mientras se desembarazaba de su esposa y, puesto en pie, extraía un tarjetón del bolsillo interior de su chaqueta—. Mira qué espléndida forma de celebrarlo. Ha llegado hoy, junto con la correspondencia. Sin duda, los Herranza le habrán dado nuestras señas. Es una invitación y no podemos desaprovecharla. Seguiremos medrando en esta acomodada sociedad de San Telmo y, de paso, nos daremos el capricho como dos señores, los señores Sanmartín. ¡Pues bueno es tu marido el ingeniero! ¡No tendré bancos ni acciones ni empresas, pero mis patentes van a hacer un mundo más cómodo!

Ella tomó el sobre, lo abrió lentamente y un escalofrío le invadió la espalda.

Marcel Hugarte

Pintor

Tiene el placer y la enorme satisfacción de invitarles a la inauguración que de su exposición “Vistas de la ciudad de San Telmo y de otros hermosos paisajes” tendrá lugar en la reputada y muy amable Sala Panorama de la susodicha ciudad de San Telmo, sita en plazuela de Santiago sin número, el próximo día 21 de diciembre, en torno a las 6 de la tarde.

Durante el transcurso del acto y como parte de él, el propietario de la Sala, don Enrique Sota de Salazar y Vinuesa, obsequiará a los asistentes con un brindis.

No se pierdan tan singular y social acontecimiento cultural.

Beatriz lo leyó una y otra vez. Elevó la vista hasta su marido y entendió que iban a acudir, que a él le apetecía un nuevo acto de sociedad. Y no pudo sino sonreír, besarlo en la mejilla y asentir.

—Iremos, Daniel, querido. ¡Claro que iremos! Si tú lo deseas, iremos, amor mío.

—¿Amor mío? ¿De cuándo aquí esas palabras? —le dijo él, turbado por el afecto de su esposa—. No me gusta que uses esas palabras cursis conmigo. No

eres una fulana.

–Daniel... yo... yo no he querido... No quería molestarte.

–¡Pues lo has hecho! Soy un ingeniero, no un cómico de vodevil. Haz el favor de comportarte como una esposa de bien y no como una cualquiera.

–Pero Daniel...

–¡No me repliques!

–Yo...

–Beatriz. Solo te pido –continuó con voz reposada aunque firme– que te dirijas como una mujer distinguida. Esas boberías de amor no son propias de alguien como nosotros. No me gusta que las uses. Y mucho menos me gusta tener que enfadarme contigo.

–Tendré cuidado, Daniel. Perdona.

–Nada que perdonar. Irás aprendiendo. No pasa nada.

Minutos después, ya en la alcoba, Beatriz tuvo que resignarse a ver cómo Daniel, agotado, se quedaba dormido sin que ninguno de los dos traspasara la línea de la voz para desearse buenas noches.

–Nunca más –se repetía ella mientras mesaba el cabello de Daniel–. Nunca más dudaré de mi amor para con mi esposo. Nunca más absurdas fantasías. Nunca más estúpidas imaginaciones ni emociones traicioneras. ¡Pobre! ¡Con lo cansado que vive! ¡Con todo lo que se esfuerza por mí! ¿Cómo he podido dejarme llevar? ¿Acaso no soy feliz? ¡Tengo que confesarme! Seguramente lo sucedido desde el día de la casa de los señores Herranza haya sido pecado. Al menos, pecado de pensamiento. ¿No está mi vida colmada de cosas buenas? Tengo un marido adorable, trabajador y sencillo; una persona excelente a la que sería incapaz de hacer daño. ¡Y encima le enfado con mis impertinencias y palabras cursis! ¡Santo cielo! ¡He estado a punto de hacerle daño! ¿Y si hubiera subido a casa de Marcel como realmente deseaba el día del aguacero? ¿Y si me hubiera dejado arrastrar y alguien nos hubiera visto? ¡Por favor! Habría sido un desastre. ¡Una debacle! El pobre Daniel habría sufrido un tremendo disgusto. Y, aún peor, habría sido el hazmerreír de la gente por tener una esposa tan desvergonzada. ¡Ay, Dios mío! Habría sido el final de su carrera... Así que se acabó. Tengo un marido adorable y sencillo; una familia excepcional... ¿Qué opinará Lina de todo esto? ¿Censurará que vayamos a la inauguración de esa exposición? Seguro que me dice que soy tonta, que no debería acudir, que tendría que excusarme con cualquier dolencia. Y es que... y es que sabe que, en cuanto vuelva a ver

a Marcel, volveré a sentir ese calor en el pecho. ¡No puedo evitarlo! Y quiero. Quiero evitarlo. Sé que debo evitarlo.

Beatriz pasó la noche en vela. Se abrazó a su marido, ajeno a tanta tribulación, mientras con la cabeza pronunciaba su nombre y con el alma, el de Marcel.

* * *

Tenía Daniel un flequillo gracioso y rebelde que no intentaba disimular y unas manos ágiles siempre impecables, muy de ingeniero, capaces de proyectar sobre grandes páginas de papel de alto gramaje excelentes planos a tinta tan impolutos como si no existiera la posibilidad del borrón en su quehacer. Había estudiado en Bilbao y trabajaba en un astillero demostrando día a día sus aptitudes, no ya solo para la cartografía y el diseño, sino, sobre todo, para la innovación.

Su matrimonio con Beatriz y su trabajo en el astillero constituían los dos pilares esenciales de su vida, junto con su colección de corbatines y su gusto por las copitas de espirituoso. No había nada en su existencia que se saliera del orden y lo previsible, de tal manera que casarse con la hija de un relojero como Gerard Tussaud habría podido ser considerado, no fruto del amor, sino de la lógica.

Los presentaron en una recepción en el club al que acudía el señor Tussaud en calidad de invitado y a la que quiso asistir con su mujer y su hija por tratarse del día del Corpus Christi, que tradicionalmente en San Telmo era una jornada de paseo familiar.

Había por aquel entonces otro candidato que barajaba para Beatriz, un joven adinerado de San Telmo, nieto de la dueña de la conservera, la viuda de Eleuterio Tellechea, una mujerona de aspecto siniestro a quienes todos en la ciudad llamaban *Ladyhumos* por ser hija de un industrial inglés y por los humores que se gastaba. La abuela huraña, para pavonearse del jovencito ante el pusilánime ingeniero Daniel Sanmartín, había llevado al club aquel día del Corpus Christi a su nieto, que por aquel entonces disfrutaba de una sustanciosa renta fruto de la herencia del abuelo y podía permitirse extravagancias como conducir su propia motocicleta. Sin embargo, hubo un detalle que hizo que Gerard descartara al vástago de la viuda y se quedara con

Daniel Sanmartín: sus uñas.

Daniel Sanmartín las tenía rectas, impecables, como cortadas con molde, tan exquisitas que parecían de relojero. Gerard Tussaud observó las del joven, se observó las suyas propias y decidió que no habría en toda San Telmo un novio mejor para Beatriz que aquel muchacho.

En el astillero, rozando el final de 1898, Daniel fue invitado a una reunión del Consejo y recordaba aquel día en el que el señor Tussaud le presentó a su hija Beatriz y le convidó a conocer la relojería y a acompañarles en una velada de sábado. Escuchaba como de fondo las voces del resto de hombres, dispuestos en torno a una enorme mesa de madera reluciente en el salón de Gerencia, y sonreía disimuladamente al recordar cómo el nieto de *Ladyhumos* tuvo que resignarse a que Beatriz acabara casándose con él. Le reconfortaba saber que no había en el mundo hombre mejor para su esposa que él mismo.

—Nuestro joven Sanmartín tiene madera de genio, caballeros —dijo uno de los consejeros señalando a Daniel. Este salió de su ensimismamiento, olvidó el Club, el Corpus Christi, a *Ladyhumos* y a su nieto y centró su atención en las palabras que le dedicaban—. Este joven llegará lejos y queremos que sea de la mano de nuestra empresa. Y lo digo yo, que sé de lo que hablo. Este joven caballero es bueno y en catorce meses ofrecerá interesantes adelantos mecánicos para nuestras grúas y... ejem... perdonen la vanidad pero así es —se pasó los dedos por sus largos bigotes como de langostino fresco—, yo mismo lo descubrí, lo ascendí y le proporcioné lo necesario para sus investigaciones sobre... ¿cómo lo llama, Sanmartín? ¿Dinámica? ¿Mecánica dinámica? ¿Física dinámica? La cosa es que tiene ideas, ideas incluso para las baterías de los acorazados. Si hay una nueva guerra, quiera Dios que de nuevo lejos de estas fronteras, allí estarán nuestros barcos con los adelantos de mi muchacho. Reconozco a los pollos de buen corral en cuanto los veo y les digo que a este pollo lo veremos pronto cacarear a pleno pulmón —el lenguaje sonó grosero en una sala tapizada en caoba, con cuadros de ilustres accionistas y una enorme araña pendiendo del techo—. A Daniel Sanmartín, caballeros del Consejo, le gusta el trabajo ordenado y experimentar. Si sigue a este ritmo, tendremos que ir teniendo en cuenta su nombre como posible miembro de esta mesa.

Hubo murmullos de aprobación. Daniel se miró las uñas y pensó que Beatriz estaría orgullosa si oyera aquel discurso. Nada deseaba más en el mundo que correr a sus brazos a contarle en qué alta consideración le tenían

los mandamases de la fábrica. Escrutó los gestos de aquellos hombres, todos serios, adustos, canosos y elegantes, y se convenció de que en su vejez sería así.

—Me alegro de que así lo piense—respondió uno de los consejeros, el señor Mosquera, un hombre embutido en un traje de terciopelo verde oscuro que acudía desde Madrid a las reuniones importantes solo cuatro o cinco veces al año. Llevaba anteojos y le faltaba un brazo—, pero quizás no sea para tanto. Lo que hace falta es gente capaz, gente trabajadora. Y de eso, carecemos. Miren, si no, esa cuadrilla de pordioseros que se llaman socialistas y anarquistas y qué sé yo cuántas sandeces más. Mano dura y al tajo. Eso es lo que se necesita. Mano dura y al tajo. Menos ingenieros engréidos, menos empleados protestones y una buena vara para enderezar las revueltas. ¡Si se hubiera luchado en Cuba como se luchaba en mi juventud—pronunció señalándose el miembro amputado—, no habríamos hecho el espantoso ridículo que hemos hecho!

Los hombres estallaron en una algarabía excitada que hizo que Daniel se fuera haciendo pequeño en su silla. Se sentía responsable de aquella perorata, como si él no fuera laborioso, como si no fuera trabajador o, peor, como si tuviera algo que ver con Cuba, con el socialismo o con la pérdida del brazo del señor Mosquera.

—¡Caballeros, caballeros! ¡Calma! ¡Calma, por favor! Tranquilicémonos todos. No exageremos. ¡No perdamos la calma! A ver si ahora nuestro fiel ingeniero Sanmartín va a ser el culpable de que Marx escribiera sus libros o de que la reina no sepa llevar las riendas del país.

—¡Sin mentarnos a Marx, por Dios, sin mentarnos a Marx en esta mesa!—esgrimía el señor Mosquera—. Por mí, como si se mueren todos. Ya buscaremos quien trabaje. Menos vicios y más trabajo. Así, sí. Así, sí se saca un país adelante. ¿O es que yo perdí mi brazo en vano?

—¡Señor Mosquera, cálmese! El país evoluciona y...

—¡De eso nada!—interrumpió el manco—. Un país con sindicalistas, vagos y maleantes no ha evolucionado, se ha vuelto salvaje. ¡Mire si no al bueno de su patrocinado! Lleva el cabello largo y dicen que a su edad aún no ha tenido hijos. ¡Por favor! Más humildad y más sensatez.

—Se le olvida a usted que, además de no ser un delito lucir flequillo, aunque a usted le encantaría que lo fuera, Sanmartín nos ha ofrecido un prototipo para un nuevo tipo de grúa que va a abaratar los costes de

ensamblaje de los barcos en cerca de un cuarenta por ciento. Eso, sin contar con que tiene ideas innovadoras sobre otras partes del proceso. ¡Y sin citar su invento para las baterías de los acorazados! Un aire fresco que no se tenía desde que se fundó el astillero...

—Y eso que solo es ingeniero —bromeó burlescamente el señor Mosquera—. Si llega a haber estudiado Comercio, nos jubila a todos.

—No se mofe, amigo mío.

—¡Qué sabrá usted lo que es padecer! ¿Sabe usted cómo perdí el brazo?

—Me temo que va a contárnoslo otra vez —respondió hundiendo su nariz en la gran copa olorosa.

—Fue serrado. Sí, sí, serrado. Así, por aquí. Serrado sin anestesia ni paliativos de esos que tanto usan ahora los médicos. Tenía medio hueso fuera, brotaba la sangre como de un brocal. No se imaginan el dolor. Yo mismo tuve que insuflarle valor al cirujano de campaña para que se mantuviera firme y hundiera el filo del serrucho. No saben ustedes qué se siente al oír el hueso astillarse bajo la piel.

—Dudo que esta conversación sea del agrado de nadie, señor Mosquera.

—¡Váyanse al carajo! —respondió airado levantándose y acudiendo a la puerta.

Cerró de un portazo. Eran los portazos del señor Mosquera. Nadie se los tenía en cuenta. No había visita suya que no terminara con alguna soflama y algún gesto mesiánico.

—Imagino que no es fácil para un joven como usted, Sanmartín, trabajar entre tanto carcamal, con las viejas leyes de empresa de la época del señor Mosquera y *Ladyhumos*. ¿Sabía usted que se cuenta en Madrid que, cuando esta enviudó, ambos tuvieron un *affaire*? Se dice que por eso el señor Mosquera compró acciones del astillero, para venir a San Telmo de cuándo en cuándo.

—¡Señores, por favor! —interrumpió alguien desde el otro extremo de la mesa—. No hablen así de una dama. Y mucho menos de la viuda de Eleuterio Tellechea, gran benefactor en esta nuestra ciudad.

—Tiene razón... sí... Y en cuanto a usted, Sanmartín, no se lleve una impresión equivocada de este Consejo. Somos perros ladrones pero poco mordedores. Usted persevere en su trabajo, avance con sus propuestas y... quizás pueda plantearse lo de su flequillo. Y ate en corto a su esposa; es una mujer hermosa de la que todo el mundo habla en los corrillos. Dicen que en

casa de los Herranza coqueteó con el tal Hugarte. No le conviene a usted, amigo Sanmartín, granjearse la fama de marido apoquinado. Quien no sabe llevar sus asuntos domésticos, tal vez no sepa llevar los de los negocios. Ya me entiende. Por nosotros no hay problema, pero un pueblo es un pueblo... Se lo digo como amigo.

* * *

El suelo del corredor parece un espejo. Todo es blanco, salvo un extintor en la pared, colgado en el exacto punto equidistante de ambos extremos, y un cartel luminoso sobre la puerta del fondo en el que se lee *exit*. No hay adornos ni concesiones a la estética, salvo el orden que impregna cualquier rincón de Los Robles.

La iluminación del techo expande un tono blanco intenso que difumina cualquier sombra, de ahí que la directora, que avanza con paso firme, se congratule al comprobar que la atmósfera aséptica no se altera ni siquiera con su propia presencia.

Alcanza la salida y sonrío satisfecha: la señora Dolores permanecerá sedada durante al menos doce horas. Es inconcebible que se haya saltado las normas. Las normas están para cumplirse. ¡Estaría bueno!

Se mira los labios en un espejito de mano: el carmín está perfecto, sin grumos ni sequedades. Sonríe.

* * *

Llovía. Varias galeras dejaban gente en la plazuela de Santiago. El propio Enrique Sota de Salazar recibía a los invitados y les conminaba a entrar en su sala de exposiciones, no sin antes indicar a alguno de los ordenanzas que se hiciera cargo de las capas y paraguas.

Beatriz y Daniel no tardaron en encontrarse con las personas que conocieron en casa de los señores Herranza. Él lucía un traje modesto pero perfectamente planchado, con una camisa almidonada sobre la que destacaba un corbatín granate. En la barbería, había ordenado que le rebajaran el flequillo. Estaba elegante. Ella, igualmente, había elegido un vestido sobrio pero apropiado en tonos crema y un sombrero marrón a juego de un recio

sobretudo de paño.

–Estás muy guapo, Daniel. Creo que me acostumbraré a verte sin flequillo.

–Gracias por prepararme la ropa, mi vida. Tú también estás guapa. ¿Y ese color en tus labios?

–Es un carmín nuevo. ¿No te gusta? Tú te arreglas el cabello y yo me maquillo los labios.

Por un instante, Beatriz pensó si aquel carmesí no sería excesivo, y si no le habría valido más conformarse con los sutiles tonos que habitualmente usaba. Sin embargo, haciendo caso a Lina, se había atrevido con un color intenso.

–No es que no me guste. Es que no sé si está acorde con nosotros. No entiendo de estos protocolos, pero te rogaría que no me dejaras en evidencia.

–Lo... lo siento... Si quieres, me lo quito. Llevo un pañuelo en el bolso...

–No, no. No te lo quites. Déjalo. A fin de cuentas, no creo que nadie se fije en ti. De lo que se trata es de que se fijen en mí. Estos acontecimientos son excelentes oportunidades que no puedo desaprovechar.

El ambiente era distinguido pero, al tiempo, con cierto aire bohemio. A matrimonios reputados y damas de la alta sociedad se unían jóvenes intelectuales con levitas informales y hasta varios poetas barbilampiños que emulaban a Larra. Beatriz, al ver a tanta gente, comprendió que su vida en San Telmo, limitada a poco más de cuatro calles, estaba empezando a ser muy pobre. ¡Si aquel tropel de invitados parecía sacado de una de los ejemplares de *La Ilustración Española y Americana* que leían Lina y ella!

La estancia era amplia y, en sus paredes, enormes cortinones negros ocultaban los cuadros de Marcel Hugarte a la espera de que llegara el momento. Varias mesas con candelabros y numerosos quinqués con linternillas alumbraban de manera amarillenta cada rincón del local. El olor a petróleo quemado era profundo y, al tiempo, embriagador, casi como a cocina.

–Permita que les presente –comentó solícita la señora Herranza mientras que con un gesto iniciaba el protocolo–. Los señores Sanmartín, Beatriz y Daniel. Un matrimonio encantador y muy prometedor de esta nuestra ciudad. El señor Sanmartín es un prometedor ingeniero. Y su esposa es hija del señor Gerard Tussaud, el relojero de la calle Cruz, un hombre de una reputación intachable. Y aquí, el señor Gilberto Cortázar, uno de nuestros más exitosos

industriales y miembro de honor de la Liga de Pensadores Liberales. Dice mi marido que será un padre de la patria.

–Su marido es un exagerado, señora Herranza. Todos lo sabemos – correspondió el tal Cortázar, falsamente azorado, mientras estrechaba la mano a Daniel y besaba el guante de Beatriz–. Encantado. He oído hablar de usted –dijo a Daniel–. Sus ideas sobre dinámica me parecen asombrosas, quizás un tanto ilusas pero, sin duda, revolucionarias. Lo que hace falta en este país son jóvenes con espíritu inquieto, señor Sanmartín. Y no me cabe duda de que usted lo es, sí. ¿A qué se dedica en su tiempo de ocio? ¿Lee *La Gaceta*?

–Mi marido es muy hacendoso –interrumpió Beatriz, orgullosa pero en un inoportuno comentario en mitad de una conversación de hombres.

–Le he preguntado a su marido, señora –corrigió con desdén el señor Cortázar, volviendo a dirigirse a Daniel–. ¿Qué opinión le merece la reina?

–Sí, sí. Oh, bueno. No me meto a opinar de política. Como dice mi esposa, soy muy trabajador. Y, por cierto, le ruego que la disculpe. Ella no está acostumbrada a este tipo de reuniones sociales.

–Pues debería acostumbrarla, señor Sanmartín –recriminó ignorando a la mujer–. Un joven marido como usted no puede verse interrumpido por una señora, por muy encantadora que sea, como sin duda lo es usted, señora de Sanmartín.

Beatriz se ruborizó. La señora Herranza intervino en su auxilio y la agarró del brazo con una ancha sonrisa, llevándosela de allí.

–Y ahora, mis amables caballeros, les dejaré con sus tediosos y graves asuntos mientras me llevo a mi queridísima Beatriz a ver la exposición. Espero que arreglen ustedes la economía con sus conversaciones.

A decir verdad, la anciana era tan frágil y risueña que hasta sus ironías sonaban a lisonjas. Una vez lejos de los hombres, se disculpó ante Beatriz.

–No hay que tenérselo en cuenta. Políticos, industriales y financieros son todos unos petulantes. Pero a su marido le viene bien conocerlos, y este tipo de eventos son un buen lugar para entablar relaciones. Nuestra función como esposas, querida amiga, es la de ver, sonreír y callar... y mostrarnos enamoradísimas, claro.

–Lo... lo siento.

–¡En absoluto! ¡No hay nada que sentir! –le decía mientras avanzaban del brazo por todo el largo de la Sala Panorama–. Cuanto más la humille el señor

Cortázar, más poderoso se siente y, por lo tanto, más paternalista será con Daniel. Y, la verdad, Daniel es tan joven que habrá de soportar muchos paternalismos si quiere hacerse valer en este mundo de engreídos.

Un grupo de damas saludó a la señora Herranza desde el otro extremo de la sala. Eran más mayores que ella, vestían exageradamente acicaladas y lucían un muestrario de coloridas plumas en sus sombreros, a cual más exuberante y feraz, como si un corral de urogallos y pavos reales pugnara por la atención de los asistentes.

—Y ahora nos despedimos, Beatriz. Aquellas señoras son postulantes, muy pesadas, y poco le van a aportar. Usted quédese por aquí y, en cuanto me zafe de ellas, volvemos a hacernos compañía.

Al poco, el señor Sota de Salazar, en su papel de flamante anfitrión, hacía callar a sus invitados y se alargaba por más de diez minutos glosando las virtudes del pintor expuesto.

—¡Señoras y señores! ¡Un poquito de atención! Es un placer para la Sala Panorama presentar la obra de este estupendo pintor, amén de amigo, así como poeta, violinista, explorador y rompecorazones.

Hay un aplauso y un murmullo de aprobación.

—Conocí a Marcel Hugarte hará unos años y, haciendo uso de sus malas artes —bromeó—, me convenció para que le comprara el primero de los muchos cuadros con los que ahora tengo el orgullo de contar en mi pinacoteca particular. Y debo decirles que no es fácil clasificar a este autor, polifacético y visceral, de carácter inconformista y exigente, siempre en pertinaz búsqueda de nuevas experiencias. Sus numerosos viajes a bordo de los más increíbles navíos, su extensa colección de enseres traídos desde mil puntos del planeta y amontonados destartaladamente en su casa, su espíritu romántico... le hacen convertirse en un hombre del Renacimiento a finales de este siglo XIX nuestro. Estoy convencido de que, de haber nacido en la Italia del Quattrocento, habría embaucado a los mismísimos Médici.

Surgió un nuevo aplauso y alguna risa ante la exageración y la forma de gesticular del galerista. Beatriz escuchaba absorta, anónima en una esquina, convenciéndose de que, si era verdad cuanto se estaba contando de él, sería absurdo pensar que aquel poema del día del concierto estuviera dedicado a ella.

—Los cuadros que se ofrecen en esta exposición son todos nuevos. Dejen que permanezcan tras las cortinas hasta el momento apropiado. Eso sí, les

aviso que, si bien la temática es costumbrista, casi tónica, no así la técnica, audaz e irreverente. Nunca se había visto en San Telmo algo semejante. ¡Es más! Dudo que en toda nuestra región haya un pintor como Hugarte. Combina perfectamente el poso de Delacroix, la luz de Canaletto y la técnica de esos a quienes llaman impresionistas, evocándonos no tanto un estilo como una concepción de la obra pictórica. Puede que con él sea cierta la frase de que no es lo importante qué se retrata sino cómo se retrata.

El ambiente estaba caldeado. Todos se morían de ganas de ver definitivamente las obras. El señor Sota de Salazar era hábil creando intriga y, aunque salpicaba su discurso con algunos chistes de poca gracia, lo cierto fue que logró que la espera desesperara.

Beatriz, no obstante, no dejaba de mirar alrededor para ver si descubría a Marcel. No quería verlo porque sabía que volvería a embelesarla, pero no deseaba otra cosa en aquel preciso instante que sentirse embelesada. ¿Es que no iba a acudir a la inauguración de su propia exposición? ¿Tan arrogante y presuntuoso era? ¿Tan importante se creía?

–¡Señoras y señores! –gritó de forma circense el señor Sota de Salazar, batiendo los brazos–. ¡Llegó el momento!

Y de pronto, alguien accionó una tramoya y los telones negros se descorrieron para dejar al descubierto los cuadros. Hubo una exclamación, un conato de aplauso e, inmediatamente, un murmullo de aprobación.

– ¡Excelente!

–¡Muy bueno, sí señor!

–Maravilloso, soberbio.

–Ya era hora de que en la ciudad se viera algo así.

–San Telmo se lo merecía. Pero... ¿y dónde está el artista?

Beatriz se preguntaba lo mismo. ¿Dónde estaba el artista?

Por una pequeña puerta, apareció Marcel Hugarte ataviado con una levita bajo la que un chaleco bermellón y un corbatín de seda verde le otorgaban un aspecto de parisino. Llevaba sobre su cabeza una reluciente chistera que se quitó nada más entrar en la sala y con la que realizó una solemne reverencia. Después, caminó hasta el anfitrión, le obsequió un abrazo y le besó la reluciente calva.

–Este hombre es el verdadero artista, señoras y señores. Sin él, estos cuadros dormirían en las sombras de mi estudio. ¡Un aplauso para él!

Al aplauso le sucedió un nuevo discurso. Y al discurso, unas palabras de

Marcel. Y a este, dulces y licores y apretones de manos y saludos y sonrisas. Daniel se separaba de su esposa para ir a saludar a dos ingenieros que le reclamaban desde un lado de la sala. Beatriz, a su vez, deambulaba en solitario deteniéndose frente a los óleos; en realidad, siendo la única que parecía atenderlos.

—Creo que es la única persona de Panorama a quien le interesa mi pintura —le susurró al oído el propio Marcel.

—¡Oh! Buenas... buenas tardes, señor Hugarte. Enhorabuena por la exposición. Yo... verá... sí, claro que me interesa. Me gusta mucho el arte. Acudo con frecuencia a casa de mi hermana a ver libros de pintura. Mi padre también tiene muchos. Los mandó traer de Francia.

—¿Cómo se le ocurre?

—¿Perdón?

—Que cómo se le ocurre, Beatriz.

—Que cómo se me ocurre... ¿Qué?

—Que cómo se le ocurre llamarme señor Hugarte. ¡Nadie me llama señor Hugarte! Llámeme Marcel.

—No... no sé...

—Marcel, Beatriz, Marcel. ¡Venga! ¡Voy a enseñarle algo!

La agarró de una mano y, como si nadie en la sala los viera, o probablemente sin que nadie en la sala los viera, ambos se escabulleron por la pequeña puerta por la que antes había aparecido el pintor y atravesaron un pulcro despacho contiguo para, después, bajar por unas escaleras.

Beatriz no decía nada. Estaba aterrorizada. Estaba encantada. El corazón se le iba a salir del pecho. Miraba la espalda de Marcel sin atreverse a preguntar a dónde iban, a dónde conducían aquellas escaleras, de qué clase de tontería se trataba.

Por fin, llegaron a lo que parecía la pinacoteca del señor Sota de Salazar. Allí se amontonaban bustos de escasa valía, cajas chinas, cuadros apilados sin demasiado esmero, alguna escultura de corte clásico...

—Dígame una cosa, Beatriz: ¿le ha gustado mi obra?

—Bueno, sí. Yo no entiendo demasiado, pero a la gente parecía gustarle.

—¡Al cuerno la gente! ¡Si ni siquiera han mirado los óleos! Son una cuadrilla de adocenados —respondió él, mientras comenzaba a rebuscar entre las montoneras de cuadros del señor Sota de Salazar—. ¡No distinguirían un Murillo de un Monet! Acuden a estas inauguraciones exclusivamente por

dejarse ver, pero les importa un bledo si la pintura les dice algo o no. ¡Panda de engreídos!

–Yo... yo no quería...

Por unos instantes, reinó el silencio en aquel almacén, sin que Beatriz dejara de observar a Marcel revolver entre los lienzos. Pensaba que era una pena cómo se estaba manchando la levita, pero, de igual forma, que aquel hombre era un caudal incontrolable de energía. Se sentía transportada.

¿Y no es maravilloso sentirse transportado? ¿No es una experiencia embaucadora, embriagadora, tal vez taumatúrgica, sentirse transportado por una voz, un gesto, un guiño o un nombre? ¿No nos convierte en humanos transitar las arenas movedizas del embelesamiento?

A veces arrojamos nuestro raciocinio por la borda y sucumbimos ante unas manos cálidas o una frase certera. A veces, ante un silencio. Y todo nuestro universo se tambalea y volamos a todas esas otras vidas que no supimos o no pudimos vivir. Como si, en un minuto, cada una de las existencias posibles se dieran cita y tuviéramos que escoger.

Nos transportamos sin abandonar el suelo, pero partimos de nuestro cuerpo a alguna dimensión ignota y somos felices por un instante. Quién sabe si la felicidad no consiste en eso, en ocupar por segundos la existencia paralela de la que no somos conscientes.

–¡Ajá! ¡Aquí está! Mire, Beatriz. Mire qué cuadro.

Ante la mujer, Marcel mostraba un lienzo de estilo impresionista inundado de intensos tonos azulones. Los trazos eran rápidos, atropellados; las formas se conseguían con manchas de color; la luz era incierta, casi esquemática. Apenas había dibujo, sino volúmenes logrados con la inclinación del gesto y los matices del pigmento.

–Es San Telmo. Lo pinté hace varios años, muchos años. Era yo muy joven. Fue la primera vez que rompía con el academicismo y pintaba dando al color, que es la luz, el protagonismo que se merece. Los volúmenes son el sustento; la pincelada, el brochazo... Se logra... ¿cómo le diría? se logra atmósfera y se capta el momento. No se trataba de captar la realidad, sino la impresión que ésta me causaba. ¿Qué le parece, Beatriz?

–No sabría decirle, Marcel.

–Se titula *Ad libitum*. ¿Sabe usted qué significa *ad libitum*?

–No tengo ni idea –se azoró Beatriz.

–Significa algo así como con total libertad. Se utiliza en música. Sería... ¿cómo decirle? Sería improvisar, salirse de la partitura, ejecutar libremente. Para mí este cuadro simboliza lo mismo. Está pintado con total libertad, fuera de la norma del academicismo. No sé si me explico. Me encanta este cuadro. Me eleva. Me reconforta. Simboliza mi espíritu libre, mi alma libre de normas. La pincelada no se sujeta a la norma.

–Veo que usted no se sujeta a ninguna norma... ¿Nada le detiene?

–Ese viejo usurero de Enrique me lo adquirió después de engatusarme con su palabrería y lo tiene aquí, apolillándose, muerto de la risa. Algún día volveré a pintar así. La fugacidad del tiempo, lo instantáneo, lo fugaz. ¡*Ad libitum*! ¿Comprende? ¡Se acabaron los cuadros de estudio! ¡Se ha muerto la Academia! Hay que pintar según la luz del instante. Por eso todo parece envuelto en una nebulosa de azules, negros, grises. No es San Telmo, en realidad. No me interesa captar San Telmo tal cual, sino interpretarla. Dar mi visión de San Telmo al amanecer, cubierta por la bruma; es decir, matizada por la luz de un momento concreto en un lugar concreto y lo que ello me suscita, lo que me evoca. En París entendieron esto hace décadas. ¿Y ve este puntito rojo? Se llama carmín de alizarina.

–¿Cómo?

–Carmín de alizarina. Así se dice a este color, Beatriz. Es un tipo de rojo complicado de lograr, difícil de hacer. ¿Sabe? Se hace con unos pigmentos muy caros que manchan mucho...

–¿Carmín de alizarina? El nombre es bonito...

Marcel mantenía el lienzo sujeto con una mano. Tendió la otra hacia Beatriz y dejó que esta se la tomara. Le tomó un dedo y se lo hizo pasar sobre la pintura.

–¿Lo siente? Estos grumos hablan del Sena. El óleo tiene su propia vida. Cada pincelada es diferente a la anterior y desconocida para las siguientes. ¿Siente la rugosidad? ¿Siente el calor? Cada borbotón de materia habla del Sena, de París, de sus calles, de los brillos en el agua, de mí mismo... ¡Esto es un buen cuadro y no lo que hay colgado arriba entre cortinones! ¿Ve esta gota roja en el cielo? Es lo que más vale del cuadro.

–No... no le entiendo.

–Este punto rojo convoca toda la atención del cuadro. Puede ser un brillo,

un astro, un reflejo del sol, un tejado, una brizna incandescente... Da igual lo que sea. Lo importante es que una sola gota roja otorga al cuadro potencia. No sé si me explico. Es... ¿cómo se lo diría? Es como el carmín de sus labios.

Ella se ruborizó e intentó ocultarlos mordiéndoselos.

—¡No! No haga eso. Son preciosos. Es un rojo intenso. Si tuviera que pintarlos, usaría la alizarina, un pigmento intenso, rotundo, potente. ¿Me comprende? El puntito rojo de mi cuadro es como sus labios: no se necesita más.

Marcel apoyó su mejilla en la de Beatriz, de forma que los ojos de ambos miraban en la misma dirección. Ella se abandonó. Notó su aroma, su piel, el ritmo de su respiración.

—Estratagema de seguir oyéndote y seguir buscándote y comprendiendo — susurró él.

De pronto, el hombre se separó con violencia, apoyó el cuadro en el suelo y, cambiando la inflexión de su voz y sin soltarle la mano, preguntó:

—¿Ha estado usted en París, Beatriz?

—¿Yo? ¿En París? ¡Oh, no, no, en absoluto! No... Nunca he estado en París.

—¡Es fantástico! Verá, Beatriz: yo viajo mucho. Soy piloto de navío. Antes navegaba prácticamente cada mes. Era agotador. Trabajaba para la Compañía Vascoamericana de Importaciones, una empresa fatal pero en la que aprendí mucho. Conocí Brasil y la Argentina y Venezuela... Pero era agotador, en serio, porque apenas paraba en San Telmo. Ahora, lo que hago es embarcarme por libre, en viajes para los que reclaman un piloto con experiencia, así que puedo pasarme hasta seis meses en tierra firme... y otros seis en la mar. Hay quien me dice que debería haberme hecho capitán, pero yo no lo creo; me gusta ser piloto. ¿Conoce la diferencia entre capitán y piloto?

—Lo cierto es que no —respondió ella, embebida por la verborrea del pintor.

—Bueno, da lo mismo. Algún día se lo explicaré. Lo interesante ahora, amiga mía, es contarle que, debido a mis viajes, he tenido ocasión de conocer medio mundo. París, sin embargo, siempre se escapaba de mis derrotas: no tiene mar y, por consiguiente, era materialmente imposible encontrar un embarque hasta allí. Lógico. Así que aproveché unos dineros y me marché

por dos meses. Fue estupendo. Conocí gente excepcional, pintores de gran maestría y con una filosofía que se les desbordaba de los pinceles. Innovadores. Incluso algunos que habían conocido a los padres del Impresionismo. Estuve a punto, a puntito, de coincidir con Pissarro. ¿Le suena Pissarro?

–La verdad es que nunca he oído hablar de él.

–Es normal. Aquello me cambió la forma de pintar...

Marcel se quedó callado. Tenía la vista perdida en el vacío, como si aquel almacén fuera la antesala de un desierto, probablemente rememorando sus tertulias en Montmartre, sus paseos junto al Sena, sus aprendizajes en el estudio de *monsieur* Duval, que presumía de haber sido a su vez discípulo de Manet.

Beatriz lo observaba. Tenía ganas de abalanzarse sobre él y quedar prendida de su chaleco. Quería que siguiera hablando, que no se acabara aquel momento, que el resto del mundo desapareciera. Quería irse con él a París o a la Argentina o a donde fuera.

–Pero –interrumpió– su apellido es francés, Beatriz.

–¿C... cómo dice? –despertó ella.

–Que su apellido, Tussaud, es francés.

–Sí, pero nunca he estado en Francia. Se lo debo a mi padre. Él sí es nacido en Francia. Fue un topógrafo que acabó en estas tierras. Ahí acaba toda mi relación con Francia. Ni conozco Francia ni tengo nada más francés. Ni siquiera hablo francés.

–Tussaud es un apellido francés. Marie Tussaud, que recibió el apellido de su marido, fue una modelista de cera que hacía excelentes bustos en este material. Una vez, en París, vi uno de esos bustos. Escalofrantes.

–¿De verdad ha visto sus modelos en cera? Yo tengo noticias de ellos por un libro de mi padre, una enciclopedia. Pero ya le he dicho que nunca he estado en Francia. No he visitado a esa tal Marie Tussaud.

–¡Ni falta que le hace!

Marcel se separó dos pasos en aquel almacén destartalado, con cuidado de no pisar ningún objeto de los que se desperdigaban por el suelo, y, tras carraspear lentamente, recitó con voz cálida:

Les sanglots longs

Des violons

*De l'automne
Blessent mon coeur
D'une langueur
Monotone.
Tout suffocant
Et blême, quand
Sonne l'heure,
Je me souviens
Des jours anciens
Et je pleure.*

Beatriz esbozó una carcajada. Estaba totalmente hipnotizada por aquel hombre. No había entendido nada, pero intuía que algo hermoso decía.

–Es de Paul Verlaine, un poeta francés muy afamado. ¿Sabe lo que dice?

–Ni idea. Discúlpeme. Ya le he dicho que no sé ni un ápice de francés.

–Los sollozos más hondos del violín del otoño –traducía él– son igual que una herida en el alma de congojas extrañas sin final. Tembloroso recuerdo esta huida del tiempo que se fue. Evocando el pasado y los días lejanos lloraré.

–Es... es muy bonito.

–Es melancólico.

–No me creo yo que sea usted muy melancólico, Marcel.

–Ni se lo imagina, amiga mía, ni se lo imagina.

De pronto, como si un golpe de mar sacudiera con furia el casco de un barco, se abrió la puerta y entró el señor Sota de Salazar. En sus palabras no había malicia ni picardía, más bien ingenuidad, pero les avisó de que arriba los invitados empezaban a acalorarse en discusiones sobre política y economía, que las señoras ya habían bebido demasiados licorcitos y que no se había presentado ningún plumilla a recoger una mísera crónica de la inauguración. Comentó a Beatriz que su marido departía amistosamente con dos directivos de Férricas Hispanolusas y que la señora Herranza, que tenía que marcharse, le había pedido que se despidiera.

Después, volviendo a entornar la puerta, él y su reluciente calva desaparecieron escaleras arriba sin siquiera esperar a escuchar la respuesta de Marcel.

III

EN LOS PUEBLOS CON MAR, LA BRISA TRAE
VERSOS, PECADOS O SIMPLEMENTE LA LIBERTAD
DE SENTIR VÉRTIGO, POR PARADÓJICO QUE
PAREZCA

Los anuncios, si se refieren al corazón,
no deberían traspasar el umbral de los labios.

— ¿Me quieres decir que estuviste a solas con él en una habitación en penumbra, a puerta cerrada, Beatriz?

— ¡Pero no es lo que parece, Lina!

— Lo que parece, hermanita, es que estás perdiendo la cabeza. Y me encanta...

— ¿Cómo te atreves?

— Lo digo porque, de haberos sorprendido alguien, habría sido un escándalo —seguía con voz burlona—. Imagínate al pobre Daniel. Habría sido su final. Lo habrías matado del disgusto. Y, peor, habrías acabado con su carrera profesional. San Telmo es una ciudad grande y próspera... pero, para estas cosas de las infidelidades, es un pueblo.

— ¿Cómo te atreves a hablar de infidelidades? ¡No pasó nada! Creo... creo que no tenía que haberte contado nada.

— Menos mal que el galerista ese es un bohemio. Si no, habría ido con el cuento a tu marido y habrías cerrado su ascenso en el astillero.

— ¡Vaya! ¿Es eso lo único que te preocupa?

— No —dijo sonriendo Lina mientras se levantaba y comenzaba a deambular por la estancia como si de una princesa en el baile de gala se tratara—. Lo que me preocupa es que estuvieras en una habitación a solas, que pudieran sorprenderos... ¡y que no lo besaras! ¡Ja, ja, ja! Vaya, vaya con la mayor de las Tussaud!

— ¡Lina, por Dios! ¡No seas frívola!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Lina, deja de decir sandeces! ¿Cómo iba a besar a un desconocido?

—¡Ja, ja, ja! ¡Ay, Beatriz, Beatriz! Si no fueras mayor que yo, pensaría que no sabes de los placeres de la vida.

—¡Lina! No te admito que me hables en esos términos. ¿Besar yo al señor Hugarte?

—¿Y por qué no?

—¡Porque estoy casada!

—Mmm. Veamos, veamos —Lina se detuvo y adoptó un cómico gesto de reflexión—. ¿Una mujer casada que se deja llevar de la mano hasta un almacén donde un desconocido le recita poemas en francés y le acaricia el dedo con la excusa de tocar un cuadro?

—¡Niña!

—¡Ofuscada!

—¿Ofuscada yo? ¿Ofuscada yo?

* * *

Las calles de San Telmo se iban ensombreciendo según la luz, que había estado matizada todo el día por enormes nubarrones grises. Declinaba el día. En las avenidas de la zona nueva, dos empleados municipales encendían faroles de gas. También en algunas plazas y en las aceras de acceso a las casonas de los indios. En la parte antigua, sin embargo, hombres con quinqués de brea y mujeres con candelas se abrían paso entre las sombras como si toda la vida no hubiera reinado sino la oscuridad. Por el puerto, las velas en las mesas de las tabernas y los focos de petróleo de la lonja proyectaban alargadas sombras sobre aparejos y adoquines. Más allá de la ciudad, el faro avisaba de la proximidad del acantilado, tintineando tras la bruma como un cíclope indeciso. Diciembre tocaba a su fin.

Daniel caminaba a buen paso. Estaba exultante. Tenía ganas de llegar a casa, dejar que Beatriz lo atendiera y contarle que habían aprobado una partida de dinero para desarrollar su prototipo de baterías giratorias para los barcos de guerra. No cabía de gozo dentro de sus botines de cuero marrón.

Así, cuando desde una calesa le llamó la voz del señor Cortázar, no supuso lo que sucedería a partir de entonces, absorto como estaba en sus

planes inmediatos.

–Venga, venga. Acompáñeme, señor Sanmartín. Suba a mi carruaje. Demos un garbeo hacia mi casa y, mientras, nos conoceremos mejor.

–Lo siento –se disculpó el joven–. Es tarde y Beatriz, mi esposa, me aguarda. Ha sido un largo día en el taller...

–¿Va a declinar mi invitación? No sea insolente, señor Sanmartín. Han abierto un establecimiento no muy lejos de aquí donde, comentan, sirven un brandy estupendo. Ordenaré a mi cochero que nos acerque. Estoy seguro de que no se arrepentirá. ¡Y no admito un no por respuesta! El otro día, en la Sala Panorama, me empezó usted a hablar de un artilugio que creo que puede ser interesante. No tardaremos mucho en ver emerger definitivamente la industria en este país nuestro y se necesitan cerebros como el suyo. Así que, venga, sin monsergas. Vayamos a probar ese brandy.

Daniel accedió. Sabía que Beatriz se preocuparía y que no había posibilidad de avisarla. Sabía que nunca antes se había ausentado de casa hasta tan tarde. Sabía que se demoraría demasiado porque a un brandy seguiría otro. Sabía que su esposa se disgustaría... Pero sabía que, si quería abrirse paso en el complicado y convulso mundo industrial, si quería airear sus ingenios y demostrar su valía, necesitaba de aquel tipo de personajes y en definitiva, un disgusto de Beatriz no era comparable con un momento para medrar.

Así que accedió y se enredó durante horas en conversaciones excitantes sobre empresas, política, planes de futuro, motores, grúas, costes de producción... Una charla que comenzó taimada y terminó como un torbellino de promesas fruto de la euforia que al señor Cortázar le producían los licores.

Permanecieron en el local, una suerte de club inglés decorado con abundantes alusiones a Gran Bretaña y a la India, acomodados en unos sofás de cuero del mismo color que el brandy. Un camarero correcto y con aire británico servía varias copas hasta que, rendido a la evidencia, propuso a los caballeros dejar la botella sobre la mesa.

–Por supuesto. Déjela aquí. Mi amigo Sanmartín y yo tenemos mucho que arreglar. ¿Verdad, amigo Sanmartín! –ordenó el señor Cortázar leyendo la etiqueta del brandy.

En un formidable reloj de la estancia dieron, cadenciosamente, las siete, las ocho, las nueve... Después, las diez, y un cuarto licor.

Cuando las campanas entonaban la media noche, Daniel sabía que Beatriz

no se lo perdonaría. Lo que no sospechaba era que su decisión de aceptar el convite del señor Cortázar supondría un antes y un después en la vida de su esposa.

* * *

Nuria lee en uno de los dos sillones de la sala de exposiciones. Frente al suyo, una mesa de cristal soporta varias revistas de arquitectura y un tiesto Art Decó con una planta de la familia de los cactus. Junto al otro, dos cajas de cartón guardan los catálogos de la próxima exposición en Nuria Tussaud Galería.

Se pregunta en qué momento Beatriz Tussaud había decidido convertir la relojería de su padre en un lugar para exhibiciones de arte.

A veces suceden así las cosas. No siempre se planean y, por mucho que se pretendan grandes consecuencias de grandes acciones, con frecuencia el destino nos sorprende con las fabulosas consecuencias de los más nimios actos. Es lo que el propio Marcel llamaba “la pipa del capitán”. Solía contar que un náufrago en las Antillas, aferrado a los restos de un navío, vagó por el océano durante días y días sin ninguna esperanza de ser rescatado. Una noche, desesperado, sucedió algo que le salvó la vida. A pocas millas de él, un paquebote de pabellón inglés avanzaba en silencio cuando el capitán, afectado por un grave insomnio, salió a proa y encendió su pipa. El hombre accionó el chisquero varias veces, sin duda húmedo por la brisa, y los destellos duraron apenas unos segundos. Sin embargo, aquellos destellos, aquel chisquero, aquella pipa, aquel insomnio, sirvieron al náufrago para adivinar la presencia del barco y ponerse a gritar como un endemoniado hasta ser oído por el capitán. Marcel aseguraba que en la vida sucedía de igual forma, y que los más mínimos actos, como accionar un chisquero mojado, pueden suponer grandes consecuencias.

Marcel Hugarte. ¡Qué ser más desconcertante!

Notas al cierre:

- Comprar un nivel (mejor que el que se me ha roto).
- Preguntar al señor Joaquín a ver qué fue de Paulina.

Suena el teléfono.

–¿Nuria Tussaud?

–Soy yo, sí.

–Anote: Residencia Los Robles. Pregunte por mí, pero sea cauta. Ya me han sorprendido una vez colándome en recepción para llamarla y me han sedado. La directora es una bruja. Conocí a Beatriz Tussaud y supe la verdad sobre Marcel. Yo estaba allí. Tiene que saber qué sucedió en realidad. No por nada, pero tiene que saberlo. Beatriz no se mereció aquello.

–Pero... ¿pero quién es usted? Vaya despacio. Por favor. Hable despacio. A ver... ¿qué es eso de Marcel? ¿Qué es eso de que la han sedado?

–¡Tengo que cortar! Esta gente me vigila y no me fío de nadie. Recuerde, Los Robles. Yo conocí a Beatriz y supe la verdad sobre Hugarte. No se fíe usted tampoco de nadie. No todo lo que se cuenta es cierto. Mire, si no, lo que se cuenta de la crisis. Nos mienten en todo. Hay mucho interés y mucho loco, y en este pueblo a veces no se ha tratado a la gente como se debía. Se lo digo yo. Ahora tengo que cortar. Espero su visita.

Bip... bip... bip...

* * *

Cuando pasada la media noche Daniel entraba en casa, el mundo le daba vueltas. No sabía si se encontraba ebrio o simplemente aturdido por el monólogo de su anfitrión. Le dolía la cabeza, la garganta y presentía que, de madrugada, se sentiría realmente peor. Entendía que para triunfar era necesaria la vida social, pero intuía que jamás estaría a la altura de bebedores y habladores como el señor Cortázar.

Procuró no meter ruido, aunque no pudo evitar algunos tropiezos y un sonoro golpe contra la puerta del dormitorio. Beatriz había llorado, asustada por la tardanza, desasosegada, sin atreverse a dar parte a su padre y sin fuerzas para salir por las calles de San Telmo a buscar a su marido. Había llorado también de rabia.

¿Y si hubiera corrido por la ciudad preguntando por su marido y este se hubiera enfadado? ¿Y si hubiera acudido al astillero y resultaba que había algo importante que ella osaba interrumpir? ¿Y si mientras ella abandonaba el domicilio él hubiera regresado?

Se sentía estúpida, sin recursos, maltratada. ¿Por qué no enviar a un mozo para dar aviso de la demora? ¿Es que Daniel creía que no había de hacerlo? ¿O era que, en efecto, la labor de las esposas se limitaba a atender a sus

maridos... regresaran a casa a la hora que regresaran?

Al percibir el apestoso hedor a alcohol y humo de Daniel, se hizo la dormida. Le daba pereza hablar. Le incomodaba escuchar explicaciones y pedir las.

Por la mañana, él se limitó a pedirle una camisa blanca.

–Tiene los cuellos mal planchados. Trae otra.

–Disculpa. Ahora mismo...

Beatriz no quiso preguntar nada. Nunca sabría dónde había estado Daniel –jamás lo sabría a lo largo de su vida porque jamás se lo preguntaría–. De puro coraje, o quizás de pura pena, planchó y planchó y planchó la primera de las camisas de aquella mañana. La planchó hasta la histeria.

Después, vagaría por la plazuela de Santiago hasta dar con el señor Enrique Sota de Salazar, el galerista de la Sala Panorama.

–Buenos días. ¿Sota de Salazar, el galerista?

–Disculpe –respondió él–, ¿nos conocemos?

–Soy Beatriz Tussaud, la esposa de Daniel Sanmartín –contestó. Cuando pronunció el nombre de su marido, un pinchazo en el pecho le recordó que su enfado continuaba vivo–. Estuvimos una tarde en la inauguración de la exposición del señor Hugarte. ¿Recuerda?

–¡Oh, sí! Ahora, sí, sí. Claro. Discúlpeme. Tengo tantos rostros en la cabeza... Pero, diga, diga, ¿en qué puedo atenderla? Usted es la hija del relojero de la calle Cruz, sí. El de la casa roja. Lo recuerdo. Dígame en qué puedo ayudarla.

–Necesitaría saber dónde está el estudio del señor Hugarte. Es mi intención encargarle un retrato de mi marido, a modo de sorpresa, y me gustaría hablar directamente con él.

–Entiendo, sí.

–Supongo que sabrá guardarme el secreto, señor.

–¡Por favor! La duda ofende. Donde él pinta, señora mía, es en un taller que ha instalado en la parte trasera de su casa, en la calle Princesa. Siento no recordar el número del portal, pero lo distinguirá porque está pintado de un curioso verde oscuro, casi negro. Tiene una aldaba con forma de angelote, si no recuerdo mal. Ya sabe, la cabeza, que empieza a fallar. Allí lo encontrará.

–Muchas gracias.

–De todas formas, si lo desea, puede pasar por la galería. Tengo excepcionales cuadros en mi fondo. Seguramente alguno pueda interesarle...

–Preferiría un retrato –mintió ella.

–Lo comprendo. A ver si tiene suerte y encuentra al señor Hugarte en casa, aunque quizás haya salido al mar. Dice que se inspira en un viejo barco, el *Hamaika*. Asegura que encuentra a las musas no en los colores del océano, sino en los pulsos que le gana. A veces dudo si es un genio o un loco. Confío en que tenga suerte, señora mía. Yo ahora he de marchar, tengo asuntos que tratar. Si no, la acompañaría.

–Gracias, muchas gracias. Descuide. Encontraré el portal.

–Me parece recordar que es el cuarto piso, pero no estoy seguro. Usted, suba. Tarde o temprano dará con alguien que le indique dónde es. Y, si no, fíjese en la aldaba; no sé si el angelote está abajo, en el portal, o en la entrada de Marcel. Bueno, con lo que sea, se apañará.

–Sí, sí. No se preocupe. ¡Y guárdeme el secreto!

–Seré una tumba, señora mía.

* * *

–¿Residencia Los Robles?

–Sí, Los Robles. ¿Con qué extensión?

–No, verá. Se trata de lo siguiente...

–¿Con qué extensión le pongo?

–Verá, lo único que quiero es saber qué régimen de visitas tienen ustedes.

–¿A quién quiere visitar? ¿Pabellón? Nuestro régimen de visitas es muy restrictivo. Nuestros usuarios no acostumbran a recibir visitas.

A Nuria le da la impresión de que la telefonista masca chicle. Sabe que no va a obtener nada en claro de la llamada, pero al menos quiere informarse, hacerse una idea de cómo está gestionado el centro que, según la escueta web, ofrece “un espacio confortable para la última etapa de la vida”, lema que le parece abominable.

–Quiero visitar a una de sus inquilinas...

–¿Nombre?

–Verá. A decir verdad, no sé su nombre.

–¿No es familiar? ¿Apellido?

–No sé cómo se llama.

–¿Quiere visitar a alguien que no sabe cómo se llama?

–En efecto.

–Lo siento, no voy a poder ayudarle.

–¡Espere! ¡Espere, por favor, no me cuelgue!

–Me están entrando más llamadas –parece excusarse la telefonista, aunque Nuria intuye que no es cierto–. Póngase en contacto con nosotros cuando sepa lo que quiere.

–Lo que quiero es contactar con una mujer que sé que está allí. Me ha llamado varias veces, siempre diciéndome precipitadamente que tenía que colgar.

–Imposible. Nuestros pacientes no tienen acceso al teléfono. Norma de Los Robles.

–¿Cómo?

A Nuria le parece tan increíble que las personas mayores de esta residencia no tengan la posibilidad de llamar como el hecho de que la telefonista ponga traba sobre traba.

–¿Le dice algo el apellido Tussaud?

–¿Su familiar se apellida Tusó?

–Tussaud. T-u-s-s-a-u-d –deletrea–. Se pronuncia Tusó pero se escribe Tussaud. Es un apellido francés. ¿Le suena a usted?

–Lo siento, no tenemos a nadie francés.

–No, por Dios. No es francés. Es de San Telmo.

–No puedo darle ese tipo de informaciones. Lo mejor será que sepa con quién quiere estar y entonces nos llame.

–¿Y Hugarte? ¿Le suena el apellido Hugarte?

–Lo siento, creo que no puedo ayudarla. Ahora, si me disculpa...

Bip... bip... bip...

Nuria permanece unos segundo atendiendo el sonido intermitente de su teléfono para, inmediatamente, suspirar y renegar de la telefonista, de su ridículo acento, de su manera de masticar chicle y de su falta de empatía. Siente rabia. No es una mujer iracunda, pero hay cosas en la vida que la sacan de sus casillas, y la falta de empatía es una de ellas.

Con la mandíbula apretada, se queja, se tensa y pronuncia un “joder” en el aire quieto de su galería. Ni los cuadros ni las esculturas parecen escucharla (aunque puede que sí lo hagan; hay quienes piensan que son las obras de arte las espectadoras y el mundo lo observado), pero ella, recostada en su silla, con las piernas estiradas y las manos agarradas a la altura del pecho, repite

una y otra vez “joder, joder, joder”.

* * *

Beatriz no tardó en dar con el portalón pintado de verde, subir las escaleras y batir la aldaba con tanta inconsciencia como nerviosismo. No sabía qué hacía allí, cómo había podido dejarse llevar por la rabia, qué le podía ofrecer Marcel para paliar su desconcierto ante lo de la noche anterior. No quería reflexionarlo. Simplemente intuía que con él se sentiría mejor. Quizás tuviera algo que decirle que le calmara por dentro. Era poeta, ¿no? Era un ser sensible, un pintor, un artista. ¡Sabría qué decirle! Tal vez no fuera Bécquer, pero encontraría las necesarias palabras de consuelo.

Hay personas que entran en nuestras vidas por la cancela trasera. Nadie se nos presenta diciendo “heme aquí, voy a jugar un papel principal en tu existencia” o “ahora piensas que soy un mero desconocido, pero, en cuanto crucemos la línea de los pudores, entenderemos que estamos hechos el uno para el otro”. Nadie podría firmar un contrato de adhesión en el que alguien recién entrado en nuestra cotidianeidad vaya a quedarse para siempre. ¿Es que estaba escrito? ¿Realmente el destino nos guarda un guion nominal en el que personas desconocidas pasan a ser conocidas? ¿Son los hados, el oráculo o los hilos de la continuidad?

Nadie a quien conocemos sabemos cuánto nos va a ocupar; nunca estamos seguros de si pasará fugaz como los vuelos locos de las gaviotas surcando el cielo o si se quedará eternamente como el mismo cielo.

Marcel ejecutaba una pieza al violín. Como un niño empeñado en construir castillos con arena seca, se desesperaba al tropezar siempre en el mismo compás. Respiraba, fruncía el ceño, observaba la partitura, y arremetía de nuevo con el arco hasta volver a tropezarse. Una y otra vez. Nada le vencía. Una y otra vez. Pertinaz y constante, infatigable. Una y otra vez hasta que las notas empezaron a fluir. Una y otra vez hasta conseguir que aquello sonara como su autor lo había previsto.

Y el sonido lo invadió todo, desde el suelo hasta el techo pasando por su sonrisa de satisfacción, cuando picaron en la puerta.

—¿Beatriz? ¡Qué... qué sorpresa! ¿Qué está haciendo usted aquí? Vaya...

no... no esperaba su visita a estas horas. En realidad, no esperaba su visita. No... no sé qué decir... Pero, pase, pase. ¡Oh, vaya, pase, pase, Beatriz! ¿A... a qué debo su visita?

Marcel estaba turbado. Llevaba días esperando volver a encontrarse con ella, pero verla allí, de pie, en el umbral de su vivienda, le había desbaratado. Lucía un sencillo vestido blanco bajo un abrigo impermeable que ocultaba sus formas y, aunque parecía evidente que no había pretendido arreglarse demasiado, encontraba algunos toques de coquetería.

Sin embargo, parecía cansada. O enfadada. Tal vez le sucediera algo.

—¿Le sucede algo, Beatriz?

—No... no lo sé...

Tenía la mirada perdida. Parecía una persona vencida. Un náufrago. No mantenía la luz en la mirada que llamó la atención a Marcel el día del concierto en casa de los señores Herranza. Ni siquiera la mirada atrevida del día de la exposición. Estaba abatida.

—Tiene mal aspecto. ¿Ocurre algo?

Pasaron al interior de la casa. Ella no advirtió la abigarrada decoración de las paredes, las docenas de cuadros de todo tipo y firma, ni los recuerdos traídos desde todas partes del mundo: un pie de elefante disecado, una cabeza de ciervo, un sable tuareg, una enorme ánfora árabe, una máscara del Cabo de Hornos... No vio los espejitos andaluces que enmarcaban la puerta de la sala, ni se percató de las alfombras ni de los adornos centroeuropeos.

Se sentaron en un sofá colmado de cojines.

—Es media mañana, una hora un poco a contrapelo de todo, pero quizás le apetezca un té. Es muy rico, de la Tunicia.

—No, gracias.

—Entonces, dígame. ¿Puedo ayudarla en algo? ¿Quiere decirme algo?

—¿Y usted, Marcel?

—¿Cómo dice?

—Que si usted quiere decirme algo.

—Bueno... yo... Verá: me siento un tanto confundido.

Hubo un silencio. Por un instante, Beatriz pensó que se había equivocado, que seguro que la ausencia de Daniel la noche anterior tenía una explicación lógica, que no debería haber acudido adonde Marcel y que, se viera como se viera, aquella imprudencia suya podía acarrearle serios problemas a la reputación de su marido. De pronto, como si encendieran un potente foco en

la estancia, descubrió los objetos, adornos y bagatelas, cobró conciencia de dónde se hallaba y de la estupidez que estaba cometiendo. ¿No era su función la de ayudar a progresar al marido? Entonces... ¿qué justificación tenía para haber subido a la casa de un desconocido?

Pero se mordió el labio.

—Marcel, dígame una cosa.

—La escucho.

—¿Es verdad lo que me dijo en la sala de arte?

—¿Perdón?

—Que si es verdad aquello que me dijo.

—Ejem —carraspeó, repasando mentalmente cuanto sucedió sin dar con algo que le convenciera—... No sé a qué se refiere.

—¿Es cierto que es usted melancólico?

Marcel se levantó del sofá y caminó por la estancia. Al pasar junto al piano, tocó una tecla. Sobre él, el violín. Lo cogió, se lo colocó en el hombro y, sin mediar palabra, comenzó a rasgar con el arco una lenta y cadenciosa melodía. Mantenía los ojos cerrados, la cabeza ligeramente inclinada y acompañaba la pieza con una profunda respiración. A través de los gestos de sus cejas podía adivinarse la emoción que le nublaba la frente.

Todo en la casa era música.

Con un compás suave como las olas en tarde de verano, las cuerdas vibraban en el hombro de Marcel. Un hilo de luz invadió los pechos de ambos con cada nota, con cada lenta frase, así, apenas acariciando el instrumento.

Beatriz comenzaba a llorar cuando él dejaba el violín nuevamente en su sitio y el silencio ocupaba el lugar de la pieza interpretada.

—Beatriz, le prometo que no la besaré. Si lo hago, huirá despavorida y la perderé para siempre. Le doy mi palabra de que no la besaré.

Él le enjuagó las lágrimas con un pañuelo y la invitó a ponerse en pie. Se quedaron a escasos centímetros, sintiendo uno el aliento del otro. Un escalofrío de ansiedad y miedo recorrió el cuerpo de la mujer.

—Beatriz, soy un hombre sensato. Siempre he sabido separar la razón del corazón. Está usted a salvo conmigo. No se asuste.

Y se separó de ella, se subió de un brinco al sofá y, batiendo el aire con la mano como si portara una espada, gritó ridícula y divertidamente:

—¡Beatriz Tussaud! ¡Le doy mi palabra de que no la besaré! ¡Le doy mi

palabra de que no la besaré! Y ahora... agárrese, señora mía, nos azotan vientos de bolina y navegamos de ceñida. El barco puede zozobrar – fingiendo mantener el equilibrio a bordo de un navío, con los labios entreabiertos, imitaba el sonido de las olas como si una potente galerna azotara las cuadernas–. ¡Tenga cuidado con la amura de babor! ¡Y... recuerde... le doy mi palabra de que no la besaré! ¡Eche mano a la driza y largue cabo o perderemos la mayor!

Ella estalló a reír antes siquiera de que se le secaran las lágrimas anteriores. Aquel ser le parecía divertido, extravagante, un loco. Se sentía a gusto con él.

Navegaron durante unos minutos más y, cuando un reloj probablemente francés que descansaba sobre la chimenea anunció las doce, Beatriz decidió que ya iba siendo hora de irse de allí. Pasaría por casa de su hermana y después visitaría a sus padres.

–Tengo que irme –se resignó ella ya en la puerta de salida, despidiéndose y mirando las escaleras para no encontrar el rostro de Marcel–. Ha sido usted muy amable. Gracias por acogerme. A decir verdad, yo venía a hablarle de un retrato... Bueno, a decir verdad, esa es la excusa que he dado a su galerista para sonsacarle cuál era su dirección. La mitad de San Telmo le conoce, pero yo debía de ser de la otra mitad. A decir verdad, no le conocía, pero me alegro ahora de conocerlo. A decir verdad, en fin, que me tengo que ir. A decir verdad, no; pero me debo ir...

–La comprendo. A decir verdad, la comprendo –rio Marcel repitiendo graciosamente el “a decir verdad”–. ¿Volveré a verla?

–Espero que no –respondió ruborizándose.

–Dígame, Beatriz. ¿Por qué ha venido?

–Estaba furiosa con mi marido.

–¿De veras?

–No. No estaba furiosa con mi marido. Estaba enfadada conmigo misma. O... tampoco. No lo sé. Me apetecía verle a usted. Usted siempre me hace sonreír.

–¿Siempre? ¡Si solamente nos hemos visto dos veces!

–Tres. Tres veces. Y con esta, cuatro

–¡Ah, sí! Tres. El día del aguacero...

–No me lo recuerde. Estaba horrorosa.

–No. Estaba mojada.

–¿Sabe una cosa, Marcel?

–Dígame.

–Creo que he venido porque estaba melancólica y he pensado... iba a decir “a decir verdad”... En fin, que he pensado que como usted es melancólico profesional, porque es artista, sabría entender mi melancolía.

–La melancolía –pronunció él como quien lee una sentencia de muerte, ceremonioso y solemne, extrayendo las palabras de su hondo convencimiento– nos hace vivos, Beatriz.

Y se despidieron sin más palabra. Ni siquiera volvieron a estrecharse las manos.

* * *

Marcel nunca presumía de sus alardes de hombre romántico, mucho menos delante de otros caballeros o de sus esposas, las correctas damas de las tertulias y los conciertos. En aquella sociedad de final de siglo, tan reaccionaria y comedida, un marido pintor, poeta o, simplemente, capaz de expresar sus sentimientos, no habría sido tomado en serio. Quizás por eso se mantenía en soltería. O porque no había encontrado con quién desatar los nudos del tedio. O puede que fuera porque, de tanto amor como almacenaba, se le desbordaba la emoción.

Eso sí, no se lo guardaba para él solo. Las palabras de amor, las declaraciones, los poemas susurrados mientras ejecutaba una pieza al violín, las recitaciones acariciando el piano, sus intervenciones en actos sociales, las canciones que improvisaba al mando del timón del *Hamaika* en sus furtivas expediciones, todo ello, todo y cada cosa, era parte de la esencia de su manera de entender la vida y no tenía la más mínima intención de dejarse reprimir por los convencionalismos de nadie.

Aquella mañana, fuera de todo plan, una vez que se fue Beatriz, comenzó a pintar. Recopiló lienzos, pinceles y papeles de dibujante y optó por la acuarela. Acondicionó el estudio, lo cual significaba abrir las ventanas y permitir que entrara el frío, y se entregó al color durante varias horas. Intentaba no pensar en ella, se reconfortaba con la idea de que había actuado como un caballero, pero, a la vez, se sumía en su célebre melancolía sintiéndose el ser más solitario del universo.

Fantaseó con cómo sería la vida con una mujer. Con Beatriz, por ejemplo. Una mujer inteligente, hermosa, paciente, decidida... Irían a calas apartadas y ella se sentaría con una gran cesta de mimbre repleta de bocaditos y pasteles, al tiempo que él la retrataría con gruesos trazos de colores grumosos. Después, sin camisa, se acomodaría junto a ella, la besaría y se deleitaría observando el lienzo y a su modelo.

Hay instantes en los que una fantasía, por sencilla que sea o por improvisada que parezca, es capaz de producirnos las mismas reacciones que las ocasionadas por un acto real. ¿O debiera decirse material? Porque las fantasías, aunque parezca una paradoja, son reales aunque no materiales, y precipitan estados de ánimo o manifestaciones corporales de la misma manera que las experiencias auténticas.

Así es como Marcel, pese a estar pintando objetos de su entorno (un adorno africano, un asta, una pequeña pieza de bronce...), no pudo evitar que la fantasía le sumiera en la melancolía, y decidió que la única forma de vencerla y superarla era, como siempre, enfrentarse al mar y a sus propias fuerzas.

Colocarse al borde de la extenuación, de la muerte o del olvido son estrategias muy eficaces para considerarse un ser vivo.

—¡Qué bien que estás por el puerto, Hugarte! ¡Vamos, tenemos que zarpar! Han divisado un bergantín al otro lado del puntal, al parecer a la deriva. Avisaron desde el faro hará dos horas. No se sabe qué pasa con la tripulación, pero nos tememos lo peor. Quiero hacerme con ese barco.

Era el viejo capitán saliendo al encuentro de Marcel. Sus palabras no admitían réplica, pese a lo que este respondió lacónicamente.

—Yo salgo con el *Hamaika*. No voy a ir a buscar a nadie.

—¡No te pongas estupendo! Tengo el *Graciosa III* a falta de un piloto. ¡Vamos! Iba a avisar a alguno de los de la Cofradía, pero mejor tú.

—¡Pero si va a anochecer en menos de tres horas!

—¡Por eso hay que darse prisa, carajo! ¿No ibas a salir tú con tu velero? ¡Vamos con mi barco; el vapor es mejor que el viento. Llegaremos al puntal con tiempo suficiente para abarloarnos a ese navío, amarrarlo y remolcarlo a puerto, o al menos ayudarle a fondear. ¡Vamos!

El *Graciosa III* no era un barco rápido, pero, al menos, ofrecía seguridad en medio de un mar tan encorajinado. Las olas reventaban contra el costado con abundante espuma y el aguacero convertía la cubierta en una peligrosa superficie resbaladiza. Iban dejando atrás un humo denso y redondo, único indicio de que, en semejante marejada, alguien había osado soltar amarras.

Los dos hombres permanecían en silencio. El viejo capitán, sin dejar de escupir cerca de la punta de sus botas, mantenía las manos firmemente agarradas al timón y la mirada puesta en el minúsculo horizonte que se enmarcaba en la ventana del puente. Marcel le observaba calcular la demora y trazar el rumbo valiéndose de dos rudimentarias reglas paralelas, carcomidas y melladas, y el círculo magnético de la rosa del compás. No sabía muy bien hacia qué punto dirigiría la embarcación para superar el puntal, ni qué derrota tomaría, pero, a la vista de su seguridad, optó por dejarle hacer.

—¡Si nos acercamos mucho a las rocas, nos vencerá la resaca, pero si las abordamos por poniente, tendremos que dar un rodeo para salvar los bajíos del peñón del Fraile! —gritó Marcel para que su voz se oyera por encima del ensordecedor rugir del motor a vapor. Era conocedor de aquellas aguas y de las siniestras estribaciones submarinas del islote frente a San Telmo, y sabía que no sería sencillo.

—¡Pasaremos por en medio! ¡El vaporeto tiene poca quilla, no es tu velero!

El mar se mostraba cada vez más violento, algo que no afectó ni a uno ni a otro, de manera que, una vez que superaron el puntal, pudieron descubrir al otro lado de las olas el barco sacudido a la deriva.

Rascándose con violencia el bigote, el viejo se mesó la rala barba blanca. Sin duda, estaba calculando por dónde acometer la operación de aproximación. Llevaba un apestoso gorro de lana sobre el que descansaba una capucha de tela encerada. Se quitó ambas y se sacudió la pelambre, escasa y sucia. Después, consultó una carta náutica que se sujetaba con puntas al mostrador junto al timón, y exclamó:

—¡¿Y si lo intentamos por la otra banda, piloto?!

—¡Será más fácil, pero entonces vamos mal!

Al cambiar de rumbo, las olas ya no reventaban contra el costado, sino contra la proa, una proa redondeada y desconchada que se batía con asombrosa estabilidad con la espuma. El cristal del puente se llenaba de agua y era costosa la visibilidad. Los pocos objetos que había en el interior de

aquel cuchitril, o estaban anclados a la estructura del navío o habían comenzado a bailar por el suelo. Una ruinosa tabla de corrientes de marea se estrelló contra el calzado de Marcel, momento que aprovechó para señalar con su brazo derecho indicando una dirección ambigua por el vano de estribor.

—¡Nos aproximaremos por allí! —ordenó.

—¿Por qué estás tan seguro, piloto?!

—¡Capitán, hazme caso!

—¡Lo que mande mi piloto!

La carta náutica mostraba una red de números y subíndices mezclados con líneas en las que aparecía la profundidad, reflejada en brazas, y extrañas abreviaturas de ignotos significados. La “S” significaba arena, la “M” alertaba de fango y la “Sh” suponía la presencia de guijarros.

Cuando se acercaron, el barco siniestrado se mecía en mitad de un océano negro, intimidatorio e infinito. Se oían cientos de sonidos siniestros que parecían amenazar la propia fragilidad de aquel pobre cascarón a la deriva. Crujían las maderas y chasqueaba la quilla como si quisiera desprenderse del casco. Los cabos sueltos, arrancados en la tormenta, arrojaban latigazos contra los costados y golpeaban el mástil. Había sacudidas repentinas que zarandeaban el velero y repartían fantasmagóricos ruidos como si un eco de ultratumba repitiera las olas a través de un gramófono gigante.

—Esta mañana el viento venía de noroeste. Estos habrán intentado sortear el puntal y algo les ha pasado. No conozco la matrícula. Por la manga y las defensas, parece un cacharro extranjero. Les habrá sorprendido la galerna y habrán dado tumbos intentando regresar ciñendo.

—Sí, es lo lógico.

El capitán blasfemó descaradamente con su boca negra y volvió a rascarse con estrépito el bigote.

—¡Va a ser complicado, rediós!

—No si salto de cubierta a cubierta. Una vez en él, lo estabilizaré amarrando el timón y lo remolcaremos desde popa.

—¿Estás loco, chaval? Un patinazo y te vas al agua. No permitiré que saltes.

Marcel sonrió. La sola idea de caerse en aquella cordillera de olas habría espantado a cualquiera, pero a él, lejos de frenarle, le envalentonaba.

—¿De dónde tiene pabellón? ¿De Inglaterra? No distingo bien la bandera.

—De Francia, capitán. ¿Y has visto cómo se llama? —dijo señalando la cartela de esloro con el nombre, a la vez que se amarraba un cabo a la cintura y saltaba de un barco a otro—. ¡*Beatrice*! ¡Se llama *Beatrice*!

Y saltó. El brinco fue espectacular, como rompiendo una cortina de cristal entre nave y nave, como si lo realizara en cámara lenta, como si no fuera humano, como si solo supiera moverse por el mundo volando de barco en barco. Estaba henchido de adrenalina, rebosante de energía. Era Marcel Hugarte, Marcel Noviembre, el autor de *Carmín de Alizarina*, el piloto del *Hamaika*, el autor de *Versos lusos*. ¿Iba el Cantábrico a frenarlo?

Un buen rato después, el *Beatrice* era remolcado de vuelta al puerto de San Telmo. Marcel, exultante, empapado hasta los huesos y con una leve herida en las manos fruto de un rasponazo con algún hierro, observaba al capitán y se preguntaba si también él llegaría a viejo o si moriría antes por cualquier temeridad.

¿Por qué aquella nave abandonada a la deriva tenía que llamarse así? ¿Era un signo? ¿Una señal del destino? ¿O simplemente una casualidad?

—¿Dónde crees que están sus tripulantes?

—Falta el bote auxiliar. Habrán visto que era imposible gobernarlo y, por miedo a ser arrastrados hacia las rocas, lo habrán fletado. Si han sido listos, habrán remado antes de que la corriente los metiera en el puntal. Igual están camino de Laredo. Hacia allí el mar es más dócil.

—¿Y qué puede hacer a alguien abandonar su barco? Yo antes me hundo con él.

—A veces, capitán, hay que saber abandonar antes de hundirse.

—Los cojones —profirió mientras escupía.

—Es como con las mujeres... —pronunció melancólicamente Marcel.

Aparentemente no avanzaban, tal era la pesadumbre con la que se deslizaba el *Graciosa III*, pero poco a poco los afilados salientes del puntal quedaron más lejos y, bordeando los bajíos, enfilaron hacia la bocana cuando ya la noche se cernía sobre el puerto.

—Dime una cosa, Marcel. ¿Y a ti por qué nunca te ha echado el guante una mujer?

—Porque no quiero parecerme a ti, viejo.

—Tengo cincuenta y siete años aunque sé que aparento el doble. Llevo más de cuarenta embarcado en gabarras y botes de todo tipo. En cierta ocasión perdimos un hombre, un tal Antonio, que cayó por la borda en mitad de la

faena, cuando guiábamos un precioso clíper para que fondeara en la bocana del Abra. Debió de ser que resbaló o que no estuvo atento o que tropezó con una escota o vete tú a saber qué. Lo buscamos durante horas pero no apareció. Se lo había tragado el agua. Tuvimos que dar la noticia a la empresa y tuvimos que contárselo a su mujer, una pobre muchacha de la que colgaban un montón de hijos con mocos. Eso fue lo más difícil. Luego, hicimos las honras y el funeral y una cuestación para la viuda, que en menos de tres días había vendido los cuatro cacharros que tenía por casa y se había cogido un tren de vuelta a su pueblo, renegando del pobre Antonio y maldiciendo el perro mar. Y no te jode que a la semana nos mandan hacer un servicio de cabotaje, para remolcar a un velero que se había desarbolado cerca de Arminza, y allí que aparece Antonio agarrado a una caja, más arrugado y aterido que un calamar, más feo que el culo de un pulpo y más hambriento que la madre que lo trajo. Y vete a saber cómo carajo había encontrado un cajón donde agarrase y cómo carajo había aguantado las olas y el frío y las bajas temperaturas y cómo carajo había logrado acercarse a la costa.

Se calló, se quitó el bonete de lana y la capucha de tela encerada y se removió otra vez la escasa pelambre. Después, revisó los indicadores para comprobar la presión de la caldera e hizo que estudiaba los mapas. Sin duda, era todo teatro, pero Marcel no intervino. Por fin, volvió a tomar la palabra.

—El mar es así. En ocasiones se traga un trasatlántico en menos de un suspiro y en ocasiones perdona la vida a un cabrón como aquel Antonio.

—¿Y qué me quieres decir con eso, capitán?

—Nada, pero me apetecía contártelo.

—¿Crees en las señales del destino? ¿En las casualidades?

—Creo en los vinos que nos vamos a tomar en cuanto toquemos tierra y en el dinero que nos vamos a repartir con este barco si ningún armador lo reclama en diez días, piloto. Por mí, al destino ya le pueden dar por el culo.

* * *

Adoraba su despacho. No había un solo detalle que no estuviera perfectamente previsto: las dos plantas, la pecera, la escultura de una Venus sobre el archivador, los diplomas enmarcados custodiando la puerta...

Ser directora de Los Robles es un fastidio cuando alguien se muere y

aparece un heredero para reclamar siquiera una bata o unas pantuflas, pero eso sucede muy de vez en cuando porque sus usuarios son en su mayoría personas solas.

Abre el dossier con los datos de la señora Dolores. Lo relee varias veces. Comprueba satisfecha el remanente en la provisión de fondos y sonrío.

–¿Alguna novedad? –pregunta mirando al interfono.

–Todo en orden –responde una voz desde el otro lado.

–Espero no tener que volver a sedarla.

–No habrá necesidad. Dudo que vuelva a intentarlo.

–No podemos permitirnos que nadie meta las narices. Ella no se merece injerencias. Está tranquila, está feliz... la pobrecita.

* * *

–Es delicioso, hermanita. Es simplemente delicioso. No sabes la envidia que me das.

–¿Envidia, Lina?

–Sí. No sabes la envidia que me da que un hombre te toque el violín, te enseñe sus cuadros secretos, te prepare té y te abra su corazón.

Sin embargo, aquella mañana Lina estaba distinta. Quizás fuera que tenía sueño. O, quizás, que algo le rondaba la cabeza. Probablemente, pensaba Beatriz, fuera que todo aquel asunto de Marcel le estaba empezando a afectar a ella también.

–No me ha abierto el corazón.

–¡Pero me has dicho que te ha tocado una pieza de violín, que te has echado a llorar y que ha enjuagado tus lágrimas! ¿No es eso entregarse a una mujer? ¡Ay, Beatriz, Beatriz... no tienes ni idea de cómo funcionan los hombres!

–Lo que sigo sin saber es por qué he ido allí.

–Porque te ha apetecido. Si Daniel llega de madrugada y no te da explicaciones... es lógico que tú coquetees con otro hombre, ¿no? Se nos tiene que quitar la tontería. Somos mujeres, pero no inferiores. Nos merecemos la misma consideración.

–¡Yo no he coqueteado con nadie, Lina, por Dios! –mintió Beatriz, al tiempo que se levantaba y apoyaba la frente contra el cristal. Abajo, en la

calle, apenas había gente. Parecía que todo en el mundo se había vuelto gris aquella mañana—. No he ido a su casa para coquetear...

—¡Ah!... ¿no? —preguntó con sonrisa de medio lado Lina.

—He ido a su casa porque es un hombre sensible. ¡Y porque yo estaba enfadada con Daniel! Nunca, jamás, nunca desde que nos casamos, me había desplantado así. ¡Llegó más tarde de media noche, Lina, y ni siquiera se disculpó!

—Estaría en el taller, Beatriz. No le des tanta importancia.

—¿En el taller? ¡Oh, no! En el taller ya sé que no. Si hubiera estado entre sus planos y artilugios, me lo habría dicho. ¡Eso fue lo malo! No me dijo nada. No me comentó nada. Ni siquiera se disculpó. Entró en la alcoba y se acostó. Oía a tabernucha. ¿Tú sabes qué rabia me dio eso? Así que, por la mañana, lo único que me apetecía era estar con alguien que me escuchara... y estaba segura de que Marcel lo haría.

—¡Ya! —se carcajeó Lina—. ¡En lugar de acudir donde tu hermana o donde tu madre!

—Lina... no... no me tortures así. Ya sé que ha estado mal acudir a casa de un soltero, pero es que estaba ofuscada.

—¿Qué tiene de malo la casa de un soltero? Yo soy soltera y vivo sola, ¿no?

—¡Y bastante escándalo es eso, Paulina, mujer! ¡Que mamá todavía se avergüenza de ello! Una mujer soltera y viviendo sola...

—Beatriz, Beatriz... ¡Que estamos casi en el siglo veinte! ¡Que ya hemos dejado atrás la Edad Media! ¿No te das cuenta de que las cosas han cambiado? ¿No ves que esos formalismos son de otra época? Si quieres ir a casa de un soltero... ¡vas! ¡Y con más razón si tu marido es un desconsiderado!

—No sé, hermanita, no sé. Todo esto me confunde... Estaba ofuscada.

—¿Lo ves?

—Estaba ofuscada y no me lo pensé. Y he permitido que me tocara aquella pieza. Y que me enjuagara las lágrimas con un pañuelito blanco. ¿Sabes qué ternura? Y luego, cuando me he calmado, hemos tomado un té delicioso que me dijo que se lo mandaban de no sé qué sitio lejano. Después, me ha contado cosas de sus viajes y de sus cuadros y de que una vez visitó Amberes. Al parecer, Amberes es precioso. Me ha dicho que algún día debería visitar Amberes. Yo me he reído como una tonta porque no hacía más

que pensar en Daniel y en que seguramente había una explicación a lo de la noche anterior, pero... ¡estaba tan a gusto con Marcel!

–Ven, hermanita. Salgamos a la calle. Vayamos a tomarnos un dulce a la pastelería de doña Felicita.

–No sé si me apetece...

–¡Venga! ¡Vamos!

–Pensaba ir a visitar a nuestros padres...

Unos minutos después, las dos mujeres caminaban del brazo, convertidas en una isla de calma en mitad del trasiego acelerado de viandantes y recadistas. A serios hombres de corbatín se unían los mozos de las tiendas y señoras con prisa. Todo era un bullir plomizo alrededor de ellas.

Ya en la dulcería, sentadas en una mesita de mármol blanco, ambas degustaban sendos bollos con azúcar glaseada. Lina adoptó una postura decidida, enhiesta, segura de sí misma; Beatriz, sin embargo, se hundía en la silla, recelosa por si alguien las veía.

–No deberíamos haber venido.

–Beatriz, por Dios. No tiene nada de malo que estemos aquí.

–No lo sé. Yo ahora debería estar atendiendo las cosas de la casa. No sé si una mujer casada puede andar por las pastelerías así, a media mañana, sin pretexto alguno. ¡Y menos una soltera irredenta como tú!

–¿Y qué más pretexto quieres que el de estar con tu pobre hermanita la solitaria?

–¡Eso! ¡Eso mismo digo yo! Deberías dejar de jactarte de ser una persona soltera y autónoma. Una mujer no tiene por qué ser autónoma. Lo que necesitas es un marido, Lina. ¡A ver cuándo se te mete en la cabeza!

–¡Y dale! ¿Qué me iba a aportar a mí un marido? Vivo libre, a mi antojo, sin ataduras...

–Pero eso no está bien visto. ¿No lo entiendes, Paulinita? Una mujer... en fin... quiero decir que el destino de una mujer ha de ser el de casarse, y no el de vivir sola.

–¡Qué antigua eres, Beatriz!

–La gente te critica. Se cuchichea por ahí sobre ti... ¡Mamá nunca lo ha superado! Y padre... padre, menos.

–¿Sabías que en Inglaterra hay partidos políticos de mujeres? ¿Sabías que algunas dicen que deberíamos votar?

–¡Lina, por Dios! ¡Votar! ¡Política! ¿Te crees tú que eso es cabal en una

mujer? ¡No nos falta otra cosa! Anda, anda... ¡Bastante que vives sola como para que encima te metieras en asuntos de política! Tú búscate un hombre y déjate de excentricidades. ¡Excéntrica, más que excéntrica!

—¿Y qué crees tú que me iba a proporcionar un hombre?

—Pues... no lo sé. Seguridad. Buen nombre...

—¿Seguridad? Bobadas. Me siento bien segura. Si algún día se topa alguien en mi camino, ya me casaré. Te lo prometo.

—¡Prométemelo!

—Ay, mi Beatriz, mi Beatriz, qué antigua eres, de verdad. Sí, te lo prometo: cuando crea que ha llegado el momento, me casaré.

—¿Prometido?

—Que sí, hermanita, que sí.

Con el dulce casi terminado y a punto de levantarse, sonó la campanilla de la entrada e, instintivamente, las dos mujeres giraron la cabeza. Lina sonrió francamente, quizás sonrojada, consciente de que su hermana iba a pasar un mal trago. Beatriz, por su parte, se quedó blanca y se sacudió las comisuras de los labios por si le quedaba azúcar en ellos. Había aparecido su marido.

—¿Daniel? —pronunció azorada.

—¡Pero bueno! ¿Qué tenemos aquí? —saludó cordialmente, sorprendido por la presencia de las dos hermanas en la pastelería—. No estaríais criticándome, ¿verdad?

Se inclinó primero sobre su esposa y le besó la mejilla; luego, sobre su cuñada, a quien dio dos leves besos de cortesía.

—Hola, Daniel. No me imaginaba encontrarte aquí. ¿Y el trabajo? ¿Pasa algo?

—Oh, no, no, Beatriz. Esta tarde hay una reunión importante y me han dicho que asista. Me han pedido que pase por casa para cambiarme y ponerme un traje. Al parecer —explicaba mientras tomaba una silla de la mesa contigua y se sentaba con ellas— se trata de una reunión de altos vuelos, una de esas reuniones donde se van a cocer muchas cosas... Ya sabéis, asuntos de empresas. Y quieren que yo esté por lo de mi motor. Así que me han dicho que me venga a casa. Y como tenía tiempo, he pensado comprar buñuelos para celebrarlo a la hora de comer. ¡Y hete aquí que me las veo a las dos de tertulia familiar!

—¡Daniel! ¡Eso es una muy buena noticia! ¿No? —y Beatriz se echó hacia él para besarle nuevamente, ya con una luminosa sonrisa.

–Enhorabuena, cuñadito.

–La verdad es que sí, que es muy buena noticia. Me da apuro ir a esa reunión, pero me imagino que es porque confían en mí. Pero, pero... ¿y vosotras? ¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí a estas horas?

–Hemos estado charlando, pero ya iba para casa –se apresuró a contestar Beatriz–. De hecho, ya habíamos terminado. Vamos juntos y te ayudo con el traje y te peino bien. ¿Verdad que ya habíamos terminado, Lina?

–Mi hermana siempre tan atenta con su marido. ¡Ay, si es que sois la envidia de cualquiera! Ya habíamos terminado, sí.

–Bien, pues pago lo vuestro y nos vamos.

–¿Y los buñuelos?

–Bueno, sí, claro. Voy comprando los buñuelos y nos marchamos a casa – organizó Daniel mientras consultaba el reloj que colgaba en la pared–. Quiero que revises el planchado de las camisas; últimamente no están como a mí me gustaría.

* * *

Beatriz aguardó despierta hasta casi las once. Cuando el reloj de la sala anunció aquella hora, recogió lentamente la mesa con la cena, guardó el pollo al oporto en la fresquera, dismanteló la vajilla, dejó la cristalería en su sitio, envolvió los panecillos en trapos limpios y apagó los candelabros. Estaba hambrienta, pero le repugnaba la idea de probar bocado porque aquellos manjares los había cocinado para Daniel, para celebrar las buenas noticias que, seguro, iba a traer del astillero. Quemó en la cocina la tortilla, a sabiendas de que estaría mala al día siguiente, y corrió los cortinones de la habitación para dar por clausurada la velada. Se sentía abandonada, pero ya no furiosa. Si su marido no había ido a cenar, sería porque las cosas del trabajo lo habían entretenido.

Por eso, cuando llegó apestando a alcohol y comprendió que lo habría estado celebrando por su cuenta con los consejeros, en lugar de reprocharle nada, le ofreció recalentarle el pollo. Eran cerca de las doce y se había levantado de la cama al escuchar la puerta. Tenía el pelo alborotado, el camisón arrugado y el rostro mohíno.

–Sí. Traigo hambre. No hemos hecho sino beber.

Ella, en pie, lo observaba deglutiendo lo del plato, a la espera de que le contara si había o no algo que celebrar. Daba cabezadas, pero se mantenía alerta e, incluso, le sirvió una copa de vino.

—¿No te he dicho que no hemos hecho más que beber? Dame agua.

Beatriz tembló. Nunca antes le había hablado con aquel tono. La culpa era suya por no haberse percatado, pero es que... ¡tenía tanto sueño!

—Hemos celebrado que van a construir en el astillero un acorazado para la Armada. ¡Y si todo va bien, llevará en las baterías de proa mi motor giratorio! Bum, bum, bum... Cada vez que esa nave dispare, las balas llevarán el sello de tu marido. Y ahora, tráeme algo de postre.

—¿Fruta?

—Beatriz, por favor. ¿Fruta? ¿No quedan buñuelos?

—Me he comido el último a media tarde... —musita ella.

—Vaya por Dios, Beatriz. Pues nada, me voy a la cama. Estoy agotado.

Beatriz recogió nuevamente la mesa, arrojó los restos al fuego de la chapa y, cuando se acostó junto a Daniel, le buscó para darle un beso de buenas noches.

—Hemos acabado en *La Franca*, un local un poco extravagante. Un sitio en el que había ingenieros, peones, industriales y marinos. Una cosa rara, un lugar sin etiqueta pero muy divertido. Tocaban el piano en directo. ¿Y sabes quién estaba allí medio borracho con un viejo lobo de mar? El tal Marcel, el pintor y poetucho. Al parecer han rescatado un barco esta tarde y él se la ha jugado en la maniobra. La gente brindaba por su valentía. ¡Ya ves tú! ¡Como si tuviera más mérito eso que inventar un motor para los cañones de nuestras naves! Bum, bum, bum. Apaga el quinqué. Estoy agotado.

Beatriz obedeció. En su mente, el nombre de Marcel sin atreverse a cruzar el umbral de los labios.

—Buenas noches, mi amor —susurró a Daniel.

—No seas cursi, Beatriz, que me duele la cabeza.

LAS GALERNAS SE DESATAN EN EL MAR Y EN EL PECHO

No hay miedo al que no pueda derrotarse,
si es el instinto quien controla la situación.

El Mini beige con capota negra no desentona en el amplio aparcamiento de Los Robles. Nuria repasa algunas notas antes de salir y recorrer los escasos veinte metros que la separan del jardín de acceso a la residencia. Le llaman la atención los cuidados setos que flanquean el edificio, podados a tiralíneas; son el adorno perfecto en la atmósfera de quietud y limpieza que se respira por toda la colina.

Los Robles ocupa un solar diáfano jalonado de rosales y pequeños parterres, en la parte alta de San Telmo. De alguna manera, a Nuria le cuesta creer que sea parte de la ciudad, tan alejado como está del centro urbano. Piensa que, en la época de Marcel y Beatriz, todas aquellas tierras ni siquiera pertenecían al municipio, y sonrío al constatar que la explosión inmobiliaria ha perlado el monte de urbanizaciones y fabulosas viviendas de corte minimalista.

Echa un vistazo a su agenda y revisa sus anotaciones. Según lo que sabe, Gerard Tussaud y Rosa, de la que nunca ha sabido el apellido, contrajeron matrimonio en 1872, tal y como se recoge en una partida nupcial de la parroquia. Ha sido un milagro encontrarla y, más aún, que le costara tan poco hacerlo. Se casaron en la iglesia de San Cosme y San Damián y ofició un tal reverendo padre Bonifacio Sepúlveda.

Por entonces, San Telmo ya era próspera gracias a su astillero, su conservera y la fábrica de Regino Azkarate. Se desarrollaba a buen ritmo, con continuas obras públicas y abundantes apariciones en la prensa de la región. Ha consultado grabados y crónicas, así como gacetas de aquellos años, y sabe que, aunque minúscula comparada con la actualidad, era una pujante ciudad de fin de siglo.

Gerard y Rosa tuvieron dos hijas, Beatriz y Paulina. A esta última, según el escrito del señor Joaquín, le llamaban Lina en familia, especialmente su hermana. Conoce de sobra que Beatriz se casó con Daniel Sanmartín, con quien tendría tres hijos. Matías fue el primero. Le seguirían Tristán y Raquel.

En el asiento del acompañante almacena varias fotocopias, páginas de revistas de la época y efemérides de los diarios que se leían en San Telmo a principios del siglo XX, así como un par de volúmenes de fotografías antiguas editados por la Diputación.

No ha podido detallar, eso sí, qué sucedió con Marcel Hugarte. No hay rastro de él ni en libros ni en registros ni en el archivo municipal durante un lapso de casi diez años. Nada de nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra, o el mar, durante una década. Seguramente desapareció navegando o puede que fruto de su melancolía.

Se pregunta cómo puede ser que el señor Joaquín sea hijo de Marcel, si es que es cierto que lo es, y quién fue la madre.

Sentada en su Mini, intuye que la señora que le llama desde Los Robles ha de tener algo que ver con las páginas del señor Joaquín. Son demasiadas coincidencias. Consulta la libreta. Su tatarabuela Beatriz dejó la antigua relojería a su hijo mediano, a Tristán.

¿Por qué se quedó Tristán con la galería-relojería y no Matías, que era el mayor?

Sale del Mini y se encamina al edificio, no sin dejar de pensar en estas cosas. Ya en el porche, comprueba que para acceder al recibidor hay que pulsar un timbre. Lo hace pero no oye nada. Duda de si funciona o de si es que solo se escucha en el interior. Insiste. Por fin, una joven vestida con bata azul cielo y calzada con zuecos sale a su encuentro.

—¿Sí? —interroga sin abrir la puerta, a través de una celosía de metacrilato con agujeros.

—Verá. Mi nombre es Nuria Tussaud. Soy historiadora. Dirijo Nuria Tussaud Galería. Vengo buscando a una mujer... ¿Puede abrirme y le explico?

La joven mira de reojo las fotocopias y agendas que lleva bajo el brazo y hace un gesto de reprobación.

—¿A quién quiere visitar exactamente?

—Lo cierto es que desconozco su nombre —responde inclinándose hacia la celosía, con la esperanza de que al hablar más cerca pueda convencer a la

centinela—. Me ha telefonado varias veces. Tiene información sobre mis antepasados. Desciendo de Beatriz Tussaud y de Daniel Sanmartín. ¿Le dicen algo esos nombres?

—¿Viene a visitar a sus abuelos? ¿Cómo dice que se llaman?

—No, no —intenta explicarse Nuria, fastidiada por lo incómodo de hablar a través de una rejilla—. Beatriz Tussaud y Daniel Sanmartín fueron mis tatarabuelos. Soy su descendiente. Tuvieron un hijo llamado Tristán, Tristán Sanmartín. Este fue mi bisabuelo. Su hija Adela fue mi abuela.

—¿Viene a visitar a Adela Sanmartín? Lo siento, no me suena ese nombre. No me suena de nada el apellido Sanmartín.

Nuria suspira. Le cuesta hacerse entender. Empieza a dudar de si ha sido una buena idea acudir a la residencia.

—¿Eres de San Telmo? Si eres de San Telmo, te sonará el apellido Sanmartín. O el Tussaud... Dirijo una galería de arte que se llama Tussaud.

—No me suena de nada. Perdona... Pero, en realidad, ¿a quién dice que viene a visitar? Somos muy estrictos con el régimen de visitas. Órdenes de la dirección.

—¿Y Hugarte? ¿Le dice algo el apellido Hugarte?

—Lo siento, creo que no voy a poder ayudarle. No se admiten visitas a desconocidos. Entiéndalo. Por seguridad de nuestros usuarios.

—¿Podría ver los registros? Quizás si pudiera leerlos...

—Esa es una información confidencial, señora. Nuestros usuarios precisan reposo y discreción. Ya sabe qué tipo de centro es este... Nuestros usuarios lo único que precisan es terminar sus días en paz, sin molestias externas. No es bueno que nadie husmee.

—¡Pero yo no vengo a husmear! ¡Solo quiero saber quién me ha telefonado!

—Eso es imposible. Nuestros usuarios no tienen acceso al teléfono. Solo pueden recibir llamadas de los familiares que nosotros mismos tenemos asignados, si es que tienen familiares. La mayoría son personas solas. Es lo propio en este tipo de centros.

—¿Pero qué tipo de centro es pues? Que yo sepa, es una residencia de ancianos. ¡No sé a qué viene tanto misterio! No entiendo nada. Lo único que quiero es recopilar información sobre mi familia, y aquí hay alguien que tiene datos que pueden serme de utilidad.

—Lo siento. Creo que no puedo ayudarla más. Tengo muchas cosas que

atender.

Y la empleada se gira sobre sus talones y desaparece por el corredor. Nuria observa que con un pequeño *walkie* habla con alguien, aunque no se imagina con quién.

–Imbécil –farfulla entre dientes.

De vuelta en el Mini, intenta mantener la calma. Está furiosa. Se siente mal atendida, mal tratada. Odia la desconsideración. Respira varias veces. No quiere darse por vencida, pero empieza a agobiarse. ¿Y si se olvida de este asunto? ¿Por qué tomárselo tan a pecho? Al fin y al cabo, no es tan importante indagar sobre su pasado, y quizás lo que debería plantearse con seriedad es su presente. El divorcio de Jorge no la ha dejado mal, pero la galería funciona con muchos menos ingresos de los esperados. Puede que sea hora de olvidarse de Beatriz Tussaud y preocuparse por ella misma.

Acciona la llave de arranque y echa un último vistazo al edificio.

¿Cómo va a olvidarse del asunto? ¡En absoluto! ¡Una recepcionista rancia no va a detenerla! Averiguará qué tipo de residencia es Los Robles, averiguará quién la ha telefoneado y averiguará qué secreto esconde su tatarabuela. ¡Y lo hará pronto!

–No ha nacido hijo de madre que me detenga –pronuncia en voz alta preparándose para desaparcar.

Es entonces cuando descubre que todas las ventanas están enrejadas y que en las esquinas hay cámaras de vigilancia; le parece excesivo, pero decide no darle mayor importancia.

–¿Abandonar? ¡Y una mierda! Puedo preocuparme de mí misma pero también averiguar qué pasó con Beatriz y Marcel!

Un enorme vehículo todoterreno aparca a su lado y de él descienden dos hombres uniformados. Parecen policías, pero, en realidad, son guardias de seguridad.



LIBRO SEGUNDO, 1907

I



LA VIDA ESTÁ HECHA DE DETALLES, GESTAS Y SECRETOS

Como las aves en días de galerna, las emociones huyen despavoridas si no atendemos sus señales.

En la vivienda de los abuelos Gerard y Rosa había dos espacios perfectamente delimitados. Uno era la cocina, amplia, luminosa y cálida, en la que los niños podían entrar a jugar, alborotar y estorbar. El otro era el resto de la casa, feudo indiscutible de los mayores, en donde había que caminar y no correr, hablar bajo, guardar silencio si el abuelo sesteaba y jamás, jamás, se podía intervenir en una conversación.

Matías, con siete años, ejercía de hermano mayor al frente del terceto de piratas, con un Tristán casi tan alto como él, a pesar de llevarse trece meses, y con una Raquel a la que las cinco primaveras le acababan de perlar las mejillas de pecas.

Convertían la enorme mesa de madera en una guarida secreta, escondiéndose entre las patas de las sillas y transportando hasta allí todo tipo de tesoros que se encargaban de recopilar, como cucharones de madera que pasaban a ser espadas, tapas de cazuela, canicas de cristal que nunca se sabía de dónde aparecían y trozos de pan duro que la abuela Rosa les regalaba para que estuvieran callados y no gritaran demasiado.

Beatriz departía con su madre y la escuchaba quejarse de Gerard, recriminar su falta de muestras de afecto y reprocharle que solo pensaba en la relojería, maldito francés testarudo. Pero todas las conversaciones terminaban con el tema tabú de aquella casa en la calle Cruz: Lina.

Seguía soltera y dando que hablar en San Telmo. ¿Es que nunca pensaba sentar la cabeza? ¿Es que se iba a acabar convirtiendo en una solterona para vestir santos o, peor, en una sufragista?

—Creo que es una locura. Tu hermana está loca. Sencillamente, loca. ¡Y sabe Dios lo mucho que la estimo y lo mucho que he hecho por ella! Pero

esto pasa de castaño oscuro. ¿Es que no vas a hablar con ella? ¿Acaso no entiendes que es una temeridad meterse en política siendo una mujer? ¡Pero si es una niña!

—Mamá, exageras. No es una niña. Tiene ya veintinueve años, uno menos que yo, recuerda. En fin. No es ya ninguna cría.

—No hace falta que me recuerdes su edad. ¡Ya lo sé! Y razón de más. Con veintinueve años, debería tener ya hijos.

—Solo tengo tres.

—¡Así tenía que estar ahora tu hermana!

—Mamá, tranquilízate...

—Tener un hijo es algo hermoso, cielo —le decía—. Tú bien lo sabes, y conforme tus pequeños Matías, Tristán y Raquel crezcan, empezarás a darte más cuenta de ello. Tener un hijo es lo más grande que te va a suceder. Los partos son horribles. ¡Qué te voy a contar! Yo tuve siete y solo sobrevivisteis Paulina y tú. ¡Figúrate! Ahora la cosa es diferente. Hay tantos adelantos médicos... Paulina me vino atravesada y a punto estuvimos de que se ahogara, ya lo sabes. Si no es por la mano de santo del doctor que nos atendía, aquella niña no habría roto a llorar nunca. ¡Y mírala ahora, cómo grita la sufragista! Tú tardaste dos días. Un sufrimiento, la verdad. ¡Y mírate ahora! Felizmente casada y a punto de darme el cuarto nieto. ¡Y no como tu hermana! Lo que tendría que hacer es casarse.

—¿Casarse? ¿Y crees que eso la convertiría en una mujer más dócil? ¡Casarse dices! Casarse no es garantía de nada. No siempre es todo lo que parece en los matrimonios.

—Vamos a ver si nos serenamos, hija mía. No quiero alterarme ni quiero decir nada de lo que luego deba arrepentirme. Pero, dime una cosa: ¿no te parece de poco juicio andar perdiendo el tiempo en reuniones de sufragistas? Lo que tendría que hacer Lina es casarse de una vez por todas. Primero, el disgusto de que se fuera a vivir sola y que se mantuviera cosiendo. ¡Menudo escándalo! Luego, que haga vestidos de esos tan frívolos...

—Se los pagan bien, mamá. ¡Si gana tanto como Daniel!

—Pero es mujer... Y una mujer decente tiene un marido. Además, está tan sola...

—No está sola. Solas estamos tú y yo.

—¡Menudo consuelo! Sola me refiero a un hombre que la ampare. ¡Ella es una mujer!

–Ya quisieran muchos hombres tener su arrojo y su decisión.

Cuando el abuelo terminaba su jornada abajo, en la relojería, subía por las escaleras interiores, aparecía en el recibidor de la vivienda y hacía sonar una campanita. Entonces los niños acudían a la sala y, alineados con la espalda contra la pared, permitían que se les pasara revista, siempre con algún comentario acerca de sus pelos alborotados o de sus camisas arrugadas, pero siempre con la recompensa de un dulce o una peladilla.

La sala estaba adornada con las más preciadas bagatelas propias de la época. Una gramola presidía la estancia con su gran bocina dorada, y era frecuente que el abuelo hiciera escuchar a sus tres nietos alguna pieza de ópera antes de lavarse las manos para cenar. Había varias vitrinas acristaladas en cuyos estantes se adivinaban jarras de alpaca, figuritas *art nouveau* y sofisticados portarretratos. Dos cortinones granates separaban la balconada como dos enhiestos centinelas de terciopelo. En el centro, una mesa redonda de madera, en equilibrio sobre un robusto pie labrado, soportaba un inmenso jarrón transparente del que descollaban gladiolos. Una socorrida librería hacía las veces de falso muro, reservando una zona más íntima, la de las siestas del abuelo, con un respingón sofá y dos butacas.

Nada hacía presagiar lo que iba a suceder por aquellos días. Nada anunciaba que la fatalidad caería sobre los Tussaud de aquella forma tan dramática. Ni las tormentas, que azotaban los cristales como si jamás antes hubiera llovido. Ni las ausencias de Daniel, que viajaba cada vez con más frecuencia a Barcelona. Ni los reproches cuando volvía, siempre quejándose de los niños, tan revoltosos y escandalosos. Todo era correcto en sus vidas, todo era ordenado. Nada hacía presagiar la tragedia.

* * *

Daniel y Beatriz cenaban en silencio. Él estaba cansado, era evidente. Sin embargo, tenía algo que decirle. Habría querido esperar a encontrar el momento, quizás, delante de sus suegros para pavonearse más, pero no aguantó.

–Tengo buenas noticias.

–¿De veras?

–Hoy me han dicho que es probable que me envíen a Málaga. Van a abrir allí unos altos hornos y quieren que les muestre mis prototipos de grúas.

–¿Cómo dices?

–Ha venido a buscarme el señor Cortázar al astillero. Nos hemos trasladado en calesa hasta su mansión, donde me ha enseñado unos planos de los páramos cerca del río, a unos dos kilómetros de Málaga. Quizás a algo más. Ha sido fantástico.

–¿Y qué tenemos que ver nosotros con Málaga?

–Tú tendrás que ver con lo que tenga que ver con tu marido. Y punto. Van a fusionar un par de empresas siderúrgicas. Quieren construir en Málaga unos hornos altos, hacer una gran fábrica, como las de Vizcaya. Y el señor Cortázar me va a proporcionar allí un trabajo. Me lo han explicado todo. ¡Incluso he visto el proyecto! Hay gente muy influyente, muy importante, que está detrás de esto. Muchísimo dinero, Beatriz. No sé. Tampoco voy a contarte todos los detalles porque no los entenderías. Pero, a lo que vamos: me han asegurado que, en menos de cuatro o cinco años, la nueva factoría estará levantada.

–¿Y eso es bueno, Daniel?

–¡Eso es fantástico! Me ha dicho el señor Cortázar que a todo este revuelo de empresas que se están empezando a formar hay que sumarles hombres con talento, ya me entiendes, y se refería a mí.

Beatriz lo escuchaba con atención. No sabía por qué, pero se sentía orgullosa, aunque comprendía que a Daniel solo le importaba su propia carrera. En cierta forma, los éxitos de su marido eran éxitos suyos, aunque, paradójicamente, los éxitos los distanciaban.

–El señor Cortázar me ha enseñado planos de varios cargaderos de la Ría del Nervión, de los que se usan para el hierro de los Montes de Triano, todos ellos de firmas extranjeras. Quieren que diseñe otros similares para cuando se necesiten en Málaga. Esta gente va a hacer algo por todo lo grande y, lo mejor de todo, cuentan conmigo. Ahora, ya sí, no me cabe duda: cuentan conmigo. Podré seguir en el astillero por las mañanas, pero el señor Cortázar me va a montar un estudio para que trabaje en los nuevos proyectos por las tardes. Me pagará al mes y, dice, cuando se inaugure lo de Málaga, nos iremos todos a vivir allí.

Beatriz suspiró y se echó las manos a la boca. No comprendía ni la mitad de lo que, tan atropelladamente, le estaba contando su marido, pero presentía

que algo importante estaba sucediendo. En su cabeza, sus padres, sus hijos, Marcel, la bahía de San Telmo, la calle Cruz, el aire del Cantábrico. ¿Irse a Málaga?

No había visto una fábrica de cerca ni sabía si todo lo que se contaba sobre enormes cantidades de gente que estaba llegando desde otras provincias para emplearse era cierto o no.

—¡Cuentan conmigo, Beatriz! Ven. Quiero enseñarte algo.

La agarró del antebrazo y la condujo hasta el despacho, donde, insuflado de una fiebre casi adolescente, empezó a rebuscar entre sus cuadernos de notas.

—Mira. Observa aquí. La empresa Goitia y Compañía de Beasain usa el procedimiento Siemens. Gracias a este método se logra acero de gran calidad. Lo tengo por aquí, espera, espera que lo encuentre. ¡Ya! ¡Aquí! Mira estos dibujos. Friedrich von Siemens, en 1886, construyó un horno de 6 toneladas que, partiendo de los lingotes que se elaboraban con el carbón, convertía el hierro en acero. Yo aseguré al señor Cortázar, el día que lo conocí en aquella exposición, que llevaba tiempo estudiando a Siemens, y que en mis estudios de ingeniería analicé toda la obra de Siemens y que me sentía capaz de diseñar un prototipo capaz de igualar la producción de Beasain. Dice que podríamos montarlo en Málaga

—¡Oh, Daniel! Eso... eso es magnífico. No sabes cómo me alegro por ti.

Daniel no la oía. Estaba desbordado por su euforia, desplegando planos, apuntes y anotaciones en un sinfín de libros y cuadernos. Su mesa, en un segundo, se había convertido en una informe montaña de páginas y portafolios.

—Se lo expliqué hace años, en aquella exposición a la que fuimos, la del marino aquel que recitaba versos. ¿Cuánto ha pasado? ¿Diez años? ¿Recuerdas? ¡Han pasado casi diez años! Y Cortázar sigue contando conmigo. ¿Lo ves? ¿Ves cómo hicimos bien en acudir a aquel tipo de encuentros sociales? ¿Ves cómo aquellos eventos nos iban a cambiar la vida? Luego, una noche, me llevó a tomar un brandy y volví a contárselo, y hasta le dibujé unos improvisados esquemas que él se llevó. Hoy, en su casona, me ha dicho que, si esa gran fábrica se hace, me emplearán como ingeniero para poner a punto los hornos y las grúas... ¡y me patentarán mis prototipos! ¿Entiendes lo que significa eso, Beatriz? ¿Lo comprendes? Nuestra vida va a cambiar. Diez años hemos necesitado en este agujero de San Telmo, pero ya

empieza a cambiar la vida. ¡Nos iremos a Málaga!

–Daniel, es...

–¡Es fantástico! Desde hace décadas han puesto aquí sus ojos empresarios de toda Europa: belgas, franceses, ingleses... Esto va muy en serio, estoy seguro. Yo creo que llegarán buenos momentos para San Telmo también, pero nosotros viviremos en Málaga, en una casa como la del señor Cortázar, y tú tendrás todo cuanto quieras y no tendrás que levantar un dedo ni para mover un tenedor. ¡Ya verás! Van a hacer en todas partes miles de casas y ferrocarriles y puertos nuevos. Y construirán hospitales y escuelas. Me lo ha dicho el señor Cortázar. El señor Cortázar sabe mucho. ¡Él sí que sabe! Y tú y yo, Beatriz, lo vamos a ver con nuestros ojos. Nuestra vida ya no será la misma. Nuestra vida no ha hecho más que empezar. ¡Nada más que empezar!

Aquella noche, Daniel no podía sino imaginarse su futuro en Málaga y ella, Beatriz, no hacía sino acordarse, por algún extraño resorte del cerebro, de Marcel.

En ocasiones, la noche nos trae imágenes que podrían tocarse.

* * *

El primer día que Beatriz y Marcel quedan premeditadamente, lo hacen sin pensarlo. O sí. Quizás los dos lo habían pensado de antemano y habían suspirado porque se diera la ocasión. Puede que ella, revolviéndose en sus miedos más profundos, venciendo sus angustias, hubiera planeado cómo sería provocar una cita con el pintor. Y puede que este, sin temer las consecuencias que sobre sus propias emociones tendría un encuentro con la mujer de los labios alizarina, ya se hubiera imaginado el momento.

Fuera como fuera, una vez que Daniel acude a una de sus reuniones, trajeado, guapo y nervioso, Beatriz sale de su casa. Va a la de Lina, con intención de dejarle al pequeño Matías, que tiene solo unos meses, e irse a comprar algo a las Galerías Siglo Moderno. Le apetece pasar unas horas sola, sin hijo, sin marido, divirtiéndose en los ascensores del nuevo comercio. No tiene fuerzas para enfrentarse a Lina y contarle que anoche Daniel volvió a empujarla contra la cama. Sí, Daniel. Ese Daniel tan eficaz y exitoso; ese que es el orgullo de Gerard Tussaud; ese por quien Beatriz accedió a quedarse embarazada, pese a que sus malos humores y sus reprimendas son cada vez más frecuentes.

Las cosas suceden así. No hay plan que supere a lo que el destino nos tiene reservado.

Abandona el portal de su hermana, no camina dos pasos y... ¡zas!, se da de bruces con Marcel.

Oh, Marcel, Marcel. Imposible no prever un encuentro con él. Imposible quitárselo de la cabeza desde el día que subió a su casa. Imposible desprenderse de lo que vivió en el almacén de la galería. Imposible no pronunciar en silencio su nombre semana a semana, mes a mes.

En cuanto se cruzan sus miradas, a Beatriz se le olvidan los ascensores, las vitrinas con novedades llegadas, dicen, de París, el bullicio de los probadores y los maniquíes con modelos que imitan los diseños de Worth, el inventor de la alta costura y el mayor símbolo de la moda refinada. Un nuevo rubor le asciende hasta las mejillas y, sin calcularlo, le tiende la mano y le obsequia con una sonrisa.

Apenas hay conversación. Él tiene prisa. Al parecer, el señor Sota de Salazar le reclama en la sala de exposiciones para un encargo y ya llega tarde. Así que, de forma atropellada, él le dice que lo disculpe, que lo perdone, que siente mucho no poder quedarse ni acompañarla, pero que le encantará verla en hora y media.

—¿Vernos? —gime Beatriz, arrepintiéndose al instante de haberse mostrado pusilánime.

—Dentro de un rato, dentro de hora y media, a eso de las cinco. ¿Le parece? Venga a mi casa. Hablaremos.

—¿A su casa? Ya estuve una vez en su casa. ¿No lo recuerda?

—De eso han pasado dos años. Desde entonces... no he sabido mucho de usted.

—¡Ni yo de usted!

—¡En una hora y media en mi casa! ¡No me falte!

Y se marcha. Se marcha sin dejar siquiera que ella diga que sí. No hay tiempo para pensarlo.

Nuria, en su galería, cierra el legajo y abre sus notas. Según estas, Matías nació en 1900; así lo atestigua una partida de nacimiento que tiene fotocopiada por algún sitio. Y, según los archivos del astillero, Sanmartín fue ascendido a jefe de ingenieros por aquellas fechas, con responsabilidades en la factoría de Barcelona. Se entiende entonces que estuviera tan ausente de casa.

Está cansada. Le duelen los ojos. Piensa que dedica demasiadas horas al ordenador. Al ordenador y a las pantallas en general: que si el móvil, que si la tableta, que si el portátil... Busca en el bolso un lentillero y en unos minutos luce sus gafas de pasta marrón. Se mira en el espejo del baño, cuya puerta está abierta, y sonrío al ver que sigue siendo una mujer atractiva.

“Eres tan bonita”, le decía Jorge cuando empezaron a salir.

“Eres tan hermosa”, le decía cuando se casaron.

“Eres tan generosa”, le decía cuando se divorciaron.

Divorciarse no fue ningún trauma. Más bien, una liberación. Perdió un

marido y ganó un amigo. De haber seguido casada, no habría tenido ni lo uno ni lo otro. Al fin y al cabo, como marido era un desastre y como amigo estaba anulado.

Irremediablemente, piensa en Jorge con frecuencia. Quizás eso le haga comprender mejor a su tatarabuela. Beatriz Tussaud, según las páginas del señor Joaquín, mantenía una relación con Marcel Hugarte. No quizás una relación como amantes, pero estaba claro que con Daniel Sanmartín la cosa no funcionaba.

“Cuando algo no funciona, lo mejor es zanzarlo”, piensa tomando de nuevo la libreta.

Lee en silencio.

El sonido impertinente del teléfono la hace volver a la realidad.

—¿Sí?

—Mi nombre es Dolores. Venga a Los Robles. Le contaré cosas de Beatriz Tussaud y algo sobre la galería que le va a interesar. Tiene que ver con el cuadro de Marcel. Ese cuadro... ese cuadro... Yo conocí a Marcel y sé la verdad sobre él. Pero me vigilan. Creo que volverán a sedarme. Esta residencia no es mi casa. ¿Sabe usted que en mi casa contaba cada noche las vigas de madera del techo, sobre la cama?

—¿Dolores?

—Sí. No puedo seguir hablando. Me vigilan. El cuadro... La clave está en el cuadro...

—Perdone. ¿Me llama desde Los Robles?

—¿Y desde dónde le voy a llamar si no? Lo que sucede es que no nos dejan. Me vigilan. Ya sabe qué tipo de centro es este. Tiene que venir a verme. Se lo contaré todo. Solo queda usted, señorita. Eso sí, no se fie de nadie. Piense que el secreto está en el cuadro.

—Ya fui a verla, pero me echaron. Estuve el otro día. No me atendieron. Ni siquiera me abrieron la puerta. Luego, dos hombres de seguridad me recomendaron no volver a rondar por allí.

Bip... bip... bip...

Notas al cierre:

- Empaquetar la escultura de Rosa Puente y enviarla a su comprador.
- Pedir a Jorge las escrituras del local.

- Visitar Los Robles... otra vez.

* * *

La hora y media la pasó Beatriz caminando entre calles. No quiso ir a los almacenes. Sabía que la gente la aturdiría. Tampoco regresó a su casa a prepararse más, a pintarse los labios con carmín. Prefirió vagar aunque eso la llevara a pensar que su vida no era como ella había previsto.

¿Cómo iba a quedar con un hombre soltero? ¿Es que se le había olvidado ya lo mucho que sufrió aquellas noches cuando lo conoció en la recepción de los Herranza, hacía dos años? ¿Es que se le había borrado ya el tormento moral al que se entregó? Sería una locura ir a casa del pintor; sería una locura, una inmoralidad y una imprudencia. Una cosa era dejarse llevar por la melancolía y otra responder a la cita de un hombre soltero. ¡De ninguna de las maneras!

Daniel no era el hombre perfecto, pero le había dado un hijo. No se merecía que ella le mintiera. Aborrecía sus demoras, sus ausencias y aquel humor hostil y negro que le caracterizaba en la intimidad de la alcoba, pero no por eso iba a sucumbir a la invitación de un pintor descarado. Era cierto que su marido había ido mudando el carácter y que iban de la mano su ascenso profesional y su frialdad en casa; frialdad que, cada vez con más frecuencia, se tornaba mal humor e hiriente ironía. Sin embargo, seguía siendo su marido y a él se debía, por mucho que Lina le llenara la cabeza con ideas absurdas.

Cuando llegó al portal y entornó la pesada hoja de roble, el corazón se le salía del pecho. Pensó que aquello estaba mal; que si alguna vez se confesaba, la penitencia sería terrible; que si su marido se enterara, se moriría del disgusto... tras golpearla; que, sin embargo, estaría un ratito pequeño, le pediría a Marcel que la comprendiera y se despediría de él para siempre.

Hay “para siempre” que duran un instante. Hay “para siempre” que son fugaces, efímeros y endebles. Los pronunciamos para reconfortarnos pero nos tortura saber que no los cumpliremos. Incluso antes de que el sonido salga por nuestra boca, allá donde las palabras nacen, donde se gestan, donde invernan a la espera de ser desatadas, ya se revela en convencimiento de que será un “para siempre” baldío.

En el principal, unos ruidos escaleras arriba le paralizaron el pulso. Temió ser vista. La sola idea de que cualquiera pudiera relacionarla con el pintor le hizo tragar saliva y detenerse a escuchar. Una vez que se restableció el silencio, continuó ascendiendo peldaño a peldaño.

Al llegar frente a la puerta de Marcel, aún estaba entre batir la aldaba o desandar los peldaños y escapar a su casa. Pero llamó.

Toc, toc, toc.

Nadie respondió. Miró a ambos lados como si alguien estuviera observándola. Comenzó a sentirse ridícula.

Toc, toc, toc.

Pensó que no podía golpear más fuerte porque no quería alertar a los vecinos; quizás Marcel estaba en el fondo de la vivienda y no la oía. Eso la encorajinó. Había transcurrido la hora y media. Quizás él no hubiera dicho en serio lo de la hora y media; quizás fuera solamente una forma de hablar. Puede que ni siquiera dijera en serio lo de la cita, lo de ir a su casa.

Toc, toc, toc.

Entonces, desde arriba, oyó que alguien la llamaba. Ella se asomó por la baranda y, a través del hueco de la escalera, vio dos pisos por encima la cabeza de Marcel.

—Chist, chist. Beatriz. Beatriz —susurró—. Venga, suba.

Ella volvió a mirar a los lados. Dudaba si se había equivocado de piso, pero estaba segura de que no. ¿Qué hacía aquel hombre allá arriba?

Sin contestar, avanzó con una mezcla de incertidumbre, enfado y ansiedad. Aquel tipo seguía siendo tan extraño como hacía dos años.

Una vez en el último piso, una escalera muy estrecha, de aspecto frágil, arrancaba desde el descansillo y se perdía en una portezuela a la altura del techo. Por allí volvía a asomarse Marcel y nuevamente pedía a Beatriz que se acercara. Esta se sujetó el bajo del vestido, se aferró al enclenque pasamanos y alcanzó el alto, atravesando la portezuela para salir al tejado del inmueble.

—Bienvenida al reino de los tejados. Mi reino. Aquí mando yo —la recibió con una reverencia y un aleteo de la mano derecha como si estuvieran en la Francia del rey Sol. Acomódese —y le mostró una silla baja, como de costurera, colocada en una zona plana.

Ella accedió y se sentó. No decía nada. Miraba absorta a Marcel, quien, hábilmente, se movía por el tejado con asombrosa agilidad; sin duda, estaba acostumbrado.

El espacio era pequeño, jalonado de tejadillos desconchados, chimeneas de diferentes dimensiones y cisternas de madera. A un lado, la sombra de un edificio mayor ocultaba un patio interior; al otro, cientos de picos con tejas se desarrollaban en línea hasta perderse una manzana más adelante. Era la primera vez en su vida que Beatriz veía la ciudad desde aquella perspectiva.

—Me encanta subir aquí. Antes me traía el caballete y los lienzos y pintaba puestas de sol. ¿Lo ve? El sol se mete por allí. Más o menos por allí — explicaba mientras gesticulaba como si estuviera a bordo de un barco—. Luego me cansé del trajín de subir los bártulos y empecé a venir a leer. Es una delicia, en las tardes de verano, sentarse en esa silla y leer. La brisa sube fresca y se oyen las campanas del convento. Ahora, en otoño, es diferente, claro. Ahora hace frío para estarse mucho tiempo aquí, pero en verano es una maravilla. ¿Le gusta? ¡Hábleme acerca de usted! ¡Ha pasado tanto desde que la conocí! Antes no tenía hijos... ¿No es así? He oído que ahora tiene uno. Pero, bueno, no la quiero incomodar. Dígame. ¿Le gusta mi atalaya?

—Esto es... distinto...

—Eso, desde luego. Distinto sí que es, sí. Le voy a contar una cosa. Hará dos o tres agostos, ¿se acuerda?, el calor en San Telmo fue insoportable. Mi casa es fresca, pero, aun así, el calor era un martirio. Así que me cogí la capa de mar, esa capa que uso los días de lluvia, la eché ahí, en esa terracita —dijo mientras señalaba una azotea del edificio contiguo— y pasé la noche al raso. No es como estar en un barco pero me satisfizo igual. El cielo estaba cargadito de estrellas y corría aire. Algún día volveré a hacerlo.

—¿En el tejado? ¿Me está usted diciendo que durmió en el tejado?

Marcel no contestó; se limitó a soltar una grave carcajada y a brincar de rincón en rincón, encaramándose a un pie sobre una chimenea, volando hasta un murete desconchado, impulsándose hasta una vertiente de teja roja, patinando por una cañería... Parecía un niño en el parque. Mantenía los brazos en cruz para no perder el equilibrio y, aunque se había descamisado, su atractivo encandilaba a Beatriz.

—¡Estese quieto! ¡Acabará cayéndose, insensato! ¿No ve que puede tropezar?

Por fin, él aterrizó junto a la sillita de costurera, echó la rodilla al suelo y, agarrándole la mano, susurró:

—Beatriz Tussaud, me encanta tenerla aquí conmigo. ¡Venga! ¡Póngase de pie!

Ella obedeció, sin soltarle la mano, hasta acercarse a él, hasta casi colocar su pecho contra el suyo. Entonces, Marcel la agarró en posición de baile, estiró el brazo, levantó la barbilla y... comenzó a bailar en el escaso espacio plano de la azotea.

—¿Me concede este baile?

—Por supuesto, señor Hugarte —respondió ella realmente vencida a las emociones.

II

LOS MOMENTOS, LOS DEBERES, LOS HORRORES, LOS PESARES

Una sensación de alivio e inmensa
alegría recorre el cuerpo cuando hacemos lo que
queremos aunque no sea lo que debemos.

Nuria lee a Jorge. Este, familiarmente sentado en uno de los sofás, la escucha a la vez que observa la galería y se pregunta qué puede hacer por su exmujer para echarle una mano. Se ha quitado la americana, se ha aflojado la corbata y hasta se ha servido una cerveza de lata que bebe a pequeños sorbos. La voz de Nuria le sigue pareciendo cálida, como cuando eran novios y ella cantaba en las fiestas familiares; como cuando, casados, se grababan vídeos caseros con versiones de los clásicos del pop. Cierra los ojos y se deja transportar hasta 1907.

Desde aquel reencuentro entre Beatriz y Marcel y el día de la muerte del abuelo Gerard, pasaron seis años y cuatro meses. A Matías se unieron sus hermanos Tristán y Raquel, a Lina le salió algún que otro pretendiente y en la plaza de la iglesia levantaron un quiosco para los días de verbena. El siglo había irrumpido con fuerza en las ansias de modernidad de San Telmo, y Beatriz, pese a haber cumplido los treinta, estaba radiante y serena, con esa serenidad que tienen las madres y ese brillo que ilumina el rostro de las mujeres seguras de sí mismas; había aprendido a sobrevivir en su matrimonio y a encarar las adversidades con la barbilla alta.

El 13 de mayo de 1907, la vida de los Tussaud iba a dar un vuelco, especialmente la del pequeño Matías. Y la de Marcel, quien tuvo que huir por todo aquel asunto.

—¿Qué te parecen las páginas del señor Joaquín?

—No sé. Muy raro todo.

—¿Raro?

—Está contado como si quien lo ha escrito hubiera vivido los acontecimientos. Yo creo que es muy novelesco.

–Pero, ¿no te parece fascinante lo que cuenta?

–¿Fascinante? No lo llamaría fascinante, Nuria. Comprendo que te guste porque habla de tu familia, de tus antepasados. Pero, en fin. Ya te digo que me resulta complicado de creer. Además... ¿tuvieron lío o no tuvieron lío Beatriz y Marcel?

Las seis de la tarde siempre han marcado la vuelta de Daniel a casa. Si está de viaje o si le surge cualquier otra cosa, no. En ese caso, nadie lo espera levantado. Ni Beatriz ni los niños. Pero si todo transcurre dentro de la lógica de los horarios domésticos, las seis es la hora del reencuentro, el final de la jornada, el inicio del rato en el que, juntos, leen en la salita o charlan sobre lo sucedido. Las seis es la hora del matrimonio, el momento de ponerse al día, el rato del café con achicoria. También es la hora en la que él revisará todo y ella, orgullosa, mostrará su inteligente intendencia, primero con Matías, luego con Matías y Tristán y finalmente con los tres, una vez que llegó Raquel. Las seis es la hora en la que ella suspirará para que él no encuentre nada de qué quejarse; también la hora en la que se le acelerará el pulso por si su rostro denota lo a gusto que ha estado con Marcel.

Las seis es la hora de la verdad; la hora de las mentiras.

Por eso, en esa primera cita, cuando el reloj del campanario anuncia las seis, Beatriz se separa con brusquedad de Marcel, corre hacia la portezuela y, sin casi despedirse, abandona la azotea y echa a correr escaleras abajo. Suspira y dedica una sonrisa a su anfitrión; una sonrisa que lo dice todo, que explica que también a ella le ha encantado, que se ha sentido feliz, halagada por haber conocido la atalaya del pintor, que se muere de ganas de volver a estar con él, que le agradece el baile y el rato, pero que se va corriendo porque son las seis y las seis es la hora de estar esperando a su marido.

–Mañana la veo aquí... pero más temprano. Venga usted más temprano, antes, Beatriz –grita él cuando ya ella se ha escabullido en su precipitada huida.

Y pasadas las seis, congestionada y aturdida, con una sonrisa delatora, Beatriz entra en su casa para comprobar satisfecha que Daniel aún no ha llegado. Corre a su alcoba, se cambia atropelladamente, se coloca un vestido sencillo de diario, se suelta el moño y se coloca unas horquillas. Luego, camina hasta la cocina y enciende la lumbre.

–Ya estoy aquí... –se oye desde el recibidor.

Una sensación de alivio e inmensa alegría le recorre el cuerpo.

–No entiendo por qué seguía con Daniel –comenta Jorge.

–Porque no tenía otra opción.

–Tu tatarabuela era una floja.

—No. Era una mujer de su tiempo.

—¿Y quién dices que ha escrito ese libro?

—El señor Joaquín. Al parecer, el señor Joaquín es hijo del mismísimo Marcel Hugarte.

—¿Y de dónde ha salido el señor Joaquín?

—Vino el otro día a la galería. No fue muy hablador. Me entregó este legajo y me dijo que lo leyera, que contenía la verdad sobre mi familia. Y poco más. Me aseguró que vendría para charlar. La cosa es que no ha vuelto a aparecer.

—¿Sabes quién es? ¿Dónde vive? ¿Lo conocías?

—Ni idea. Y fui tan tonta que no se lo pregunté. No sé si lo había visto antes. Quizás sí, pero ya sabes que soy un poco despistada. Intentaré localizarlo en internet. Tarde o temprano, daré con el señor Joaquín.

—¿Cómo va a ser hijo de Marcel? Eso es cronológicamente imposible.

—No del todo —responde Nuria abriendo su agenda y consultando notas garabateadas con bolígrafo verde—. El señor Joaquín tendrá ahora alrededor de noventa años. Quizás más. Si Marcel lo tuvo en torno a los sesenta...

—¿Cómo lo va a tener a los sesenta, tan mayor? Nadie en aquella época tenía hijos a los sesenta años. Para mí que todo eso es un manuscrito, una novela. Pura ficción.

—No veo por qué no pudo tener Marcel un hijo a los sesenta. Podría ser. Podría haber sido. No es habitual pero es posible.

—¿Marcel Hugarte, un *latin lover* incluso de viejo? ¡No me extraña entonces que tu tatarabuela se encoñara con él! ¡Ja, ja, ja!

—¡Jorge! No hables así de la pobre Beatriz Tussaud. No sabemos si hubo algo entre ellos.

—¿Ah, no? ¿Crees que iba a la azotea del estudio solo a bailar y a ver los tejados de San Telmo? No seas ingenua...

—No lo soy.

—Sí, sí lo eres. Déjame que recapitule. En 1898 se conocen en la fiesta esa de los ricachones, en la que le suelta un poema y la embelesa. Luego, según el diario del señor Joaquín, se ven un par de veces, una de las cuales es en la exposición, en donde la lleva al almacén y le enseña un cuadro impresionista. *Ad libitum*. ¡Yo voy y me creo que en ese almacén no pasó nada entre ellos!

—Jorge... no seas bobo.

—La cosa es que supuestamente se pegan dos o tres años sin verse. Él se

dedica a navegar o a hacer negocios por ahí... Cuando coinciden de nuevo, el día que se supone que Beatriz iba a las galerías comerciales, ella ya es madre de Matías, pese a lo que empiezan a verse con asiduidad aunque, según tú y el señor Joaquín, es un amor puro y sin que acaben echando un buen polvo. ¡Ja!

Por la hora, no se esperan más visitantes. De hecho, nunca se esperan más visitantes. Si al principio su éxito parecía inminente, lo cierto es que, pasados los años, Nuria comprueba que el pulso artístico ha ido decayendo de la mano de la economía. El año pasado no fue malo, pero no lo suficientemente bueno como para pensar en la supervivencia.

Quizás por eso se entretiene tantas horas indagando acerca del pasado de su familia, hasta el punto de haber convertido a Beatriz y a Marcel en recurrentes protagonistas de sus pensamientos a lo largo de los días. O puede que sea porque es mejor excavar en el pasado que poner cimientos para el futuro.

Jorge es formidable. Aun ahora lo ve y se pregunta cómo pudo perderlo. Empático, simpático y eficiente, alegre y positivo, no demasiado guapo pero sí elegante. ¿No basta todo eso para el amor? ¿Tiene siempre que existir algo más?

—Y dime una cosa. ¿Qué es eso que me has contado de lo de Los Robles? —pregunta él, levantándose y colocándose tras ella para masajearle los hombros—. Estás muy tensa. Deberías dormir más.

—Tengo que dar con esa mujer que me llama, pero no es sencillo — responde mientras se levanta y endereza una fotografía enmarcada que cuelga en la pared de ladrillo de detrás de los sillones. Jorge sonríe, pensando que había heredado la misma meticulosidad del relojero francés, sin sentirse mal por el desprecio a su masaje—. Dos guardias de seguridad me dijeron que era mejor que no intentara volver a entrar en la residencia. No sé. Fue todo muy extraño. Me amedrentaron un poco.

—Tendrá alzhéimer.

—¡Jorge! ¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Y tú, cómo puedes ser tan ingenua? Eso son patrañas de viejos. Lo del señor Joaquín y lo de esa mujer que te llama. ¿Es que no te das cuenta?

—¡Eso es! ¡Dos ancianos interesándose a la vez por hacerme llegar datos de la época de Beatriz Tussaud! No puede ser una casualidad. Seguro que existe un nexo entre ambos. Tengo que averiguarlo. Ojalá viniera el señor

Joaquín. Y ojalá pudiera entrar en Los Robles.

–Puedes –respondió lacónicamente Jorge–. Se me ocurre cómo.

* * *

Nadie sabía de dónde le venía lo del *Alemán*. Algunos decían en los corrillos que era porque había leído a Marx. Aquella tarde, Francisco *el Alemán* se reunió con dos hombres en uno de los embarcaderos de la dársena, no lejos del astillero, al resguardo de miradas inoportunas. Apenas hubo palabras ni gestos. Ellos le entregaron un sobre dentro de un periódico atrasado y un objeto envuelto en un trapo. Él apenas lo miró: sin duda, sabía de qué se trataba: el revólver que le habían prometido, el nombre del tipo al que debía liquidar y dinero suficiente como para desaparecer. El pistolero, por aquellos días de inicio del siglo XX, comenzaba a planear sobre el Estado como una jaqueca difícil de erradicar.

Tumbado en la cama de la pensión, acariciaba el revólver con mecánicos movimientos. No había cenado. Tampoco había pasado por el servicio comunal. Temía que alguien lo reconociera. Venía de liquidar a un moroso de Santander y no era prudente dejarse ver. Acabaría el trabajito en San Telmo y huiría hacia el sur. Era consciente de que, si lo detenían, lo arrastrarían hasta el garrote vil o lo encerrarían de por vida junto a desertores del ejército, afeminados y gitanos.

Antes del alba estaba de nuevo en la calle, fastidiado por el frío y el hambre. Sobre todo, el hambre. Había renunciado a acudir a ninguna taberna y, para cuando se dio cuenta, el estómago le atenazaba como si un hierro rústico le atravesara de lado a lado. El hambre es detonante. El hambre es traicionera.

La atmósfera en San Telmo, aquella mañana, era gris y mohína. Había viandantes con prisa que se guarecían bajo los aleros o que empuñaban destartados paraguas sacudidos por el viento. Varios barcos humeantes esperaban la hora de ser llamados a descarga. Olía a hierro, a sal y a cemento mojado. Bandadas despistadas de gaviotas cruzaban el cielo plomizo con escándalo de graznidos y aleteos. Empezaba a haber más gente. Doncellas externas se apresuraban hacia sus casas de servicio para comenzar la jornada, como los repartidores y las sardineras, los esencieros, el carbonero y las

mujeres del mercado.

Las casas no tenían andrajos colgados en los balcones ni ropa oreándose. No había portales desencajados ni se acumulaba la suciedad en los tapiales abandonados; no había tapiales abandonados. El tipo al que debía asesinar era un contable que había estafado a la Compañía. Estaba claro que no vivía en la zona proletaria de San Telmo.

El destino quiso que Gerard Tussaud se despertara con ganas de churros. Los compró en menos de diez minutos. La tienda hacía esquina con un amplio escaparate enmarcado en madera verde. Del establecimiento se escapaba un acogedor aroma a aceite caliente, a vaho y a bollería. La mujer que le atendió lucía un impecable delantal blanco que hacía las veces de trapo, guardapolvo y caja registradora, pues en su enorme bolsillo delantero dejaba caer las monedas de los cobros, pero permanecía milagrosamente limpio. Le entregó el cucurucho humeante y lo despidió con una franca sonrisa.

–Que tenga un buen día –le dijo al entornar la puerta.

–Seguro que sí –respondió ufano al tiempo que comprobaba el sonido de las campanillas sobre el quicio.

Gerard Tussaud se escurría bajo una minúscula cornisa de casetones intentando alcanzar una zona balconada. También *el Alemán* lo hacía. A ambos les había sorprendido la violenta lluvia y los había empujado hacia el mismo punto para resguardarse.

–A este paso se me van a mojar los churros –pronunció en voz alta.

–¿Lleva churros?

–¿Cómo dice?

Gerard Tussaud se sacudía la ropa intentando mantener en equilibrio el cucurucho.

–Que si lleva churros. Que si lleva churros ahí.

–¿Perdón?

Gerard se dio cuenta de que *el Alemán* era un tipo siniestro.

–¿No me ha oído? ¡Que si lleva churros! –estalló el pistolero, acuciado por el hambre.

–Disculpe. He de irme –se excusó el relojero.

A Gerard no le gustaba aquella situación. Pensó que era mejor salir al

diluvio, aun a riesgo de empapar su preciado cucurucho, que continuar junto a aquel extraño individuo. Pero no pudo. Cuando fue a adelantar un pie, *el Alemán* le sujetó por el antebrazo.

—Solamente le he preguntado si llevaba churros. No voy a hacerle nada.

—¡Oh, sí! Claro... por supuesto... Verá, tengo algo de prisa...

—Yo no como churros. Jamás como churros. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que comí churros. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que comí nada.

—¿Quiere quedárselos? —preguntó asustado—. Tenga, quédese los. Compraré más.

Y le tendió el cucurucho. Entonces, surgió un grupo de jovencitas parapetadas bajo una gran lona. Corrían con los zapatos en la mano en dirección a los dos hombres, ajenas a lo que estaba sucediendo, buscando el cobertizo bajo el que guarecerse. *El Alemán* se sorprendió. Él, que era un frío sicario a las órdenes del mejor postor, reaccionó desde el susto y no desde la eficacia; se dejó llevar por el hambre o la rabia o la soledad y, con un gesto instintivo, palpó la pistola en el bolsillo de su gabán, y antes de que nadie se diera cuenta, disparó sin querer. No, no era aquel el hombre que debía de liquidar; no era el moroso; no era el objetivo, sino un pobre imbécil que había ido a comprar churros, pero el revólver se accionó y la bala atravesó la tela hasta el cuerpo de Gerard, para alojarse en su pecho.

Los churros se desperdigaron por la calle mojada ante la absorta mirada de las jovencitas, en torno al cuerpo sin vida del relojero.

* * *

—Mañana te voy a llevar a un sitio fantástico.

—¿Mañana? ¿Y te imaginas que voy a querer ir, señor Hugarte?

—¿No te apetece, Beatriz? Hay algo que quiero enseñarte desde hace años. Primero, no me atreví. Luego, tuviste un hijo. Luego, el otro. Luego, la niña... Parece que nunca llega el momento.

—Igual es porque nunca llega el momento.

—¿Por qué sigues viéndote conmigo después de tantísimos años?

Beatriz suspiró. Se lo había preguntado cientos de veces. No tenía que ver con la frialdad de su marido ni con lo mal que la trataba; tampoco con la

rutina ni el tedio. Ni con la necesidad de sentirse querida. O sí.

–No lo sé –reconoció–. ¿Y tú?

–Porque me conoces.

–Pues a mí, usted, me sigue pareciendo un desconocido.

–Un desconocido –sonrió Marcel, complacido porque Beatriz utilizaba el tratamiento de “usted” para bromear– a quien le gusta verse invadido, cada día, de cuatro a seis de la tarde. Además... ¡no soy tan desconocido! Eres la única persona que sabe de la existencia de un Marcel íntimo, vulnerable y lleno de dudas al otro lado de la coraza del famoso Marcel Hugarte.

–Quizás el Marcel que me guste sea ese, el atormentado, el inseguro. Es más humano. Más cercano. Más tierno. Sabe escucharme y aconsejarme.

–Eres incorregible. Menos mal que soy un caballero, si no, me enamoraría perdidamente de usted, señora mía.

–Si después de nueve años desde que nos conocimos y de siete de encontrarnos a escondidas, y después de haberme visto encinta, parida y lactante no te has enamorado de mí, ya nunca lo harás. Si después de tus desapariciones, que yo creo que son huidas, y de comprobar que siempre estoy cuando vuelves, no te has enamorado, no te enamorarás jamás. Voy para vieja. Así que dime. ¿A qué sitio fantástico dice que quiere llevarme?

–¡Sorpresa!

–Eso no vale –simuló enfurruñarse Beatriz–; es trampa.

–¿Te gustan los barcos?

–No lo sé. Nunca he navegado en uno. Mi marido vive de construirlos pero nunca me han llamado la atención. Es una parte de ti que no me interesa. No quiero saber nada de tus barcos, de tus nombres náuticos ni de tus viajes. Ni siquiera de tus viajes a Oporto, y eso que se te ilumina el rostro cuando hablas de Oporto. No me interesa. No quiero saber cómo es el Marcel piloto, qué vida lleva en los puertos que pisa ni si es cierta la fama que tiene de marino valiente.

–Hasta que conozcas el *Hamaika*. Hoy es jueves. Mañana, viernes, no podré quedar contigo porque pasaré todo el día en una excursión con el señor Sota de Salazar, el galerista. El pobre está muy débil. ¡Ese sí que va para viejo! Luego llegan el sábado y el domingo... Pero, si te parece, el lunes podré llevarte a un lugar que te va a gustar.

–¿Excursión? ¿Qué clase de excursión? ¿Me va a abandonar por una excursión con el galerista?

Beatriz sabía que no la abandonaba y que, desde hacía semanas, Marcel esperaba impaciente que dieran las cuatro de la tarde. Sabía que así eran las cosas y que aquello era lo que había. Sin embargo, le daba rabia pensar que al día siguiente no lo iba a ver, que tenía que aguardar tres días hasta volver a compartir un ratito con él.

Los ratitos se miden por exiguos minutos. Es como si los minutos, en lugar de tener sesenta segundos, tuvieran diez o doce, de tan rápido como pasan. Es lo que les sucede a los enamorados y a los condenados a muerte. Al fin y a la postre, en ambas situaciones, el amor adolescente y el patíbulo, son metáforas de la misma emoción: la de la incapacidad de detener el inexorable correr de Cronos.

Los ratitos son migajas en el eje cronológico de la existencia. Son motas de polvo en la vida incluso de un ser humano. Y aunque hay ratitos que marcan una vida, aquellos que hacen que giremos de rumbo, como una muerte o un beso o un susto o un disparo, no seríamos nada sin ellos y nada construiríamos si no existieran, descabellados y atroces, en nuestro día a día.

Beatriz también sabía, o más bien lo intuía, que él no era de los hombres que soportaban presiones, y que si le agobiaba demasiado, acabaría por huir de ella. Así que se mordía la lengua y se arrepentía de lo que acababa de decir.

–Aunque, si te soy sincera, me viene muy bien no verte hasta el lunes; podré quedar con mi hermana y con mi madre.

–Nunca me hablas de tu hermana –inquirió él.

–Lina es maravillosa. La quiero mucho. Estoy con ella cuanto puedo. Pero... ¿no me seas liante y explícame qué excursión es esa a la que vas a ir mañana con el de la galería! ¿Vas a volver a exponer como hace años?

Marcel se levantó del sofá, retiró la mesita con la bandeja de té y los bollitos de doña Felicita y se dirigió a su biblioteca. Tomó un enorme volumen encuadernado en cuero y, volviendo adonde Beatriz, lo abrió por una página señalada con un marcador de madera.

–Mira este grabado. Es Guecho. Aparece en este cuadro de viajes de Juan Mañé y Flaquer, de 1880. Una joya. El señor Sota de Salazar quiere que vaya allá con él para tomar bocetos y hacer acuarelas. A mí, ya sabes, no me gusta

mucho esa idea de los cuadros por encargo, pero el galerista tiene olfato y piensa que se venderán bien entre los ricos. Han construido un montón de casonas junto a la bocana del puerto y les apetece este tipo de paisajes. Yo hace tiempo que no voy por aquella zona; a decir verdad, hace años que no voy. Cuenta el señor Sota de Salazar que las grandes fortunas están abandonando Bilbao y se están construyendo fabulosos palacios en Guecho. Él es un hombre con contactos, y aunque a mí no me vuelve loco la idea de las acuarelas, pienso que ese dinero me vendrá muy bien para otras ideas que tengo.

—Entonces, más que una excursión es un viaje de trabajo.

—Visto así, quizás sí. De todas formas, no me cabe duda de que el señor Sota de Salazar acabará haciéndose retratar en algún lugar como si se tratara del mismísimo Humboldt.

—Conozco a Humboldt. Conozco su obra. Mi padre, que trabajó de topógrafo, tiene libros suyos.

—Es alemán, ¿no es así?

—¿Mi padre? No. Mi padre es francés.

—Me refería a Humboldt. Creo que era alemán. Por aquí —y volvió a levantarse— he de guardar algún libro suyo. Hay uno exquisito que se llama *Los vascos*; una especie de crónica de su viaje por el país...

—Pero, dime: ¿a dónde vas a llevarme el lunes?

—¡Impaciente! Deja que te dé la sorpresa. ¿No te gustan las sorpresas?

—A decir verdad, no. Soy hija de relojero.

* * *

En el aparcamiento de Los Robles, Jorge y Nuria abandonan el coche de este, un formidable Audi de color azul marino. Avanzan decididos hacia la puerta y llaman al timbre. Cuando aparece una recepcionista o enfermera al otro lado de la cancela, él toma la palabra.

—Soy Jorge Miguélez. He telefoneado esta mañana y he hablado con dirección. Imagino que le habrán avisado. Venimos a ver a la señora..., esto... ¿cómo se apellidaba?

—Dolores Hugarte. Sí, un momento, sí. Disculpe, señor Miguélez. Un momento. Llamo a Seguridad y le abren.

Mientras esperan a que llegue un guardia y les permita el paso, Nuria ha mirado de soslayo a su exmarido. ¿Dolores Hugarte? ¿Nieta de Marcel? ¿Hija? Por los años, podría ser hija, sí, claro. Igual que el señor Joaquín. ¿Hermanos el señor Joaquín y la señora Dolores?

Ya en el interior, la enfermera y el guardia les acompañan a través de largos pasillos embaldosados con anodinos retratos de paisajes alpinos, hasta alcanzar una zona para cuyo acceso introducen una clave en un cajetín junto al marco. Una vez en el área restringida, les indican que al fondo, en la puerta acristalada, encontrarán a la directora del centro. En ese instante, Nuria aprovecha para cuchichear con Jorge, diciéndole que todo aquello es muy extraño, ante lo que el hombre le pide silencio.

La directora los espera sentada en su sillón de trabajo, con las manos sobre el teclado de un vetusto ordenador. Toman asiento ante la indicación de la mujer y es Jorge quien nuevamente toma la palabra.

—Hemos hablado esta mañana.

—Sí, señor Miguélez. Encantada de atenderle. Desconocía que el Ayuntamiento de San Telmo tuviera interés en una de nuestras inquilinas. La señora Dolores Hugarte lleva con nosotros muchos años. Es un placer para este establecimiento que un concejal nos visite. ¡Y más por este motivo! Estaremos encantados de ayudarle en lo que sea necesario, por supuesto. ¡Nos resulta tan emocionante que desde el consistorio quieran homenajear a nuestra Dolores!

—¿Hugarte? ¿El apellido es Hugarte?

—Sí, señor. Hugarte.

—No estaba seguro.

—Es lógico. Un concejal tendrá tantas cosas en la cabeza...

A Nuria le laten las sienes. Si efectivamente vive en aquella residencia la hija de Marcel Hugarte, ¿cuántos años tendrá? ¿O tal vez sea su nieta?

—¿Podemos verla?

—Oh, señor Miguélez. De ninguna manera. Lo siento. Ya sabe usted qué tipo de establecimiento es este. Tenemos inquilinos de dos tipos, los que ya han manifestado su demencia o algún tipo de retraso cognitivo y los que, desgraciadamente, se encuentran en estado vegetativo a la espera de un desenlace. El régimen de visitas es muy restrictivo. Solo familiares, bajo solicitud escrita y en muy contadas ocasiones. Eso, en el supuesto de que existan familiares. Es usted consciente de que muchos de nuestros usuarios

no tienen a nadie.

–Pero... –interviene Nuria–, en el caso de los pacientes sin familiares... ¿cómo se costea esto? Que yo sepa es un negocio privado.

–Verá –le responde la directora, claramente molesta por la interrupción; se mira los labios en su espejito de mano para complacerse de que están perfectos–, querida, nosotros preferimos llamarlos usuarios. Pacientes es muy agresivo. Y sí, es un negocio privado, aunque nos gusta más pensar que somos un servicio –silabea la palabra servicio.

–¿Sabe si la señora Dolores tiene hijos? ¿Nietos? –pregunta nuevamente Nuria.

–No que sepamos.

–Pero... ¿cuántos años tiene?

–Según la ficha, setenta y cinco.

–¿Y en cuál de los dos estadios se encuentra? –pregunta Jorge.

–Señor concejal... usted más que nadie sabrá que ese tipo de información es muy delicada; no estamos autorizados a facilitarla... Pero, en fin, siendo usted quien es... Podré hacer una excepción –dice la directora, levantándose y espolvoreando con un dosificador abono líquido sobre las plantas–. La señora Dolores atraviesa una severa demencia.

–Ya. ¿Y realmente no podemos verla?

–Sería una pérdida de tiempo –asegura la directora, ya incómoda–. Si quieren hacerle el homenaje desde el Ayuntamiento, les proporcionaremos lo que deseen, pero me temo que ella no se va a enterar de nada. No tengo inconveniente, tratándose de asuntos del consistorio, en que hablen con ella, aunque les repito que será en balde. Tiene una demencia absoluta. No sabe ni dónde está ni en qué época vive, la pobre. Si lo desean, eso sí, podemos enseñarles su habitación y después salir al invernadero. Ahora estará allí, junto con otras de nuestras usuarias. Supongo que no habrá ningún problema en ver su habitación antes. Si quieren acompañarme...

Nuria ata cabos. El señor Joaquín y la señora Dolores... ¿hermanos? ¿Y por qué han irrumpido ambos en este preciso momento de la vida? ¿Hay algo en el apellido Hugarte que a ella se le escapa?

Abandonan el despacho, salen de la zona acotada y ascienden por unas anchas escaleras de diseño setentero hasta un nuevo corredor, nuevamente protegido con una puerta y una clave. Una vez en él, alcanzan una habitación, señalada en el quicio con el 109.

—Esta es. Como ven, nuestras instalaciones no son muy amplias pero ofrecen todo lo necesario para este tipo de personas. Esas son sus cosas. La poca ropa de la señora Dolores se guarda en aquel armario; sobre la mesita camilla ven algunos retratos de su juventud. En la estantería, algunos de sus cuadros, los más valiosos, según ella.

—¿La señora Dolores pinta? —pregunta Nuria.

Hay un silencio. A la directora le cambia el rostro. Algo no le concuerda. Examina a Jorge y se convence de que, efectivamente, es él, Jorge Miguélez, el concejal de Cultura de San Telmo. Examina después a Nuria y se pregunta qué papel juega; no parece una secretaria o asesora, hace muchas preguntas. Demasiadas.

—¿Cómo que si pinta? Yo... yo pensaba que el homenaje que le querían hacer en el pueblo era por su pasado en Madrid, coleccionando cuadros.

—Sí, sí, por supuesto —interviene Jorge, sin que sirva para calmar a la directora.

—¿Puedo verlos? —pregunta Nuria.

—Creo que ya hemos invadido demasiado la intimidad de la señora Dolores. Va siendo hora de que dejemos su habitación.

—Solo un instante —pide Nuria, acercándose a la estantería. Varios lienzos de pequeño tamaño reposan en las baldas alineados como libros. Saca al azar alguno de ellos.

—Perdone, señor Miguélez. Usted comprende que esto es inusual —solicita la directora a Jorge—. Les tengo que pedir que se marchen ya. Cuando tengan claro para qué quieren a la señora Dolores, volveremos a hablar.

—¿Pero estos cuadros son de ella? ¿Los ha hecho ella? —pregunta Nuria, nerviosa, contemplando algunos óleos e infinidad de acuarelas.

—¡No! ¡Ya sabe de sobra que no! La señora Dolores fue coleccionista... ¿es que no me están oyendo? Es mejor que salgamos ya de la habitación. Ustedes se hacen cargo...

—¡Pero todos los cuadros tienen la misma firma!

—¡Pues claro! Marcel Hugarte. En todos pone Marcel Hugarte, su padre.

—¿Me quiere decir que la señora Dolores es hija de Marcel Hugarte?

—Por favor, abandonemos la habitación —ordena la directora, arrebatando de las manos los cuadros que ha cogido Nuria—. Me temo que su visita ha terminado. Y no veo oportuno que se reúnan con ella. Fin de su recorrido por Los Robles. Por muy concejal que sea, creo que no tiene sentido que

continuemos invadiendo a la señora Dolores. Les acompañaré a la salida.

–¿Y no tuvo hijos? ¿La señora Dolores no tuvo hijos?

–Por favor, salgamos...

–¿Y no podemos ir al invernadero? Quiero hablar con ella. Necesito hablar con ella... ¡Es hija de Marcel! Es pariente mía. ¡Es pariente mía!

–Se acabó la visita. ¡Por favor, acompáñenme a la salida!

–Quiero verla. ¿Dónde está el invernadero?

–Me han engañado para entrar aquí. No hay homenaje alguno, ¿verdad? ¡Qué vergüenza usar su cargo como concejal! No tenían ni idea. No conocían que Dolores había sido coleccionista y... pero... pero bueno... habrase visto. ¡Señor Miguélez!

–¡Y usted oculta algo! ¡La señora Dolores me telefoneó! ¡No está senil!

–¡Por favor! No me hagan llamar a seguridad. Sería muy desagradable.

* * *

La muerte de Gerard fue tan absurda que a nadie en la familia le pareció real. Hay sorpresas que se escapan de lo verosímil. Cuatro días después, lo enterraban con todo boato en el camposanto de San Telmo. Una lujosa galera del servicio funerario, engalanada con espectaculares ramos de flores y custodiada por cuatro desproporcionadas cruces en sus cuatro esquinas, condujo el féretro desde la iglesia hasta el camposanto. Tirada por seis caballos de oscuras y brillantes crines, a los que el agua otorgaba un tétrico aspecto, era el primero de una retahíla de parsimoniosos vehículos. Delante, los familiares, detrás, un oscuro cortejo. Paraguas y ponchos soportaban estoicamente el diluvio con un murmullo de gentes que susurraban sobre la desgracia acontecida frente a la churrería. Algunas mujeres gemían, asidas las unas a las otras, caminando despacio al final de la comitiva. Había quienes, al paso de la procesión, se quitaban los sombreros y agachaban la cabeza en muestra de condolencia, preguntándose, si acaso, cómo podía suceder aquello en una población tranquila como San Telmo.

La iglesia no daba cabida a todos, por lo que una multitud de asistentes se arremolinó en las escaleras de acceso, en los soportales y hasta en la calle, ajenos al llover y a las palabras que se pronunciaban en el interior del templo. Alargaban los cuellos para intentar captar algo, conformándose con las

noticias que se iban transmitiendo de fila en fila.

El párroco no atinó a consolar a nadie. Su réquiem, en un latín mal pronunciado y con continuos lapsus, fue denso y aburrido. A decir verdad, quizás fuera consciente de que era el único realmente interesado en el oficio religioso o de que aquel cáliz debía pasarse cuanto antes. Su casulla blanca, su estola morada y sus pequeños pies de zapato barato bailoteaban al ritmo de las frases como las llamas de las velas. Un monaguillo con anchas faldas tañía la campana de tanto en cuando. Después, rociado el féretro con agua bendita y humo de incienso, ambos desaparecieron por la puerta de la sacristía.

Tras el funeral, condujeron el ataúd, ridículamente zarandeado por los hombres que lo portaban, hasta el campo santo. En el responso, el párroco, acompañado del mismo monaguillo, retomó sus latines y su congoja. Rosa no soportó la presión y cayó en el llanto, con sus hijas agarrándole cada mano. Lina mantenía su vista absolutamente perdida. Beatriz, por su parte, comprendía que la vida de los Tussaud no iba a ser la misma sin su padre y tomó una decisión para la que necesitó apenas un minuto. De nuevo un minuto era suficiente para enderezar un rumbo. Un minuto dramático, como el minuto que había necesitado un matón para sesgar la vida de un padre; como el minuto que le llevaría comprender que ese padre no caería en el olvido. Elevó la barbilla y se achicó los ojos para desembarazarse de las lágrimas. Tomó aire varias veces hasta calmarse y volvió a sentir lluvia, frío y silencio. Se dio cuenta de la multitud que la observaba, muda y quieta. Puede que fuera un minuto, puede que unos segundos, puede que más.

–Voy a seguir con la relojería Tussaud –se prometió.

Entonces, desembarazándose de la mano de su madre, se acercó al ataúd, lo tocó y juró a Gerard Tussaud, antiguo topógrafo, relojero, padre y abuelo, fundador en San Telmo de la saga de los Tussaud, que no permitiría que la relojería se hundiera. Luego, hizo un gesto a los mozos y descendieron el féretro al hoyo cavado en la tierra.

En aquel instante descubrió en la multitud el rostro de Marcel y, sin dejar de mirarle, ambos entendieron en aquel instante, en aquel cementerio, con aquella lluvia y el cuerpo de Gerard Tussaud enterrándose en la tierra de San Telmo, que el destino de ambos estaría condenado a ser el mismo.

III

LAS DECISIONES MARCAN LA VIDA; LAS DECISIONES Y LAS CASUALIDADES

Doblegarse no es amar. Rendirse no es amar.

Los amores infinitos son los verdaderos,
aunque en esto de amar lo único verdadero es que
no hay amores infinitos.

Nuria atraviesa un episodio de ansiedad. No es el único. A lo largo de estos años, le han asaltado los nervios en media docena de veces. Nunca llega la sangre al río. Le duele el pecho, le presiona la nuca, los latidos se aceleran, falta oxígeno en los pulmones... Luego se dilatan las pupilas, la boca se queda seca y empieza a temblar.

Sabe cómo calmarse. Mucho yoga, mucho terapeuta, mucho *coach* y mucho zen le han dado estrategias para eludir la angustia y, en caso de que esta le tienda una emboscada, para zafarse pronto de ella.

Pero hoy el episodio se ha descarriado. Sentada en un sillón de la galería, ha sentido la sombra del miedo y, pese a ser consciente de que solo es ansiedad, no ha podido evitar un acceso de sudor frío.

Rápidamente se ha aflojado el calzado y los últimos botones de su blusa. Se da cuenta de que le tiemblan las manos y de que ha dejado de salivar. Le atenaza un mordisco incandescente a la altura del esternón. Se repite una y otra vez que no sucede nada, que no pasa nada. Son solo nervios.

Pero sucumbe. Comienza a llorar. Se le han cerrado las vías respiratorias. Busca precipitadamente el teléfono para llamar al 112, pero no puede porque el aparato se le cae al suelo.

Rompe a llorar, deshecha. Siente que se marea, que pierde el equilibrio.
La ansiedad nos convierte en un barco sin quilla.

* * *

Lina y Beatriz dialogaban en silencio. Apenas había frases. Ambas vestidas de negro, habían decidido que llevarían luto solo un mes.

–Mucho me parece.

–Esto es San Telmo. No podemos disgustar a mamá. Qué menos que un mes.

–Lo haré por mamá, pero ya sabes que no creo en estas cosas. La función de la mujer no ha de ser guardar lutos. Lo que hay que hacer es encarar la vida.

–No seas inconsciente. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Volvieron a callar. Las horas cruzaban por la salita de Lina como el viento frío al otro lado de los cristales.

–¿Los niños?

–En la cocina, comiendo los dulces que sobraron del día del funeral.

–No me gusta que coman tantos dulces.

–Tus tres hijos son unos benditos.

Lina consultó el reloj de pared. Dudaba entre acudir a su encuentro semanal de sufragistas o quedarse allí, con Beatriz, perdiendo el tiempo. Al fin y al cabo, lamentarse y compadecerse lo entendía como perder el tiempo.

–Estamos perdiendo el tiempo.

–¿Perdona?

–No vamos a hacer que papá vuelva por mucho que nos dediquemos a llorar.

–¿Cómo puedes ser tan insensible? ¿Es que no te apena su... –Beatriz muerde un pañuelo—... su pérdida?

–Lo que tenemos que hacer es ponernos manos a la obra. Por lo pronto, regresar donde mamá. Es con ella con quien tienes que cumplir tus lutos, y no conmigo.

–En eso quizás tengas razón.

–Deberías hacerte cargo de la relojería, Beatriz.

–Lo había pensado, sí. En el funeral, comprendí que algo tenía que hacer. De hecho, me dije a mí misma que seguiría con el negocio. Ya ves tú qué bobadas...

Irrumpieron Matías y Tristán. Llevaban las manos untadas en harina. Comprobaron que las dos mujeres seguían con sus caras mustias y sus gestos lentos, y regresaron a la cocina.

–¡No manchéis nada! –les gritó su madre.

–Deberías hacerte cargo, sí, Beatriz.

–No sé nada de relojes, y no sé qué dirá Daniel. Pero, por otra parte, no podemos dejar que su sueño muera.

–Papá luchó mucho por su relojería. Y tenemos fama en San Telmo. Podrás hacerlo, hermanita. ¿Qué mejor homenaje?

–Solo veo un problema, Lina. Soy una mujer casada. Las mujeres casadas no llevan sus propios negocios. Y menos en este pueblo. Igual te cuesta entenderlo; al fin y al cabo tú eres la revolucionaria de la familia –sonrió tristemente–. No sé qué dirá Daniel de esta idea...

–Debes hacerlo tú. Y tu marido tendrá que comprenderlo.

El rostro de Beatriz se ensombreció. Había contado a su hermana, en infinidad de ocasiones, cómo aquel se mostraba distante, arisco, poco cariñoso; cómo llegaba siempre tarde y enfadado; lo poco que se divertían, lo mucho que se esquivaban...

–Daniel... Daniel y yo... Ya sabes que...

–¡Pues que se vaya al infierno, Beatriz! Tienes un marido, no un dueño y señor.

–Lina...

–Coge esa relojería, planta cara a tu marido y sé feliz, Beatriz. Sé feliz de una vez por todas.

–¿Y si la felicidad no está en qué hacer sino con quién hacerlo?

Lina sonrió, se puso en pie y besó a su hermana en la mejilla. En sus ojos se delataban la complicidad y el ánimo que solo una hermana puede insuflar.

–Respóndete tú, Beatriz. Pero no dejes que se te siga escapando la vida sin respuestas.

* * *

1907 supuso dos cambios en la vida de Beatriz. En primer lugar, decidió tomar las riendas de la relojería, algo a lo que no se opuso Rosa, su madre, sumida en un estado de apatía que la condujo a la más profunda resignación, como si nada importara en el mundo salvo el recuerdo de Gerard. No pasó ni una semana y Beatriz ya manejaba los libros de cuentas, los albaranes, las hojas de pedido y la agenda de clientes. Empezó por reconocer el establecimiento y por reorganizar algunos cajones; siguió por mandar pulir y

barnizar la madera de la vitrina y culminó cambiando el cartel de la entrada, sustituyendo el “Relojería Gerard Tussaud” por un discreto “Tussaud Relojeros”.

Hay momentos en la vida en los que solo la acción vence a la emoción. Años más tarde pagaría el luto no atravesado y sentiría en sus cabellos y en sus huesos los llantos no derramados, pero en aquellos días solo le movía la fe en perpetuar la relojería. Ni siquiera sus tres hijos, que deambulaban entre la escuela, la casa de Lina y la calle. Ni siquiera su marido, con quien tomaría la segunda de las decisiones. Ni siquiera Marcel, con quien aplazó la prometida sorpresa del barco.

Y es que esa segunda decisión llegó la noche en la que Beatriz, en la salita de casa, ordenaba las carpetas de su padre y los catálogos de relojes que aquel tenía guardados en carpetas de fieltro.

—¿Se puede saber qué haces?

—Lo sabes, Daniel. Me he comprometido a continuar con la relojería.

—¡Deja de decir sandeces! ¡Me opongo! La tarea de una mujer decente es estar con su marido. ¿Es que necesitas algo? Gano lo suficiente... ¡y más que ganaré cuando nos mudemos a Málaga! ¿No ves que los niños están desatendidos?

—Está decidido —respondió ella sin levantar la vista de los papeles. Intentó insuflar firmeza a sus palabras, aunque le temblaba el pecho. Las arengas de Lina y el recuerdo de su padre la empujaban a no rendirse, aunque temía enfrentar su mirada a la de Daniel.

—¿Y qué quieres? ¿Acabar como tu hermana?

Beatriz alzó los ojos lentamente. Por un instante, parecía que volvería a doblarse. Llevaba haciéndolo desde hacía años, desde mucho antes de que naciera Matías. Desde siempre. Desde que acompañaba a su esposo a las recepciones en casa de los Herranza; desde que se enfrentaba a sus desaires con el pretexto de volver cansado del astillero; desde que empezó a verse con Marcel. Doblegarse había sido su forma de relacionarse. No había comprendido, hasta aquel momento, que doblarse no es amar. Que soportar desaires no es amar. Que silenciar desprecios no es amar. Que callar no es amar. Que rendirse nunca es amar.

La habitación se iluminaba con un quinqué de gran tamaño en el que una vela amarilla se proyectaba, aumentada por las lentes, en las cuatro paredes empapeladas con flores verdes y rayas granates. La mujer se puso en pie,

descansó sus gafas en el pecho, colgadas por una cadenita metálica, y se dirigió a él.

—No sé a qué te refieres. Solo te digo que voy a seguir con la relojería. Mi padre se lo merece.

—¿Y acabar como una puta de lujo, igual que tu hermana?

Beatriz volvió a sentarse. Hizo como que no lo oía. Había dejado atrás la dócil complacencia de la sumisa esposa incapaz de decidir por sí misma. Sus embarazos, partos y abortos, la ausencia de Daniel, la presencia arrolladora de Marcel, las charlas con Lina, el tiempo, la habían ido convirtiendo en fuerte o, al menos, en consciente. Quizás hasta aquel instante no lo supiera, pero, ya sí, doblegarse no sería una opción.

—Mírame cuando te hablo, Beatriz.

—Daniel, eres un buen hombre, trabajador, limpio y honrado. Te he querido como a nadie en el mundo y he hecho por ti en estos años más que muchas mujeres en toda una vida. Te creo cuando dices que todo cuanto te esfuerzas es por darnos a los niños y a mí lo mejor, pero nunca has entendido que lo que necesitamos es un marido, un padre, no un señor que gana mucho dinero con sus ingenios pero que siempre está fuera y que, cuando viene a casa, se muestra distante, preocupado e irascible. Tus enfados no conducen a nada, Daniel. No te enfades, por favor, pero comprende que voy a coger la relojería de mi padre.

—Eres mi mujer. ¿De dónde sacas tú esas ideas absurdas? ¿De tu hermana la ácrata? ¿Es que ahora os creéis todas sufragistas? ¿Piensas que voy a dejar que andes regentando el negocio de tu padre? No eres nadie sin mí. Nunca lo has sido. Y si yo te digo que tu sitio no es ese, deberías hacerme caso. Sé de lo que hablo. ¡Pero si ni siquiera sabes planchar bien el cuello de mis camisas! Inútil, más que inútil. ¿Cómo vas a regentar un negocio si no tienes estudios, boba? Tu padre, al menos, era topógrafo. Pero tú. ¿Tú? ¿Te has visto? Tu eres boba. Bo-ba. ¿Lo entiendes bien? ¿O no te alcanza a entender? Eres una inútil, Beatriz. ¿Cómo... cómo diantre vas a llevar un negocio tú sola? Las mujeres no estáis hechas para regentar empresas; eso es cosa de los hombres. Y menos tú, Beatriz. ¿Qué has aprendido tú en la vida? ¡Por favor! ¡Mírate! Me das risa, Beatriz. O peor. Me das pena. Porque eres boba, muy boba. Boba porque ni siquiera te das cuenta de que lo eres. Inútil, más que inútil. Olvídate de esa idea y olvídate de la furcia de tu hermana. Y ahora, prepárame algo. Me duele la cabeza. ¿Sabrás o te lo repito más despacio?

Por la mañana, Beatriz se presentó en casa de Marcel. Hasta entonces, siempre habían eludido hablar del matrimonio, y aunque Marcel intuía que la falta de consideración de Daniel se iba convirtiendo en distancia, nunca antes se había figurado que podría llegar a insultarla. Le desgranó la escena de la noche anterior, así como tantas otras escenas en las que él la despreciaba; le contó su obsesión por el planchado de las camisas, las ausencias, las ironías...

–No puedo más, Marcel. No aguanto. Si no fuera por mis hijos...

–Chsss –musitó él–. Tranquila...

–Son años y años. Y ya está bien. Ya no puedo más –lloraba–. ¿Es que me merezco esto? ¿Es que no he sido buena con él? Me da miedo, Marcel. Lo veo en sus ojos. Cualquiera día me pegará. Cualquiera día levantará la mano y nos pegará, a mí o a los niños. ¡No los soporta! Todo le molesta: sus gritos, sus carreras, sus juegos... Me da miedo, Marcel. Me da miedo que no se quede en los insultos. Me da igual que me llame boba y que se ría de mí, pero me da miedo que un día se enfade más de la cuenta y la pague con los niños...

–No lo hará, Beatriz– pronunció mientras acariciaba con la palma de la mano la mejilla de la mujer.

Caía lenta y bermeja la tarde cuando Marcel llamaba a la puerta del estudio. ¿Qué clase de hombre es aquel que desprecia a su esposa?

–¿Sí? –preguntó mientras entornaba completamente la gruesa hoja de madera y hierro de la entrada, en la oficina que mantenía el señor Cortázar no lejos de su casona, en una hilera de viviendas bajas de estilo inglés.

Ambos se quedaron inmóviles una décima de segundo. Por un instante, los dos comprendieron que aquel momento, tarde o temprano, habría de llegar.

–¿Sí? –repitió Daniel.

–¡Daniel Sanmartín! ¿Puedo hablar contigo?

–No creo que tengamos nada de qué hablar.

–Sí, de Beatriz.

–¡Ya! ¿De Beatriz? Nadie te ha dado vela en este entierro. Llevas años y años rondando a mi familia. Te crees gracioso con tus chistes de poeta barato

y tus escenitas de comediante. Pero todos sabemos que debajo de esa imagen de hombre espléndido hay un tipo arrogante y frágil. Apártate de ella y déjanos en paz.

Entonces, con un gesto instantáneo, el ingeniero intentó cerrar la puerta de su estudio

Y en el último segundo, cuando su adversario iba a correr el cerrojo de la puerta, Marcel empujó con todo su cuerpo y se precipitó en el interior.

—¡Daniel Sanmartín! —gritó Marcel—. No tienes ningún derecho a insultar a Beatriz.

—¿Insultarla? ¿Qué estás diciendo? ¡Yo no la insulto! Y si así fuera... estaría en mi derecho. Es mi esposa. ¿Comprendes? ¡Que te quede bien clarito! ¡Mi es-po-sa! No la tuya.

—Maldito cabrón malnacido. Te prevengo: ¡No permitiré que vuelvas a tratarla mal! ¿Me has entendido?

—¡Maldito seas, Marcel Hugarte! ¡Maldito seas tú y toda tu sangre! ¡Deja a mi mujer en paz! ¡No es de tu incumbencia!

—¡Y maldito tú, Daniel Sanmartín! ¡Tienes una mujer que no te mereces! Te juro que, como les hagas daño a ella o a los niños, te mataré! Te mataré personalmente.

—¿Me amenazas? ¿Me amenazas tú a mí? ¡Estás muerto, Marcel! ¡El que está muerto eres tú, Marcel Hugarte! ¡No sabes con quién te estás metiendo! ¡Soy Daniel Sanmartín y el señor Cortázar va a acabar contigo! Envió un pistolero a descerrajarte un tiro. Y esperemos que no sea tan inútil como el último que contrató, que mató a mi suegro en lugar de al imbécil al que debía matar. Ah, pero no, no. Descuida que no. La próxima vez, no errarán en su objetivo y te meterán una bala entre los ojos.

—Estás loco, Daniel. Estás absolutamente loco.

* * *

En el silencio blanco de la falta de consciencia, solo el subconsciente tiene voz. Nuria respira relajada. Quizás haya dejado de hacerlo. Quizás ya no haya aire en sus pulmones. A la convulsión le ha seguido la pérdida de equilibrio, la caída, el golpe contra el suelo.

Jorge mira desde el otro lado del escaparate. Ha sido una suerte que

apareciera por allí para hablar de Los Robles y de Dolores Hugarte. Entra atropelladamente. Nuria siente su mano cálida en la nuca y se compadece de Beatriz, la pobre, quien solo lograría caricias imaginarias del amor de su vida y desprecios reales de su propio marido.

–No debimos separarnos, Jorge –piensa.

Es incapaz de abrir la boca. Ni siquiera siente el suelo en su espalda. ¡Se está tan bien cuando la subconsciencia guía nuestros pensamientos! ¡Es tan plácido!

¿Y si la muerte es solo amor?

–¡Nuria! ¡Nuria! ¡Abre los ojos, Nuria! ¡Tranquila! ¡Estoy aquí!

Jorge palpa la herida que se ha hecho al caer y comprueba que no es grave. Llama a Emergencias. Toma el pulso. Mira hacia la puerta por si aparece alguien que pueda hacer algo.

Algo, alguien.

¿Y si un ataque de ansiedad es solo un tránsito a la verdadera realidad humana, aquella que no se controla, que no se somete a lo racional, que no responde a lo establecido?

Nuria se pregunta por qué Marcel no mató a Daniel. Y sonrío al pensar que la vida, en ocasiones, nos aguarda con soluciones mucho más imaginativas.

* * *

Aquella misma noche irrumpieron en la casa de la calle Princesa a la voz de “¡Hugarte, hasta aquí hemos llegado!”. Lo voltearon, lo golpearon hasta hacerle sangrar, le propinaron patadas y puñetazos y le dijeron que, si no se evaporaba, el señor Cortázar no se andaría con chiquilladas. Él quiso responder, pero eran seis y mal encarados. Destrozaron la vivienda, acuchillaron muchos de los lienzos, volcaron figuras y adornos y hasta arrancaron algunas cortinas.

–Si al alba continúas en San Telmo –le dijo uno de ellos, esgrimiendo una pequeña porra de madera–, quemaremos la relojería de los Tussaud. Esa mujer no está trayendo más que problemas a su marido y, como consecuencia, al señor Cortázar. Tú sabrás lo que haces. Mi jefe no se va a andar con medias tintas. Tu numerito en el estudio de Sanmartín ha sido muy

teatral, pero aquí las cosas se hacen de otra manera. Desaparece, Hugarte. Abandona San Telmo antes de que amanezca o acabaremos con esa mujer. Quemaremos la relojería, le propinaremos una paliza. Y luego vendremos por ti y acabarás en el fondo del mar atado a un ancla. Y quién sabe si no te acompañará esa furcia amiguita tuya. Si por mí fuera, ya estaríais muertos los dos. Pero el señor Cortázar es considerado y nos ha enviado para darte una oportunidad: esfúmate. Esfúmate o serás testigo de cómo acabamos con Beatriz, con su relojería, su casa y la casa de su madre. Estás prevenido.

* * *

Beatriz nunca lo supo. Beatriz había cambiado. Beatriz no era la misma Beatriz de hacía unos años, unos meses, unas horas. Beatriz era una mujer quebrada. Beatriz era un colapso de emociones, un reloj de arena que destilaba suspiros y convicciones.

Por algún extraño milagro, la dócil esposa se había convertido en una esposa que renegaba de un marido a quien no quería.

Y, de alguna manera, si Marcel la había abandonado, mejor para todos. La tristeza, de no matarla, la haría fuerte, y podría centrarse en sacar adelante la relojería, que era lo mismo que sacar adelante la memoria de su padre. Ningún padre se merece morir de un tiro cuando va a comprar churros para los suyos.

España estaba patas arriba en aquel 1907. El rey hacía lo que podía y el gobierno daba tumbos en un panorama internacional que solo beneficiaba a las inversiones pero no a la paz social. Pistolerismo, anarquismo y caciquismos convertían el territorio nacional en un polvorín en el que no era infrecuente toparse con asesinatos pasionales, venganzas, reyertas, revueltas obreras y duras represiones. Los señores Cortázar se proveían de matones a sueldo y hacían lo que querían con alcaldes y gobernadores. Fueron años conflictivos y por doquier surgían conatos de revoluciones y experimentos comunistas. San Telmo no se libraba, y Beatriz levantaba el negocio de la relojería intentando olvidarse del canalla de su marido... y del desertor de Marcel.

Nuria bebió un sorbo de su agua y continuó leyendo. Necesitaba saber qué relación había entre Beatriz y la señora Dolores. Intuía que algo ocultaba la directora de Los Robles y no entendía cómo, si en efecto tenía alzhéimer, podía llamarla telefónicamente. No había sido su voz, desde luego, la de una mujer con demencia.

Entró Jorge en la habitación.

–Te dan el alta. Ha sido solo un ataque de ansiedad.

–No hace falta ser médico para saberlo.

–No seas borde, Nuria. Y ahora, ven. Te ayudaré a levantarte y te llevaré a casa. Los hospitales y yo nunca nos hemos llevado bien; quiero salir de aquí cuanto antes. Vamos.

–No necesito ayuda para levantarme. Necesito ayuda para saber qué sucede en Los Robles y qué es esa milonga de que la señora Dolores es demente. A mí no me lo pareció.

–¿Y si te olvidas unos días de todo ese asunto y descansas? Tu ataque ha sido por nervios. El estrés nunca te ha ido bien. Duermes poco, te dan siempre las mil sin acostarte; madrugas; te pasas el día entre papeles... y solo descansas para obsesionarte con esas historietas de un viejo.

–Jorge. Llévame a Los Robles.

–Estás loca, Nuria –sonríe resignado mientras la sienta en la cama.

Marcel soltó amarras y el *Hamaika* se hizo a la mar. La noche estaba cerrada y la lluvia lo empapaba en cubierta cuando maniobraba para abandonar la bocana. Le habría gustado despedirse del viejo capitán y, sobre todo, poner sobre aviso a Beatriz, pero el instinto le decía que lo mejor era abandonar San Telmo discretamente y regresar en un par de semanas, cuando todo estuviera más tranquilo. Entonces, le pediría a Beatriz que huyeran juntos, con los niños, para empezar una vida juntos. Le parecía lo más inteligente, lo más sensato. Si se quedaba, los secuaces de Cortázar cumplirían su amenaza, por lo que trimó la mayor y dejó la costa a sus espaldas.

Empuñando el timón y permitiendo que la proa rompiera las olas que llegaban encrespadas, recordaba la última conversación con ella.

–Mira lo que he leído en el legajo del señor Joaquín. Se me ha partido el alma. Creo que Beatriz Tussaud y Marcel Hugarte se amaron de verdad. ¡Mira lo que hizo él por ella! Desaparecer. Por lo visto, mi tatarabuelo era un maltratador psicológico. Y Marcel se tomó la justicia por su mano. Qué fuerte me parece. La cosa es que Marcel se metió por medio y le amenazaron los matones del dueño del astillero. Al final, se largó en su barco para no poner en peligro a Beatriz. ¿No es una preciosa historia de amor?

–¿Se largó en lugar de quedarse a protegerla? –dice él mientras le acerca el calzado–. No sé si eso es amor, sentido práctico o un “hasta aquí hemos llegado”.

–Toma, lee. Mira esta conversación entre ambos poco antes de que Marcel

y Daniel se pegaran:

–¿Te das cuenta de que nos vemos casi todos los días? Creo que eso no está bien, Marcel.

–¿Por qué no está bien? ¿No eres feliz conmigo?

–No sé si quiero ser feliz contigo. Soy una mujer casada.

Él poda las plantas de su balconada. La camisa blanca refleja la luz del sol, y su cabello, que ha ido creciendo a lo largo de las semanas, se azota por el viento que llega desde la bocacalle. Maneja las tijeras con pericia, casi como si se tratara de un sastre. Ella, entretanto, sentada en el sofá, ha estado hojeando un libro de poemas que él ha querido regalarle.

–Me gusta cómo nos tratamos.

–Nos abarloamos –contesta él sin levantar la vista de su hortensia.

–¿Qué dices?

–Que nos abarloamos.

–No te comprendo.

–Me gusta la mar. Me gusta pilotar barcos. No es fácil, pero me gusta. Y, sin duda, donde mayor talento tengo es en la maniobra de abarloamiento.

–¿Qué es abarloamiento, Marcel?

–Abarloar un barco es colocarlo junto a otro. La operación es difícil, Beatriz. Es muy difícil. Muchos pilotos, muchos buenos pilotos, dudan al realizarla, y entonces puede venir el desastre. Se trata de amarrar la nave a otra que se encuentra atracada a muelle o fondeada. Imagínate lo delicado que es acercarse con un barco a otro y no golpearlo fatalmente. Hay que acercarse lo suficiente, con suavidad, poco a poco. Lo justo como para poderlos amarrar, pero no tanto que se dañen.

–Ya. Como haces tú conmigo, señor piloto Hugarte –le responde ella revolviéndose en el sofá–. Ven. Ven al sofá.

Él deja las tijeras con cuidado sobre una mesita y se sienta junto a ella.

–Me encanta que te abarloes conmigo.

–Me gusta cómo sonríes.

–Se me pone cara de estúpida, Marcel.

–Me gusta cuando pones cara de estúpida, Beatriz.

–No puedo evitarlo. En cuanto te veo, se me dispara la sonrisa.

–Estamos locos.

–¡Tú lo estás, maldito Marcel Noviembre!

Se ríen. Quizás la risa sea lo que más los une. Ambos saben que esto es una locura y que, como las cortinas zarandeadas por el aire, así su vida se va a ver zarandeada por esta locura.

–Nunca has intentado besarme, Marcel.

–Nunca lo haré.

–Me respetas tanto...

–Te quiero. Por eso nunca te besaré. No necesito tocarte para abarload nuestras vidas. Con saberte a mi lado me es suficiente.

Entonces, Marcel se pone en pie y, con el pecho al descubierto, permite que Beatriz le tienda la mano para incorporarse. Abrazados, él le susurra:

Amar es navegar.

Naufragar si usted me lo permite.

Amar es naufragar

en las aguas del desconcierto

océanos de incertidumbre

tan lejos de la razón.

Amar es navegar.

Naufragar con cada envite

de la cabeza.

Amar es naufragar

para vivir de nuevo

allá donde el sol de la lógica

no alcanza a calentar las aguas.

–Es precioso, Marcel.

–Es para ti.

–Gracias, señor piloto.

–¡Y ahora... –pronuncia él separándose bruscamente y saltando hasta el sofá, donde, en equilibrio, simula hallarse a bordo de un barco–... dígame, señora mía! ¿Se quiere casar conmigo?

–Eres un bobo.

–No, Beatriz. Tranquila. Jamás te pediré que te cases conmigo.

–¿Jamás?

–Jamás, Beatriz.

–¿Lo juras?

–Jamás te pediré que te cases conmigo. Lo juro.

–¿Puedo fiarme de ti?

–Soy un hombre de palabra, recuerda. Un día prometí que no te besaría y nunca he pretendido besarte.

–Júrame que nunca me pedirás que me case contigo. No puedo casarme contigo. ¿Lo entiendes? Y

si me pides que lo haga, romperemos todo esto.

–No hay nada que romper.

–¡Basta, enredador! ¡Dime que no te casarás conmigo! –urde ella con una sonrisa que le cruza el rostro.

–Te lo prometo, Beatriz. Te lo prometo.

Beatriz se queda callada. De repente, la sombra de su propio matrimonio asalta la habitación e inunda la casa de Marcel como un nubarrón en tarde de verano. Marcel lo detecta y sonríe cálidamente. Toma la hortensia, la coloca nuevamente dentro del tiesto y comienza a recoger tierra con las manos.

–Sobreviviré.

–¿Y tú?

–¿Qué?

–¿Sobrevivirás sin pedirme que me case contigo, Marcel?

–Todos sobrevivimos, Beatriz. Hasta esta pobre hortensia. Las hortensias son duras.

–Como tú, Marcel.

–Como nosotros.

¿Cómo puede alguien desear tanto a otra persona si sabe, desde el primer instante del deseo, en ese ápice de tiempo en el que surge, que nunca va a poder materializar su deseo? ¿Cómo puede nadie enfrentarse a sus anhelos? ¿Hasta dónde estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas a cambio de las vidas que imaginamos y fantaseamos?

¿Cómo puede alguien soportar el calvario de amar sabiendo que no ha de amar?

LAS COSAS QUE NO SE DICEN MUEREN; LAS QUE SE DICEN, A VECES, MATAN

Es hora de dejar de teorizar,
vestirse de faena y optar.

Marcel realizó una impecable maniobra de abarloamiento, dispuso todo para dejar el *Hamaika* fondeado durante unos días y tomó tierra para irse a casa de *la Preta*. Le gustaba subir desde los embarcaderos hasta el barrio alto, asomarse a las azoteas naturales de la ciudad y comprobar que seguía siendo una ciudad vibrante.

También disfrutaba al sentarse en cualquiera de las tabernuchas de la ribera y, mientras se tomaba un ron añejo traído del otro lado del Atlántico, dibujar en sus cuadernos a los pescadores o a las mujeres remendando velas y redes.

Y escribía. En Oporto escribía mucho. En Oporto era, sobre todo, Marcel Noviembre el poeta. Más que pintor o marino en tierra, en Oporto se sentía poeta cuando, perdido por las callejas sombrías, encontraba rincones que le evocaban mundos de tiempos pasados, o cuando, en el arenal, los chiquillos saltaban al río y buscaban tesoros imposibles que dejaron Balboa y Magallanes.

OS MIÚDOS E O DOURO¹
Os miúdos brincam no Douro
a ver
quem mais alarga a sua sombra,
se o poente com os seus arcos,
se os miúdos
com as suas negras mãos
ao céu.
São pobres.

*Não têm brinquedos, nem carrinhos
nem andam
pelas lojas
ansiando
com caritas de meninos tristes.
São pobres.
Não têm pedras de cristal
num bairro rico alinhado
somente pedras almofadadas
que arremessam à vida descalços
São ricos.
São meninos ricos e brincam
nas bordas do Douro
a ver
quem chega mais longe
quando lançam as suas pedras brancas.
Contam como soles
As ondas sob a cara verde
do rio
e gritam as suas mãos negras.
São meninos pobres,
ricos,
de largos espaços entre os dentes,
de luz nas pupilas,
e expressão na pele
porque têm no Douro um amigo
que lhes cede a sua corrente.
Não há maior milagre
que os pobres meninos do rio
brincando
como juncos no sapal
com os seus corpitos tendidos.*

La Preta era negra. Preta, en portugués, significa “negra”. Era una negra estupenda de la quien nadie sabía el nombre. Para todos era *la Preta*.

Marcel y *la Preta* se habían conocido hacía años, cuando las primeras

llegadas de él a Oporto como piloto de un clíper. Ella regentaba una casa de inquilinos cerca de los embarcaderos y las lonjas. No se trataba de un lugar amable, pero a Marcel, desde el principio, le pareció envuelto en una atmósfera de bohemia que le despertaba los instintos poetas. Ocupaba un edificio levantado en el siglo XVII, aunque de puro desvencijado había perdido categoría, y en él se hospedaban de continuo dos pintores siempre a la gresca, algún capitán de carguero, viajeros de vino llegados del norte a los viñedos de Guía y hombres de banca a quienes el sueldo no les llegaba para acudir a los hoteles de la Praça.

La Preta lo gestionaba con mano dura y cortesía; jamás permitía borrachos ni trifulcas y, pese a llevar en solitario todo el peso del negocio, siempre se mostraba enérgica y jovial.

Marcel, a fuerza de pedirle habitación y de regalarle poemas, había urdido una relación especial con ella, hasta el punto de ser considerado por todos, incluso por los vecinos del inmueble, como ese marido español que algún día lo sería. Ella le lavaba la ropa y le afeitaba y le obsequiaba sales para que se bañara; le preparaba sopas de zapatero y le embreaba las botas de navegar. Por las tardes, bajaban al Duero y paseaban por las cantinas de hombres. Luego, por la noche, tomaban té de menta mientras ella le leía poemas de Cesário Verde o Gomes Leal.

—¿Verdaderamente?

—Verdaderamente, *Preta*. Eres muy buena conmigo. ¡Si llevo contigo media vida! ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cómo nos conocimos? Fue a bordo de un barco. Tú habías subido para algo; yo andaba de piloto. ¿Y qué pasó? Que nos miramos y nos entendimos a la primera. Aquella noche te aseguré que te buscaría, y así lo hice. ¿No? Así que no dudes de que te quiero, mi *Preta*.

—No seas bobo, español. Solo soy tu patrona —mentía ella, mostrando sus dientes en toda su blancura, convencida de que aquel hombre era algo más, mucho más, que uno de sus clientes.

—¿Cómo que tu cliente? ¿A todos guisas como a mí?

—Y tú qué sabes. Y tú qué sabes —sonreía, intentando despertar los celos del hombre.

—Algún día dejaré San Telmo y me vendré de escritor a Oporto. Tú me cuidarás.

Cada vez que hablaba de estos asuntos con *la Preta*, se mostraba

melancólico. Es como si el aire portugués hiciera que, bajo la coraza, estuviera el enérgico Noviembre y, a flor de piel, el Marcel frágil y vulnerable. La tarde caía sobre las calles y el sol reflejaba los últimos guiños en las cúspides de los tejados, muchos de ellos sin tejas ni cristales en las claraboyas.

–Dejaría de pilotar –se decía– y nunca más me echaría a la mar...

–¡Mentiroso! –reía ella, al tiempo que le colocaba un plato de sopa sobre la mesa y le servía vino.

Normalmente, Marcel cenaba con ella, en la cocina, no en el comedor de inquilinos. Esto no extrañaba a nadie y si a alguien molestaba, era problema suyo, comentaba la dueña.

–¿Mentiroso yo? –respondió él.

–Y cuando dices que me quieres, me mientes igualmente –rio ella.

–Pero te gusta oírlo.

–Y a ti decirlo. Así te convences de que puedes querer a alguien más que a ti mismo.

Ya de noche, salieron de la casa y caminaron hasta el balcón sobre el río, dejando que el frescor que subía desde la corriente les erizara los vellos. Él se había quitado la chaqueta y se la había pasado por los hombros a la mujer.

–¿Puedo contarte algo? –dijo con voz grave.

–Claro que puedes.

–¿De verdad crees que no puedo querer a nadie más?

–Eres un solitario, Marcel. Desde que te conozco, nunca has sabido estarte quieto en un sitio. Siempre buscas, indagas. Siempre te ahogan las ciudades que conoces y las personas que te rodean. Por eso no quieres querer a nadie. No sé si sabes querer, pero de lo que estoy segura es de que no quieres, porque amar a otra persona es establecer un lazo que no sabes si vas a poder romper.

–¡Qué dura eres conmigo!

–Porque yo sí que te quiero.

Lo abrazó con su firme brazo de mujer curtida, tintineando las dos docenas de pulseras de latón que bailoteaban en sus muñecas. Un silencio hermoso habitaba el momento. Al rato, él habló.

–Quiero a una mujer.

Ella asintió, sin pronunciar palabra, mirando el horizonte negro y las luces tenues de los faroles en los faluchos de los pescadores.

–Se llama Beatriz, es de San Telmo. Creo que estoy absolutamente enamorado de ella. Nos conocimos hace muchos años... Desde la primera noche, sentí que algo se conmovía aquí dentro –explicó haciendo que la mujer le posara la mano en el pecho–. Coincidimos un par de veces. Estuvimos dos años sin vernos. Luego nos topamos otra vez. Y sentí que revivía mi atracción por ella. Empezamos a frecuentarnos... Es la primera vez en mi vida que he estado con una mujer casi a diario y no me he aburrido. Al contrario. Pasan las horas y solo aspiró a volver a verla. Me levanto cada mañana y mi único propósito es que pasen las horas hasta reencontrarme con su sonrisa. No... no me preguntes qué me ha gustado de ella. No sabría contestarte.

–Jamás te lo preguntaría.

–Me gusta porque no es perfecta.

–Vamos –ordenó *la Preta* poniéndose en pie–. Es tarde.

Mientras caminaban, él continuaba con su confesión, a la vez que ordenaba sus ideas y se convencía en igual proporción de que amaba a Beatriz y de que aquella imponente negra le quería como nadie le había querido.

–Ella viene a mi casa. Allí jugamos, charlamos sobre mis viajes... A veces la pinto, o nos leemos versos... Cuando toco el violín, ella cuida mis plantas y riega las macetas, poda las malas hierbas y remueve la tierra con sus dedos... Tiene unos dedos largos y delgados con los que dibuja nubes en el aire. Es una mujer buena. Es una mujer sincera. A veces pienso que debería haberle contado más cosas de mí, porque ella, rato a rato, me lo ha contado todo de sí misma. ¿Sabes qué? Tiene una hermana que se llama Lina, sufragista, modista, una chica audaz al parecer, a la que acabaré conociendo, porque no hace más que hablarme de ella. Y cuando bromeo y le digo que me la tiene que presentar, ella se enfurruña conmigo y me dice que de ninguna de las maneras porque acabaría embelesándola. Y yo me río a carcajadas.

–Marcel –interrumpió ella.

–¿Sí?

–Me da igual lo que hagas con ella. Desde que te conozco, jamás te he notado así. Deja de perder el tiempo en Oporto y ve a sus brazos, bobalicón –sentenció.

–No te he dicho una cosa, *Preta*.

–Dime.

–No puedo ir donde ella.

–¿Y por qué?

–Está casada. Está casada con un hijo de puta. Hace cuatro días me enfrenté a él. Si vuelvo, harán daño a Beatriz. A ella y a los niños. A la familia. Su marido tiene gente muy mala tras de sí.

–¿De modo que es un amor complicado?

–Beatriz Tussaud no es complicada. Lo que nos ha sucedido, sí, y estoy metido en un buen lío. Lo prudente es apartarme una temporada.

La Preta lo miró a los ojos y, por primera y última vez en su vida, le besó los labios.

–¿Y eso qué importa, mi amor, si la quieres de verdad? No hay lío que no pueda solventarse si se quiere de verdad. ¿Te has apartado por prudencia o es que nuevamente huyes?

* * *

Nuria recibe una visita inesperada. Está a punto de cerrar y la puerta anuncia la llegada de una persona. Es extraño. A esas horas nunca entran visitantes; mucho menos, clientes.

Es el señor Joaquín.

Ella respinga en su silla, detrás de la mesa del escritorio, y se precipita hasta la galería, en donde el anciano ha tomado asiento usando una de las sillas expuestas.

–Disculpe. Disculpe, señor Joaquín. Eso es una escultura. Ya puede perdonarme. Si quiere, pase a los sofás del fondo... O subamos a mi oficina.

–Las escaleras son un fastidio y aquellos sofás son tan bajos que, si me siento, necesitarás una grúa para levantarme, jovencita.

–En ese caso, quédese ahí. No creo que a la autora, que es una belga bastante conciliadora, le importe.

–¡Si no se va a enterar, Tussaud! ¡Deja de hacerte la importante conmigo! Si es belga como si es rusa.

–Me alegra mucho que haya venido. Tengo cientos de preguntas que hacerle. En primer lugar... uf... no sé ni por dónde empezar...

–¿Has leído el diario?

–¡Sí! ¡Estoy en ello! Muy interesante. Pero, dígame. ¿Quién lo ha escrito?

¿Usted? ¿Es usted realmente el hijo de Marcel Hugarte? ¿Y cómo fue? ¿Es hijo usted de Beatriz? ¿Qué significa esa frase de “no se casó con el amor de su vida”? No me cuadran las fechas. Creo que no pudo ser. ¿Y qué me dice de Daniel? ¿Cómo acabó la cosa? ¿Y volvió Marcel a San Telmo o se quedó en Oporto? ¿Y qué pasó con la relojería? ¿Cuándo la convirtió Beatriz en una galería? Y... dígame... ¿qué puede contarme de Dolores? ¿Es hija también de Marcel? ¿Son hermanos ustedes dos?

—¿No has llegado a la parte de *la Preta*?

—Sí. He leído lo que usted escribió sobre ella, la confesión que le hizo...

El anciano respira con dificultad, se suena la nariz con un pañuelo de tela que extrae del bolsillo de su chaqueta de lana y sonríe misteriosamente.

—¿No has leído lo que sucedió?

—No. No sé a qué se refiere.

Nuria voló hasta su oficina y recuperó el legajo. Movi6 las páginas rápidamente hasta dar con el momento en el que Marcel se planteaba regresar a San Telmo a enfrentarse al destino.

Marcel hablará con *la Preta* dos horas antes de que la maten. A *la Preta* la matan esa misma tarde. Alguien le asesta cuatro cuchilladas en el vientre y le arranca los pendientes. La dejan tirada en la calle Baixa, cerca del mercado de los arenques, sobre la basura. Cuando estalla la tormenta, su cuerpo se empapa de lluvia y un charco rojo comienza a correr cuesta abajo para anunciar el cadáver.

Antes, Marcel hablará con ella, le contará lo que siente, le dirá que lo que siente por Beatriz es superior a toda lógica... Le dirá que siempre la querrá, y que gracias por todos esos años, y que seguirá viajando a Oporto aunque pasen mil décadas. Le explicará que el corazón es así, que va a seguir su consejo, va a regresar a San Telmo y va a enfrentarse a quien haga falta: a Daniel Sanmartín, al señor Cortázar y sus secuaces, a los rumores, al escalofrío de que con ella van sus hijos, a la idea del pecado, a la duda ante el futuro. Nada va a detenerlo.

—Mi *Preta*... Conoces bien a este pobre ser. Me conoces de sobra. Conoces mis debilidades y esta cabeza mía que me atormenta y me hace vivir a toda velocidad. ¡Llevas tantos años conmigo! Pero es que ahora es distinto...

La Preta se limitará a ponerle la sopa en la mesa y a musitarle:

—Ya te dije ayer que, si de verdad la quieres, corrás por ella.

—No sé cómo ordenar mis ideas, mis sentimientos. Debo regresar a San Telmo, ¿verdad? ¡Yo qué sé! Dime algo, *Preta*. Ayúdame. ¿Soy un egoísta si no regreso? ¿O debería ser prudente?

La negra se seca las manos en el mandil una y otra vez.

–Vete cuanto antes. Deja de ser un egoísta. Lo has sido toda tu vida. Solo has pensado en ti, Marcel. Ya va siendo hora de que pienses en alguien más.

Vierte vino sobre un vaso de latón.

–¿Cómo puedes ser tan dura conmigo?

Marcel quiere ser tierno, pero sabe que la mujer tiene razón. Le duele escuchar sus verdades.

La Preta le coloca un buen trozo de pan junto al plato humeante de sopa. Huele de maravilla. A través de la ventana, hacia el patio, se escapan el aroma a pescado y los gritos. Todos en el condominio saben que en casa de *la Preta* hay sopa de zapatero y que está con el piloto español. Varias mujeres afinan los oídos para escuchar las voces del marino. Pronto se corre la voz de que la negra está reprimiéndole por algo. No descifran las palabras, pero sí perciben el rumor de las voces de ambos y el tono firme de ella.

–¡Mierda! ¡Tienes razón! ¡Soy un malnacido egoísta! Y tú, la única persona capaz de decirme las cosas a la cara. Tenía razón el viejo cuando me decía que siempre huía a la mar.

–¡Deja de compadecerte de ti mismo y vuelve con esa mujer, Marcel Hugarte! ¿No ves que los años se escapan? ¿Es que no ves que nunca volverás a ser el joven que fuiste? ¡Corre! ¡Corre adonde ella esté!

–Te debo mucho, mi negra.

–*Não, não deve nada.*

Marcel sale a la calle y el silencio regresa a la cocina. Las viejas del patio cuchichean. No conocen el contexto, así que se figuran despechos, reproches y rupturas.

Cuando Marcel es reclamado para declarar ante el gobernador, las palabras se le atropellan y las ideas se le atolondran.

–Mi nombre es Marcel Noviembre, piloto de navío, y me declaro inocente de los cargos de que se me acusa.

Nadie le cree en el juicio.

¹NIÑOS Y DUERO. Los niños juegan en el Duero / por ver / quién alarga más su sombra, / si el puente con sus arcos / o los niños / con sus negras manos / al cielo. / Son pobres. / No tienen juegos ni carros / ni andan / por las jugueterías / anhelando / con caritas de niños tristes. / Son pobres. / No tienen en los cristales / barrio rico recto, / sino adoquines almohadillados / con los que echarse a la vida descalzos. / Son ricos. / Son niños ricos y juegan / en las orillas del Duero / por ver / quién alcanza más lejos / cuando lanzan sus piedras blancas. / Cuentan como soles / las ondas en la cara verde / del río / y gritan sus manos negras. / Son niños pobres, / ricos, / de huequillos entre los dientes, / de luz en las pupilas / y gesto en la pelambre / porque tienen de amigo al Duero / que les presta su corriente. / No hay mayor milagro / que los pobres niños del río jugando / como juncos de marisma / con sus cuerpecitos tendidos.

V



MÁLAGA NUNCA VERÁ DE LO QUE ERA CAPAZ

En este contexto, te quiero. Los contextos permiten frases que, si no, aguardarían la luz en el olvido.

Málaga se abría como un abanico desde la desembocadura del Guadalhorce. A la zona de marismas, salpicada de casetas de pescadores y pantalanos improvisados, le seguía un arenal infinito sobre el que habían levantado edificios precarios y almacenes de ladrillo rojo. Hacia el interior, las primeras fábricas daban paso a dos hileras de nuevas instalaciones, con trenes interiores y grúas descollando por encima de los tejados a dos aguas.

Cerca de la costa, en la línea que unía los pantanos del río con Guadalmedina, huertas, baldíos, casonas y corrales se mezclaban en los vaivenes del terreno con caminos de tierra y almacenes de todo tipo.

En la parte antigua, cerca del matadero y a poca distancia del monasterio, Daniel Sanmartín y un grupo de hombres con corbatín discurrían en berlina mientras uno de ellos, el que parecía actuar de cicerone, explicaba las virtudes de la ciudad y las posibilidades de sus gentes.

Un viento templado y suave hacía que tuvieran que sujetarse los hongos con la mano, o que se descubrieran resignados colocando los sombreros sobre las rodillas, sin perder atención a lo que el anfitrión les narraba, que no era sino que Málaga resultaría el enclave ideal para nuevas inversiones.

Alguien preguntó por los movimientos obreros, a lo que se respondió que allí, en Andalucía, estaban controlados, si no sofocados, y que no era como las Vascongadas, donde el marxismo soliviantaba a los trabajadores hasta pedir condiciones inasumibles.

—¿Y del pistolero? ¿Qué hay del pistolero?

Si bien cada vez eran más frecuentes los tiroteos y los ajustes de cuentas, el malagueño aseguró que allí, en el sur, aquellas prácticas no estaban tan extendidas como por Madrid o Barcelona, y que la presencia de la Guardia

Civil y de la policía del consistorio aseguraban un ambiente de trabajo y orden, ideal para instalar cuantas empresas nuevas se deseara.

A Daniel aquella observación le trajo a la memoria lo que solo dos días antes había sucedido en San Telmo, cuando el energúmeno de Marcel Hugarte se presentó en el estudio. En principio, no acababa de entender por qué Hugarte se había puesto así, pero entonces, como quien recibe un flechazo en el pecho, se dio cuenta. Ató cabos y cayó en la cuenta. ¿Cómo sabía él que había insultado a su mujer? ¿Quién se lo había contado? ¿Y cómo se justificaba que reaccionara tan violentamente? Se sintió marear. La calesa continuaba avanzando, ahora calle arriba. El cicerone desglosaba las virtudes de Málaga y de los malagueños, y él, con la frente perlada de gotas de sudor y un escalofrío en la espalda, se daba cuenta de que Marcel y Beatriz ocultaban algo.

Necesitaba bajar. Al llegar a la zona del lavadero, entre las calles Cristo y Tormento, en la rampa al puerto, pensó que iba a vomitar y asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje.

—¿Se puede saber qué le sucede, Sanmartín? —recriminó el señor Cortázar, haciéndole un adusto gesto con los ojos.

—Tengo que volverme a San Telmo. Me he dado cuenta de una cosa.

Los demás caballeros lo miraron interrogantes. Incluso el cicerone detuvo su perorata y escuchó a Daniel.

—¡No diga sandeces! ¡Usted tiene mucho que explicar esta noche en la cena con los inversores! ¡Sus adelantos van a dejar pequeño al mismísimo Siemens! Así que haga el favor de sosegar y continúe atendiendo a nuestro amigo el señor López Pinto.

Daniel no podía dormir. Los habían alojado en la formidable casa de Manuel Úbeda, empresario y antiguo armador, hombre de la más elegante y reconocida burguesía malagueña, socio de López Pinto y guasón pese a su enorme fortuna. Fueron agasajados en la cena y, después de un habano y una copa de licor jerezano, ocuparon cada uno su habitación, dispuestos en la zona más fresca del edificio.

Desde la ventana divisaba las sombras de un jardín con naranjos y granadas y, ya en la penumbra, adivinaba la suave colina que separaba las pertenencias de la familia Úbeda de una dehesa cercana.

Decidió salir a pasear, aunque abandonar el edificio constituyera una falta de detalle y una ruptura del protocolo. Bajó la escalera de acceso al césped y se perdió entre los árboles hasta llegar a la valla que limitaba la pertenencia. No podía dejar de pensar en Beatriz, en Marcel, en los golpes que le había propinado él a ella y el marino a él.

¿Y si eran amantes? ¿Y si le estaban engañando? ¿A quién se le ocurría eso de regentar la relojería? Gerard había muerto y con él habría de morir la relojería. Su mujer estaba loca. ¿Beatriz llevando a cabo un negocio? ¡Lo que tenía que hacer era criar a los hijos!

—No debería andar *usté* a oscuras por la finca, *señó*.

Una voz le sorprendió a sus espaldas. Era un hombre bajo, moreno y con un sombrero de fieltro con bastante ala. Parecía ir vestido de campero. Sin duda, se trataba del capataz de la finca o de alguna suerte de guardés.

—Estaba paseando.

—Pues ande con ojo *usté* que al otro lado de la *cansela* están las reses...

Musitó como sin dar importancia al aviso. Daniel se fijó bien en la negrura de la noche y comprobó que, en efecto, más allá de la valla, una manada de veinte o treinta toros bravos dormitaba sobre la hierba bajo las encinas.

—¡Son buenos morlacos! Se dice morlacos, ¿no es así?

—Y de buen pelaje y buena estirpe, *señó*.

—Qué miedo...

—De eso *ná*. El toro no es como el hombre; el toro solo da *corná* si se siente amenazado.

—¿Usted cree que está justificada la cornada cuando uno se siente amenazado?

—¿Habla del toro o del hombre, *señó*?

—Ahora hablaba del hombre.

El capataz se metió las manos en su taleguilla, se miró sus relucientes botas acabadas en punta, sonrió con una boca desdentada y, arqueando las cejas, abrió la caja de Pandora sin ser consciente de ello, en aquella noche malagueña frente a la dehesa.

—¡Toda *corná* es legítima si a uno lo amenazan, *señó*! Aunque no sea legal y el mundo no lo entienda.

Daniel respiró, abrazó al campero y observó a las reses plácidamente ajenas.

–Acaba de decirme lo que tenía que oír.

Las instalaciones se levantarían a ambos lados del Guadalhorce. En una orilla, los nuevos hornos, más potentes y productivos que los ya instalados; en la otra, los almacenes. Usarían para salvar el cauce un trasportín, gabarras o lo que hiciera falta. La cosa era aprovechar el curso de agua para refrigerar y como salida natural de los residuos. No había nada que se pusiera en contra.

López Pinto y Úbeda discutían los detalles con el señor Cortázar. Daniel, en segundo término, estudiaba el desnivel y pensaba que con dos o tres grúas bastaría, colocando los generadores a menos de doscientos metros de la planta principal, en una pequeña isla que sobrevivía feraz y hermosa en mitad del delta.

–Necesitaremos un buen topógrafo que levante los planos –dijo alguien.

La palabra topógrafo trajo a Daniel a la cabeza la memoria de su suegro e inmediatamente la relojería y la loca idea de su esposa. ¿Cómo no iba a encolerizarse con ella? ¿Dónde se había visto semejante ocurrencia? Bastante vergüenza había en la familia con que Lina se empeñara en vivir sin un hombre al lado, como para que encima Beatriz regentara un negocio ella sola. ¡Si al menos le hubiera dicho que lo ponían a nombre de los dos!

¿Y Marcel? ¿Qué iba a pasar con Marcel?

Estaba claro lo que habría de hacerse. En cuanto volviera a San Telmo, saldaría cuentas con él. Era Sanmartín, jefe de ingenieros, un caballero respetado y con una reputación. ¡Nadie creería al piloto! Las *cornás* son legítimas.

–Señor Cortázar... una pregunta... ¿Su mozo siempre lleva pistola?

El señor Cortázar agarró del brazo a Daniel, lo separó unos pasos del corro de hombres y mirándolo severamente y sin dejar de apretar con la mano su antebrazo, levantó el pomo del bastón y le dijo:

–Mira, Sanmartín. Me estás empezando a cansar. Me importa un carajo lo que pase en tu vida, pero, si vuelve a aparecer ese tal Hugarte, no me andaré con chiquitas. Parece que ha desaparecido. Mejor así. No quiero tener que cumplir mis amenazas. Pero escúchame bien, hijo. Aquí, en Málaga, tenemos una ocasión de inversión que no va a salir mal solo porque mi ingeniero anda con la cabeza en asuntos de mujeres. Si no sabes atar bien a tu esposa, igual es que no sabes llevar correctamente tus asuntos. Es hora de que elijas si

prefieres que las riendas las lleve ella o las lleves tú.

LOS AÑOS AL OTRO LADO DEL MURO

Decir adiós nunca garantiza una despedida.
En ocasiones, es mejor no decir nada o decirlo todo.

Marcel se resiste, patalea, insulta y jura y perjura que él no la ha matado, que algún otro malnacido hijo de puta lo habrá hecho, y que él hubiera sido incapaz de matarla. Asegura que siempre han tenido una buena relación y que ella lo ha cuidado cuando él ha hecho puerto en Oporto y que él le ha traído ropas y regalos de otros puertos. Y que sería incapaz de matarla.

–¿Es que nadie va a creerme? ¿Es que nadie entiende lo que digo? –está agitado, sucio, maloliente; su aspecto es deplorable. Tiene los ojos fuera de las órbitas, el cabello alborotado y la voz ronca de tanto gritar en la celda–. ¿Es que no hay aquí nadie que me crea? ¡Esto es injusto! ¡Esto es una estupidez! Investiguen, por favor, investiguen. No se conformen con esto. ¿No se dan cuenta? ¿Es que no se dan cuenta de que han apresado al hombre equivocado? Yo jamás sería capaz de matarla. Jamás sería capaz de matar a nadie. ¡Por Dios! ¡Por favor! ¡Por favor, señor juez, por favor! Acudan a San Telmo, mi ciudad en el norte de España. Hablen con los señores Herranza. Hablen con mi galerista. Ellos se lo dirán. Ellos les explicarán que no... que yo no... que yo sería incapaz de matar a nadie. Por favor. Pregunten. Acudan adonde él.

Marcel, probablemente, no se acuerda de su episodio con Daniel y de que sí es capaz de matar a alguien. ¿No se había despachado a gusto con él en el estudio?

Quizás el ser humano sea más imprevisible de lo que creemos.

El tribunal es inflexible. Marcel quiere mantener el control, pero no puede. Con el ápice de cordura que le queda, comprende que todas las pistas conducen a él, que nadie le va a hacer caso, que las viejas del patio de la casa testificarían contra su causa porque escucharon que *la Preta* le mandaba de vuelta a casa, y que, aunque aquello no fuera despecho ni ruptura, todo el mundo pensaría que la mató por sentirse humillado, y en cuestión de minutos se va a ver con grilletes.

–Veamos... veamos, señor juez. Compréndame. ¡Hágame caso y compréndame! Reconozco que ella me invitaba a abandonar Oporto, pero en otro contexto... ¿Me comprende? ¿Entiende lo que le estoy diciendo? Una charla entre amigos. No... no hay más. No hubo más. Yo... yo me fui... Me fui de casa. Me fui de casa a la taberna del Camargo, a pensar en las verdades que ella me había dicho, y allí me emborraché con vino. Puede preguntar a los parroquianos. Yo no maté a *la*

Preta. ¿Es que no entiende lo que le digo? ¿Es que no... es que no comprende?

El juez no le cree, ni el gobernador, ni el responsable del presidio, quien, a decir verdad, está tan preocupado por el exceso de reclusos que lo único que le urge es darles salida o que se mueran cuanto antes.

El primer mes es un infierno, en aquella celda del castillo de Gobernación. Allí pasa treinta y cuatro días, en un cubículo apestoso en compañía de otros catorce reclusos, todos ellos de baja estofa, pendencieros apresados después de alguna reyerta en el puerto y ladrones de poca monta. Algunos lo miran de refilón, temerosos por si se trata de uno de esos anacrónicos piratas antillanos que Portugal apresa de tanto en cuando; otros, corrida la voz de que es un asesino de negros, no saben si admirarlo o estrangularlo.

Marcel enferma de fiebres, quizás por la falta de alimento o quizás de pura tristeza, o puede que por las sistemáticas palizas que dos carceleros sin escrúpulos propinan aleatoriamente a los de la celda. Pero no le duelen los huesos ni las porras de madera contra la espalda. Lo que le duele es saber que ha perdido el timón de su vida. Recuerda el arrebato contra Daniel, las amenazas de los hombres de Cortázar, el rostro compungido de Beatriz cuando fue al estudio a contarle que no aguantaba más a su marido... la intempestiva huida de San Telmo, creyendo que en unos días, unas semanas a lo sumo, volvería el agua a su cauce... la conversación con *la Preta*... el juicio... De repente, se siente envejecer.

Quiere salir de allí para explicar a Beatriz que no la ha abandonado y que puede seguir contando con él el resto de su vida. ¿Qué será de ella? ¿La habrá pegado Daniel? ¿Lo extrañará? ¿Habrá pasado página? ¿O pensará que está muerto? ¿Se percatará de que el *Hamaika* no está en puerto?

También entiende que ha fallado a *la Preta*, su *Preta*. Muerta a golpe de cuchillo por robarle unos pendientes. ¿Qué habrá pensado la negra al sentir que la vida se le desvanecía? ¿Se habrá acordado de él... o lo habrá maldecido?

Y de nuevo Beatriz. Beatriz...

—Tengo que salir de aquí —pronuncia en voz alta, sudoroso por la fiebre, famélico y sucio, en pie en mitad de la celda, rodeado de hombres cuyas almas valen menos que los andrajos que visten, mirándolo tras sus feraces barbas con sonrisa irónica unos y admiración otros—. Tengo que salir de aquí y volver a San Telmo. Hay una mujer que me espera.

Nuria cierra de golpe el paquete de folios. A las lágrimas le ha sucedido un acceso de rubor en las mejillas, a medio camino entre la vergüenza y el desconcierto.

Busca en su ordenador las fotos de su último viaje a Oporto. Había pasado por allí para visitar varias galerías y contactar con coleccionistas que le pusieran en la pista de media docena de autores informalistas a los que ella

era tan aficionada. Luego, se regaló unos días de asueto, alojada como siempre cerca de Batalha, en un hotel cuyas habitaciones le evocaban siglos pasados.

Piensa que debió de ser horroroso estar encarcelado en el castillo de Gobernación y que, si Marcel sobrevivió, como seguro que hizo, debió de ser para enderezar su vida. Y la clave estaría en el señor Joaquín y en la señora Dolores.

–Deberías ser más tenaz, jovencita.

Es el señor Joaquín, llamando desde la entrada de la calle.

–¡Hola! No lo he oído entrar. Tome asiento, ahora bajo –saluda desde la mesa.

El señor Joaquín así lo hace, nuevamente en la silla-escultura. Apoya el bastón contra la pared y coloca sus manos sobre las rodillas.

–Tengo noventa y un años. Ya va siendo hora de que sepas qué sucedió. Y ya va siendo hora de que te enteres de que todo esto que te estoy contando tiene que ver con un cuadro... y, tal vez, con el sostenimiento de esta galería. No veo que entre mucha gente, jovencita. Quizás te convendría un revulsivo...

–¿Con un cuadro? ¡Le escucho! ¿Quiere algo?

–Tiempo. Quiero tiempo. Pero creo que eso no vas a poder proporcionármelo, así que tráeme un vaso de agua y escucha.

–Sí, claro. ¡Por supuesto! –responde solícita Nuria–. Pero, dígame una cosa. ¿Por qué hace todo esto?

–¿Vas a traerme ese vaso de agua o no?

* * *

A partir del segundo mes, la situación mejora. Lo trasladan a las Azores, a un edificio para prisioneros extranjeros donde se amontonan americanos desertores, piratas, contrabandistas de El Algarve y cubanos huidos de filas. Los barracones son alargados y sucios, pero al menos no hay humedad, y aunque la comida le provoca náuseas por el exceso de sal, ya no le dan palizas como en Oporto.

Comparte rincón con dos siniestros hombres de mal aspecto, desaliñados y torvos, seguramente asesinos de verdad, pero, entre tanta desolación, Marcel posee un alivio: la celda tiene un ventanuco de no más de cincuenta centímetros desde el que se ve el mar.

Y piensa en *la Preta* y en que le hubiera gustado acabar sus días con una sonrisa, y no así, muerta ella y entre rejas él. Y se lamenta por la certidumbre de que nadie nunca se preocupará por saber quién la acuchilló. Y se acuerda de Beatriz y maldice su suerte, y se pregunta si se acordará de lo que han vivido y si esperará lo que se prometieron vivir. Es entonces cuando le entra la angustia y vomita una y otra vez y se da de cabezazos contra las paredes llorando porque sabe que jamás saldrá de allí.

Los muros se le vienen encima y pronto se le instala una desazón de la que se ríen sus compañeros.

—Es lo normal, grumete —le dice un anciano barbado al que los tatuajes delatan como antiguo marinero—. Aquí nadie ha hecho nada, pero todos nos veremos en el infierno. Yo mismo llegué, malditas sean mis muelas, hace ya más de diez años... o doce. ¿En qué año estamos?

—En 1907.

—¡Por todos los pelos de mi barba! Entonces llevo en este agujero casi trece años. ¡Santa Virgen María! Y nunca saldré de aquí. Ya sé yo, *mecagien* Satanás, que nunca saldré de aquí. Así que la tristeza se me ha ido, grumete, igual que se te irá a ti, que solamente llevas un mes.

—Pero yo no hice nada...

—¡Otro que baila el agua! ¿Y te crees tú, cacho cabrón, que alguien aquí ha hecho algo? Aquí todos somos inocentes. ¿Conoces al *Dientes*? *El Dientes* mató a catorce personas en una sola noche. Dicen que les rebanó el cuello por aquí —explica el viejo, mostrando su nuez— con tanta pericia que hizo que sus víctimas se desangraran mientras él las obligaba a verlo. Es un hijo de puta. Es el mayor hijo de puta que me he encontrado, grumete. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—El muy salvaje dice que es inocente. Ja, ja, ja. ¿Comprendes? Aquí todos somos inocentes. Así que, si te cargaste a esa ramera, no pasa nada. Además, era negra, ¿no? Cuentan por aquí que era negra...

—¡Cállate, viejo chiflado! ¡Ni yo la maté ni era ramera! ¡Un respeto!

—Vete al carajo, grumete.

—¡No era ramera!

—Todas las negras lo son, grumete. Ja, ja, ja.

Marcel arremete contra él sin que sus compañeros de celda hagan nada por evitarlo. Le golpea varias veces en la cara hasta derribarlo y se abalanza sobre el viejo para sacudirlo contra el suelo como si fuera un muñeco de trapo. Cuando la sangre delata que ya es suficiente, Marcel se incorpora y le escupe.

—¿Lo ves? —gime el viejo desde el piso, con la cara empañada en rojo y una macabra sonrisa—. Aquí todos somos inocentes, grumete. Bienvenido a la cara perversa de la existencia.

—¡Vete al infierno! —le grita él mientras se acurruca en un rincón y se chupa los nudillos.

–Ya estamos en el infierno, grumete.

Marcel entiende que, en efecto, nunca va a salir de aquel presidio, que nadie debe de saber de su encarcelamiento y que Beatriz, ajena a todo, pensará que la ha abandonado. Nada le pesa más. Ni siquiera puede dibujarla ya porque sus rasgos se van borrando.

¿Está condenado a sus arrebatos de ira? Piensa en Daniel, a quien, ya sí, se convence de que tenía que haber terminado lo que fue a hacer al estudio del ingeniero. Total, para terminar en aquella prisión de malnacidos, mejor haberlo matado.

–Lo siento –le dice–. Siento haberte golpeado, viejo.

–Vete a la mierda, grumete.

* * *

Para el quinto mes, Beatriz rehace su vida, convencida, ya sí, de que Marcel ha abandonado San Telmo para no regresar y de que Daniel va a seguir ridiculizando la idea de sacar la relojería adelante. Cada vez que vuelve de Málaga, discuten, se desprecian o, simplemente, se esquivan. A ella le parece un milagro que él aún no la golpee con más frecuencia, pero quizás sea porque, cuando él se enfada, ella corre a la habitación de sus hijos y los abraza para consolarse.

Daniel no es el mismo. Parece un ser atormentado. Su rostro ha envejecido y su cabello ha empezado a caer, como si una decadencia prematura le fuera comiendo por dentro. Sin duda, el cansancio, las presiones de los accionistas, el exceso de trabajo y los remordimientos le asolan en sus muchos momentos de soledad, hasta el punto que Beatriz comienza a sentir lástima por él.

En San Telmo, las vecinas de la calle Cruz no dejan de murmurar acerca de la familia Tussaud. Se dice que Lina ha empezado a verse con alguien porque oyen jaleo en su casa, y que hasta la han sorprendido besándose con un hombre. Seguramente son habladurías, pero a doña Rosa le hieren como puñales.

También se dice que Daniel Sanmartín tiene alguna enfermedad contraída en sus numerosos viajes al sur, que puede que gonorrea o similar, y que, aunque nadie lo sabe a ciencia cierta, dicen que es que tiene una querida en Málaga, una mantenida, y por eso baja tanto, cada mes, para estar allí por más de una semana, aunque lo cierto es que lo que padece es una anemia enorme y una enorme tristeza y un enorme desconcierto por cómo se sucede la vida, una vida que, piensa, ha malogrado Beatriz.

La relojería, mientras, avanza próspera y segura, con ideas innovadoras y una nueva vitrina. A los cinco meses ya ha conseguido dos proveedores más, ha ampliado su agenda de clientes y ha logrado que la gente no apoye sus frentes en los cristales para ver a Beatriz, la hermana de la sufragista, trabajando en el interior.

El quinto mes, coincidiendo con una estancia larga de Daniel en Málaga, Beatriz manda pintar la carpintería de la fachada. Coloca una puerta de doble hoja y amplía la zona del taller tras haber contratado a un tal Eusebio, un relojero de Guipúzcoa que tiene la fortuna de caer por San Telmo en busca de trabajo.

El quinto mes, doña Rosa cae enferma, probablemente de melancolía. Se le proporcionan todos los cuidados posibles y, finalmente, toman la decisión de postrarla en cama hasta que mejore. Será Matías, el hijo mayor de Beatriz, quien se encargue de atenderla. Ambos se hunden en el más tétrico mutismo en aquellos grises días del final de la vida de la abuela.

El quinto mes, San Telmo inaugura un barrio nuevo, construido con el patrocinio de una fábrica recién instalada en el tramo alto de la ría, y se obsequia a los habitantes de la ciudad con una exhibición de globo aerostático.

Y el quinto mes, como si en realidad hubiera pasado un siglo, cambian a Marcel de celda y lo llevan a otro corredor, donde le anuncian que ha sido acusado de alta traición a Portugal y que a los espías, en Portugal, los liquidan en la horca. Luego, lo dejan solo en un cuartucho sin aireación y cierran tras él una gruesa puerta de metal. Él no entiende nada. No acaba de comprender –nunca lo hará hasta su muerte– qué relación puede tener lo de *la Preta* con la acusación de traidor; no sabe si se deberá a un error, a un chivatazo o a un capricho de alguien. Jamás conocerá qué entresijos de la justicia lusa lo llevarán a aquella ratonera ni por qué su nombre aparecerá en la lista de los que serán ajusticiados el día de Santa Ana.

Pasa sus jornadas sumido en la más absoluta tristeza. Aunque al principio gritará, aporreando la puerta y repitiendo una y otra vez que eso es falso, que quiere una explicación y que debe de tratarse de una equivocación, nadie le hace caso. Toma la comida de un torno que abren una vez por jornada, y no se relaciona con nadie durante su cautiverio salvo con un capellán que le visita pasadas dos semanas y con quien no se entenderá por la desgana de uno y la desidia del otro.

Y así, con el alma condenada, la ansiedad de no comprender su situación y la amargura de comprobar que su vida se va a desencadenar en la más absoluta ruindad, Marcel llora lo inimaginable encogido en un rincón. Lloro hasta agotársele las lágrimas y tener los ojos en ascuas; llora con gemidos infantiles y broncos suspiros. Sus espasmos le agotan y lo arrojan dormido sobre el suelo, para despertar a las horas en un nuevo llanto.

Piensa en quién habrá sido el ratero de tres al cuarto que ha matado a *la Preta* y que, si sale de ahí, no parará hasta dar con él y matarlo con sus propias manos. Por *la Preta*, por él mismo y por Beatriz, quien, seguramente, lo habrá maldecido por haberla abandonado.

* * *

El día que Daniel regresaba nuevamente a San Telmo, no tardó en llegarle la noticia de que su mujer había contratado a un joven, al parecer relojero, y que acudía puntual, como no podía ser de otra manera, todas las mañanas a la calle Cruz, en donde permanecía trabajando hasta que se cerraba el local. Le contaron que, según se decía, provenía de un caserío de cerca de las Peñas de Aya, aunque se había criado en Oñate, donde había aprendido el oficio, y que, por giros del destino, fue a enterarse de lo del pobre Gerard Tussaud y de cómo su hija intentaba sacar adelante el negocio. Se llamaba Eusebio Urrutia y era bajito, amable, cumplidor y milagrosamente habilidoso con las manos.

—¿Qué escribes?

—Cosas de la relojería

—¿No habíamos hablado ya de eso? He oído que has contratado a un chaval. Despídelo. Cierra el negocio. No tienes necesidad de trabajar. ¿Es que no gano lo suficiente? ¡Me tienes hartos con tu insolencia y tu actitud! ¡Estás logrando que me vuelva loco! ¿Crees que soy tonto? ¿Crees que no me doy cuenta de las cosas? ¡Yo solo pretendo lo mejor para mi familia y tú... tú me obligas a tener que recordarte cuáles son tus obligaciones como esposa! ¡Mañana mismo se cierra la relojería y tú, la puta de tu hermana y hasta tu madre os encerráis en casa y chitón!

—No voy a cerrar la relojería. Ni voy a despedir a Eusebio ni voy a permitir que me trates así, Daniel. Lo he pensado mucho. No quiero que te enfades, pero...

Beatriz escondió algo debajo de los libros de cuentas. El hombre se percató.

—¿Qué has guardado ahí?

—Cosas.

—Era una carta. Dámela.

Beatriz, lejos de disimular, la colocó sobre la mesa, desafiante. Daniel se quitó la levita, la colgó con meticulosidad en una silla y, remangándose la camisa, la extrajo cuidadosamente del sobre, la desdobló y la leyó despacio desde la primera línea, como si no quisiera saber lo que decía.

Amada hermana mía:

Creo que escribirte es la única manera que encuentro para decirte lo que pienso y la decisión que he tomado. Siento hacerte cómplice, pero sabes que eres la única persona en la que puedo confiar.

–¿Una carta a Lina? ¿De qué decisión hablas?

Beatriz hizo ademán de irse. Supuso que Daniel estallararía en cólera.

–¿Dónde vas, maldita sea?

–Daniel... no podemos seguir así...

–¡Estate ahí! –y leyó en voz alta

... la única persona en la que puedo confiar. No es ningún secreto que mi marido ha perdido el rumbo y que ya no es el joven con el que me casé hace años. Solo se preocupa de su trabajo, de sus planos, de los hombres importantes que le utilizan y a quienes él sirve, dócil como un niño, mientras que en casa se muestra irascible, violento y, en ocasiones, perdiendo los papeles.

–Daniel... Daniel, es mejor que hagamos algo...

–¿Hacer algo? ¡¿Hacer algo?! –estaba nervioso. Batió la carta en el aire y volvió a posar su vista en las letras.

No le guardo rencor ni lo odio, pero he decidido que no voy a tenerle miedo. Nuestra madre está enferma, no ha levantado cabeza desde que murió padre, y me temo que no va a durar mucho entre nosotros...

Silencio largo, muy largo. Un silencio difícil. La salita estaba apenas iluminada por una lámpara de petróleo, amarilla y ruin, y una vela en la mesa dentro de una tulipa verde, escasa y mortecina.

Si estuviera aquí Marcel, esto que te voy a pedir a ti se lo pediría a él. Pero Marcel desapareció y nadie, ni siquiera su galerista o los señores Herranza o la gente del puerto, a quienes he preguntado humillada y desesperada, saben nada de él. Dicen que se ha desvanecido, que ha huido de San Telmo; su barco no está anclado y no hay indicios de hacia dónde se fue. No sé si es mejor así o si eso lo estropea todo. Sea como sea, voy a pedirte algo porque solamente te tengo a ti.

Daniel, lejos de enfurecerse, lloraba sin emitir sonido alguno.

–¿Por qué dices que no tienes a nadie, Beatriz? ¿Y por qué tiene que aparecer otra vez Marcel en nuestra vida? ¿Es que no te das cuenta de que el único que te quiere soy yo? ¡Me tienes a mí! ¡Me tienes a mí, Beatriz! ¡Soy tu marido! ¿Soy o no soy tu marido? ¡No puedes decir que no tienes a nadie! ¿Y yo? ¡Beatriz!

Silencio.

–¿Te he hecho una pregunta, Beatriz! ¿Por qué dices que no tienes a nadie?

–Ignoro cuándo nos perdimos, Daniel –respondió ella, bajando la mirada.

–¿No me tienes a mí? ¡Por Dios! ¡¿No me tienes a mí?! Admito que a veces me he puesto un poco duro. Admito que a veces he sido demasiado serio. Pero ha sido por nuestro bien, Beatriz. ¡Un marido tiene que llevar las riendas de su casa! Y tú... tú te has empeñado en hacer lo que te ha venido en gana. Siempre. ¿Es que no te he dado todo cuanto has necesitado?

–No.

–¿¿Cómo te atreves a decir que no?! ¡¿Es que esta casa no significa nada?! ¡¿Es que te falta de algo?! ¡¿Es que yo no soy nadie, Beatriz?! Perdóname... –dijo de repente cambiando el tono de su voz–, perdóname por las veces que he tenido que ponerme serio contigo. Eres mi esposa y te quiero. Lo he hecho por nosotros, por los niños...

–Daniel. Sigue leyendo la carta.

–¿No te das cuenta de que mis enfados son una prueba de amor? ¡Si no me importaras, no te diría estas cosas!

–Sigue leyendo, Daniel.

Sea como sea, voy a pedirte algo porque solamente te tengo a ti.

Nuestra madre está muy enferma y ambas sabemos que no va a durarnos mucho. Es duro hablar en estos términos pero sé que es así. Los médicos hablan de apatía, de luto, de tristeza... Hay veces, Lina, que la pena es mayor que la salud.

Así que, por lo que me pueda suceder a mí, dejo escrita esta carta y te otorgo la responsabilidad de criar a mis tres hijos, tus sobrinos. Nuestra madre no podría ni aun si sobrevive a su derrumbe, y no tengo a nadie a quien encomendar el futuro de Matías, Tristán y Raquel.

–¿Qué te va a suceder? ¿De qué hablas? No... no entiendo...

–Daniel. Lo que digo a continuación a Lina no va a gustarte nada.

–¿Sabes una cosa, Beatriz? Todo esto es por culpa de esta ciudad maldita. En Málaga no nos ocurrirá nada. Seremos felices. Tú no trabajarás y nuestros hijos crecerán sanos y tranquilos. Allí siempre brilla el sol y la gente es amable y abierta....

–Quiero que dejes esta casa. Quiero que dejes esta familia. Jamás hablaré mal de ti ni contaré todo cuanto me has hecho, pero no quiero seguir a tu

lado, Daniel.

El hombre se sentó en una silla, desplegó nuevamente la carta y continuó leyendo como si no hubiera oído a su esposa.

Voy a pedir a Daniel que abandone nuestro domicilio. A él no le faltará dónde ir; tiene posibles y contactos. Solo deseo que nos deje en paz.

–¿Es una broma? ¿Se trata de una broma? ¿Se trata de una broma, Beatriz?!

–Daniel, termina la carta.

–¿Qué broma es esta?! ¿Es que te has vuelto loca?! ¿Es que no sabes lo que dices?! ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que voy a abandonarte?! ¿Cómo se te ha ocurrido pensarlo?! ¿Es que estás loca?! ¡Te has vuelto loca! ¡Te has vuelto loca! ¡Y te juro que mataré a ese Hugarte que te ha vuelto loca! ¡Que lo sabe todo San Telmo! ¡Que eres el hazmerreír! ¡Que eres una descarriada, mujer! ¡Y estás a punto de arruinar mi carrera!! ¡Mi carrera, Beatriz!! ¡Con todo lo que me está costando llegar hasta aquí! Con todo lo que me está costando... ¡Y a tu hermana la sufragista de mierda, también! ¡A ella también la voy a escarmentar! ¡Que te ha vuelto loca con sus ideas absurdas!

Daniel, ya fuera de sí, se lanzó contra Beatriz profiriendo gritos e insultos. Tiró la carta al suelo y golpeó a su mujer con la mano abierta. Sonó como un chasquido, como una astilla quebrada. Había llegado el golpe. Por fin. La caja se abría y Pandora se emplearía a conciencia.

La siniestra Pandora del bofetón, la rendija por la que un hombre bueno se convierte en un hombre bueno que golpea a su mujer. Siempre son hombres buenos. Siempre son ese vecino que parecía normal. Siempre sucede con la letanía de las viejas del portal mascullando que no se veía venir. O sí, y que ya se veía venir, que no era un hombre bueno, que ya se notaba que no era normal y que todo el barrio se lo olía. Y Pandora, por una u otra razón, abre la caja de sus truenos y al bofetón le sigue el bofetón; al insulto, la patada; al desprecio, la mano alzada.

Nadie sabe cómo se llega pero, cuando se llega, una vez atravesada la fina línea entre el maltrato psicológico y el físico, Pandora se descojona y, entre

carcajadas, reta al maltratador con un “a que no hay huevos de dejar de maltratar ahora que has abierto la caja, hijo de puta”.

¿Por qué un hombre pega a su mujer? ¿Por qué Daniel Sanmartín lo hizo? ¿Qué lleva al cerebro de un marido a querer correr hasta el acantilado a partir del que precipitar la convivencia? ¿Qué neurona se rebela? ¿Qué nervio se tensa? Y, ¡zas!, la bofetada primera y todo a tomar por el culo.

—¿Ves lo que me obligas a hacer?! ¡¿Ves lo que me obligas?! No he querido pegarte, Beatriz. Perdona, perdóname. No he querido hacerlo. Han sido los nervios. Vivo con muchos nervios, con mucha tensión. Es mi trabajo, es este trabajo, esta presión. ¡Es mi carrera, Beatriz, maldita sea! Y tú deberías entenderme. Para eso eres mi mujer. ¿Ves lo que me obligas a hacer? ¿Ves lo que me has obligado a hacerte? Yo no quería pegarte. ¡Joder! ¡No me mires así! ¡Tampoco te he dado tan fuerte! Tampoco ha sido para tanto. Perdóname. Ha sido solo una bofetada, pero desde el amor, Beatriz. Y desde los nervios. Lo hablaremos. Nos calmaremos y lo hablaremos. Yo no quiero pegarte. ¡Pero no me mires así! ¡Por Dios, no me mires así! ¡Y ni se te ocurra llorar! ¿Vas a llorar ahora? ¿Vas a echarte a llorar? ¿Para qué? ¿Para humillarme más? ¿No es poca humillación esta carta? Venga, nos olvidamos de todo... ¡Santo cielo, Beatriz! ¡Que dejes de llorar! ¡Que no me mires así! ¿O es que quieres retarme? ¿Es eso? ¿Me estás retando? ¿Me estás provocando? Tú lo que quieres es hundirme. ¡Tú lo que quieres es hacerme daño!

La primera patada le alcanzó la pierna e hizo que cayera al suelo. La segunda, el vientre.

—¿Ves lo que tiene que hacer un hombre por mantener las riendas de su familia?! ¡¿Ves a lo que me obligas?! ¡Venga, levanta! No ha sido para tanto. ¡Y la culpa es de ese piloto! ¡Que no se le ocurra pisar San Telmo porque lo mato! ¡Lo mato, Beatriz! ¡Te juro que lo mato! ¡Lo tenía que haber matado el día que vino al estudio! ¡Uy! —comenzó con voz burlona—. ¡Qué penita! ¡Que le han insultado a Beatriz y vengo a vengarla! ¡Voy a ir donde su marido y voy a vengarla! ¡¡Pero qué mierda de hombre es ese!! ¿Se ha creído que vivimos en la Edad Media? Mira lo que ha tardado en abandonarte, ramera...

La tercera patada le llegó en el pecho. La mujer se retorció de dolor. Ya, ni siquiera lloraba.

Voy a pedir a Daniel que abandone nuestro domicilio, sí, Lina. Y cuando se lo diga, temo por mi vida. Si se aviene a razones, comprenderá que es lo mejor para todos. Él podrá seguir con su carrera en Málaga o donde quiera; mis hijos y yo continuaremos con la relojería.

Pero si no atiende, si reacciona como creo que lo va a hacer, temo que no mida su violencia y termine conmigo. En ese caso, Lina, utiliza esta carta en su contra y vela por tus sobrinos.

Te quiere,

Beatriz

La cuarta patada no llegó. Iba a propinarla, pero no llegó. Daniel caía desplomado con los ojos congelados por la sorpresa. ¿Qué había sucedido? ¿Qué había sido aquel ruido como a hueso partido? ¿De dónde había llegado aquella quemazón en la base del cráneo? ¿Cómo podía la suerte ser tan retorcida? ¿O acaso no se trataba de suerte?

Crac.

Vencido por el dolor y la irrupción del hierro en su cabeza, cayó de rodillas, se echó la mano a la nuca y comprobó la sangre. De bruces contra la alfombra, moría sin comprender qué había sucedido.

Matías miró a su madre con el gesto absolutamente inexpresivo, soltó el atizador de la chimenea y se refugió en su cuarto. Tardaría años en volver a hablar.

* * *

Nota al cierre:

- Felicitar a Jorge en su cumpleaños.
- Escribir email a De Tomás. Pedirle nuevos bocetos. Cerrar fecha de la exposición del año que viene.
- Leer el resto antes de la próxima visita del señor Joaquín.

Se abre la puerta. Dos guardas desaliñados agarran a Marcel por las axilas y le obligan a alzarse. Lo conducen por el corredor y lo sientan en un despacho mohíno. Ahí, alguien con igual desaliño, le dicta una sentencia en portugués y le presenta al capellán que lo visitó hace semanas. Este le dedica una oración con desprecio y, en un abrir y cerrar de ojos, se encuentran en un pequeño patio trasero donde un cadalso muestra la horca lista para cumplir.

No hay público, ni secretarios, ni siquiera autoridades. Por no haber, no hay ni guardas, salvo los

dos primeros y un tercero que, haciendo de verdugo, se coloca sobre el rostro una caperuza que inmediatamente vuelve a quitarse con desprecio; al parecer, es demasiado áspera.

De un culatazo, obligan a Marcel a subir los peldaños de madera que le llevan a la soga. Bajo ella, el verdugo se la pasa por el cuello y le dedica una sonrisa de funcionario, sin malicia ni misericordia, solamente cortés.

Uno de los soldados ríe; el otro observa aterrorizado. El verdugo ajusta el cabo y toma la palanca que abrirá la trampilla bajo los pies del reo. El capellán ha dejado su letanía, ha cerrado el breviario y se ausenta de la escena. El cielo, oscuro y tenebroso, anuncia lluvia. Suena un trueno que Marcel cree que es el mecanismo que acciona el cadalso, y respira aliviado al ver que no es así, que está equivocado. Fugazmente, le parece ridículo aliviarse por retrasar su muerte unos segundos.

Un nuevo trueno, seguido de un potente relámpago, abre el cielo en dos y descarga sobre las cabezas de los hombres una torrencial lluvia de gotas gruesas. En Las Azores, cuando llueve, no llueve: es el mar que cae de arriba abajo. A Marcel le recuerda las galernas de San Telmo y, complacido, le viene a la memoria el día que el aguacero sorprendió a Beatriz y se encontraron en la calle; era la segunda vez que se veían.

–Beatriz –susurra.

Alguien grita y maldice las tormentas; alguien se caga en lo más alto. El verdugo duda entre seguir mojándose o accionar la palanca para terminar con aquello y guarecerse. Pero todos saben que un preso puede estar pataleando en el aire hasta cinco minutos si su cuello resiste lo suficiente; que, de no partirse las cervicales con el primer golpe, penderá hasta ahogarse durante un buen rato. Y eso les hará empaparse debajo del aguacero.

–Beatriz...

El tercer trueno suena como si estallara en el mismo patio y la lluvia arrecia, así que el verdugo suelta rápidamente al reo y, antes siquiera de comprobar que lo sigue, echa a correr adonde sus compañeros, ya en escapada hacia el interior del edificio. Marcel los sigue, despacio, dejando que la lluvia lo hunda por completo. Le gritan que se guarezca, que se meta ya, pero ninguno de los tres soldados quiere salir al patio a agarrarlo, así que lo esperan a cubierto.

Una vez dentro, le dan una paliza y lo abandonan nuevamente en su celda. Marcel no puede sino maldecir su suerte.

Por eso, al llegar el sexto mes de presidio, cuando en San Telmo todavía la gente murmura sobre el extraño caso de Daniel y Beatriz, asaltados en su propio domicilio por bandidos o ladrones o anarquistas, Marcel no comprende que no le hayan vuelto a sacar al cadalso. Cada día, desde aquel, se ha preguntado por qué no vuelven por él. Cada día se ha convencido de que es el último, y se ha preparado de tal manera para perder la vida con dignidad, que no entiende que le convoquen al despacho del alcaide, en el que le espera también un administrador de la

Gobernación llegado desde Madrid.

–Está usted libre. El responsable de la prisión firmará los papeles. Sienten el malentendido y los males que se le hayan podido derivar. Nadie comprende cómo pudo ser usted acusado de alta traición. Y, respecto al asesinato por el que cumple condena, también está solventado.

–No... no entiendo.

–Se llama Heliodoro de Graça, aunque todos le dicen *Grazero*, y fue apresado hará dos meses cerca de Belem. Confesó lo de Ángela Bellao.

–*La Preta*...

–Efectivamente. Confesó lo del asesinato de Ángela Bellao –lee como un funcionario anodino–. Al parecer, le encontraron los pendientes de la finada, reconocidos por varios vecinos de la misma. Además, tres testigos reconocieron al navajero; uno de ellos, un acaudalado exportador de vinos de Miranda de Ebro que se prestó muy amablemente a testificar si con ello se ponía en libertad a un inocente.

–¿Dónde está? –pregunta serio Marcel–. ¿Dónde está ese hijo de puta?

–*Não, não sabemos mais* –interviene el alcaide, fastidiado por la presencia de los españoles en su despacho.

–No lo sabemos. Lo único que sabemos es que se nos convoca aquí y ahora para comunicarle su puesta en libertad y su repatriación al puerto de Cádiz. Es cuanto puedo decirle. La Justicia portuguesa, que tan amigablemente colaboró con la española en los casos de la Guerra en Cuba, quiere compensarle con una cantidad de dinero simbólica y le pide disculpas por el malentendido. No hay más que hablar.

Y no hay más que hablar. En menos de una semana, y una vez que se han formalizado los papeles de su excarcelación, Marcel, en compañía del funcionario, toma un barco rumbo a Cádiz.

Aquella puesta en libertad sorprende a Marcel tanto como su detención, pero en su cabeza, más que los errores judiciales o la inquina hacia el tal Heliodoro de Graça, están aquellos a quienes siente haber fallado. Mira el cielo y se pregunta qué cielo estará viendo en esos momentos Beatriz, ajeno a que en San Telmo todos la compadecen como la pobre viuda del ingeniero asesinado en su propia casa cuando acudía a proteger a su mujer en el asalto del domicilio.

Por eso, cuando el barco toca puerto en Cádiz, Marcel duda qué hacer con su vida. A fin de cuentas, con *la Preta* enterrada, y con la convicción de que Beatriz lo odiará por haberla abandonado, no le queda otro futuro que el de su propia desesperación.

*Quando el tiempo se cierre en los hombros
como gabán de noche confeccionado
y no queda en el bolsillo sino los dolos
del amor perdido aunque no abandonado,*

*nada le queda al poeta sino el resigno
de olvidar el abrazo de los suyos
y acabar con su vida y su destino
muerto el cuerpo como muertos los orgullos.*

Nuria decide que, en cuanto pase la exposición y embale las esculturas, cerrará unos días la galería. Al fin y al cabo, nadie va a entrar y ella necesita un tiempo para descansar, reorganizar sus cosas y reflexionar sobre la historia de Beatriz. El legajo la ha conmocionado.

Jorge, que pronto entrará en campaña electoral, comenzará a estar ausente, y aunque ya solo ostentan la mutua categoría de “ex”, ella sabe que lo echará de menos. La política colmó el vaso de la convivencia; o, para ser exactos, no tanto la política como los peajes que exigía, y ella acabó convenciéndose de que quería estar junto a un hombre, no junto a unas siglas. Sin embargo, ha seguido siendo su cómplice y su principal valedor, manteniendo una relación de esas que parece que no pueden darse si no hay sábanas de por medio.

–Hay muchas cosas que no entiendo, señor Joaquín.

Ambos, Jorge y Nuria, escuchan al anciano.

–En la vida, jovencita, hay siempre muchas cosas que no se entienden – suspira jugueteando con el pomo del bastón. Nuria siente que se va por las ramas. Quiere conocer cuestiones concretas, no filosofía de hombre mayor–, pero no son imprescindibles para aprehender la propia vida. Toma nota de eso, querida.

–Pero... –pregunta Jorge, consultando las notas de Nuria– ¿qué sucedió con Marcel desde que llegó a Cádiz después de su presidio y aquel 1922? ¿Qué fue de él en todos aquellos años?

–¿Y qué relación tiene usted con Dolores Hugarte, la mujer de la residencia Los Robles?

–Paciencia, muchachos, paciencia.

Desembarca en Cádiz después de un viaje incómodo a bordo de *Los Alcatraces*. La ciudad lo recibe distante y hostil, inmersa en su frenética actividad, salpicada de soldados que van y vienen y de elegantes hombres con chistera que se reúnen en los cafés. Observa las niñeras en la plaza de la catedral, del hombro de sus novios, y orgullosas señoras de grandes sombreros que viven ajenas a los vaivenes de la política. Cuando pisa puerto, busca una barbería, se hace rasurar y solicita hospedaje en una pensión cerca del barrio de comerciantes.

–¿Para cuánto dice que quiere la habitación? –le pregunta la vieja Agustina, gobernanta del establecimiento y recelosa de Marcel.

–No lo sé. Un par de semanas, me imagino. El tiempo que necesite.

–Mmm. Veamos. ¿Y tiene dinero para pagar?

Marcel muestra el escuálido fajo de billetes que le proporcionaron antes de salir de las Azores y se los enseña a la anciana.

–Es dinero portugués. Se lo acepto porque parece usted honrado y porque me llegan muchos hombres de mar a quienes les viene bien todo, pero debería usted conseguir dinero español. Eso sí, tendrá que pagarme por adelantado. Nuestra ciudad está infestada de soldados de mala pinta y no me fío de nadie. Lo mismo le pegan a usted una paliza y lo tiran al mar y yo me quedo sin cobrar. ¡Ah! –continúa mientras le hace seguirla por un infinito pasillo jalonado de puertas–, y nada de traerse rameras a mi casa, ¿conforme? Si quiere mojar el pajarito, se va a Casa Delicias, pero aquí nada de eso. Esta es una casa pobre pero con nombre. ¿Queda claro?

–No hay cuidado.

–Eso dicen todos, y luego se lían con la primera golfá que les enseña la maraña y acaban liándomela. Así que nada de rameras ni de malos líos. ¿Conforme, marinero?

Llegan a la habitación. Agustina la abre de par en par y se la muestra a Marcel, quien no puede sino sonreír ante lo precario de la estancia. Un armario desvencijado, una cama con cabecero de hierro y una mesilla coja completan el mobiliario. Todo un lujo después de los meses en prisión.

–¿Se la queda?

–Sí, señora. Me la quedo. Me la quedo durante dos semanas.

–Pues pague por adelantado.

Nuria escucha atenta, a pesar de que tanto detalle empieza a parecerle superfluo. Además, no comprende cómo el señor Joaquín posee tanto dato y tanto nombre. ¿Se los estará inventando? ¿Habrá fabulado?

La Historia es, más bien, una historieta. No hay objetividad. Tal vez ni siquiera veracidad. Los datos revolotean sobre las vidas de los seres humanos como gaviotas por un vertedero. Hay algunos que se encumbran a la categoría de hitos y recorren los libros de texto como inamovibles fechas que hay que saber. Otros, en cambio, se diluyen en las grandes compilaciones y terminan por naufragar como madera podrida en el océano.

No existe la Historia sino las interpretaciones que de algo que llamamos Historia hemos ido haciendo, asumiendo que, como seres maravillosamente

limitados, jamás captaremos lo que se esconde bajo almanaques y sesudas investigaciones: el alma de quienes protagonizaron el suceder de las generaciones.

–Marcel –continúa el señor Joaquín– estuvo dos semanas con una única obsesión: acabar un lienzo con el que presentarse ante Beatriz. Si lo conseguía, si era capaz de volver a pintar con el corazón, se armaría de valor y regresaría a San Telmo. Si no, seguiría desaparecido y evitando enfrentarse al reencuentro. Ignoraba lo que había sucedido con Daniel y todo lo que después se derivaría.

–Pero... ¿Qué sucedió después? ¿Es que se casaron? ¿Volvió a San Telmo y se casó con ella?

–Lee, jovencita, y no te precipites. Marcel estaba perdido.

Quiere ver a Beatriz. Se muere de ganas de saber de ella, de enfrentarse a su marido y terminar lo que empezó en el estudio. Si él la pegaba, no la merecía. Sería un escándalo en San Telmo, pero no estaba dispuesto a mirar para otro lado. Se sentía cobarde por haberla abandonado. Lucharía contra el señor Cortázar, contra Daniel Sanmartín y contra quien fuera.

Pero, a la vez, no encuentra las palabras con las que explicarle su desertión. ¿Quién va a creerse la historia del presidio? ¿Quién va a tomarle en serio? Había huido con nocturnidad, había desaparecido dejándolo todo empantanado. Su historia sobre *la Preta* y el presidio, sobre su ajusticiamiento fallido y su milagrosa liberación no cabían en ninguna cabeza.

Y por eso, se refugia en la pintura, y, como quien retrasa su propia confesión, se propone volver a hacer un cuadro. Para ello, ha adquirido pigmento de alizarina y aceite, y ha preparado la habitación de la pensión con todo lo necesario. Primero boceta diferentes paisajes de la bahía de Cádiz, toma apuntes en páginas sueltas que almacena bajo la cama, se fija en las diferentes luces del día... Luego, decide pintar una vista de la ciudad desde la playa, pero no atina. Son muchos meses sin empuñar un pincel, demasiado tiempo fuera del mundo real. El cerebro le da vueltas al saberse víctima de un error de la justicia, viudo de *la Preta* sin haber estado casado, olvidado de Beatriz sin saber si ha sido recordado. Le aterra salir de su cuarto, enfrentarse a la gente, a las miradas.

–Me recuerda un poco a lo que le pasó a Matías, el hijo mayor de Beatriz. ¿No? También él, cuando mata a su propio padre con el atizador, entra en un estado de depresión.

—A su debido tiempo. Lo de Matías será extraño. Nunca se convertirá en un buen pintor, quizás porque nunca se formará debidamente, pero, cuando crezca, encontrará en la pintura su salida; su refugio, debería decir. Pero ya llegaremos a ese punto, ya. Paciencia. Llegaremos al momento en el que Matías solo se relacionará con su madre. Ni siquiera Tristán, quien se casará con una tal Carmen en 1922, sabrá relacionarse con él como lo hizo Beatriz. Tristán fue un buen hombre, trabajador y responsable, capaz de sacar la galería Tussaud adelante. Pero ya llegaremos, espera. Estamos en 1907.

—¿Cómo puede haberme cambiado la vida de esta forma? —musita al tiempo que mezcla pigmentos en su improvisada paleta—. ¿Cómo se me ha podido torcer así la existencia? ¿En qué he pecado? ¿En enfrentarme a Daniel Sanmartín? Quizás la fortuna me esté devolviendo la inquina con intereses. Y, además, ¿qué se me ha perdido a mí en San Telmo? ¿Cómo va a recordarme Beatriz si han pasado casi diez meses desde que partí? ¿Cómo va a esperarme si no ha sabido nada desde mi huida?

Sufre para mantener el pulso firme con un pincel de dos pelos sobre el lienzo. Pretende un rayo imposible sobre el agua... El pulso ya no es el del joven pintor que escandalizaba a la señora Herranza y sus acólitas; sus manos ya no son las del joven que cuidaba hortensias por las tardes, junto a Beatriz. Ya no es igual su voz ni su cabello. Ni su porte es el mismo, ni el brillo de genio que habitaba en su mirada cuando se veían a escondidas.

—... o sí; tal vez, sí. Tal vez haya sabido de mí. Quizás le hayan llegado noticias desde Oporto y crea que soy un asesino encarcelado. ¿Qué opinará de mí? ¿Cómo presentarme ante ella y decirle que me perdone por haberla dejado sola con el monstruo de Daniel Sanmartín?

Unta ahora un grueso pincel con el que extender la materia por el lienzo, de manera que las formas se van emborronando hasta llegar a ser manchas, manchas intensas que hacen desaparecer toda figuración. Marcel respira hondo, traga saliva y se percata de que está llorando.

—¿Y si ese malnacido la pega?

El día que sale hacia Madrid, está aturdido. Ni siquiera el infernal traqueteo consigue dormirlo —aunque lleva varios días sin conciliar el sueño— y aún no ha encontrado la manera de enfrentarse a la mirada de Beatriz. No sabe qué habrá sido de ella, y se agarra a su lienzo, sujeto entre los brazos contra el pecho, como si fuera el salvavidas de su futuro.

*¿Qué tiene la mar maldita
que me llama cuando no hay salida
y me entrega al olvido del alma*

*de la mujer que la mía ama?
¿Qué tiene la mar maldita
que me apresa como me alivia
y esta vez me está matando
porque amo de amor ignorado?*

En Madrid pasa una noche y sube camino de San Telmo. Huele a incertidumbre. Por su mente atraviesan fugaces las imágenes de la casa de los Herranza, los encuentros con Beatriz, las tardes pintando frente a los ventanales claros, la Sala Panorama, la despedida el día de la partida, la pelea con Sanmartín, la visita de los sicarios del señor Cortázar... ¡Han pasado tantos años! ¡Y continúan tan despiertos los recuerdos!

Su casa sigue como la dejó, salvo una película de polvo que les otorga a muebles y enseres el prestigio de lo viejo. Abre las cristaleras, oreo las cortinas, airea los cuartos y desembala el cuadro para colocarlo sobre la chimenea.

–Perfecto –se dice.

Allí pasa varios días, apenas comiendo, revisando sus objetos, sus dibujos inacabados y sus poemarios abandonados. La hortensia está muerta, como la alegría. Han destrozado parte del mobiliario y han roto lienzos y figuras, de modo que toda la estancia parece un museo después de una deflagración.

Copia en hojas cualesquiera los poemas, los muchos poemas escritos en estos meses. Abre una botella de vino. Garabatea nuevos bocetos que nunca terminará. Revisa su armario y comprueba que ha perdido peso, que sus camisas le quedan mal y que los pantalones se le caen. Y se pregunta dónde está el afable y enérgico Marcel Hugarte, Marcel Noviembre.

–Pero... ¡hombre de Dios! ¿Dónde te has metido?

Es el señor Enrique Sota de Salazar y Vinuesa, el galerista, quien, vistas las ventanas del domicilio abiertas de par en par, ha subido a comprobar cómo se encuentra su viejo amigo el marino.

–Una larga historia.

–¡Tienes un aspecto horripilante! ¿Es que no te han dado de comer en esos barcos del infierno? ¡Esto hay que arreglarlo! ¡A ver...! Lo primero que vas a hacer es afeitarte en condiciones. Te mandaré a mi barbero, uno buenísimo que viene a mi casa dos veces por semana. ¡Y que te corte el pelo! ¿Has visto qué melenas llevas! ¡Santo cielo, si pareces un Adán! Luego, llamaremos al sastre. No puedes ir por la calle con esa ropa...

Mientras habla, el señor Enrique camina por la sala y observa que todavía tiene la maleta sin deshacer. También, que sobre la chimenea pende un nuevo lienzo.

–¿Y esto? ¿Es nuevo?

Se acerca y, con unos anteojos, escruta el trazo, la pincelada. Le parece soberbio, espectacular. Los

tonos rojizos son magníficos, la mancha vence a la forma y, en el fondo, opina que es de lo mejor que ha visto últimamente.

–No está mal, Marcel.

–Es Cádiz.

–Es lo que quieras que sea. Creo que te lo compraría... ¿Tienes más obra así?

–Este no está a la venta.

–¿Cómo?

–Que no está a la venta. Es mío.

–¿Por qué tan taciturno? ¡Ni que hubieras visto un fantasma! ¿O es que me ocultas algo? En fin, Marcel. Yo ya te lo he dicho. Cuando quieras, hablamos de negocios. Este cuadro es bueno, y lo sabes. Si pintas más en este estilo, podemos organizar otra exposición en mi galería. Pero, vamos, siempre podremos encontrar fechas.

–Ya te he dicho que no, ese no está a la venta. Es un encargo.

–¿Un encargo? ¿Dónde has estado metido pues todos estos meses? ¿Cuánto hace que te marchaste?

–Casi un año. Diez meses, creo.

–¡Un año! ¡Santo cielo! Me parecía que menos. Todo un año... Vaya, vaya. Las cosas han cambiado en San Telmo... Pero, dime, dime. ¿De quién es el encargo?

–Es un encargo que me hice a mí mismo. Por eso no está en venta. Y ahora, amigo Enrique, déjame tranquilo que tengo muchas cosas que hacer –le despide en tono afable–. Te puedes imaginar. Quiero reordenar la casa, limpiar... ¡Ah! Y mándame a ese barbero, sí. Necesito estar presentable.

–¿Qué hizo cuando llegó de Cádiz a San Telmo? ¿Encontró a Beatriz?

–¡Por supuesto, jovencita! –replica el señor Joaquín–. No le extrañe a usted que Marcel escuchara, nada más echar el pie en San Telmo, que habían asesinado a Sanmartín en un asalto a su casa y que el señor Cortázar había vendido sus acciones y se había mudado al sur. También oyó que se le había echado de menos, que se pusieron velas y que el Día de la Virgen lo citaron entre los marinos desaparecidos en el año.

A los dos días, ya repuesto, con el rostro rasurado y el cabello corto y bien peinado, se pone un traje que él piensa que no le queda del todo mal y sale a la calle en dirección a la residencia de los Sanmartín. Tiene la firme determinación de presentarse allí y ver a Beatriz. No sabe qué sucederá después. No sabe si ella lo abofeteará o lo besará. No sabe qué sentirá él mismo al cruzar sus ojos con los de ella. Prefiere no hacerse planes. Simplemente siente el feroz impulso de volver a verla.

Si hay suerte, quizás él pueda explicarle algo de lo sucedido, no todo. Si hay suerte, si hay mucha suerte, puede que ni siquiera hagan falta palabras.

Y si no la hay, quizás ella le dé con la puerta en las narices. O, quién sabe, quizás ella ya haya llorado cuanto había que llorar y solo quede la simpatía de dos seres que lo fueron todo el uno para el otro hace un año.

San Telmo vuelve a vestirse de lluvia. En el puerto, las bacaladeras tintinean bajo los cobertizos y algunos chiquillos juegan entre los carromatos. Varias barcazas de vapor se escoran contra las paredes del dique, flotando en la mugre del río. La iglesia de la Concepción anuncia las cinco. Empieza a oscurecer.

–Buenas tardes.

–¡Marcel...!

–Beatriz...

Recorren el pasillo y llegan a la salita. Un extraño silencio invade la vivienda. Ambos se sientan y se miran fijamente. Marcel intenta adivinar por qué Beatriz tiene el rostro envejecido; ella, por su parte, se pregunta qué le habrá sucedido para llevar tan desastrado aspecto, apenas disimulado por el corte de pelo y un traje que le queda enorme. Parece que sobre ambos ha caído una maldición o que alguna feroz enfermedad se ha cebado con sus expresiones.

–Beatriz...

–Marcel, ha pasado mucho tiempo. Más de un año desde que desapareciste. Han sucedido muchas cosas.

–¿No te alegras de verme?

–No lo sé.

Hay un silencio que Marcel interrumpe carraspeando. La mujer mira sus manos y sonríe cálidamente.

–Necesito decirte algo, Beatriz.

– Chsss. Marcel... No hables.

–Pero necesito contarte qué me ha sucedido, por qué he desaparecido durante un año...

–Marcel, la vida en estos meses se ha acelerado.

–Pero no los sentimientos.

–Los sentimientos pueden doblarse.

–He oído que mataron a tu marido. ¿Cómo estás? ¿Cómo has salido adelante?

–No tienes ningún derecho, Marcel. No puedes desaparecer en mitad de la noche y volver un año después interesándote por mí. Sí, mataron a Daniel en un atraco, sobre esa misma alfombra –miente ella–. He tenido que salir adelante... sola. Mientras tú navegabas y escapabas de San Telmo, yo tenía que enfrentarme a las miradas de conmiseración. Pensaba que entre nosotros había algo...

–Beatriz... verás... deja que te explique...

–No, Marcel. No es necesario. Eres un ser libre, sin ataduras. Nada ni nadie te detiene, y cuando vienen mal dadas, puedes escapar en tu barco. Pero la gente normal como yo se enfrenta a sus demonios. San Telmo está repleto de demonios.

–Aquella noche me enfrenté a tu marido.

–¡Marcel! Marcel Hugarte... ¿recuerdas cuando fuiste Marcel Noviembre? Eras un ser arrollador, seductor, inteligente. No me importa lo que puedas decirme, no hay excusas para lo que has hecho. Yo... –Beatriz lucha por no llorar, mantiene la barbilla alta y la vista clavada en los ojos del hombre–, yo pensaba que significaba algo para ti. Aquellas frases, aquellos encuentros, aquellos detalles conmigo... Una nota, Marcel. Al menos una nota diciéndome que te ibas. Una carta desde donde quiera Dios que hayas estado... Algo, Marcel. ¡Algo!

Hay un silencio. A Marcel le cuesta escuchar los reproches. Mira alrededor. No entiende cómo no lo ha previsto. Se había imaginado que ella estaría en casa, que sería ella quien lo recibiría. Ha repetido la escena en su cabeza cientos de veces: ella abriría la puerta, él se quedaría quieto; ella iría a reírse pero se echaría a llorar de alegría; él sonreiría de lado, la miraría y, suavemente, la agarraría de las manos y la acercaría a él; ella buscaría sus labios, él se haría el duro, se apartaría durante apenas dos segundos y luego, sin dejar de sonreír, le susurraría que ya estaban juntos para siempre; luego, sí, claro, la besaría.

Pero no ha sido así y mira en torno para intentar adivinar en qué han fallado sus cálculos. Le asaltan a la memoria las calles de Oporto, la celda, el olor a podrido del presidio de las Azores... Se siente el ser más resumido del universo.

Por fin, Beatriz vuelve a hablar. Ha estado callada durante algo más de un minuto. Cuando Marcel deja sus ensoñaciones y vuelve a tomar conciencia de que está ante ella, la mujer comprueba que este tiene los ojos empapados en lágrimas.

–Marcel... No tuve tiempo ni de esperarte. Ni fuerzas. Ni siquiera la intención. Tu vida es como las mareas; la mía es como el rompeolas. No puedo volver a atarme a ti porque tus presencias no compensan tus ausencias. Y ahora, si no te importa, tengo un luto que pasar.

–Beatriz...

–El luto de saber que vuelves a estar en San Telmo y que por nada del mundo puedo volver a enamorarme de ti.

–Pero... pero Beatriz... yo no sabía... no sabía que tú...

–¿No sabías que yo estaba enamorada de ti? ¡Marcel, por favor! ¿Habría arriesgado yo mi vida, mi familia, mi orden si no hubiera estado enamorada de ti? No tienes ni idea, Marcel. No sospechas lo que sentía al estar a tu lado y cuántas veces pensé que mi vida contigo habría sido maravillosa. Pero tenía miedo, Marcel. Tenía miedo a mi marido y a la ciudad y a los rumores y a estropear el futuro de mis hijos... ¿Y sabes una cosa? Cuando desapareciste, comprendí que así era mejor

porque, tarde o temprano, me habrías acabado abandonando para huir a tu mar.

–Beatriz... La noche en que me fui..., fue porque recibí amenazas... Me marché para protegerte...

–¿Un año, Marcel? ¿Un año fuera de San Telmo? ¿Un año sin saber de ti?

–Beatriz Tussaud. ¿Quieres casarte conmigo?



LIBRO TERCERO, 1922

I

LA NOSTALGIA SALVA CUADROS

Amar sí que es trascender.

El 3 de mayo de 1922, los republicanos organizaron un encuentro en uno de sus locales. Eusebio, pertrechado con abundantes libros y folletos impresos, acudió decidido, con la convicción de que, tarde o temprano, algo bueno saldría de aquellas reuniones. Llevaba trabajando con Beatriz desde los primeros días de la nueva etapa de la relojería, siendo testigo de los aciagos momentos en los que, casi a la vez, murieron Daniel y doña Rosa.

Oficialmente, a Daniel lo mataron en el asalto al domicilio de los Sanmartín, una noche en la que el matrimonio departía en la salita de la casa. A la mujer le propinaron una cruenta paliza y a él, que debió de enfrentarse a los atacantes, lo acabaron asesinando con el atizador de la chimenea. A esas conclusiones llegó, tras una investigación rápida y sin mucho tino, el inspector que enviaron desde la capital, y así lo recogía *La Gaceta* en sus páginas de sucesos, dedicando un faldón al atroz homicidio, con un grabado en el que se mostraba al pobre padre de familia, hombre respetuoso e ingeniero prometedor, de bruces contra la alfombra de la habitación. Desgraciadamente, los casos de violencia, los atracos y los crímenes de aquel tipo eran demasiado habituales.

Doña Rosa, por su parte, a quien se le intentó ocultar el suceso debido a su pésima salud, terminó enterándose, y murió en brazos de su nieto Matías, quien, si ya con lo de su padre había enmudecido, con lo de la abuela terminó por desarrollar un profundo pánico hacia todo lo que supusiera la relación humana, convencido, en el interior de su cabecita de niño de siete años, de que, cuanto más quisiera a una persona, más sufriría por ella.

Pero el siglo avanzaba y, después de quince inviernos, quince otoños y quince primaveras (a los veranos parecía no importarles San Telmo), la familia Tussaud había aprendido a salir adelante.

Beatriz, convertida en una mujer madura, serena, estropeada por las inclemencias y el tiempo, se apoyaba en Eusebio y confiaba en él hasta el punto de que hacía ya muchos años que le había dado copia de la llave de la tienda y permitía que él la abriera y cerrara todos los días en que ella acudía a casa de Lina o a atender a Matías en alguna de sus crisis.

Matías sufría. No es que fuera mudo, pero apenas hablaba. El joven ocupaba el piso superior a la relojería, el que fuera vivienda de los abuelos, y allí pasaba los días, envuelto en el único mundo que conocía: el de la pintura. Pintaba y pintaba y pintaba con fiebre creadora, sin saber descansar, sin pararse a comer o a dormir, sin asearse, sin relacionarse con nadie. Tomaba cualquier objeto y lo retrataba de una y otra manera, cambiándole la luz o moviendo su posición, repitiendo el cuadro hasta sesenta veces porque nunca se encontraba satisfecho. A veces se desesperaba y golpeaba la tela con sus puños, o embadurnaba sus manos en pintura y emborronaba lo dibujado hasta convertirlo en un manchón de óleo. Se contaminaba de los efluvios de aceites y disolventes, y, aunque en ocasiones salía al balcón a respirar, no era infrecuente que Beatriz o Tristán lo encontraran absolutamente intoxicado, medio desnudo en un rincón de la casa, lloriqueando o reflexionando.

Tristán, que trabajaba en la relojería, era un hombretón que, con veintiún años, uno menos que Matías, parecía ser su padre. De hecho, había ejercido como tal desde que ambos cruzaron la línea de la niñez y entraron en la edad adulta, y se había convertido en el apoyo principal de la familia. Nunca preguntó por lo sucedido con su padre. En cierta forma, intuía que lo acaecido aquella noche sería un secreto guardado de por vida y, aunque jamás conoció los detalles, supo por cómo se quedó su hermano que algo turbio había ocurrido.

En la investigación, solo le preguntaron si su padre tenía algún enemigo y si había oído ruidos desde su cama, y, como en ambas respuestas mintió, había aprendido a crecer con la convicción de que una falsedad a tiempo salva una existencia; o dos, la de su madre y la de su hermano.

Mentir es pecado. Mentir está mal. Mentir ensucia el alma. Mentir es una fechoría inexcusable. Mentir, se mire por donde se mire, es una tara en el pecho.

La mentira hace ruin a quien la profesa. La mentira es el juguete

defectuoso de la relación. La mentira es una losa de la que nunca nos libramos una vez atravesada la línea entre lo veraz y lo inventado.

No.

Mentir es utilizar la parte dormida del cerebro que llamamos imaginación. Mentir es sobrevivir. Mentir es salvarse de la hoguera para rendir homenaje al don de estar vivos. Mentir es no claudicar.

En la relojería, Tristán se encargaba de atender a los clientes. Era afable, apuesto y de verbo fácil. Vestía siempre con la informal elegancia que gustaba a los hombres y encandilaba a las mujeres, usando su capacidad para seducir cuando se trataba de vender un reloj o una joya. Y es que, si su madre era la hábil mujer de negocios, que llegaba a acuerdos con proveedores y con el banco, y Eusebio en el taller era el hombre de la magia en miniatura y los arreglos imposibles, él, Tristán, era el atractivo joven capaz de dar salida a cualquier producto si se le permitía utilizar su cálido discurso y su envolvente mirada.

A veces, Tristán visitaba a Lina y a su hermana, que vivían juntas en el piso de aquélla, en eficaz comandita de tía y sobrina, y les llevaba buñuelos o un trozo de queso que compraba al ir de camino, en La Deliciosa, una tienda de viandas y ultramarinos en cuyo mostrador atendía Pilar Malo. La misma Pilar Malo que, pese a su insultante juventud y su aspecto frágil y modoso, tomó la palabra en aquel encuentro republicano al que Eusebio acudía con libros y folletos impresos. Eusebio bebía los vientos por ella.

–1922 va a ser el año del cambio, camaradas, compañeros. No tardaremos más de un año, quizás solo unos meses, en ver cómo el Borbón da paso a la nueva era. No es de recibo un país que, yendo como va, no tome medidas para alterar el curso de la historia...

Eusebio depositó los folletos en una mesa auxiliar colocada al efecto y devolvió los libros a algunos líderes del movimiento republicano. Con las manos en los bolsillos, escuchaba a Pilar Malo.

–Lo haremos por las buenas, democráticamente. Solo hace falta que la Corona abra los ojos...

–¡De eso nada! –gritó desde el público un hombre con una gorra en la mano—. Democráticamente nunca habrá cambios. Lo que necesitamos es una revolución. La clase política fue tan pazguata que no supo aprovechar la Gran

Guerra para llevar a cabo las reformas, como sí se hizo en otros países. Aquí nos limitamos a construir barcos, armas y a salvar los trastos... 1922 no puede ser otro tren perdido.

–No es poco lo que se hizo –intervino otro, levantándose y girándose hacia él–. Y gracias a esos barcos, San Telmo es ahora lo que es. Mira qué barrios. Mira el camposanto nuevo, el alcantarillado, el agua corriente, la electricidad... Han pasado casi cuatro años del fin de la guerra y todavía seguimos viviendo de sus réditos. ¡Si algo ha habido en San Telmo en este tiempo han sido reformas! Así que no seamos agoreros. Una revolución solo traería caos. Aquí, en nuestra ciudad, tenemos escuela de ingenieros y de finanzas, un puerto que es puntero, un teatro que no tiene que acomplejarse ante el Real y hasta un campo de *football*. ¿Te parece poco?

–¡Sí! Me parece poco. Lo que no tenemos es República. ¡Viva la República!

–Caballeros –intervino Pilar Malo desde su posición–. No perdamos el norte. Lo que habéis dicho ambos es correcto, y una cosa no resta a la otra. Las reformas que ha vivido nuestra ciudad en los últimos diez o doce años son impresionantes y tenemos que estar orgullosos, pero no es menos cierto que tenemos que seguir luchando por el advenimiento de la República y por un nuevo signo para este país. ¡Viva la República!

Eusebio la observaba y no podía menos que complacerse al sentirla tan entusiasmada, y pensaba si algún día llegaría el momento de demostrarle su afecto.

* * *

Aquella mañana cambió por completo su manera de entender el mundo. Sin planearlo, sin sentarse en el ancho escritorio de su despacho ni pensar durante horas o días, sin consultar a sus asesores, sin escribir infinitas listas con aspectos favorables y desfavorables, sin contar ni con dioses ni con diablos, sin documentos ni proclamas, decidió que desde ese instante su Sala Panorama habría de cerrar. Así era Enrique Sota de Salazar y Vinuesa, quien, entrado en la vejez desde hacía ya un buen ramillete de años, entendió, como un San Pablo cayéndose del caballo, que no había empresa, compañía, negociado, iniciativa o problema que le privaría de vivir sus últimos años

retirado de toda actividad.

El tiempo, para Enrique Sota de Salazar y Vinuesa, era un bien preciado y escaso. Desde que se cambiara el Ayuntamiento y le nombraran prohombre de San Telmo por su contribución al arte y a la cultura, se le habían multiplicado los actos sociales y las recepciones, en inversa proporción a su energía vital. Bien es verdad que atendía sus negocios con vehemencia y eficacia, encadenando reuniones ahora con artistas ahora con coleccionistas, repasando libros y balances, cuadros y esculturas, pequeñas publicaciones con las novedades llegadas de allende los Pirineos y analizando las constelaciones de informes que le llovían de uno y otro lugar. Atendía visitas, a las que otorgaba el tiempo preciso y convidaba a vino; contestaba personalmente el correo; organizaba las citas con meticuloso cálculo; repartía quehaceres logrando la máxima optimización de los esfuerzos y, como mucho respiro, se levantaba del escritorio y oteaba el mar a través de la ventana. Entonces, suspiraba y se preguntaba qué sería de la Sala Panorama cuando él la cerrara.

En uno de los ratos en los que se dejó caer en un retorcido diván de piel curtida que ocupaba un rincón en su despacho, cerró los ojos y pudo verse comido por sus propias obras de arte, sin posibilidad de respirar. A los problemas domésticos, a los reajustes de las fábricas y a la irrupción de nuevas tecnologías, se añadía la escasa capacidad de la clase política para mantener las aguas en su cauce y las preocupantes noticias que se oían del exterior. Europa había superado de mala manera la Guerra Mundial, se encontraba políticamente dividida y afrontaba los tragos de la contienda con la falsa perspectiva de una feliz década. Se hablaba de expansión económica, de trabajo en cadena y de vehículos más veloces mientras la crisis acechaba detrás de cualquier esquina. Eran malos momentos para el arte.

De Estados Unidos goteaban destilados logros, como los automóviles a precios populares y el *jazz*, a la vez que noticias truculentas sobre el Ku Klux Klan. De Rusia, una idea distinta de organizar un país. De Francia, sones y vanguardias. De Alemania, una realidad ante la que era mejor ser ignorante. Italia, la hermana Italia, se radicalizaba. El mundo se había vuelto loco y Enrique Sota de Salazar y Vinuesa, hombre sensible y lector empedernido, lo sabía.

—Beatriz, por el respeto que le tenía a su padre, el señor Gerard, y por lo que la he observado todos estos años desde que nos conocemos, tengo el

placer de ofrecerle un negocio que creo que puede interesarle.

–Usted dirá...

Beatriz había habilitado una oficina detrás del taller, en el entresuelo. Había hecho llevar hasta allí una mesa de su domicilio, cuatro formidables sillas y el sofá de las siestas de su padre. Había decorado las paredes con grabados y acuarelas y reservaba un amplio espacio para algunos cuadros de su hijo Matías. Escuchaba al galerista con atención, a la vez que le preguntaba dónde diablos se había metido Tristán.

–La Panorama lleva casi treinta años ofreciendo a esta ciudad de San Telmo un local para el arte y el buen gusto, usted lo sabe. De hecho, fue allí donde nos conocimos, en la exposición de nuestro común amigo Marcel Hugarte... No voy a negarle que hemos atravesado momentos muy difíciles. Piense usted que la pintura, la cultura en general, han sufrido en sus carnes los vaivenes de la fluctuante economía ...

–Vaya al grano, se lo ruego. ¿Ha dicho un negocio?

–Veo que es usted tan decidida como dicen.

Beatriz sonrió.

Sí, en efecto, se había vuelto una mujer decidida, directa, permeable a las corrientes de pensamiento y a las opiniones de los demás. A veces se miraba en el espejo y no reconocía el rostro que veía, tan distinto –y no solo por las arrugas y los anteojos– al de la antigua esposa de Daniel Sanmartín. Había aprendido a sacar a sus hijos adelante, a pelearse por contratos y rentas, a tomar las riendas de su vida... Podía haberse casado de nuevo, quizás...

–Disculpe, señora mía. ¿Sigue usted conmigo?

–Oh, sí, sí... Se me había ido el santo al cielo.

–Verá, Beatriz. Soy un hombre anciano. Estoy cansado y aburrido. Solo quiero tiempo para lo poco que me queda. Me horroriza pensar que la muerte pueda sorprenderme en pleno trabajo. No soy como esos que aspiran a que les llegue el final a pleno rendimiento, como una locomotora. Yo aspiro a que me llegue atracado como a un barco abarloado, en reposo y con tiempo para verlo venir.

–Me hago cargo...

La metáfora del barco le trajo a la mente la conversación con Marcel sobre qué era abarloado. Suspiró. Pensó que quería volver a verlo.

–Lo que le propongo es traspasarle a usted mi galería. Ha demostrado que tiene talento para el arte. Es asidua a mis exposiciones, se codea con pintores

y artistas, es sabido que lee con fruición cuantas novedades traen de Madrid. Basta ver en qué ha convertido la relojería, establecimiento ahora en San Telmo famoso por su buen gusto y su estilo, con relojes, joyas, objetos preciados y hasta pequeños cuadros. Por no contar que su propio hijo es un excelente pintor.

–No me adule usted. Dígame cuál es su propuesta.

–Le propongo poner la Sala Panorama a su nombre. En realidad, vendérsela. El local no vale mucho. Tampoco su ubicación. Me refiero a los fondos. Tengo obra acumulada desde hace tres décadas. Podríamos tasarla y llegar a un acuerdo. Su tienda podría nutrirse de mis piezas... Le sugiero que estudiemos el tema y nos procuremos un acuerdo. Estoy seguro de que el dinero no será problema. Usted goza de una situación muy solvente y yo, en definitiva, no aspiro a mucho porque, incluso sin esta operación, dispongo de dinero suficiente como para vivir sin problemas el resto de mis días; solo sueño con que mis cuadros tengan una segunda vida. Llámeme nostálgico.

II

LA BODA, SIGUE EL CAMINO, SIGUE LA HISTORIA

Hay apuestas que o se ganan o morimos.

Hay veces en las que
perder no entra en la ecuación.

La boda de Tristán y Carmen convocó a un nutrido ramillete de personas felices por las nupcias. Ella era hija de un maestro de la Enseñanza Pública y de una empleada en los Almacenes Florida, fundados en 1914 y punto de referencia de la moda en San Telmo. Tenía la melena en tirabuzón, las pestañas largas, la tez morena y los ojos verdes, aunque, sin duda, lo que más llamaba la atención de ella era su forma de moverse, grácil y elegante, como si hubiera sido bailarina en su niñez o hubiera trabajado en el trapecio de algún circo. Él, por su parte, había heredado el flequillo de Daniel, su padre, y la mirada de Beatriz, su madre, y aunque se empeñaba en vestir elegante y moderno, tal era su gesto de hombre responsable que a veces aparentaba tener más edad de la que en realidad tenía. Ambos acababan de cumplir veintiún años cuando, aquel 10 de mayo de 1922, contraían matrimonio en la iglesia de la Concepción, entre vítores de los asistentes y repique de campanas al salir camino del banquete.

Beatriz, orgullosa del brazo de su hijo, disfrutó de la ceremonia a medias, pues, si bien le reconfortaba ver que Tristán se casaba enamorado, le apenaba enormemente que Matías no hubiera querido salir de su habitación ni para el enlace. Ella le había instado a hacerlo, y hasta le había comprado un traje en Almacenes Florida y le había mandado lustrar los zapatos, pero no hubo manera. Su deterioro físico y mental era evidente y no existía ya forma alguna de hacerle abandonar su mundo.

Pintaba, pintaba y pintaba sin detenerse a comer o dormir. Con frecuencia se derrumbaba vencido por el cansancio sobre los lienzos o permitía que la fatiga le doblegara la voluntad. También con frecuencia salía al balcón que daba al patio trasero y arrojaba allí sus cuadros con rabia y frustración.

Beatriz era el único ser en el mundo capaz de traspasar la barrera de su mutismo, de manera que, muy a menudo, charlaban durante horas y horas hasta que el sueño los alcanzaba, sentados en el suelo de la vivienda, apoyados contra las paredes desconchadas impregnadas de olor a disolvente.

Jamás hablarían de lo que sucedió cuando él tenía siete años y abrió la cabeza a su padre, ni de las mentiras que dijeron en la investigación, ni de cómo ella fingió más dolor que alivio, ni del devenir de la vida en torno a la Galería.

Tristán era diferente. Era hacendoso, responsable y eficaz. Era un alivio.

–Me gusta el nuevo rótulo, hijo –le dirá Beatriz a finales de verano del veintidós.

–Pues lo que tengo que decirte te va a gustar más.

–¿Qué es? –quiso preguntar Beatriz sin necesidad, porque el brillo en la mirada de Tristán lo explicaba todo.

Carmen estaba embarazada.

* * *

La directora se examina sus labios con la lengua, tanteando, como auscultando cada fracción de carne; eleva una ceja, complacida, clava sus ojos en la enfermera y, sin la más mínima duda, le dice que está despedida. Podría haberse alargado explicándole que son intolerables las negligencias, que ha sido un descuido imperdonable, que se ocultará todo, como siempre que sucede algo así, pero que no por ello la persona responsable ha de quedarse sin su consiguiente consecuencia, porque toda acción tiene su resultado. ¿Para qué? ¿Para qué alargar el trago? Despido procedente y aquí no ha pasado nada.

Todo despido es procedente cuando acontecen cosas así. Su residencia no será tal vez la más reputada de la comarca, pero, desde que ella tomó las riendas, no ha saltado ningún escándalo a los papeles. La discreción es la mejor arma para una buena gestión. Así que, cuando la enfermera abandona el despacho, no puede sino congratularse por que Los Robles siga siendo una institución libre de polvo y paja.

Acciona el interfono y lo manda quemar todo. No quiere ni una mota de

polvo que recuerde el episodio.

Luego extrae un espejito de mano y un pintalabios del primer cajón de su mesa y comienza a repasarse la sonrisa.

* * *

En cuanto Tristán y Carmen volvieron de su luna de miel en Madrid, madre e hijo iniciaron los papeles para la compra de la Sala Panorama, toda vez que Enrique Sota de Salazar y Vinuesa hiciera inventario de las obras y mejorara las condiciones de la operación, de manera que, una mañana de finales de mayo, un carro alquilado al efecto transportaba cuadros desde una a otra galería, con gran expectación por parte del vecindario y una turba de chavales saltando alrededor como si hubieran aparecido en San Telmo los titiriteros de la Compañía Comanche.

Después, llegaría el momento de clasificar y ordenar el fondo pictórico e, inmediatamente, de pensar en redefinir el espacio en el interior de “Tussaud Relojeros”, que pasó a llamarse “Galería de Arte y Objetos Tussaud. Relojes, Cuadros y Adornos finos”, nombre que, al poco, Tristán abrevió como “Galería Tussaud. Arte y Relojería”.

III

NO SIEMPRE LOS VIOLINES INSPIRAN MOMENTOS ÍNTIMOS; PUEDE QUE LO QUE HAGAN SEA CAMBIARNOS LA VIDA

Me conoces tanto, que sabrás mi respuesta antes siquiera de que hayas pensado qué preguntarme.

Raquel recibió de su madre los gestos y la barbilla, y de su tía Lina, el espíritu luchador. De Daniel Sanmartín, apenas el apellido. Lo que nadie sabía era de dónde había sacado aquel pelo suyo pelirrojo, encrespado y difícil de domar, en nada parecido a las pelambres de sus hermanos Matías y Tristán.

Amiga de Pilar Malo, la más o menos novia de Eusebio, solía ir a La Deliciosa a buscarla al terminar el horario de la tienda, y era habitual verlas pasear del brazo por la alameda, comprar confites en el puesto de detrás de la iglesia o sentarse en un banco de la plaza a ver pasar la gente, que era lo mismo que ver pasar la vida.

A veces la acompañaba a sus reuniones y cursos con otros republicanos, y aunque a ella la política le daba igual, entre su tía Lina y su amiga Pilar, terminó convenciéndose de que no era tan mala idea afiliarse a un partido republicano. Leía el periódico *El Reformista*, que solía pasarle Eusebio, y cuando se organizó una conferencia de Jesús Zaballa, intelectual del movimiento liberal, Raquel no dudó en acudir. Fue allí donde, al terminar, le presentaron a David Astorquiza, un muchacho entrado en años, de recia constitución y profunda voz, enormes manos y marcado acento.

David Astorquiza y Raquel Sanmartín comenzaron a verse, formalizando su relación y recibiendo los parabienes de Beatriz. El muchacho era franco, sencillo y directo, trabajaba de sol a sol en la biblioteca municipal, ganaba lo suficiente como para vivir emancipado en una buhardilla en el barrio viejo, no lejos de la calle Cruz, y alternaba sus paseos de enamorado con su

militancia en el Partido Republicano, para satisfacción de Lina y desesperación de sus ancianos padres.

* * *

Nuria ha cambiado sus notas en una libreta por una pizarra blanca. En ella va escribiendo el árbol genealógico de su familia, modificando fechas y líneas sucesorias conforme avanzan sus pesquisas con el señor Joaquín. Tiene claro que todo comenzó con doña Rosa y Gerard, el topógrafo, y que de ellos arrancaban dos líneas, la de Beatriz y la de Lina.

Después, los tres hijos de Beatriz y Daniel Sanmartín. Está segura. Sin embargo, no tiene datos aún sobre si efectivamente Marcel y Beatriz se casaron o no. Tampoco, sobre lo que sucedió con Raquel y David Astorquiza.

–Según lo que cuenta, Raquel y David fueron mis bisabuelos.

–Al menos oficialmente, jovencita –contesta el señor Joaquín no sin cierto aire de misterio.

–¿Y usted? ¿De quién es hijo usted?

–Escucha y verás.

–¿Y la señora Dolores? ¿Cuál es la historia de ese cuadro? En sus llamadas, me ha hablado de un cuadro. Dice que la clave está en el cuadro. ¿A qué cuadro se refiere? ¿Al que pintó Marcel en Cádiz después de su presidio? ¿O al que le enseñó a Beatriz en 1898 en la Panorama?

–Lo del cuadro llegará, pero ten paciencia. Primero voy a contarte el día que David Astorquiza pidió matrimonio a Raquel, la hija de Beatriz.

Después de un fin de semana en familia, con una larga velada en casa de los padres de David Astorquiza y un buen rato de lectura de panfletos políticos, llega el lunes y, con él, el momento de paliar la impaciencia.

Raquel se arregla, se coloca un sombrero modesto pero elegante, y camina hasta casa de David como una niña a quien van a dar su regalo de cumpleaños. Intenta disimular la sonrisa, y, sin embargo, su rostro de felicidad es evidente. Ayer él le dijo que iba a pedir permiso para salir antes del trabajo y que le daría una sorpresa. Su hombre es el mejor hombre del mundo.

Cuando llega al portal, él la está esperando abajo. Se saludan con un beso. Él la agarra del brazo y la hace enfilarse por el primer cantón, hacia el río. Eso a ella le gusta, le agrada; le conforta sentir la mano de él y su aliento tan cercano. Una vez en la iglesia de la Concepción, cruzan bajo su arco y

se adentran en el antiguo barrio de pescadores, entre casuchas bajas que casi son chabolas, edificios de mampostería, lonjas de pescado, almacenes confeccionados con gruesos listones y rudimentarias grúas que descollan sobre la amalgama de edificios. Huele a brea, madera y carbón. Varios vaporetos de pequeño calado se recuestan contra la orilla, y una gondolilla descuadrada espera su reparación en los improvisados diques secos junto a máquinas en desuso.

Entrando por una calle tan estrecha que han de caminar de uno en uno, David indica a Raquel un modesto taller de ebanistería que se anuncia con un cartelón de letras verdes y torcidas. Abren el portillo, que suena como un graznido, y entran en el establecimiento. El piso es una gruesa película de serrín y el ambiente, una atmósfera de polvo con intenso aroma a cola.

–¡Señor David Astorquiza! ¡Mi viejo amigo! –exclama jovial un abuelo sentado a la mesa de trabajo. Viste un delantal de cuero y porta unos gruesos anteojos que se apoyan milagrosamente en su nariz.

–¡Querido maestro! Veo que sigues teniendo la carpintería más ruin de todo San Telmo.

–Un momento, jovenzuelo. Un respeto. Aquí impera el derecho consuetudinario.

–¡Qué más quisierais! –sonríe David mientras le estrecha en un abrazo.

–Este maldito gobierno nos está haciendo la pascua desde Madrid...

–Llegará el cambio y la República, es cuestión de tiempo.

–Y a ti, David –dice poniéndose en pie y caminando hacia la mujer–, ¿es que no te han enseñado nunca modales? ¡Tenías que haberme mandado recado diciéndome que traías visita! ¿A quién tengo el honor de saludar?

–Se llama Raquel. Raquel Sanmartín Tussaud.

–¿Madre francesa? –pregunta el ebanista.

–A medias –contesta él–. Es hija de Beatriz Tussaud.

–Encantado de conocerle, señor –saluda ella con un amable asentir de cabeza.

–El placer es mío, señorita. Aunque, si viene con este truhán, será mi obligación prevenirla. Nada bueno puede esperarse de David Astorquiza.

– ¡Por favor! –se queja él mientras Raquel sonríe.

–Este viejo que no puede tenerse sobre las dos piernas es, ahí donde lo ves, el mejor modelista del mundo. ¿Quieres ver las cosas que hace? Te dije que iba a traerte a un sitio fantástico y no exageraré ni un ápice. Ya verás de lo que son capaces estas manos... ¿Podemos ver algo de lo que estás haciendo ahora?

–No tiene que hacer caso ni a la mitad de lo que dice este mentiroso compulsivo. Ya sabe cómo son los empleados municipales, que todo lo falsean y todo lo manipulan. Soy un simple ebanista que, entre cómoda y cómoda, cajón y cajón, hace reproducciones de barcos. ¿Le apetece realmente ver algo? Le prevengo que si esto está sucio, imagínese cómo está la parte de atrás...

Guiados por el anciano, entran tras las cortinas que separan el taller del almacén. Ante ellos, sobre

una mesa, la réplica de un galeón español del siglo XVIII. Soberbio, de casi dos metros de largo. Parece real. Tanto David como Raquel están claramente sorprendidos.

–¡Es fantástico! –exclama él.

–Realizó su primer viaje en 1718. Es el último de los galeones construidos en Filipinas, el *Sacra Familia*. Lo hicieron con maderas como el molave, la banaba y el lauán. Yo he tenido que limitarme a las maderas de por aquí, aunque me he permitido el lujo de usar tea canaria en el castillo de popa. Luego comenzaron a utilizarse las fragatas, que supusieron el declive de estos enormes buques.

–Eres increíble, viejo –le dice afectuosamente David.

–*Nuestra Señora de la Guía* –recita de memoria–, *Nuestra Señora de Covadonga*, *Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, *Nuestra Señora del Rosario y los Santos Reyes*, *Nuestra Señora del Rosario y San Juan Bautista* y *el Santísima Trinidad* y *Nuestra Señora del Buen Fin*. Esos son los nombres de los seis últimos barcos que hicieron la ruta a Filipinas. ¡Aquellos sí que fueron buenos años para los carpinteros de ribera! Mi tatarabuelo, que llegó de los bosques de Irati, trabajó de carpintero haciendo barcos; luego, mi bisabuelo y mi abuelo. Ya a mi padre le tocaron años malos... y a mí, ya veis, haciendo muebles para las casonas de los industriales y empresarios.

–Pero tú también has hecho barcos.

–Hasta que empezaron a ponerse de moda vapores y naves de hierro. Bueno, y hasta que mis ojos ya no veían lo suficiente...

–Eres un artista. Estos modelos son dignos de museo –interviene David antes de que al anciano le entre la nostalgia–. ¿Podemos ver más? Le he dicho a nuestra invitada que vería algo mágico.

–Bueno –comenta ella tímidamente–, esta réplica ya me lo parece.

–Tenía unos cincuenta y cinco metros de eslora. Su arboladura era de tres palos. ¿Lo ve, señorita?

–Eres un erudito. Te quiero –y David besa al ebanista con un sonoro chasquido en la calva. A Raquel le hace gracia el gesto–. De todas formas, tenemos que irnos. Es tarde, mañana algunos madrugamos. Solo quería que ella te conociera, maestro.

–¿Y qué prisa tenéis? Venid, venid, pasad al patio. Os enseñaré más modelos.

Sin ninguna concesión a la negativa, el viejo se gira sobre sus talones y desaparece por una puerta trasera que accede a un patio rebosante de macetas, listones, aparejos y herramientas. Tras atravesarlo, alcanzan un cobertizo en cuyo interior se expone la mayor colección de barcos en miniatura que podía imaginarse. Los hay de todo tipo y tamaño: góndolas, fragatas, galeones, clíperes...

–Esto es una balandra. Y esto es un bergantín, de dos palos y vela cuadrada o redonda. Y aquí, una bombardera, una carabela y una carraca. ¿Qué le parece? Y aquellos de ahí encima –dice señalando un grupo de unos doce modelos– son filibotes, barcos de dos palos y popa redonda, semejante a la urca. ¿No sabe qué es una urca? Una nave grande, muy ancha por el centro, que se emplea para el

transporte de granos y otros géneros. Debieron desaparecer hará un siglo, pero quedan grabados. ¡Ah! Y mire, mire. En esa mesa hay dos polacras.

–Ja, ja, ja –ríe David–. Estás empezando a asustar a Raquel.

–No, no, siga, siga...

–Amigo mío, eres un genio. No solo tus maquetas son dignas de museo; tú mismo lo eres.

–Tenga, señorita. Le voy a hacer un regalo. Si es amiga de David Astorquiza, bastante desdicha tiene ya, así que voy a paliar los sufrimientos que este ladino de tres al cuarto le estará causando, y le voy a regalar algo para que guarde usted el resto de su vida. Así se acordará de este viejo carpintero de ribera metido a fabricante de muebles.

El anciano abre un cajón y extrae una tela que, al desenvolver, alberga una minúscula réplica de no más de un palmo de una pequeña embarcación. Es exquisita. Da la impresión de tratarse de un juguete para niños, pero, al mirarla detenidamente, se aprecian tantos detalles y tan minucioso trabajo, que se convierte en una obra maestra.

–Es una falúa. ¿Sabe qué es una falúa? Es una pequeña embarcación usada en los puertos por los jefes y autoridades de marina. Si es usted la novia de David, deberá tener una de estas.

Raquel no puede evitar enrojecer. Disimula mirando en silencio la barquita sobre su mano y esperando que David diga algo para salir de aquel apuro cuanto antes. Por un lado, le agrada que el anciano piense eso de ellos dos; por otra, le produce vértigo que a ella se le pueda notar tanto lo mucho que le gusta ese hombre.

–¿Novios? ¡Por favor! –interviene David echando una rodilla al suelo, cómicamente–. Espero, Raquel Sanmartín Tussaud, que lo que quieras es ser mi esposa. ¿Quieres casarte conmigo?

* * *

Solo unos meses después de aquella visita al viejo modelista de barcos, Raquel y David iban a París tras celebrar su matrimonio. Fueron los padres de él quienes costearon la ceremonia, el convite y el fotógrafo, mientras que entre Tristán y Beatriz pagaron el viaje. Tomaron un coche hasta Hendaya y las combinaciones necesarias para llegar a la ciudad del Sena, haciendo noche en Burdeos y después en Poitiers.

Todo iba sobre ruedas.

–¿De veras? –musitó ella complacida sin dejar de admirar el alegre porte de su marido.

–Sí. Mañana, cuando lleguemos, montaremos en metro. París es precioso, dicen. Los pintores bullen por las calles del barrio de Montmartre desde la

época de los impresionistas. Tu madre me ha aleccionado sobre ello. Cuenta que en sus libros se habla de una nueva corriente de artistas, muchos de ellos republicanos, anarquistas, comunistas. ¡Lo que vamos a aprender!

–Me conformo con mi hombre. No necesito más...

–Incluso... incluso dicen que aún pueden contemplarse obras de auténticos impresionistas. Y visitaremos Notre Dame y te llevaré de paseo por los Campos Elíseos y presumiré de compañía ante la mismísima Torre Eiffel. Tomaremos bocadillos en el Café Guerbois, que es donde iba Degas a hablar de su obra. Y te llevaré a la isla de la Grande Jatte. Y desde allí... podríamos viajar a Bélgica, perdiéndonos por las extensas llanuras francesas hasta la frontera. O visitar los Alpes. ¿Sabes? En los Alpes hay montañas tan altas que los alpinistas emplean varias jornadas en hollarlas.

–Me gusta oírte fantasear, David. Y me gusta oírte hablar de arte. Al fin y al cabo, mi familia está muy marcada por el arte. Mira mi hermano Matías...

–Utilizan perros lanudos, enormes como cerdos de crianza, para moverse por la nieve. Llevan un barril con licor bajo su cuello y son capaces de enfrentarse a jaurías de lobos...

–Si hay lobos, no voy –rio Raquel, agarrando del brazo a David y acomodando su paso al de él.

–Pues de París iremos a Londres. Pasaremos una temporada allí y después embarcaremos rumbo a África. En África no hay lobos, Raquel. Solamente leones.

Ambos se carcajearon al unísono y se apretaron más el uno contra el otro durante el resto del paseo. Para David, Raquel era un regalo del cielo. Con ella se sentía capaz de imaginar, de crear, de crecer y de soñar.

–Eres un tonto. De sobra sabes que de París nos volveremos a San Telmo.

–¿Y nunca has soñado con construir otra vida lejos de San Telmo?

–No. Allí están los míos.

–Soy el hombre más afortunado del mundo.

París no es que valga una misa. París vale una vida.

*Y si tengo que morir,
que sea de pena;
de la pena de saberte*

*lejos de mí.
Y si tengo que escribir,
que sea en tu espalda
dulcemente acompañada
por mi pecho cuando duermo.
Y si tengo que vivir,
que sea contigo;
que tu abrigo sea
mi mejor canción.
Tantas noches que nos quedan
por mirarnos tras las ganas.
Corre sangre por mis venas
Hoy por ti.*

—¿De quién es ese poema?

—De Marcel Hugarte.

—Háblame de él.

—Yo creo que mi madre tenía un amante. No me extraña: mi padre fue un hombre ausente.

—¡Raquel! ¿Cómo puedes decir eso de tu madre?

—No sé lo que hubo o dejó de haber. Yo era muy cría. Pero he oído conversaciones a Tristán. Me imagino que, de alguna manera, mi madre fue una cobarde.

—¿Tendrías tú un amante sin que yo me enterara?

—¡David! ¡Acabamos de casarnos!

—¿Lo tendrías?

—Jamás, mi amor.

En la vida no hay jamases. Mucho menos en el amor. La relación entre Beatriz y Marcel nunca se entendería. Al menos, nunca se podría encasillar en lo correcto porque el corazón no comprende incorrecciones cuando late desatado.

Lo que le sucedió al corazón de Raquel en cuanto regresaron de su luna de miel, tampoco se entendería.

* * *

La tarde lucía soleada, límpida, con aire fresco y cielo azul, muy de primavera. San Telmo se desembarazaba de unos días de pertinaz lluvia fina y sonreía al sol sacando ropa a tender en las ventanas y dejando los paraguas en casa.

El concierto prometía ser memorable. No todos los días José Luis Rolando ofrecía un concierto en la Galería Tussaud. Tristán tenía claro desde hacía meses que el establecimiento, además de ofrecer los tradicionales relojes y buenas muestras de pintura en sus paredes, amén de piezas de escultores y algo de joyería, había de ser un punto de referencia cultural en la ciudad, de manera que programaba con relativa frecuencia eventos de todo tipo, desde pequeñas obritas de teatro hasta espectáculos musicales, supeditados al espacio pero siempre con espléndida respuesta por parte del público.

Beatriz lo apoyaba y ambos, madre e hijo, compartían orgullosos la gerencia de la sala, actuando como anfitriones exquisitos cada vez que había un acontecimiento como el de aquel día.

Acudieron David y Raquel, recién llegados de París apenas hacía unos días. También Lina. Todo anunciaba el éxito y todo lo confirmó. La Galería Tussaud convocaba a tanta gente como las antiguas recepciones en casa de los Herranza.

Y Marcel. Allí estaba, apoyado en la parte trasera de la estancia, con la espalda contra una pared y las manos en los bolsillos. Con casi cincuenta años, y perdido el aire altivo de su juventud, recuperaba no obstante el brillo en la mirada cuando estaba Beatriz de por medio. Ella lo vio y fue a saludarlo; la conmovía.

José Luis Rolando deleitó a los presentes con cerca de veinte piezas, a la conclusión de las cuales, y tras recibir cálidos aplausos, se entregó a dejarse halagar en corrillos y charlas, mientras Eusebio y Pilar Malo movían entre los invitados bandejas con viandas de La Deliciosa.

Aquella tarde, fuera de todo pronóstico, sucedieron dos cosas que cambiaron el curso de la Galería Tussaud.

La primera tuvo que ver con José Luis Rolando y Raquel.

La segunda, con Marcel y Beatriz.

* * *

Nuria apaga las luces de la galería. Un siniestro silencio acompaña a la oscuridad. Recuerda cuando, de niña, iba a casa de los abuelos y la dejaban en la hora de la siesta arropada entre cojines en el salón de la casa, bajo una manta; alguien bajaba la persiana y se apoderaba de la habitación una penumbra silente. Entonces, ella cerraba los ojos apretando los párpados hasta hacerse daño y pedía mentalmente que alguien volviera a encender la lámpara. Odiaba aquella sensación.

Cuando sale a la calle, siente la humedad de San Telmo en sus huesos. Sonríe. También de pequeña, en la casa de los abuelos, había humedad.

Y un cuadro. Una fotografía. Le viene a la mente una fotografía tétrica de una mujer enorme vestida como del siglo XIX, aunque por entonces ella no era consciente de siglos, décadas o años. Se miraban mutuamente, la señora desde el daguerrotipo y ella desde el sofá.

Le suena el móvil. Es Jorge.

—¿Jorge?

—He tenido una idea.

—Dime.

—En realidad, dos. La primera, que vamos a volver a entrar en Los Robles. Me jode reconocerlo, pero este asunto de tus antepasados me tiene comido el coco a mí también. Además, como concejal de cultura, no está de más que sepa cosas sobre aquella familia de artistas, aunque esto último, entre tú y yo, es una chorrada. Me tiene comido el coco por puro morbo. Quiero saber qué coño pasó entre Marcel y Beatriz. ¡Ah! Y a qué se refiere la tal Dolores con lo de que el misterio está en el cuadro.

—¿Y la segunda idea?

—Que te vuelvas a casar conmigo.

* * *

Beatriz se acerca a Marcel. Se sonríen. La gente comenta lo hermoso del concierto de José Luis Rolando.

—¿Qué haces aquí?

—¿Estás enfadada?

–Nunca podría enfadarme contigo. ¿Qué haces aquí?

–He venido a escuchar el concierto. Oír a un guardia tocar el violín era algo que no me iba a perder.

–Además de guardia civil, es un buen violinista. ¿Qué haces aquí, Marcel? Has estado desaparecido mucho tiempo, muchos años, desde que viniste de Cádiz.

–No, Beatriz. He estado desaparecido desde que me dijiste que no en tu casa, desde que me reprochaste que me fuera. Desde que te pedí que te casaras conmigo. He dado vueltas. Tumbos, diría yo. He viajado en ferrocarril, he visitado lugares, he escrito mucho, he pintado algo... Me contraté como profesor en un internado cerca de Burgos, hasta que me aburrí. Y trabajé de bibliotecario. Y he sido tutor en una familia de indios en Santander... Los años han pasado deprisa; los días, lentos. No ha habido un solo instante en todos estos largos años en el que no me haya preguntado por qué me dijiste que no. ¡Habría sido tan distinta la vida si te hubieras casado conmigo cuando regresé a San Telmo!

–¿Y cómo iba a decirte que sí?

–¿Y por qué no ibas a decirme que sí?

–Marcel, yo... –ella baja el rostro. Se siente aturdida. Halagada por la presencia de Marcel, pero, al tiempo, avergonzada por su cobardía. A veces en la vida, las segundas oportunidades son utopías.

Él la toma por las manos y la mira a los ojos.

–Voy a decirte algo.

–Dime, Marcel. Lo que quieras.

–El concierto ha sido maravilloso. Me ha recordado a mi juventud. ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

–No lo he olvidado ni un día de mi vida.

Entonces Marcel camina hasta el fondo de la galería, toma su violín, se lo ajusta en el hombro y empieza a hacerlo sonar. Al principio nadie presta atención, pero, conforme avanzan las notas y sube el volumen, los invitados giran la cabeza y se interesan por la pieza, sorprendidos de que no sea el joven guardia sino el viejo marino retirado quien lo tañe. Beatriz está emocionada, quizás feliz, aunque preocupada por si al maestro le incomoda que tomen su instrumento.

Pero el maestro no está.

El maestro Rolando está con Raquel...

Al cabo de unos minutos, Marcel da por terminada su pieza. Ha sido breve, intensa, probablemente premeditada. Se aparta, deja el violín sobre la mesa, cuidadosamente apoyado dentro de la funda, y se seca el sudor de la frente con un pañuelo. Ha interpretado *Capricho vasco*, de Pablo Sarasate.

Suena algún tímido aplauso. Todo el mundo espera que José Luis Rolando diga algo.

—¿A qué ha venido esto, Marcel?

—Es una pieza difícil. Este Sarasate era un loco.

—Marcel... ¿Qué has venido a decirme?

Él se acomoda junto a Beatriz, ajeno a que las miradas de los invitados se han clavado en su espalda, y sonríe.

—Me voy de viaje, Beatriz. He venido a despedirme. Embarcaré por una buena temporada. La Compañía Transatlántica ofrece puestos para su línea entre Santander y Nueva York.

—¿De verdad? —pregunta ella, sintiendo un acceso de profunda tristeza en el pecho—. Hacía mucho que no navegabas...

Ella ha sentido un frío sudor por la espalda, una presión en la nuca y flojera en las rodillas, pero mantiene la compostura y lucha por evitar el temblor de la barbilla. Nota que se ha ruborizado.

—Embarco en breve. Necesitan pilotos. Son años de mucho movimiento, mucho comercio... Hasta un viejo como yo les sirve.

—No estás viejo, Marcel... —le dice con el ademán de ir a acariciarle el rostro.

La gente respeta la escena y vuelve a las viandas de La Deliciosa. Beatriz y Marcel se han separado un poco de los invitados y conversan en la zona de atrás. Ella no puede disimular una inmensa melancolía.

Las ciudades con mar nos recuerdan la proximidad del infinito en este planeta tan conmensurable. Pese a no verlo, pese a no abrir la ventana y escuchar sus olas, oler su aroma, sentir su fuerza, pese a que estemos días y días sin sentir su potencia, sí sentimos su presencia.

Así, hay personas a las que no vemos a diario; personas que simplemente sabemos que están ahí, como el mar en las ciudades de costa, y de las que por la sola conciencia de saber que existen extraemos las dosis de cordura necesarias para sobrevivir.

Beatriz no se había casado con Marcel. No había hecho una vida con él. Había rechazado la posibilidad de construir algo juntos. No es que no le perdonara su huida —había transcurrido tanto tiempo y se habían intercambiado tantas miradas que aquello estaba perdonado—, pero no había sido capaz de imaginarse con Marcel porque, sencillamente, no quería imaginarse qué sería perderlo de nuevo.

No había aceptado casarse, pero lo sabía en San Telmo y su presencia, como sucede con el mar, bastaba para obtener dosis de cordura y aire para respirar. Conocer la noticia de que embarcaba la entristecía.

–¿Y tú, qué sabes de barcos de hierro? Lo tuyo son los veleros.

–Algo sé –contesta Marcel sonriendo.

–Vuelves a huir. Vuelves a escapar. En alguna de tus ausencias, te olvidarás de mí –susurra Beatriz, humillada y temerosa.

Mientras, en el piso de arriba, Matías pinta ajeno a lo que sucede en la galería, absorto en los colores con que está impregnando un enorme lienzo. Tiene las manos manchadas, la cara salpicada, el suelo tan sucio de óleo que sus pies descalzos no dejan de patinarse. Pinta y pinta y pinta. Solo hay rojo. El mismo rojo que brotó de la cabeza de su padre.

Y en la habitación de al lado, mordiéndose una mano para no gritar, Raquel se deja seducir por José Luis Rolando, quien embiste contra su venus una y otra vez repitiéndole que quiere volver a verla.

–Nunca me olvidaré de ti, Beatriz. Lo sabes. Embarco para sentirme vivo.

–¡Eres un cobarde, Marcel! Otra vez huyes –reprocha seria y compungida Beatriz.

–Ja, ja, ja –ríe él falsamente–. No huyo. Necesito este trabajo. Me vendrá bien oxigenarme. San Telmo empieza a ahogarme.

–¿Tenía que haberme casado contigo, Marcel?

–¿No tenía que habértelo pedido?

–Tal vez. Me alegra que lo hicieras. ¿Me prometes que te cuidarás?

–Lo haré.

Nuria llora. No sospechaba este capítulo en el legajo del señor Joaquín. ¿Es verdad entonces que Beatriz nunca se casó con el amor de su vida?

Se enjuaga los ojos y la nariz. Está en casa, absorta en las páginas. Jorge la ha dejado anonadada con su pregunta. ¿Cómo que si vuelven a casarse? ¿Es que se había vuelto loco? ¿En qué está pensando? La campaña electoral le tiene tonto. ¿No ha bastado con una vez para ver que no funcionaría? ¿Cómo va a caer en los mismos errores? ¿No se da cuenta de que sería imposible? ¡Casarse otra vez! ¡Ja! Jorge es el que mejor la conoce. ¿Cómo no ha previsto que le dirá que no?

Cierra las páginas. Sonríe. Piensa en él. Se agarra al cojín y se siente una Meg Ryan en aquellas cursis películas rosas que interpretaba junto a Tom Hanks en los noventa.

Vuelve a abrirlo. Mejor no pensar. ¿Cómo van a casarse otra vez? ¡Ja, ja, ja! Y llora desconsolada mientras avanza por los párrafos en los que se cuenta cómo aquella noche de concierto la vida de los Sanmartín-Tussaud se ponía

patas arriba.

Matías escucha los ruidos en la pared adyacente. Sabe que es su hermana. Gime igual que cuando subía allí con David Astorquiza, su ya marido. Piensa que son ellos, que van a darle un sobrino. No sospecha que su hermana, recién llegada de la luna de miel, está engañando a su esposo con el guardia violinista. Sonríe y continúa con su cuadro, repartiendo los pigmentos con un trapo a lo largo del lienzo hasta hacer desaparecer la figura que había dibujado en él, un hombre caído de bruces en la alfombra.

José Luis Rolando termina vaciándose en Raquel. Ella lo abraza. Él se apresura en limpiarse con un pañuelo y en subirse los pantalones. Ella lo besa. Él le confiesa que se murió de celos cuando se casó y que, si todo le va bien en el Cuerpo, le harán alférez antes de que acabe el año. Ella le dice que no alce la voz. Él le promete que mañana acudirá a su casa y rematarán lo que han empezado. Ella se ruboriza mientras se coloca la ropa interior.

En la Galería, la gente se ha ido despidiendo. Cuando aparece el maestro, recibe nuevas palmadas en la espalda y apretones de manos. Incluso David Astorquiza le agradece la ejecución y le desea mucha suerte. Hablan sobre lo difícil que está todo para los servidores del orden y ambos, el uno guardia civil y el otro bibliotecario municipal, comentan que en Madrid parecen no saber lo que quieren, dando tumbos de un lado para otro. Luego se despiden y David comienza a buscar a su esposa.

Nuria apoya el bolígrafo junto a la libreta, se estira hacia atrás en el sofá y piensa en Matías. ¿Qué sería de todos aquellos cuadros? Y entonces recuerda que Dolores Hugarte, en su habitación de Los Robles, guardaba una serie de láminas y pequeños lienzos. Tiene una intuición.

¿Y si alguna de aquellas obras de la señora Dolores es el pequeño cuadro que pintó Marcel Hugarte en Cádiz, en el lapso de tiempo entre su excarcelación y su regreso a San Telmo? ¿Y si, como decía el galerista de la Sala Panorama —o al menos como aseguraba el señor Joaquín—, aquella pieza era tan buena? ¿La tendría en Los Robles? ¿Sería del señor Joaquín? ¿O habría desaparecido, como todo lo que pintó Matías?

DE AMOR, DE PASIÓN, DE SECRETOS, DE DECISIONES

Hay decisiones que marcan una vida.

E indecisiones que la arruinan.

David y Raquel paseaban del brazo después de acudir a misa; eran un flamante matrimonio, un matrimonio ejemplar. Era domingo y, por lo tanto, la gente se vestía de limpio y se dejaba ver cerca de la Plaza. Ella presentaba un avanzado estado que la obligaba a modificar su ropa y a caminar dando tumbos; él, ufano, saludaba a unos y otros con encendida sonrisa.

Aprovecharon los leves rayos de sol del mediodía y decidieron acortar el garbeo para evitar que ella se cansase demasiado. Al pasar ante la fachada de la Casa Cuartel de la Guardia Civil, la mujer descubrió que José Luis Rolando charlaba, distendido y jocoso, con algunos jóvenes igualmente uniformados. Intervino David.

–Me parece increíble que un alférez sea también violinista. ¿Recuerdas el concierto que dio en la galería de tu hermano?

¿Cómo iba a olvidarlo Raquel si en su vientre llevaba el fruto de aquella noche?

–¿Decías, querido?

–No, nada. Cosas mías.

Raquel y José Luis se conocían desde jovencitos, cuando ella recibía clases de piano y él de violín en casa de los señores Basurto, una pareja entrañable que impartía lecciones de música por las tardes, cerca de la iglesia de la Concepción. Pronto surgió entre ellos una sincera amistad y, pasado el tiempo, cuando él ingresó en el Cuerpo para continuar con la saga familiar, bromeaban con que algún día se casarían.

A José Luis lo destinaron a Langreo, La Coruña, León y Burgos, y no fue hasta que consiguió de nuevo el destino en San Telmo cuando retomaron su

relación. Para entonces, ella ya estaba prometida a David Astorquiza y se creía la mujer más enamorada del mundo.

Hay momentos en la vida en los que las convicciones se ponen patas arriba, como esas sillas que se suben sobre las mesas para fregar el suelo. Creemos inmutables ciertas convicciones y llega un soplo, una mirada o un gesto y sucumbimos como castillos de naipes.

Hay momentos en la vida en los que nuestros valores más enraizados se permutan por un beso, se cambian por un gesto, se canjean por una palabra agradable. Como los girasoles cuando, a la caída de la tarde, se dan por vencidos, resignados a la evidencia de que no merece la pena seguir esforzándose.

Hay momentos en la vida en los que un nombre en los oídos, un abrazo, una sonrisa, valen más que una vida edificada o una existencia ordenada. Nos enamoramos, y eso no lo detiene ni un rompeolas ni un programa moral ni una sesión de concienzudo psicoanálisis.

Unas calles más adentro, David y Raquel giraron por la plazuela y se dirigieron a su vivienda. Ella quería hacer caso a su razón y desprenderse de los restos que le quedaban de José Luis, centrarse en su marido y confiarse plenamente a él.

—¡Cuéntame más cosas de tu trabajo, David!

—¿Cómo?

—Que me cuentes cómo será esa casa en la que viviremos. Esa casa en la que viviremos los tres.

—Bueno... no sé. De momento, nuestra buhardilla no está mal... Pero si mis padres nos ayudan, podremos mudarnos. Y si tu madre nos echa una mano... o Tristán, tu hermano. Me imagino que, cuando nazca nuestro hijo, la vida ya no será lo mismo.

—Cualquiera diría que te estás arrepintiendo, mi vida.

—No, no —reaccionó él—, en absoluto. Me hace ilusión que venga al mundo un nuevo Astorquiza. Verá buenos tiempos. Y si todo va bien, la República, cuando por fin consigamos que se implante, traerá nuevas escuelas, hospitales, mejoras. A San Telmo aún le falta mucho.

—Crees que llegará la República. ¿No?

—Habrá que ver, claro, que una cosa es lo que se dice y otra lo que se

llevará a cabo. A veces, cuando asistimos a reuniones del Partido y nos explican cómo será todo eso del nuevo régimen, me da por pensar que nada será igual. Hay tanto por avanzar... Por ejemplo, la semana pasada, en una de mis excursiones con tu hermano Tristán, vi a solo cuatro o cinco kilómetros de la ciudad un caserío del que salían un padre y un hijo con una reata de vacas y un buey flamante. Me imagino que los llevarían a pastar; en San Telmo todavía quedan muchos caseríos y pastos, y unas vegas enormes donde la gente pesca y se baña. Pues bien, aquel padre y aquel hijo, vestidos como si estuvieran sacados de un cuadro, con sus blusones y sus boinas, se me antojaron supervivientes de una época. Se quedaron mirándonos y, posiblemente, se preguntarían qué hacíamos tu hermano y yo paseando en automóvil por sus caminos.

–Todo cambia, ¿no?

–Y a nosotros nos toca este momento de cambio.

–Entonces... ¿tú crees que viviremos felices? ¿Los tres? –preguntó tocándose el vientre.

–Me encantaría.

–¿Puedo pedirte un favor?

David se detuvo, miró fijamente a su esposa y descubrió en ella unos exultantes ojos de felicidad. Suspiró y le dedicó su mejor sonrisa.

–Dime, Raquel.

El cabello pelirrojo de la mujer brillaba como un pastel de zanahoria bajo la luz del sol de mediodía

–Si es un niño, podríamos llamarlo Gerardo, por mi abuelo Gerard Tussaud. Estoy segura de que a mi madre le hará ilusión. ¿Te importa?

–Me parece muy bien.

–Y si es niña...

–¿Si es niña?

– Si es niña... Esperanza.

Esperanza, la que albergaba Raquel. Esperanza en que se solucionara lo de José Luis, en que este desapareciera de San Telmo, o en encontrar la manera de seguir amando a los dos. Esperanza en que nunca se supiera que el padre era él y no el honrado David Astorquiza. Esperanza en pensar que, efectivamente, llegarían tiempos mejores, hermosos tiempos en los que desaparecerían las sombras del pasado. Esperanza en una nueva vida repleta de alegría. Esperanza de girarse hacia su marido y no buscar en él el rostro de

José Luis y, a la vez, la esperanza, siquiera un instante, de que uno de los dos abandonara la escena.

–Me parece bien, mi vida. Me gusta lo de Esperanza, aunque espero que sea niño. ¿Te imaginas? Un pequeño Gerardo...

–Lo que Dios diga –susurró ella agarrando nuevamente el brazo de su marido.

* * *

–¿Me quieres decir que tu bisabuela Raquel estaba casada y se quedó preñada de otro? ¡Venga, Nuria! Tu tatarabuela Beatriz tuvo un lío con el marino. ¿Y tu abuela? ¿Y tu madre? ¡Por Dios, qué familia!

–¡No seas bobo, Jorge!

Toman una copa en la oficina de la galería. Él está de traje, a punto de marcharse para hacer las fotos de campaña.

–¿Me ves bien así?

–Te odio de concejal. Ya lo sabes. Fue la política lo que nos separó.

–Pues bien que me usaste como concejal para entrar en Los Robles. Y, por cierto, ¿qué conclusiones sacaste de todo aquello?

–No sé. Por más que leo... y por más que escucho al señor Joaquín, hay aspectos que se me escapan. Creo que la clave está en un cuadro.

–¿Ha vuelto a llamarte la tal Dolores?

–Lo cierto es que no. Y me extraña. Tenía mucha prisa en hacerlo, mucha urgencia, siempre telefoneaba como con ansia, y ya no lo hace. Es raro. Y luego está lo de los cuadros. Tiene que haber algo que no capto, algo que se me escapa. No sé si será el cuadro que hizo Marcel Hugarte en Cádiz... o puede que el cuadro que le enseñó a Beatriz el día de la inauguración de su exposición en la Sala Panorama, en 1898. O tal vez alguno de los cuadros que pintaba Matías. Lo ignoro.

–Ese Matías... ¿era retrasado?

–No me gusta ese término. No. No creo que lo fuera. No creo que tuviera ningún retraso. Pienso que se quedó impactado por lo que sucedió con su padre y eso lo marcó de por vida. Hoy en día, si un niño le parte la cabeza a su padre, además de que le meten psicólogos y asistentes sociales hasta en la sopa, hablamos de traumas. En aquella época, me imagino que fue un

calvario que llevaron Beatriz y él como pudieron. Antes la gente se guardaba las cosas.

–¡Joder! ¡No creo que se supere tan fácil matar a tu propio padre!

–Si tuviera que juzgarlo, diría que fue en defensa propia.

–Más bien en defensa de su madre. Tiene que ser horrible ver de niño cómo tu padre pega a tu madre. No quiero ni imaginármelo. En el partido estamos muy sensibilizados con la violencia de género y en el programa electoral llevamos algunas propuestas sobre el tema...

–No me vendas la moto, Jorge.

–Bueno, soy concejal de cultura, educación, deportes y mujer.

–Es una vergüenza que en pleno siglo XXI tenga que haber una concejalía de mujer.

–Pero necesario. Y... hablando de eso... –mira el reloj, apura su copa y suspira–, tengo que irme. Hemos quedado con el fotógrafo en la iglesia de la Concepción.

–¿Te van a hacer las fotos en la iglesia? –ríe Nuria.

–En los jardines. Cosas del jefe de campaña. Ya sabes que yo en eso ni pincho ni corto.

–¿Sabías que allí, en los jardines de la Concepción, es donde Raquel le contó a su madre lo de José Luis Rolando?

–¿Le contó lo del guardia civil? ¡Olé los ovarios de tu bisabuela Raquel!

–Supongo que estaba atormentada. No tiene que ser fácil llevar en el vientre el fruto de un hombre que no es tu esposo.

–Repito. Olé sus ovarios. ¿Y qué hizo? ¿Abortó?

–No. Dio a luz a Esperanza.

–¿Tu abuela Esperanza?

–La misma.

–¿La del abuelo Guillermo?

–Sí, claro, mis abuelos.

–¡Joder con Raquel!

Jorge avanza hasta la puerta y se dispone a salir. Antes de hacerlo, mira hacia atrás y lanza un beso a Nuria.

–¿Has pensado en lo que te pregunté?

–Vete a hacer fotos, concejal –sonríe ella cariñosamente.

* * *

De alguna manera, el embarazo le preocupa menos que el hecho de la maternidad. No le importa ser madre; le ilusiona serlo. Sin embargo, saber que David vive ajeno a la situación y que José Luis desconoce ser el padre la desasosiega.

Pasa las noches en vela con la excusa de la incomodidad. Vaga por la casa con desgana ante las ocupaciones domésticas. Espera cada día a David con la angustia de saberse en un conflicto emocional imposible de racionalizar. Se mira en el espejo y ve una mujer desorientada de la que se está mofando el destino.

Y decide hablar con su madre. Sabe de sobra que ella jamás le reprochará nada y que va a apoyarla incondicionalmente. Una madre siempre es una madre. ¿O no? ¿O reaccionará como debería reaccionar?

–Tengo algo que decirte, mamá.

Los jardines en torno a la iglesia de la Concepción se visten de colores. Hay banderas ante las inminentes elecciones municipales. Solo algunas nubes proyectan sombras sobre las dos mujeres. Algunas nubes y la evidencia del relato.

–Supongo que sé qué vas a contarme –responde Beatriz.

–¿Cómo?

Raquel está turbada. En cierta manera, la avergüenza más que su madre intuya algo que el hecho de tener que verbalizarlo.

–El día del concierto de Rolando, Marcel se despidió de mí. Ahora anda de piloto en una naviera que hace la ruta a Nueva York. No voy a hablar mucho de eso porque me parte el corazón saber que aquella tarde lo perdí para siempre. Fui una tonta. Ahora, a sus años, se gana la vida en un barco y no hay día que no me pregunte si él pensará en mí. ¡Ay, Raquel, hija mía! ¡Qué cursi me pongo! Claro que pensará en mí; como yo en él. No sabía que la melancolía podía ser más fuerte que el amor. Quiso decirme adiós y, en definitiva, cerrar un capítulo. Hablamos. Nos miramos. Fui tan tonta que estuve a punto de acariciarle el rostro. Su rostro... Su rostro ha cambiado con los años, desde que nos conocimos cuando éramos jovencitos. Su rostro... ¡Cómo me gustaría abarloar mi rostro al suyo! Abarloar. ¿Sabes qué es abarloar? Me lo enseñó él. Pero da igual. Me desvíó de lo que iba a decirte. Vino a despedirse, a cerrar un capítulo de nuestra vida. Hablamos en la galería, pero había mucho ruido, así que estuvimos en la parte trasera. Como no me sentía cómoda delante de los invitados, le dije que subiéramos al piso de Matías a charlar. No pasamos del rellano. Tus gemidos te delataron.

–Mamá...

–No voy a juzgarte. He callado hasta ahora y seguiré callada. Eres mi hija y te quiero por encima

de todo. Cuando estaba con tu padre, opté por quedarme a su lado a pesar de cómo me trataba y de lo enamorada que estaba de Marcel. Ahora, con mi edad, veo todo aquello como si fuera una película del cinematógrafo. Si por entonces hice lo indecible por vosotros tres, ¿cómo no hacerlo ahora?

–Pero, mamá... –Raquel llora–. No sé qué hacer.

–Ni voy a juzgar ni voy a decirte lo que tienes que hacer. Solo voy a darte un consejo: guíate exclusivamente por tus sentimientos más profundos, los más puros, no por lo que la gente vaya a decir.

–¡Pero es que quiero a los dos! David es bueno, ordenado. Con él la vida es sencilla y hermosa. Tiene sueños, cree en el cambio, en una sociedad mejor, en la República, en los avances... Es frío. ¡Pero tan atento! Y José Luis es todo lo contrario. Es pasional, es directo, es seguro de sí mismo. Tiene espíritu de aventura. ¡Y es tan sensible!

–No se puede estar en misa y repicando, hija. Decide cuál es tu sitio en la vida.

–¿Tú escogiste, mamá?

–Yo escogí.

La mirada de Beatriz se ensombrece.

–Seguramente no lo que debía. Eso nunca lo sabré. Por quedarme con tu padre, preservé la vida de mis hijos.

Hay un silencio. Un silencio de esos que lo envuelven todo como si fuera tela embadurnada en miel. Asfixiante. No un silencio amable para encontrarse con el yo que habita en el pecho sino un silencio de vértigo capaz de precipitar al vacío cualquier convicción. A Beatriz le caen sobre los hombros todos y cada uno de los días de su existencia. Ni siquiera va a llorar. Quizás es la primera vez que verbaliza esto ante alguien.

–¿Mamá?

–¿Sabías que Marcel me pidió que me casara con él?

–¿Sí? –dice Raquel, ella sí llorando y riendo a la vez, con la cara llena de lágrimas y la nariz goteando mocos que intenta controlar con un pañuelo.

–Y le dije que no. ¡Ya ves! Cuando vivía tu padre, suspiré para que llegara ese momento y, cuando llegó, no tuve coraje. Decidir siempre implica coraje, hija mía.

En el velador, Lina y Raquel comparten merienda. David no tardará en llegar de la biblioteca. Aunque sus horarios no son tan rigurosos como hace meses, y aunque el embarazo sigue su curso y es evidente, a él parece no afectarle demasiado, toda vez que su única conversación gira alrededor del advenimiento, que algunos sospechan inminente, de la República, aunque lo que llegará será la dictadura de Primo de Rivera.

–¡Que confundida estás!

—¿No te cansas de ser tan insensible? Lo nuestro era amor. ¡Es amor! Lo que pasa es que él estuvo destinado fuera... la vida pasaba...

—Y tú te echaste de novio a Astorquiza sin acordarte de tu guardia. ¿No?

—Las cosas no son como lo planteas...

—¿Y qué te dice tu madre?

—¿Cómo sabes que he hablado con ella?

—Porque has venido a mí. Seguro que has ido primero donde ella y como no te ha dicho lo que querías oír, has venido a mí.

—Más o menos. Mi madre me dice que escoja. Ya sabes que nunca ha superado lo de Marcel. Yo la entiendo...

—Yo no creo en el amor. Creo en la pasión. ¡Y no te engañes más, Raquel! Lo vuestro fue pasión, y punto. No amor. Así que no lo llares amor. Habéis disfrutado, habéis hecho el amor, y punto. Fuiste una insensata y una imprudente. ¡Mira que no usar métodos para evitarlo! Pero eso es otro tema. De ahí al amor, hay un trecho.

—¿Y qué hago?

—Pues mira, sobrina, no sé. No sé qué es lo mejor. Lo que yo sí sé es que el que sea un guardia lo complica todo; dudo que reconozca a tu hijo. ¡Imagina el escándalo! Así que creo que lo mejor es que olvides a José Luis. Él ya lo habrá hecho. A lo sumo se querrá volver a acostar contigo y tú, que eres imbécil, lo harás. Y no serás imbécil por hacerlo; serás imbécil por creer que eso significa que está enamorado de ti.

—Eres cruel.

—Lo sé. Y tú, ingenua. Olvídate de él y, cuando nazca tu hijo, ya te buscarás otro amante.

—¿Y qué vas a hacer, Raquel? ¿Vas a abortar?

—¡No! Eso nunca, Tristán.

—Me parece bien, pero, si no lo haces, quizás David te deje. Tarde o temprano se enterará de que el niño no es suyo.

—Más pronto que tarde. David no es tonto. A veces pienso que él intuye algo. Pero, ¿sabes qué? Estoy segura de que no dice nada porque me quiere.

—Entonces... ¿ya sabe que no es suyo?

—No. No sé. Ay, hermano. Estoy hecha un lío...

—¡Por Dios, Raquel! ¿Cómo no vas a estarlo? Eres... eres una imprudente. ¡Y una golfa! ¿A quién se le ocurre? Pero, pero... Pero Raquel, mujer. ¿A quién se le ocurre? ¡¿Dónde tenías la cabeza?! ¡Dios santo! ¿Y mamá? No cuentes nada de esto a mamá. La matarás del disgusto. ¡Y menos mal que papá no vive! Primero te mataría a ti y luego se pegaría un tiro.

—No me riñas, Tristán. He venido a ti a pedirte consejo... Tienes que entenderme. ¡Tienes que

entenderme! ¡Eres mi hermano! Se supone que eres el perfecto de la familia. Yo quiero a David, vamos a ser padres... ¡pero amo tanto a José Luis!

—¡No vais a ser padres, Raquel! ¡Tú vas a ser madre! ¡Tú! El que va a ser padre es José Luis Rolando. ¡En buena hora le trajimos para el concierto! ¡En buena hora! ¡Un guardia civil violinista! ¿Dónde se ha visto? ¡Santo cielo! Tendrás que decírselo a David y asumir las consecuencias. Y si él no te repudia, tendrás que abandonarlo tú misma. ¿O es que vas a ser capaz de vivir toda tu vida con ese engaño?

—No me engaño, Tristán. Simplemente amo a los dos.

—¿Simplemente, Raquel? ¡No digas sandeces!

Raquel calla. No tiene fuerzas para replicar. Sabe que las cosas se han complicado, que la solución es difícil, y que solo la vida que late en su interior le da fuerzas para no rendirse a la más absoluta melancolía. No sabe si José Luis aceptaría al niño, si la continuará amando, o si, como opina la tía Lina, fue solo pasión. Lo que sí tiene claro es que ella lo quiere. No ha habido un solo instante que no lo haya tenido presente y, paso a paso, ha llegado incluso a memorizar los poemas que él le escribió prometiéndole amor infinito.

—¡Pues sí! ¡Quiero a los dos!

—Tú todo lo ves muy fácil.

—La vida hay que verla fácil, Tristán. Bastante complicada es de por sí —acaba Raquel, levantándose del sofacito con un suspiro y yendo a apoyar la frente en la ventana.

Fuera, amenaza lluvia.

Nuria se pregunta si en todas las familias hay trapos sucios, pasiones inconfesables, secretos perpetuados. Si acaso la saga de Beatriz Tussaud es atípica, con amores no correspondidos y líos de todo tipo, o si es que el legajo lo novela todo.

Ha cerrado las páginas y mira absorta un cuadro que preside la pared más amplia de la galería, cerca de las sillas-escultura en las que se sentó el señor Joaquín. Es un potente lienzo en colores grises y verdes, pura mancha apenas disimulada con cierta figuración. Lo firma una consagrada artista polaca de la que sabe que nunca podrá vender un solo trabajo porque sus precios no son como para San Telmo. Ni siquiera en ARCO podrá darle salida. Se imagina hablando con ella y explicándole, mediante una conversación de *skype*, que la crisis ha causado estragos.

¿*Skype*? A veces piensa que jamás conseguirá que los del servicio técnico le vuelvan a instalar wifi en la galería.

Y entonces se fija en un puntito rojo que hay en la parte superior izquierda

del óleo y se acuerda del carmín de alizarina. Sonríe.

¿Todas las mujeres tienen amores prohibidos? ¿O solo Beatriz y Raquel?

“Quizás sea hora de buscarme un amor prohibido”, piensa.

Quizás sea hora de olvidar a Jorge.

Quizás sea hora de cerrar un capítulo.

Suena el teléfono. Respinga. Intuye que será la señora Dolores desde Los Robles. Se precipita y contesta.

—¿Sí?

—¿Nuria?

—He terminado la sesión de fotos. ¿Paso y te recojo?

Su decepción es evidente. Respira.

—Hoy no, Jorge. Me apetece estar sola.

V



Y DE NUEVO UNA MIRADA SUPONE UN CAMBIO DE DERROTA

Todo es posible si el mar es el contexto.

Santander lo despidió en una tarde silenciosa en la que parecía que nada ni nadie se percataba de que uno de los vapores transoceánicos estaba atracado en la bocana. Hasta allí acudió junto al capitán del buque en una berlina seguida de un carromato con los bártulos de ambos.

La colina de la Magdalena saludaba apacible al barco, mientras el puerto desbordaba actividad. Había narrias acarreado toneles, carros tirados por bueyes con sacos y cajas, locomotoras humeantes que descargaban junto a las grúas de madera... Varias hileras de casas bajas anunciaban la presencia de obreros y estibadores, mientras que, enfrente, las viviendas iban siendo cada vez más señoriales hasta convertirse en las habituales casonas santanderinas.

–Zarpamos en menos de cuatro horas, piloto –indicó el capitán.

–Sí, señor. Rumbo a Nueva York.

–Lo de siempre.

–¿Algo sobre la tripulación que yo deba saber?

–Nada. Después le presentaré al resto del mando, al grupo de máquinas, a los de servicio y a la gobernanta de camarotes. Por cierto... verá esta qué primor. Se llama Mercedes y nos trae a todos locos.

–¿Y sobre el buque?

–Al buque lo iré conociendo en la singladura. Tiene usted experiencia en este tipo de barcos, ¿no?

–¿Lo duda?

–Ni dudo ni dejo de dudar, pero la cosa está mal para encontrar pilotos y me consta que en la Compañía andan contratando a cualquiera.

El capitán era un tipo fuerte aunque estropeado, robusto, de tez ajada, bregado en la Vascoamericana de Importaciones y directo en sus apreciaciones.

Los dos hombres observaban las playas de Santander perderse por popa, junto a los barcos pesqueros, chiquillos descalzos buscando entre los restos que había traído la marea y, más allá, detrás de la ciudad, una humareda negra que anunciaba la quema de rastros.

Lentamente el barco viraba y tomaba rumbo oeste, en un cabotaje lento y seguro que alejaba a Marcel de Beatriz.

No podía quitársela de la cabeza. La llevaba consigo en cada maniobra, en cada orden que recibía o cada orden que indicaba. Como miembro de la tripulación de alto cargo, ocupaba un camarote en exclusiva, razonablemente amplio, en el que mantenía sus enseres en perfecto orden. Allí leía y pensaba.

Los días en alta mar pasaban despacio. A Marcel le resultaba casi cómico darse cuenta de lo lentas que eran las jornadas cuando la navegación se presentaba sencilla, y lo rápidos que transcurrían cuando algo se complicaba.

De cuando en cuando surgía algún contratiempo, se rompía un cabo o se averiaba una biela, se acercaba mar gruesa por babor o la carga se desplazaba. Entonces, llegaba el momento del piloto. Solo él sabía escuchar al barco, atenderlo, mimarlo para, con suavidad, enderezarle el rumbo. En eso Marcel era experto. Si cabeceaba de popa, se plantaba en medio de cubierta, calculaba la fuerza escuchando el sonido del casco y daba órdenes al timonel para que cambiara la derrota en dos grados. Y si un golpe sacudía la quilla y el buque renqueaba, subía a cabina, atendía las señales de la nave y obligaba a todos a realizar tal o cual maniobra.

En aquellos momentos, se convertía en un tipo sobrehumano, capaz de entenderse con los barcos en un misterioso lenguaje secreto que solo él conocía. Le daba igual que el agua le azotara el cuerpo o que la lluvia le cayera a baldes sobre la cabeza; o que pareciera imposible variar la derrota en mitad de una galerna. Antes que poeta o pintor o violinista, Marcel Hugarte era un marino capaz de abrir el mar como un moisés y encontrar, como el experto piloto que era, el camino de salida de cualquier atolladero.

Por eso el capitán acostumbraba a dejarlo actuar, tan seguro de su firmeza y su acierto que, si un día Marcel le hubiera aconsejado estrellar el navío contra el fondo del océano, él habría dado las órdenes para hacerlo, convencido de que así debía ser.

—Algún día estos barcos serán sustituidos por esos horribles cacharros

gigantes con cuatro chimeneas, Marcel.

–Entonces, los pilotaremos, capitán.

Los dos estaban en el camarote de este último, terminando la segunda botella de vino francés.

–No, Marcel. Usted los pilotará. Yo me retiraré. No me gustan esas naves tan enormes, como rascacielos tumbados.

–Es un romántico, capitán.

–¿Un romántico yo? De eso quería hablarte. Ya es hora de que nos tuteemos. Te vengo observando desde que salimos de Santander, tunante. No pareces el mismo. Me he fijado cómo miras a Mercedes, la gobernanta de camarotes. Creo que tienes algo que contarme.

–¿Yo? –intentó disimular Marcel, sorbiendo el final de su copa y comprobando que en la botella no quedaba más caldo.

–¡No seas cretino, chaval! –le recriminó el capitán mientras se levantaba a buscar y descorchar la tercera.

–No me pasa nada –rio Marcel a mandíbula batiente. Los efectos del alcohol eran evidentes en ambos.

–¡Engreído hijo de la gran puta! ¿Te la has beneficiado ya?

Marcel se puso en pie, aunque se tambaleó en el intento. Iba a marcharse, a pesar de que le fallaban las piernas por la curda.

–Me voy a dormir, capitán.

–Y ahora me vas a decir qué está pasando con la gobernanta. Algo te ronda la cabeza, bribón.

Marcel observó por el ojo de buey. El cielo amenazaba con potentes nubarrones y pensó que probablemente aquella noche sería aciaga. No deberían haber bebido tanto. Se preguntó qué tiempo haría en San Telmo, qué estaría haciendo Beatriz y si ella se acordaría de él tanto como él lo hacía de ella. Por un instante, le pareció inaudito haber sido capaz de abandonarla de nuevo. Dos abandonos en una vida son un precio demasiado alto para cualquier corazón. Le gustaría echar a correr sobre las aguas y llegar hasta su casa, encender un fuego y dejar que ella le acariciara la nuca con sus finos y huesudos dedos. Le gustaría que no hubiera sucedido nada de lo que había sucedido en el barco con Mercedes en los últimos días.

* * *

Raquel no estaba preparada para el alumbramiento. Según sus cuentas y las indicaciones del doctor, aún faltaban tres o cuatro semanas, de ahí que cuando notó los estertores en su vientre, además de comprender que ambos se habían equivocado en las predicciones y que la criatura llegaba adelantada, un súbito sentimiento de pavor le desencajó el rostro y le robó las fuerzas, pensando en David y en José Luis.

Su primer instinto fue el de correr a la alcoba, echarse en la cama, aferrarse con las manos el camisón y aguardar a que pasara, aun a sabiendas de que no pasaría y de que en unas cuantas horas entraría en ese capítulo tan desgarrador, doloroso y sangrante como era parir. Le habían hablado de ello. ¡De sobra sabía lo que se le venía encima!

Pero había algo que le proporcionaba mayor sufrimiento, la incertidumbre. La duda de si todo saldría bien o no, de si merecería la pena el esfuerzo, de si, después de tanto llanto y tanto empuje y tanto desgarramiento interno, el retoño sobreviviría o se quedaría en el intento, como tantas veces sucedía.

Y más aún. La incertidumbre de si David sospecharía algo; de si José Luis lo reconocería...

No dispuesta a rendirse, luchó por su hijo, hasta el último aliento, convenciéndose, tan feas se habían puesto las cosas, de que, si había de salvarse alguien, sería la nueva vida. David avisó al doctor y a una matrona que hacía las veces de enfermera; también a Beatriz. Igualmente, llegarían Tristán y Carmen y, algo más tarde, la tía Lina.

La criatura venía mal colocada. Pésimo asunto. Normalmente, en esos casos, el trance terminaba en desgracia. Primero asomó un pie. Luego, un brazo. ¡Aquello era tan habitual! ¡Tan dramático! Ni la medicina ni las casas particulares donde se daba a luz estaban preparadas para semejantes imprevistos.

El doctor forcejeó, a veces con la ayuda de la matrona, a veces intentándolo solamente él. Movían a la criatura, maniobraban con su cuerpecito... Todo parecía en vano, mientras la sangre inundaba la cama y palidecía el rostro de Raquel. Cuando se sentó abatido en una silla a la cabecera de la cama y miró a la joven, sus ojos lo decían todo. La matrona, entretanto, hundía sus dedos por sus agotadas cavidades, ya sin fuerza, intentando resituar aquel inocente cuerpecito que se empeñaba en poner las cosas difíciles a la vida.

—La madre o la criatura —pronunció el doctor.

A Beatriz se le nubló la vista. Veía allí a su hija, envuelta en sudores... David se mordía el puño sentado en una silla, convidado de piedra. El padre casi nunca asistía al parto y, de hacerlo, como en aquella ocasión, era un espantapájaros con cara de pánico.

–Vamos a abrir. Cortaremos el vientre para sacar al niño.

–¿Cortar?

–Abriremos a la madre.

Raquel escuchó la frase del médico como si a ella no le afectara y no pudo sino pensar en él, en José Luis Rolando. Hasta entonces lo había tenido todo siempre bien atado, bien sopesado, exquisitamente ubicado. Nadie sospechaba en San Telmo de lo que había sucedido entre ambos, de la extraña relación que los unía. Quería pronunciar su nombre. Necesitaba no ya verlo (eso habría sido maravilloso si, en efecto, iba a morir en aquella cama), sino, al menos, hacer público delante del doctor y la comadrona y su madre y su marido que el padre del niño que iba a nacer era él. Decir su nombre. Dejarlo escuchar.

–Calentemos agua. Y traed más toallas... Hay que desinfectar los útiles.

Raquel se rendía. Ella, que jamás había dejado una pista de sus encuentros furtivos con José Luis, que jamás había dado motivo para la sospecha, que lo había mantenido todo bajo la más absoluta de las inocencias. Ella, que había sido una esposa ejemplar, sentía que su vida se extinguía y necesitaba confesar que no era de David quien iba a nacer, sino de José Luis, el guardia civil, el violinista, el seductor, el embaucador, el hombre perfecto, el hombre ausente.

–Hay que decidirse ya –repitió el médico casi en un susurro.

–Lo que haya que hacer –se impuso Beatriz.

Minutos después, el doctor cercenaba la piel de Raquel buscando el espacio suficiente como para que el niño pudiera darse la vuelta. No fue sencillo. David seguía viéndolo todo. Raquel gritaba de dolor, apenas anestesiada.

La habitación olía a placenta, a sudor, a sangre, a miedo. La muerte planeaba sobre la cama y sobre las cabezas de los asistentes que, como en una macabra lección de anatomía, observaban al pobre doctor actuar con más voluntad que talento.

David miró aterrorizado la cama donde yacía el cuerpo de su esposa, destrozada por el esfuerzo, despeinada y sudorosa, con los ojos clavados en el

techo y el camión empapado en sangre. Su vientre era un amasijo de carne roja. Beatriz la besó en la frente; su cuerpo aún estaba caliente pero su alma se había desvanecido.

Lina tomó al bebé, lo envolvió en una manta y se lo entregó al padre, pero David no entendía nada. No entendía que la debilidad de Raquel la hubiera llevado a abandonarlo. No entendía que la vida pudiera fugarse así de fácil, con un chasquido.

Era una niña. Acababa de nacer Esperanza.

Mientras, puede que el alma de Raquel aún no hubiera abandonado la habitación, en la que cerraron inmediatamente ventanas y cortinas, y veía cómo cubrían su propio cadáver, cómo también la tía Lina le besaba la frente y cómo David lloraba en silencio, amargamente, mientras era Carmen quien se hacía cargo del cuerpecito desnudo de la pequeña.

Raquel moría triste, en efecto.

Raquel se despedía de su vida terrenal y abandonaba en la cama el cuerpo que la había albergado durante tanto tiempo. Se despedía de David con tristeza, amándolo como al hombre que la había amado, recordando los momentos que habían vivido juntos, los espacios de tiempo en que se habían querido, las charlas en la salita, las caricias, las sonrisas...

Y le rasgó la tristeza porque de José Luis no había podido despedirse. No habría querido despedirse. No sabía dónde estaba y, aun sabiéndolo, habría odiado despedirse de él. Lo anhelaba, deseaba que estuviera allí también, junto a las sábanas manchadas. Pero José Luis no estaba. Y se afligió hasta retorcerse porque se preguntaba qué habría allí, en ese incierto universo de las emociones, y por qué su último aliento se había dirigido a él aunque él no estaba.

Beatriz, tras tapar el rostro de su hija con una sábana, se arrodilló junto a la cama, hundió su cabeza en el colchón y sollozó en silencio, con lágrimas afónicas y gemidos secos, agarrando la colcha con sus puños. La muerte de su hija la transportaba a la ausencia de Marcel, y recordó una frase que, en cierta ocasión, él pronunció:

—Hay tres vidas: la vida terrenal, la vida eterna y la de la gloria. Yo alcanzaré la gloria con mis cuadros y poemas, la terrenal se agotará, y la eterna la viviré a tu lado.

Raquel comprendió que su hija nunca conocería a su padre. Ya, no. Todos callarían por respeto a su memoria.

Raquel moría triste pensando si acaso en la vida eterna encontraría las respuestas.

* * *

Nuria ordena la correspondencia. Facturas, publicidad, folletos... Hay un sobre grande sin remite. Lo abre y dentro encuentra una nota y otro sobre, este con aspecto de antiguo.

Estimada Nuria:

Esta es la carta que escribió mi padre a Beatriz. Me habría encantado dártela en mano, pero no va a ser posible. He pedido a una enfermera muy maja y muy sana que te la envíe, porque me temo que no te dejan verme. La directora de Los Robles es una bruja. Estas páginas me llegaron por giros que da la vida; no es lógico que las tenga yo, pero las tengo. Ojalá te sirvan para algo en tu galería.

La carta dice así...

Amada Beatriz:

El día que abandonaba nuestras costas rumbo a América, me invadió una profunda melancolía. Veía la costa alejarse y, con cada milla que avanzaba el *Reina María Cristina*, el buque de la Compañía Transatlántica, una nave formidable de cuatrocientas toneladas y muy brava en la mar, con cada minuto que nos adentrábamos en la singladura, más triste me sentía. El cielo se emborronaba con nubes de lluvia, como en los cuadros que pintaba de joven, cuando me importaba más el color que la forma; así estaba el cielo, Beatriz, plomizo, sucio, manchado con paletadas de grises y negros, de blancos y azules. Ha pasado más de un año y todavía hoy recuerdo el bullicio del puerto de Santander al despedirnos y las banderas en el puerto.

Nueva York es bulliciosa e infinita. Sus edificios se clavan en el cielo y por doquier construyen nuevas torres que superarán en altura a las anteriores. Las calles son largas, como el horizonte en el océano, y sus parques, más extensos que los bosques del otro lado de la ensenada de San Telmo. Aquí hay gente de todo tipo. Yo creo que caben todas las razas y credos. He visto irlandeses a millares, indios, negros de cientos de tonalidades. También, italianos y orientales; estos son tan distintos unos de otros que parecen de diferentes continentes. Nueva York es un país en sí mismo. Me pregunto qué será de ti. Sé que pensarás que, de nuevo, he huido, pero quiero que sepas que no

es así. Quiero que sepas que no ha sido huir sino encontrarme. Y quiero que sepas también algo que, estoy seguro, vas a comprender.

Se llama Mercedes y tiene veinte años menos que yo. Veinte años menos. Ya ves. La vida es inconmensurable, imprevisible. A veces nos da estas sorpresas.

Se recoge el cabello en moño, como tú hacías cuando te conocí, tiene las manos blancas y los dedos largos, los ojos negros y brillantes como la superficie del Atlántico en la noche, y, cuando habla, sus palabras me recuerdan a las tuyas. Es la quinta hija de un antiguo capitán andaluz que, por lo que me cuenta ella, no ha de ser muy distinto a mi viejo capitán de San Telmo, el del vapor. Coincidimos en mi primer viaje como piloto a bordo del *Reina María Cristina*. Ella trabajaba como gobernanta de camarotes y, en cuanto nos miramos, surgió algo. Entiéndelo. Acababas de desoír mi petición de matrimonio y encontré en sus atenciones y sus sonrisas el bálsamo para mi desazón. ¡Quién me iba a decir que, a mis cincuenta años, iba a encontrar una mujer que, sin ser tú, se pareciera a ti!

Los vericuetos de la vida tienen estas cosas. Nos vimos, nos sonreímos y, de alguna manera, pensé que sería lo más parecido a ti que encontraría jamás. La quiero como es y por lo que es, y ella, a su manera, me quiere como soy, aunque ya no sea quien fui cuando éramos tú y yo.

Nos casamos a los tres meses de conocernos, en una iglesia pequeña y coqueta que se llama Saint Paul, en una zona a la que dicen East River, no muy lejos del puerto. Ahora no navegamos. Vivimos en un apartamento de alquiler, humilde pero decente, en un barrio de casas de madera. Yo me gano la vida como profesor de idiomas, enseñando español y portugués a otros extranjeros. Hace años que no pinto. Hace meses que no escribo.


Me dedico, sobre todo, a cuidar de Joaquín.

Joaquín nació a los ocho meses de casarnos. Es un niño hermoso, sonrosado y sano; para mí, el niño más bonito del mundo. Cuando lo tomé en mis brazos, sentí una emoción inexplicable; tú eres madre y sabes de lo que hablo. Ahora tiene dos meses, casi tres. Queremos que crezca y ahorrar el dinero suficiente como para pagar unos pasajes y volver a que la familia de Mercedes lo conozca. También iremos a San Telmo, a que tú nos des la bendición. De paso, a que me perdones por haber construido una vida tan lejos de la nuestra.

Beatriz, como decíamos de jóvenes, cuando vivimos nuestra intensa historia, “aunque no nos tengamos, saber que existe el otro nos sustenta”. A mí me sustenta saber que en mi vida siempre, siempre, estás tú.

Contigo,

Marcel Noviembre



LIBRO CUARTO, 1939

I



TERMINA LA GUERRA DEJANDO UN REGUERO DE AUSENCIAS Y UNA PRESENCIA TINTADA DE SOLEDADE

Hay cicatrices que se ven y otras
que van por dentro, como las procesiones.

El primero de abril de 1939, seis milicianos se escondían en una casucha en ruinas, una masía abandonada y a medio quemar. Esperaban a que amaneciera, o a que les pegaran un tiro, o a que se oyera algo. La niebla caía como una hoja en blanco cubriendo el campo; parecía que el mismo cielo se empeñara en pasar página. El frío entraba a través de los uniformes y se aferraba a los huesos produciendo tiritona. Eusebio apenas podía articular los dedos. Tampoco David, quien, a su lado, se acurrucaba en la manta, intentando no pensar en los pies ateridos ni en el hambre. Llevaban más de una semana allí, sin órdenes, sin perspectiva, sin ánimo para aventurarse más allá de los lindes de la casa. Eran hombres vencidos, desilusionados; los despojos de lo que un día habían sido, toda vez que la euforia de los primeros combates, la fe de los inicios, diera paso a la desesperanza, esa terrible compañera de batalla. Hablaban quedamente, con desgana, más por asumir la soledad que por disiparla. Alguien sollozaba.

La guerra tiene mucho de sollozo. Y de casuchas en ruina, metáfora de las uñas ensangrentadas, de las botas agujereadas, de las bocas desdentadas, de las almas melladas. Y tiene también mucho de campos arrasados, como la vista, como el ánimo. Tiene poco de gloria, salvo lo que la Historia relata en las hojas de servicio de los vencedores. Y poco de épico, salvo el misterio de sobrevivir a la incertidumbre.

Las elecciones legislativas del treinta y seis abrieron la puerta a que

Eusebio y David tomaran partido a favor de la izquierda, convencidos de que una nueva era se inauguraba en España. De ahí que, en cuanto el Alzamiento cristalizó, no dudaron en alistarse en el ejército provisional que rápidamente organizó el Gobierno Vasco, acudiendo a la llamada con febril entusiasmo. San Telmo, como otras poblaciones de la zona, se mantuvo fiel al gobierno legalmente constituido, hasta que sucumbió ante la apisonadora franquista y cayó en manos del capitán Baldomero Raposo, falangista hasta la médula. Como resultado de su mandato, no fueron pocas las represalias, fusilando, con juicios sumarísimos, tanto a algunos burgueses de las casonas que se habían mostrado recelosos ante el tradicionalismo de los levantiscos, como a republicanos, anarquistas y socialistas declarados; también, a nacionalistas confesos.

José Luis Rolando, reconocido por el capitán Raposo con una medalla por su participación en operaciones de castigo, se permitió el lujo de impartir justicia en San Telmo, actuando como fiscal, verdugo y hombre clemente, según sus inclinaciones personales. Iba y venía en motocicleta, una extravagancia que se le permitía porque, sencillamente, era un hombre extravagante; interpretaba hasta la saciedad piezas al violín; lucía un gabán de corte fascista, como si, en lugar de pertenecer a la Benemérita, fuera miembro de la guardia pretoriana del mismísimo Mussolini; convidaba a largos tragos en el Casino, se hizo colocar un diente de oro y hacía prácticas de tiro en el patio trasero de la Casa Cuartel, en pantalones y camiseta, con los tirantes bajados y el rostro sudoroso. Sus superiores se lo consentían, convencidos de que era un peón útil para el mantenimiento del orden, y aceptaban su estrafalario estilo como un mal menor.

En la masía, aquel primer día de abril del treinta y nueve, Eusebio y David lo recordaban.

—Eusebio, ¿estás despierto?

—Sí, claro.

—Ojalá pudiera tener a Rolando cara a cara.

—¿Para qué?

—Para matarlo.

—¿Serías capaz de matar a un hombre mirándolo a los ojos?

—A Rolando, sí. Creo que sí.

—No digas tonterías. Una cosa es la guerra y otra matar de frente a un hombre.

–Tal vez tengas razón.

–Claro que la tengo. En eso, sí. Sin embargo, a veces pienso que nos equivocamos en una cosa. ¿Debíamos habernos quedado en el pueblo? Estoy hasta los cojones de esta guerra.

–No hables así. Hicimos lo que teníamos que hacer. Y, si nos hubiésemos quedado, ya nos habrían fusilado.

–¿Estás seguro?

Ambos callaron. Habían luchado en el Frente del Norte hasta que cayó bajo Franco. Viajaron entonces a Cataluña, donde seguía la contienda, convencidos al principio de que la victoria sería posible y resignados luego ante la evidencia de la derrota. David tosió.

–Estás enfermo.

–Es solo frío. Me cago en la puta y me cago en toda esta puta guerra, Eusebio.

–Pronto acabará todo, ya verás.

Un nuevo silencio. Alguien se removió en su sitio, carraspeó, escupió. Poco a poco, la luz vencía a la niebla y teñía la estancia de color.

–No podremos volver a casa. Si volvemos, nos fusilarán. Estemos donde estemos, nos fusilarán. Tarde o temprano, nos condenarán a muerte. Franco no quiere vencernos, quiere eliminarnos. En el mejor de los casos, nos mandarán a algún presidio de por vida. Esto se ha ido a la mierda.

–No digas eso. No hables así.

–Estoy muerto de frío.

–Pronto saldrá el sol. Está amaneciendo. Ya entra claridad por las ventanas.

–¿Crees que va a durar mucho?

–¿La guerra o el asedio?

–Las dos cosas.

–No lo sé, la verdad. No sé qué cojones hacemos aquí, en mitad de este puto monte, en esta casa. Y la guerra, por mí como si la perdemos. De hecho, la vamos a perder. Solo quiero que todo esto no haya sucedido nunca.

Les costaba articular palabra. Pareció oírse la campana de una iglesia.

–¿Son las cinco?

–Son la seis.

–Estos hijos de puta han fusilado a muchos. A la Paulina, la hermana de tu suegra, por sufragista. Y al Abelardo, el de la frutería, que se lo llevaron por

votar al PNV. Y a los maestros. Y a José Matías Esquiroz, el del sindicato. Y a Manolín, el pobre. Y a Carmela, la de la banda de música, por negarse a entonar el *Cara al Sol*...

—Y a Pilar...

El nombre quedó colgando en el aire como una veladura. Pilar... Como si alguien se empeñara en recordarles que todo había sido inútil, que las muertes no conducen a nada, que las ideologías se ahogan en las ciénagas de las trincheras. Como si los muertos se asomaran por los quicios de las puertas para recordar a los vivos que, tras una guerra, nunca nada es igual.

—¿Sabes que Esperanza ya ha cumplido los dieciséis años?

—Joder...

—Es tan bonita... Me recuerda a su madre. Mira. Mira lo que llevo aquí.

David se revolvió dentro de la manta y forcejeó con su guerrera para acabar sacando dos fotografías. En una, Raquel y él posaban en Montmartre. Ambos reían. Ella se veía tan feliz... En la otra, su hija Esperanza, el día que tomó su primera comunión.

—¿Volveré a verla? ¿Volveré a ver a mi hija?

—No lo sé, David.

—No, no volveré a verla.

Eusebio se acercó a él y le golpeó el hombro.

Aquella misma mañana murieron, junto a David Astorquiza y Eusebio Urrutia, Gervasio Ochandio, Lucio García, Marco Incháustegui y Ángel María Malo, hermano de Pilar Malo. Un retén de nacionales los sorprendió pasadas las siete de la mañana y los cosieron a balazos en la masía abandonada que les había servido de refugio en los últimos ocho días. Sucedió deprisa, encontrándolos ovillados en sus rincones, bajo las mantas de campaña, indefensos, apenas unas horas antes, solo unas horas antes, de que la radio del bando rebelde, “Radio Nacional de España”, difundiera el último parte de la Guerra Civil Española:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1º de abril de 1939, año de la victoria. El Generalísimo. Firmado, Francisco Franco Bahamonde.

* * *

–¿Qué cojones hacemos con esta?

–¿Y qué vamos a hacer? Follarla y dejarla en una cuneta habría sido mejor que estar aquí, en esta jodida carretera.

–Eres un imbécil.

–Y tú, un cagado.

–La teníamos que haber retenido en el cuartelillo.

–De eso nada. ¿Y que se apunte un tanto Rolando? De eso nada, compañero. A esta, nos la tiramos ahora mismo y le pegamos un tiro. ¡Y que le den por el culo al camión!

–¿Estás loco? ¿Cómo vamos a hacer eso? Las órdenes son dejarla en el camión.

–Soy tu cabo, ¿no? Pues harás lo que te diga.

–No me jodas. ¡Me vas a salir ahora con lo de que eres cabo!

–Pues entonces, tú dirás. A mí me da por el culo entregar a esta golfa al camión. La bajamos donde Rolando y que él disponga. La guerra ha acabado, joder. Las órdenes son las órdenes.

Habían detenido a Esperanza Astorquiza en los últimos días de marzo. Cuando llegó a la Casa Cuartel, José Luis Rolando no pudo disimular su malestar y dispuso que la metieran en un calabozo aislada, sin contacto con otras mujeres. El cubículo no era sino una habitación con las ventanas cerradas por listones claveteados y un camastro sin colchón. Intentó que no la desnudaran y que no le dieran una ducha fría, pero no pudo evitarlo y la joven pasó la noche así, en cueros, aterida, humillada. Después de dos días, alguien ordenó que la vistieran y la llevaran al camión que llegaba desde Bilbao e iba hasta la cárcel de Huesca, donde cumpliría condena con otras presas.

–¿A qué hora llegará aquí el puto camión de los cojones?

–Ni idea. Iba a salir de Bilbao hacia las doce o así. Échale algo más de una hora...

–¿Una hora? ¡Nos jode el rancho! ¡Y todo por esta mierda de roja! –se quejó el guardia, al tiempo que descerrajaba una patada en el estómago de Esperanza.

Esperanza había crecido más o menos feliz, más o menos ajena a todo.

Primero, corriendo alegre de casa a la escuela y pasando las tardes en la galería de arte de su abuela Beatriz; luego, convirtiéndose en una jovencita tímida y risueña que disfrutaba con el arte y leía libros. Dos años antes, cuando Esperanza estaba a punto de cumplir los catorce, recibió una nota que le entregó en mano Beatriz. La nota, origen de asombro para todos en la familia, venía firmada por Matías y decía:

Por tu santo, ven a mi estudio. Tengo algo para ti.

Tu tío Matías.

Era la primera vez que Matías manifestaba ser consciente de que su sobrina existía, a pesar de que lo había sido desde el primer instante en que la concibieron Raquel y Rolando, aquella noche de concierto de violín. Y es que Matías, que salía a la calle solo por obligación y que había enloquecido entre sus óleos, o al menos así se pensaba, empezó a demostrar un inusitado y conmovedor afecto por su sobrina Esperanza.

Matías no sanó, quizás porque nunca había estado enfermo. Ni loco. Ni padecía mal alguno. La misantropía busca subterfugios; el aislamiento, excusas; el tedio ante lo humano, pretextos. Pero aquel día, cuando su sobrina aceptó la invitación y entró en la vivienda acompañada por la abuela Beatriz, todos comprendieron en la familia que algo estaba cambiando, y que si Matías no sanaba, al menos ya no era el mismo.

Matías llevaba toda su vida encerrado en aquella casa, apenas permitiendo que otras personas se dirigieran a él. Aprovechaba los rayos de sol que se colaban en el patio para caldearse la cara, era capaz de pasar semanas enteras sin articular palabra y recibía, como un regalo, las visitas de su madre cada día cuando le llevaba qué comer.

Pintaba y pintaba. Pintaba hasta la saciedad, hasta retorcerse, hasta paliar el sufrimiento con nuevo sufrimiento. Se despertaba envuelto en sudor, gritando el nombre de su padre, y veía atizadores de chimenea volando por la estancia y recordándole lo que hizo con solo siete años. Dibujaba en grandes papeles, en lienzos y hasta en las paredes, siempre con rojo como base, salpicando con sus manos las atmósferas generadas como si el carmín de alizarina fuera a redimirle. La niñez le había conducido al mutismo. Sus años de mozo, al hartazgo. Su juventud, a la fobia más cruel y productiva, aquella que solo genera monstruos u obras de arte.

Esperanza, vigilada por los guardias, recordaba el episodio del día de su cumpleaños como si no hubieran transcurrido dos años y como si todo el capítulo de su detención no fuera realidad. Tiritaba a los pies de sus captores, en la cuneta, muerta de miedo, esperando un camión que no sabía muy bien qué iba a suponerle. Solo pensar en aquel episodio de hacía dos años la reconfortaba.

Cuando subieron a la vivienda de Matías, Beatriz se esforzó por mostrarse amable con él, como siempre. Estaba cansada, abatida, desconcertada; sus algo más de sesenta años parecían cien. También a ella se le seguían apareciendo atizadores en sueños, pero, sobre todo, Marcel. Marcel Hugarte. Marcel Noviembre. Tan lejos, tan cerca.

Con frecuencia el peso de la vida no se mide en tiempo, en cumpleaños, sino en cómo el alma se conforma o no con los acontecimientos que ha de asimilar. Beatriz, para quien la existencia se había convertido en un continuo recuento de ausencias, no estaba tan envejecida por el transcurso de los días como por la impronta que aquellas, las ausencias, dejaban en su alma. Era una mujer triste, cansada tal vez, hastiada de que los suyos no le sobrevivieran o de que quienes lo hacían, como Marcel, sobrevivieran lejos, allá donde la ausencia no compensa las presencias.

Entraron en la habitación donde pintaba Matías. Este, milagrosamente, se había aseado, aunque estaba descalzo y evidenciaba el descuido acumulado. Se ocultaba tras una feraz barba que le confería cierto aire de ermitaño, o quizás de pirata. Las hizo entrar y las invitó a tomar asiento en sendas sillas.

–Toma –dijo a su sobrina, tendiéndole un paquete burdamente envuelto en papeles de estraza–. Ya es hora de que lo tengas. Y ahora, me voy. Tengo que pintar.

Cuando la jovencita abrió el regalo y lo desenvolvió, descubrió un cuadro. En ese instante, Beatriz se echó las manos a la cara y comenzó a llorar.

En la cuneta, con los labios cuarteados, no sabía por qué la habían detenido ni cuánto duraría aquel calvario. Absolutamente nada. ¿No habían anunciado que se había acabado la guerra? ¿Por qué la mantenían detenida? Acuclillada, atada de muñecas y tobillos, mientras los dos guardias charlaban, fumaban y bromeaban, recordaba el día del estallido de la guerra, los

primeros gritos, las banderas... Las campanas en la iglesia de la Concepción, las carreras, las noticias confusas. Nadie atinaba con qué hacer o qué no hacer. Es lo que tiene el estallido de una guerra, que siempre sorprende a las biografías con el guion sin escribir, como sucedió en San Telmo.

—¿Y a esta cría?

—A esta cría que la den por el culo.

—¿Por qué está detenida?

Esperanza, disimuladamente, agudizó los sentidos. Si iba a morir o si iban a encerrarla o si iban a forzarla o si iban a lo que fuera, al menos se merecía saber la razón.

—Por anarquista.

—¿Esta cría es anarquista?

—Eso dice la orden de detención. ¿Verdad, putita? —y la golpeó nuevamente con la puntera de su bota reglamentaria—. Ahí donde la ves, anda trayendo explosivos desde Asturias. A los asturianos también había que haberles dado bien por el culo.

—No puedo creerme que esta niñaata...

—¡Que sí, cojones, que sí! ¡Aquí lo dice el papel —exclamó el cabo, extrayendo un gran sobre de su guerrera y abriéndolo para leer—: “Azucena Alario Mielgo. Veintidós años. Anarquista. Traslado inmediato a Huesca”.

Esperanza pareció resucitar. Se trataba de un error. Estaba allí por un error. Alguien se había equivocado. Alguien había metido la pata. ¡No era Azucena! ¡Azucena era una chavala de San Telmo algo mayor que ella, casada con un sindicalista fusilado! ¡No era Azucena Alario Mielgo! ¡Todo el mundo sabía quién era Azucena! ¡Por Dios! ¡Se trataba de un error!

—¡Yo no soy Azucena Alario! ¡Soy Esperanza Astorquiza! ¡Soy Esperanza Astorquiza!

—¡Cállate, cojones!

El dolor dio paso a la tristeza.

La tristeza es una emoción que colapsa la faringe y arquea los hombros. A veces deriva en melancolía y, entonces, como versos malditos, las frases se vuelven profundas y hermosas y las manos crean al dictado de los latidos. Es la melancolía de los poetas, la de los pintores, la de los compositores. Otras veces, en cambio, se convierte en tristura y, como espinos en torno a un

vástago de madera, así sus púas erosionan los pilares de nuestra estructura y nos debilita cruel e inmisericordemente.

En ese instante apareció una ruidosa motocicleta, guiada por un tipo embutido en un largo gabán fascista, luciendo un casco semicircular y gafas de aviador, y se detuvo frente a ellos. Era José Luis Rolando, el extravagante.

–Está libre.

El silencio fue más denso que el dolor.

–Está libre, cojones. Y yo estoy hasta los huevos de que nadie haga bien su trabajo. Cada uno a los suyos. Vosotros, por la carretera al cuartelillo. Tú, chavala, por el alcorce al pueblo; los tuyos te están esperando. A tomar por el culo.

* * *

El 2 de abril de 1939, Beatriz salió a la calle, se plantó ante el escaparate de “Galería Tussaud. Arte y Relojería”, y agarrando con decisión el trapo y el balde de hojalata, empezó a limpiar la pintada. No tardaría en llegar Tristán.

Tristán y Carmen habían pasado la guerra como habían podido. Ella ayudaba en la escuela, atendiendo a niños cuyas vidas se habían tropezado con la orfandad y cosiendo emblemas en las guerreras de los soldados. Él, convencido de que habría de ser muy hábil para no verse salpicado por lo sucedido con su tía Lina, la sufragista, y por el hecho de que gente muy próxima a ellos, como David, Pilar o Eusebio, fueran milicianos reconocidos o nacionalistas de carné, comenzó a alternar en el Casino con oficiales nacionales y con miembros de Falange, toda vez que le brindaron la oportunidad de elegir en qué bando posicionarse.

Sin embargo, las cosas no fueron sencillas para el negocio y, si bien abundaban los encargos de algunos mandos, que se hacían grabar los nombres en relojes o que pedían portarretratos de plata para enmarcar sus fotografías de gala, el arte se detuvo en la galería. No entraban ni salían obras, y ya ni siquiera se vendían los ostentosos regalos que habían hecho que la sala adquiriera fama durante los últimos años de la República.

Habían quedado atrás los sonados eventos de la Tussaud, los conciertos, los cócteles, las inauguraciones de exposiciones. Se había diluido, casi como

si nunca hubiera ocurrido, la época de las acuarelas de García Beltrán, los óleos cubistas de Figuera o Boadilla, los desnudos llegados de Granada de la mano de Suárez-Portillo, las esculturas a partir de huesos de jamón de Velasco, el discípulo de Duchamp... Habían desaparecido los jueves de tertulias, los talleres de carboncillo de Gabriel Mistral, el retratista; y las lecturas compartidas de libros de Valle o Unamuno. La galería estaba muerta; o, si no muerta, en un discreto letargo.

Aquella mañana, Beatriz frotaba la pared descascarillada intentando quitar el pintarrajo que algunos, ante la noticia del fin de la contienda, se apresuraron a garabatear.

—Esperanza está libre, madre.

Beatriz dejó el trapo y respiró aliviada, con los ojos inundados. Miró a su hijo y le sonrió. Sabía que había sido él quien había movido los hilos para dar con ella.

—¿Cómo está? ¿Dónde... dónde está? ¿Está bien? Dime que está bien. ¿Está bien, Tristán? ¿Le han hecho daño? ¿Cómo se encuentra? ¿Podemos ir a verla? ¿Podemos...? ¿Dónde la tienen? ¿Dónde está...?

—No sé más. Sé que está bien. La han detenido por error. Ya la han soltado. Eso me han dicho...

—Pero... pero, dime. ¿Dónde está mi niña? Hay que ir a buscarla. ¿Está en el cuartelillo? ¿Dónde la tienen? ¿La han soltado?

—No lo sé, madre. No lo sé. Solo sé que la han soltado. No tengo más noticias. Esperemos aquí. No sabría dónde ir...

—¡Al cuartelillo! ¡O al Ayuntamiento! ¡Ay, Esperanza! ¡Ay, mi niña! Vamos.. vamos a buscarla.

—No, madre. No sabría dónde... Mejor la esperamos aquí. Vendrá ella.

—¿Cómo puedes ser tan frío, Tristán? ¿Es que piensas que me voy a quedar aquí limpiando esta pintada mientras Esperanza anda por ahí?

Tristán abrazó a su madre hasta que ella se tranquilizó. Sin desembarazarse, la mujer se sintió calmada, respiró varias veces profundamente y susurró:

—Gracias...

—Ha sido Rolando. Él la ha liberado.

—¿Lo sabe? —musitó Beatriz.

—Madre... ha tenido que saberlo, sí.

Beatriz se soltó, dio un paso atrás y miró el trapo que aún tenía en la

mano. Un borrón de tinta manchaba la fachada tras ellos.

–Ya seguirá limpiando luego Carmen, madre –dijo Tristán.

–No, yo lo haré –respondió Beatriz sin admitir réplica.

Ya solo se veía el “enemigo, no” de la frase con que habían querido amilanarlos: “La guerra termina pero el enemigo, no”.

–Saldremos adelante, madre. Fusilaron a la tía Lina. Se han llevado a Esperanza sin saber por qué... Hemos perdido gente... San Telmo no volverá a ser lo que era... Pero saldremos adelante. Saldremos adelante como siempre hemos hecho.

–¿Sabes qué siento, Tristán? Soledad...

–¿Soledad? –respondió sin disimular su dolor, herido por su madre–. Nos tienes a Carmen y a mí... y está Matías... Saldremos adelante. Tengo planes. He hecho amistades...

–Soledad, Tristán. He pasado miedo. Y angustia. Y he tenido que hacer esfuerzos por comprender por qué tú eres ahora amigo de los mismos que han matado a Lina, de los mismos que se han llevado a tu sobrina. De los mismos que nos han pintado esto... ¡Oh, sí, angustia por no saber qué era de Esperanza! Sí, angustia por no poder hacer nada. Y miedo, sí. Y una gran pena al verte ahora vendido a los fascistas. Pero, sobre todo, soledad, Tristán; por encima de otros sentimientos, lo que más me pesa es la soledad. Pero he aprendido a que no se me note, a disimular mis heridas. Llevo... toda la vida guardando en mi interior los golpes, las dudas, los remordimientos, las angustias... Y eso, hijo mío, no produce sino soledad.

–Abuela... –susurró Esperanza a su espalda, con los ojos arrasados y la mirada perdida. Era un auténtico despojo, rota por dentro y por fuera, tan vapuleada que parecía haber envejecido diez años en tres días.

Beatriz y Tristán se abalanzaron hacia ella. Él la rodeó con sus brazos; Beatriz la besaba y examinaba, sin dejar de preguntarle si se encontraba bien. Pero Esperanza no contestó. Esperanza no contestaría. Esperanza tardaría días en recuperarse, si es que alguien se recupera de algo así.

Que José Luis Rolando se uniera a la lista de muertos en aquel arranque de abril del treinta y nueve no puede sino achacarse a la mala suerte; o a la buena; o al destino; o a los hados, tan caprichosos cuando se trata de hacer apuestas; o simplemente a la motocicleta, empeñada en bloquearse al llegar a

las curvas del monasterio, tan cerca del mar, a la entrada de San Telmo; o al infortunio de ir a perder el control frente a los pretiles y colarse entre dos de ellos; o a la macabra circunstancia de que el gabán se enganchara en el motor cuando el salto al vacío, volando hasta el agua para, máquina y hombre, hundirse lentamente por siempre.

Hallaron la moto en las rocas, cuando bajó la marea. Del cuerpo nunca se encontró rastro alguno, llevado por las corrientes hasta mar abierto.

II

CENA DE NAVIDAD DE 1939

Las ausencias pesan más que
las presencias por afiladas que sean estas.

Nuria repasa sus anotaciones y concluye que, de una vez por todas, tiene que saber qué sucede con el cuadro, de qué cuadro se trata y por qué quien ha escrito el diario sabe tanto de la vida de todos. ¿O es que el legajo lo ha escrito más de una persona?

–¿Y si es todo falso? –se pregunta.

La galería va a abrir las puertas en breve con dos exposiciones simultáneas. Son semanas de intensa actividad y de muchos contratiempos: la imprenta, los marcos, las luces que hay que modificar y que se funden cada poco, los de la empresa de *catering*, la selección de música... Disfruta con los preparativos, aunque la lleven a desesperarse y a despertarse en mitad de la noche para anotar algo en su libreta.

–¿Jorge?

–¡Por Dios, Nuria! ¡Son las seis de la mañana!

–Perdona, Jorge. Oye, una cosa... me he dado cuenta de algo...

–¿Y me lo tienes que decir ahora? ¡Joder, Nuria! ¡Me has despertado!

–Entre los objetos personales de Dolores Hugarte había muchos cuadros, muchas acuarelas... ¿te suena si había algún óleo como de treinta por veinte?

–¡No me jodas, Nuria! No lo sé. ¿No podemos hablar de esto dentro de un par de horas?

–Mira lo que he leído en el diario, Jorge:

Esperanza es, a lo largo de lo que le restó al año treinta y nueve, un ser frágil, triste e indefenso.

Pasa los primeros días en casa de mi madre, hasta que, poco a poco, se va encontrando mejor.

De todas formas, no será hasta que se mude a vivir con Tristán y Carmen que empiece a levantar cabeza. Y, sobre todo, hasta que no conozca a Guillermo, el que más tarde será su marido.

–Nuria. No te sigo. De verdad... son las seis de la mañana...

–Dice “a casa de mi madre”. ¡Las páginas del señor Joaquín las escribió Matías! ¿Entiendes? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? ¡Matías, Jorge! ¡Lo escribió Matías!

–Bien, ¿y?

–Que hay que averiguar cómo llegó el legajo desde Matías hasta el señor Joaquín. Y hay que averiguar qué pasó con ese dichoso cuadro. ¡Tenemos que saber de qué cuadro se trata! Yo creo que está en la habitación de la señora Dolores.

–¿Y todo eso no podía esperar a media mañana?

–Jorge... tengo una intuición.

* * *

La Navidad de 1939 fue triste. Consiguieron esquivar el racionamiento y la escasez de combustible gracias a los contactos de Tristán, pero fue triste. Hubo cena y hubo un nacimiento montado en el vestíbulo, pero la tristeza impregnó cada pared de la casa roja en mitad de la calle Cruz. Demasiados muertos a las espaldas, demasiado recientes. Muertos demasiado vivos en la memoria.

Los muertos, cuando no mueren en los gestos que se esperan, cuando permanecen vivos en la sombra del sofá o detrás de la puerta de la cocina, cuando no han desaparecido del calor de la cama o de los pasos en el piso, siguen vivos. Los muertos de una guerra, más, porque reivindican su derecho a explicaciones y nos asaltan con preguntas como de dónde venía la bala o por qué mi nombre y no otro. Los muertos, cuando no ha habido cuerpos con que enterrarlos, son fantasmas que arañan el pecho de los vivos. Los muertos se resisten a morir si el luto es un luto sin cerrar, si el duelo es un duelo sin responso.

Las ausencias planeaban sobre la mesa mientras Beatriz repartía el guiso de berza. Todos miraban sus respectivos platos, a la espera de que, una vez cumplimentados, la abuela pronunciara alguna frase, alguna oración. Tragó saliva, se limpió las manos en el delantal y, quitándoselo y apoyándolo

meticulosamente en el respaldo de la silla, bajó la vista hacia el perol y comenzó a hablar.

—Mi vida ha estado marcada por las navidades tristes. Por una razón o por otra, mis navidades siempre han sido tristes...

Entonces, se abrió la puerta del comedor y apareció Matías. Se había afeitado la barba y se había cortado el cabello; era evidente que lo había hecho él y que no había tenido mucho tino, pero su cambio de aspecto resultaba sorprendente. También se había metido dentro de un traje que sabe Dios de dónde había sacado, aunque, por el gesto de Tristán, se lo había proporcionado este. Sin sonreír, pero con el rostro relajado y las manos limpias de pintura, avanzó tres pasos hasta su madre, la besó en la mejilla y, tomando asiento, continuó escuchando.

—... navidades tristes... y momentos de dicha, paréntesis de la existencia en los que hemos tenido que superarnos. En esta penosa Nochebuena, quiero leeros una carta que recibí hace días y que he guardado para leerla precisamente hoy que estamos juntos. No os fijéis en la persona que la escribe sino en la huella que esa persona ha dejado en mí. Ya va siendo hora de que mi soledad sea compartida; no veo otra manera de sobrellevarla. Dice así:

Querida Beatriz:

¿Cómo no tenerte presente ahora que termina el año, un año más, un año que sumar a todos cuantos llevamos el uno en la vida del otro? ¿Cómo no enviarte unas palabras si son estas cartas el único puente que mantenemos tendido?

Las noticias que llegan desde allí son terribles y, aunque el gobierno de Franco se empeñe en vender en el mundo que el país goza de paz y estabilidad, sé que la guerra ha sido dura y no menos duros todos estos meses. ¿Cómo estáis? Perdona la pregunta. Seguro que mal; no hay manera de estar bien cuando todo se pone en contra, cuando se pierde a seres queridos y cuando el futuro es tan negro como el presente que toca vivir. Me encantaría saber qué decirte, cómo consolarte, de qué manera apoyarte...

¿Seguís con la galería? No son buenos momentos para el arte, desde luego, cuando lo que se impone es sobrevivir. Me decías en cartas anteriores que la cosa estaba muy complicada pero que buscaríais la fórmula para volver a ser lo que fuisteis. No me cabe duda. Contigo al timón, no habrá problema. Y con Tristán... Tristán es hábil y sabrá orientar el negocio, seguro. Superaréis estos aciagos tiempos...

¿Y Matías? ¿Continúa pintando? Sabes que siempre he tenido debilidad por él y por su estilo.

Gracias, por cierto, por la acuarela suya que me enviaste con tu penúltima carta, creo que en la última mía no te lo agradecía. Ojalá él sea feliz entre pinceles. Joaquín, mi hijo, sin embargo, no ha heredado la afición por la pintura; es bueno en el deporte (sobre todo peleando y nadando) y muy ingenioso para copiar las caligrafías ajenas (no te imaginas qué bien reproduce las letras de otros), pero de pintar no quiere saber nada. Me habría encantado que tomara la paleta, pero jamás ha demostrado interés por ella. Eso sí, es un chico a quien le entusiasma leer: pasa horas y horas leyendo y releendo, haciendo anotaciones a partir de los libros que devora y memorizando poemas.

El día a día en Nueva York es intenso, no demasiado confortable pero sí ordenado. Me da cierto pudor hablarte de ello cuando sé que en San Telmo estáis tan mal, pero quiero que lo sepas porque es la fórmula que sigo para saberte en mi vida. Continúo impartiendo clases. Por otra parte, pronto publicarán mi primer libro de poemas. Se trata de un breve compendio de versos que va a imprimir una pequeña editorial de Brooklyn que tiene por nombre *Mackennitte Printers*. Me encantará enviarte un ejemplar cuando se edite. Además, espero el próximo año exponer nuevos cuadros. ¿Recuerdas cuando éramos jóvenes cómo pintaba en aquel estilo tan sucio y atmosférico que llamaban Impresionismo? Ahora he descubierto el Surrealismo. Prometo hacerte llegar una fotografía de la muestra, si es que se llega a llevar a cabo.

Estoy fuerte y sano, a pesar de que he pasado de los sesenta y seis. Con Joaquín practico boxeo en un viejo gimnasio regentado por irlandeses, a dos manzanas de nuestra casa. Es un muchacho robusto y audaz, en cierta medida como lo era yo a su edad, y, aunque no navega, se da buena mano para todo lo que tenga que ver con la aventura. Caza en Nueva Jersey, escala montañas y nada como un auténtico tiburón cuando, en las tardes de verano, acudimos a las orillas del río Hudson. En cierto modo, me recuerda a mí, salvando las distancias. Su intención es viajar a España. Dice que necesita conocer el país de sus padres antes de cursar estudios para ser periodista. Yo lo que creo es que quiere ir a ver de primera mano toda la represión franquista; es un tipo con nobles ideales.

Este tiempo ha sido complicado. Habría dado un año de mi vida por haber vuelto a navegar. Me arrepiento de no haber tomado partido en la guerra, oculto como he estado en mi torre de marfil, más pendiente de mí que de lo que sucedía al otro lado del Atlántico. Ojalá hubiera pilotado, hubiera llevado alguno de aquellos barcos que partieron con refugiados, hubiera socorrido a la República. Ojalá me hubiera hecho presente, hubiera ayudado a los tuyos, hubiera estado a tu lado... Pero he sido un cobarde, un acomodado, y es por eso que te pido perdón, Beatriz.

Me produce cierto pudor rememorar nuestras locuras, el riesgo aquel, las citas clandestinas a escondidas de tu marido, cómo regabas mis hortensias y cómo charlábamos infinitamente hasta las seis menos cuarto cada tarde. Siento alegría por lo vivido, melancolía al echarme de menos y vergüenza por no haberme hecho presente durante la guerra. ¡Ojalá hubieras dicho que sí cuando

te pedí que te casaras conmigo!

Hoy la tarde en Nueva York está gris, como tantas veces en esta época del año. Mercedes llegará de su nuevo empleo como responsable de la sección de sombreros de unas galerías de moda que hay en la avenida Roosevelt, un sitio de ocho plantas repleto de escaleras mecánicas y vitrinas con ropa. ¡Es tan amable y buena Mercedes! ¡Os parecéis tanto! La miro y comprendo que estoy con ella porque es la mujer más parecida a ti que he encontrado. ¡Ay, Beatriz! ¡Y que pase la vida y sigas siendo la persona que ocupa mi corazón!

Espero cada carta tuya como agua de mayo, y aunque llegan cada tres o cuatro meses, son mi manera de seguir abarloado a ti.

Abarloado a ti.

Siempre tuyo,

Marcel Noviembre

—Ahora sabéis la verdad de todo.

El silencio hizo que la sopa se solidificara, las velas en el candelabro dejaran de titilar y el suelo se abriera a sus pies. Todo flotaba en la estancia. Carmen escondió su mirada en el plato, al tiempo que Tristán se levantaba claramente turbado, enfadado.

Iba a intervenir. Iba a decir a su madre que aquello era inadmisibile, que tendría que dar muchas explicaciones, que se dejara de tonterías... ¿Qué necesidad tenía su madre de leer aquella carta en Navidad, para arruinar una cena y una reputación? ¡Inconcebible! ¿Su madre adúltera? ¿Qué diablos significaba aquello? Iba a pedir explicaciones. ¡Claro que las pediría! Iba a estallar rojo de ira, pese a que su mujer le sujetaba colocando su mano sobre la de él. Iba a censurar a su propia madre... Pero no lo hizo. No le dio tiempo; se adelantó Matías.

—Un día, siendo yo un mocoso, Marcel Hugarte me encontró por la calle. Era la época cuando tú, Tristán, ibas y venías con aquellos amigos tuyos y yo vagaba en solitario por San Telmo, mudo de miedo y de pesadumbre. Se topó conmigo cerca de la parroquia y sucedió algo, algo que nunca os he relatado. Ya que estamos de confesiones, es hora de que os confiese algo. Aquel hombre siempre me había llamado la atención, tan apuesto, tan seguro, tan extravagante... Me cogió y me llevó a su casa...

El discurso de Matías sorprendió a todos. Beatriz, que había vuelto a sentarse, escuchaba a su hijo, intentando adelantarse a la noticia. Los pulsos se aceleraron. Tristán, aún en pie, miraba severamente a su hermano. No

comprendía por qué, desde lo de Esperanza, se había vuelto más hablador, como si algo en su interior se le hubiera despertado. De alguna manera, añoraba al Matías ausente.

–Vi su estudio. Me enseñó sus obras, sus herramientas, sus pinceles y aguafuertes. Apenas me dijo nada. Simplemente me permitió vagar entre papeles y telas, entre tarros con pigmentos y bocetos garabateados. Yo no articulé palabra, y me limité a observarlo todo como quien quiere aprehender cada instante. Por fin, se arrodilló para tener su cara a la altura de la mía y, agarrándome de ambos hombros, me dijo que tendría que ser fuerte y que en la pintura siempre encontraría respuesta a mis preguntas. Luego me regaló un pequeño cuadro que yo guardé en mi habitación y que conservé hasta que te lo regalé a ti, Esperanza, el día de tu catorce cumpleaños. Ese cuadrito me había acompañado secretamente desde entonces, desde aquel día en que me lo regaló Marcel. Me dijo que, cuando volviera a querer, sería libre, como él lo era por el hecho de querer a nuestra madre. Supongo que en el momento no entendía mucho, pero con el tiempo he sido capaz de descifrar aquel gesto, que ahora entiendo como un gesto de amor. Por eso ahora aquel cuadro es tuyo, Esperanza, sobrina amada mía.

Beatriz sintió dos lágrimas recorriéndole la mejilla, pero era incapaz de enjuagárselas, paralizada como estaba por la revelación de su hijo. Tristán, a la vez, se sentaba junto a su esposa. Esperanza escuchaba atenta.

–Aquel cuadro te lo di porque comprendí que nunca tendría hijos y que tú, sobrina mía, sin una madre que te cuidara, eras el ser más frágil de nuestra familia, el más vulnerable, igual que yo lo fui cuando Marcel me lo regaló. Me alegro de que ese cuadro ahora sea tuyo. Ojalá cuando quieras a alguien, se lo legues.

–¡Maravilloso! –interrumpió sarcásticamente Tristán– ¿Más sorpresas? ¿Alguien tiene algo más que confesar hoy? Primero tu carta, madre, arrojándonos sobre la sopa la verborrea de un tipo egoísta que dice que no deja de pensar en ti y con el que, por lo visto, te veías cuando aún estabas casada. ¡Oh, estupendo! ¡Es el mejor regalo navideño que un hijo puede recibir de su madre!

–Tristán... –susurró Carmen.

–Una carta estúpida –siguió, haciendo caso omiso a su mujer–, escrita por un ser estúpido que solo piensa en sí mismo. Una carta como, por lo visto..., ¡por lo visto, madre!, tantas otras. Espectacular. ¿Tengo que aplaudir? Y

ahora la confesión de mi propio hermano encumbrando a ese cínico... ¡que coqueteaba con mi madre cuando aún vivía padre y que sigue coqueteando mientras está casado con esa tal Mercedes! De verdad, vosotros sí que sabéis celebrar la Navidad, sí.

–Tristán, ya basta –ordenó Beatriz.

–¿Sí? ¿Ya basta? ¿Estáis seguros?

–Ya basta, hijo. Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

–Ah, sí, claro. Ahora me sales con una cita del mismísimo Evangelio, madre. ¡Maravilloso!

–Tristán... Ya...

–Tristán, tío –era Esperanza–, es Navidad.

–Te lo ruego, hijo mío –suplicó Beatriz–. No te enfrentes al destino. No reniegues del pasado. Es Navidad. Cenemos. No ha habido ni un solo día de mi vida desde que naciste que no haya dado gracias a Dios por tu venida, hagas lo que hagas y pienses lo que pienses, estés con quien estés o tengas las amistades que tengas, soy tu madre y estaré incondicionalmente a tu lado. Solo te pido que tengas al menos la mitad de consideración hacia todos nosotros que te tenemos nosotros a ti. Te veneramos, Tristán. Siempre has sido el orgullo de esta familia. Quiérenos con nuestras tachas y nuestras debilidades... igual que nosotros te queremos a ti con las tuyas.

Beatriz, en pie junto a Tristán, le tomó las manos, le besó en la frente y le sonrió.

–Feliz Navidad, madre.

–Feliz Navidad, familia.

III

EL MAR, LA MAR, SIEMPRE AMANTE Y SIEMPRE CONDENA

Ya te dije que lo que hace que la vida merezca
la pena es lo que me susurras al oído. Aún más,
incluso lo que tus silencios cuentan.

Marcel hace tiempo que ha dejado de preguntarse por qué sigue con ella. Sonríe. Le gusta recordar cada momento con Beatriz, cada breve capítulo que vivieron juntos, pero siente por Mercedes tal amor, tal sintonía, tal profundo vínculo, que comprende que su vida estará marcada, irremediablemente, por el conflicto.

Se reconforta pensando en su esposa, en especial cuando le recibe en la puerta de su casa, después de un largo día de trabajo, y le regala un beso salvaje, espontáneo, unas veces mordiéndole el mentón, otras hundiendo sus labios en el cuello.

Nueva York es un monstruo de edificios, vehículos y gente. Sobre todo, gente. Variopinta gente, frenética gente, gente con nombres y apellidos en su anonimato, con rostros, con historias que contar. La gente de la urbe, la gente que sucede a otra gente y a otra gente, y la que antecede a quienes hayan de venir después. Y es por eso por lo que, en su pequeño apartamento del East River, Marcel encuentra la paz.

Sonríe porque, pese a todo, se siente bien. Se siente incompleto, pero se siente bien. Se siente feliz. Con Mercedes y su hijo, se siente feliz. Comprende a Beatriz cuando se veían a escondidas de Daniel Sanmartín, y a pesar del desasosiego que le produce pensar que pudieron sorprenderles o que pudieron haberse equivocado, descansa al abrazar a su esposa. Todo es orden, quietud y previsibilidad. Todo, hasta que recibe un ruego de la Compañía Lusa de Transportes por Mar, instándole a aceptar un puesto de piloto para la derrota a Nueva York. Lo acompañan unas letras del viejo capitán con quien ya hiciera la derrota de Santander hace más de quince años.

Piensa que no puede renunciar a la oferta. ¿Cómo decir que no a la idea de volver a navegar? Además, está seguro de que Mercedes lo comprenderá. Joaquín es mayor, un joven hecho y derecho, y va a viajar a Europa. Y, por si eso fuera poco, podrá ganar tres veces más de lo que obtiene con sus clases de literatura a hispanos.

Ella suspira y aclara la frente. No comprende por qué el destino es así de burlón. Por qué después

de tantos años de quietud junto a Marcel, él decide irse. Por qué ha de resignarse a no tenerlo al alcance de la mano. No comprende por qué el mar lo sigue atrayendo tanto.

¿Está escapando su marido? ¿Está reclamando algo? ¿Qué no le ha dado a Marcel que lo empuja a embarcar? ¿O es que no huye? ¿Realmente es que le tienta la oferta de la Compañía Lusa? ¿Es verdad que va a ganar mucho más o quizás él ya está saciado de una vida sedentaria?

Lo mira. Ve a un hombre fuerte, robusto y firme, pero mayor, y se pregunta si responderá bien a los envites de las mareas. Le apetece besarlo hasta reventarse los labios, como ha hecho tantas veces en la discreción de su piso. Morderle. Sorberlo. Le apetece entregarse a su cuerpo desnudo como la primera vez. Dejarse poseer por su virilidad y, al tiempo, atraparlo con sus piernas en un imposible abrazo perenne. Y abofetearlo. Y decirle que lo ama y que, a la vez, lo odia por marcharse. Y jurarle que siempre lo esperará. Y sonreírle como él le dice que le gusta que sonría. Y susurrarle al oído que el mar los unió pero que no piensa consentir que el mar los separe.

El día de la despedida, ambos buscan las palabras en los pliegues del pecho. Mercedes ni siquiera llora. Él permanece erguido, perfecto, hombre. Ella, sentada, lo observa, intentando adivinar si es cierto lo que él le asegura. Sabe que en unas horas va a marchar y, pese a ello, pese a su angustia, no puede dejar de sonreír.

–Me dijiste que nunca nos separaríamos.

–Es un trabajo, Mercedes. Volveré cada dos meses. Esto no durará mucho, un año... Haremos dinero, ganaremos lo suficiente como para establecernos en España definitivamente... Allí nos uniremos a Joaquín si aún no ha regresado.

Mercedes se limita a asentir, a aguantarse las lágrimas y convencerse de que lo esperará todo el tiempo que haga falta. Ve el equipaje dispuesto, los rollos con los mapas, las maletas con los enseres de pintura con los que él la ha bocetado en más de una ocasión. Intuye en los baúles ropa elegante y ropa de navegar. Acierta que, entre sus libros, se lleva algo de Bécquer porque sabe que a ella le gusta. También Alberti.

Se deja agarrar ambas manos. Él instala sus pupilas en las de ella y, mirándola de frente, como ella tantas veces le ha pedido, pronuncia con un tono de voz próximo y sincero.

–Me voy porque es mi trabajo, porque soy un excelente piloto y me lo pide el viejo capitán, que después de tantos años me reclama. Me voy porque quiero hacerlo, aunque no por eso dejará de partírseme el pecho de tristeza cuando suelten amarras y sepa que tú te quedas en tierra. Me voy, Mercedes, porque haré más dinero, con el que las cosas nos serán más sencillas. Y, cuando vuelva, cuando estemos juntos otra vez...

Ella respira afligida y expectante. Sabe qué va a decir él.

–... cuando estemos juntos otra vez, corazón, empezaremos otra vida en España, donde quieras, en el sur, en San Telmo, o donde tú decidas.

Mercedes no puede evitar que dos lágrimas le empañen la vista al tiempo que musita un gemido a

medio camino entre la risa y el llanto.

–Volveremos a abrazarnos y haremos que se detenga el tiempo. ¿Recuerdas cómo me decías que te gustaría detener el tiempo cuando estás conmigo? ¡Ay, Mercedes! Y a mí. Y a mí me gustaría pararlo y guardarlo en el bolsillo. Entonces, solo existiríamos tú y yo. Así que, en un año, pararé el tiempo y viviré a tu lado para siempre. Me verás cada dos meses, y te aseguro que en doce o catorce, cuando hayamos cobrado las derrotas, lo dejaré para siempre.

Luego la besa. La besa largamente, casi como si de verdad el tiempo se hubiera detenido. Primero uniendo los labios y redescubriendo su mullida carne como antesala del aliento. Luego, al entreabrir la boca, acariciando con la respiración la respiración de ella. Después, buscando una lengua que lo busca y logrando fundirse en el roce íntimo de los pétalos que forman sus comisuras. Pero Mercedes calla. Calla y no se atreve a decirle que lo esperará, que lo añorará cada momento del día, y que, cuando estén juntos de nuevo, planearán volver a España. No se atreve a emitir sonido alguno.

¿Cómo decirle que alberga en su interior la semilla de Marcel? ¿Cómo explicarle que han burlado a la Naturaleza y ella se ha quedado nuevamente embarazada? A sus años, contra todo pronóstico, esquivando dramáticamente la lógica. ¿Cómo ponerle las manos en el vientre y confesarle que espera un nuevo hijo? ¿Cómo arriesgarse a que él se sienta atado? ¿A que él se sienta en la obligación de anular su embarque y quedarse con ella? ¿Cómo quitarle a Marcel su mar? Así que calla y confía en que pase pronto el tiempo y él regrese. ¿Cómo arriesgarse a torcer los planes? ¿Cómo decirle que ha de elegir entre su nuevo hijo y navegar?

* * *

Nuria se levanta del sofá sofocada. Teme otro brote de ansiedad. No quiere volver a pasar por un episodio así. Siente la presión en el pecho, la sequedad en la garganta y la vista algo nublada. Hace por calmarse. Respira lentamente y se convence de que tiene que aprender, de una vez por todas, a no somatizar sus emociones.

¿Un segundo hijo de Marcel? ¡Pero si por entonces tenía sesenta y seis años y Mercedes, cuarenta y tantos! Admitamos que fisiológicamente no sea imposible, pero, en aquella época, con esas edades... ¿A quién se le ocurre volver a dejarla en estado? ¡Por Dios, Marcel! Ya era tardana la edad a la que tuvo a Joaquín, con casi cincuenta, pero... ¿otro hijo? ¿Otro nombre en la ecuación?

Aprieta la mandíbula. Intenta relajarla. Nota que le tiemblan las manos.

Siente la tentación de llamar a Jorge, pero se resiste. No. Llamar a Jorge, no. No puede ser que su vida acabe siempre dependiendo de Jorge. Nada de Jorge.

Acude a su pizarra y revisa el árbol genealógico que ha ido confeccionando. Actualiza algunos datos y anota los fallecimientos de Lina, de David, incluso de Eusebio y Pilar Malo, a quienes, a pesar de no ser de la familia, les intuía mayor protagonismo. También, la desaparición de José Luis Rolando. Por cierto que, según una monografía sobre la Guerra Civil en San Telmo publicada recientemente y que con ahínco ha leído en las últimas semanas, Rolando nunca fue encontrado, sospechándose que, o bien huyó de España a América para evitar ser acusado del cuádruple asesinato por el que liberó a su hija Esperanza, o bien, efectivamente, tuvo un accidente con la motocicleta y aguarda aún en el fondo del mar a que alguna marea aflore los restos. Debieron de hallar un foco y un trozo del tubo de escape en la curva del monasterio, justo donde la valla de madera estaba rota, pero nadie tuvo el menor interés en indagar en aquellos fondos cenagosos.

Acude al lavabo y se moja con agua la cara. El frescor parece calmarla. ¿Cómo pudo Marcel concebir otro hijo a una edad tan tardía? ¿Había que creerle cuando decía que seguía pensando en Beatriz? ¿O era todo palabrería suya? ¿O era todo palabrería de quien había escrito el legajo?

Después, se prepara un enorme tazón de café y telefonea a Jorge.

—¿Jorge?

—Dime, Nuria.

—La señora Dolores sí debe de ser hija de Marcel. La tuvieron cuando Joaquín tenía ya diecisiete años. Un embarazo a contrapié.

—Nuria... empezamos la campaña. Este mes voy a estar muy ocupado...

—Jorge, por favor.

—A ver, cuenta. ¿Qué pasa? Mira, ahora mismo estoy vistiéndome porque vamos a hacernos fotos en el puerto. Tengo una agenda liadilla. Si quieres, mañana, te busco un hueco.

—Jorge, por favor...

—Dime. ¿Tan urgente es?

—Necesito, sea como sea, entrar en Los Robles y volver a ver la habitación de la señora Dolores. Tengo la sospecha de que el cuadro que regaló Matías a Esperanza es el mismo que vio Beatriz en la Sala Panorama el día de la inauguración. O, si no, el que pintó Marcel en Cádiz después de su prisión en

Azores. Sea como sea, creo que ha pasado de mano en mano y que ahora lo tiene la señora Dolores. Necesito comprobarlo. ¿Se te ocurre de qué manera podríamos conseguir visitarla o, al menos, entrar en su habitación?

–Nuria, por favor... ¿No te das cuenta de que te estás obsesionando con la historia de esta familia?

–Jorge. ¡Es mi familia!

–Joder, Nuria. Pero la vida sigue. Te estás empeñando en escarbar en la vida de tus antepasados y, mientras, tu propia vida está... está... ¿cómo diría? Tu propia vida está sin completar.

–¿A qué te refieres con eso de “sin completar”?

–Jo, Nuria. No me lo pongas difícil. Además, tengo poco tiempo. He de irme al puerto, me espera el equipo de gobierno allí. No sé cómo explicártelo. La galería no va todo lo bien que podría, tú estás obsesionada con conocer todos y cada uno de los detalles de tus familiares, hace meses que no sales y te diviertes... y, sin embargo, te agobian las facturas y...

Nuria, paseando con el tazón de café en una mano y unas páginas en otra, sujeta el teléfono con el hombro y la oreja. Sabe lo que va a decirle Jorge, y sabe que tiene razón, pero no va a resultarle agradable escucharlo. Se asegura de no perder los papeles.

–... Nuria, no te enfades. Pero es que a veces se te olvida que ya no estamos juntos. Nuria, nos divorciamos. Y te recuerdo que nos divorciamos por ti. Y te recuerdo que eres tú la que has dicho que no a reconciliarnos. ¿Se te olvida? Te he pedido que volvamos, que te cases otra vez conmigo. Nuria, por Dios. Lo siento. Siento ser así de bruto. Eras tú la que necesitaba encontrarse, la que necesitaba espacio, la que necesitaba libertad. Eras tú la que pensaba que nuestra relación no conducía a ninguna parte y la que me pediste que agarrara mis bártulos y me fuera. Nuria... ¡y no hay día que no me llares! Yo, de este juego, me estoy cansando. Estoy a gusto contigo, te ayudo cuanto puedo... pero luego cada uno se va por su lado. Nuria, no es justo. Tú igual puedes gestionarlo bien, pero a mí me cuesta una barbaridad. Todavía te quiero, lo sabes. No he podido dejar de quererte. Pero me hace daño esta relación que tenemos ahora. A veces pienso que solamente me utilizas... No quiero que te enfades, pero te conozco. Así que vamos a hacer una cosa antes de que saltes y me digas nada de lo que luego te vayas a arrepentir. Voy a terminar, y voy a colgar, y antes de volver a llamarme, cuenta cien. ¿Vale? Venga, Nuria, un beso.

Beep, beep, beep.

Uno, dos tres, cuatro, cinco...

Nuria sabe que Jorge tiene toda la razón del mundo.

... seis, siete, ocho...

Nuria sabe que Jorge siempre ha tenido razón cuando se ha tratado de analizar la relación, primero de novios (noviazgo breve), luego de casados (matrimonio breve).

... veinte, veintiuno, veintidós...

Nuria sabe que Jorge siempre ha tenido razón cuando se ha tratado de juzgarla en sus obsesiones y manías.

... veinticinco, veintiséis...

Sabe que él no tuvo ninguna culpa cuando el divorcio, y que fue ella la que, sin superar la inminente quiebra de la galería, cayó en los nervios y en plantearse la relación como si él tuviera la más mínima responsabilidad. Y sabe que siempre ha estado a su lado. Y sabe que la quiere. ¡Claro que sabe que la quiere!

... treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete...

¿O acaso no ha sido Jorge el único que creyó que era posible sacar adelante el negocio? ¿No ha sido él quien la empujó a intentarlo de nuevo? ¿Incluso quien le prestó dinero cuando los bancos se pusieron hostiles y ella necesitaba redefinir el espacio de las exposiciones? ¿No ha sido él el único en quien ha podido apoyarse y el único en quien ha confiado a la hora de desentrañar los entresijos de su familia?

... cincuenta...

—¡A la mierda con llegar a cien!

Deja el tazón ya vacío y, tomando nuevamente el teléfono, marca el número de nuevo.

—Dime, Nuria.

—Jorge... tienes razón. Perdona.

—Mañana a las once de la mañana visitamos Los Robles. Nos reuniremos con la directora. Cosas de la campaña, ya sabes. Foto con señores mayores. Te vas a venir con nosotros. Una vez dentro, tendrás media hora para husmear por tu cuenta.

—Jorge...

—Nuria, me la juego con esto. Tenlo en cuenta.

—Jorge, gracias. No sé qué decir.

–Venga, no digas nada. Un beso.

–Otro, Jorge. Gracias.

* * *

La soledad de Mercedes, de medirse en millas, habría dado como para cubrir la ruta que unía Nueva York con el infinito. El apartamento del East River se le caía encima cada vez que acudía la noche a recordarle que sus dos hombres estaban lejos, Joaquín, en España, y Marcel... Marcel, en otro planeta. Se desesperaba porque su hijo no la escribía, sin saber dónde estaría, qué sería de él en la España de la posguerra. Se miraba el vientre y se preguntaba si, después de haber descubierto lo que había descubierto de su marido, merecía la pena seguir con la gestación.

En una cafetería de la calle Baltimore, ella y Lucía, una asturiana que trabajaba en su misma sección en los almacenes, departían afligidas sobre sus destrozadas vidas. Bebían soda a pequeños sorbos y, entre sollozo y sollozo, ambas se reconocían como dos seres indefensos y abandonados. Lucía había sido despechada por un marine que, después de tener relaciones sexuales con ella, había desaparecido, dejándola en estado. Mercedes, que podía haber sido su madre, escuchaba a la joven y se compadecía de ella.

Lucía era pizpireta, indiscreta y un tanto alocada, pero tan frágil por dentro y tan vulnerable, que, cuando pidió a Mercedes que la acompañara a abortar, las dos se embarcaron en una aventura que iría a cambiarles la vida.

El recorrido hasta el norte de la isla era penoso para una mujer embarazada. Les costó bastante superar la Séptima Avenida, pero más aún la larga calle que conducía hasta la casa de la partera. Les habían hablado de ella en el trabajo y, aunque con miedo en el cuerpo, las dos mujeres se dirigieron hacia allí. De cuando en cuando, se detenían para tomar resuello, después de dos horas de caminar por aceras y parques. Cuando se observaban, ambas descubrían en la otra un gesto grave y malamente disimulado.

–Todo irá bien.

–Seguro que sí.

A Mercedes le habían prevenido sobre la vieja. Le habían asegurado que era rápida y discreta, sobre todo discreta, pero que sus modales no eran muy

finos y que su higiene dejaba algo que desear, por lo que era frecuente que las que subían a abortar acabaran con infecciones. Sin embargo, se lo ocultó a su amiga, pensando que, en definitiva, arreglar una existencia bien merecía una infección.

Cuando llegaron, miraron el portal, tragaron saliva y subieron hasta el segundo piso. Una campanilla de la que colgaba una cadeneta anunciaba el lugar.

—¿Le han dicho lo que le va a costar? —preguntó la partera a modo de bienvenida.

—Sí. Hemos traído el dinero.

—Ya le habrán avisado que hacer esto aquí es más caro que si voy al domicilio de la preñada. Luego tengo que limpiarlo todo, que queda hecho unos zorros.

—Le he dicho que traigo el dinero.

—¿Pero están las dos embarazadas? ¿Van a abortar las dos?

—No... —contestó Lucía sonrojada, torturada por la palabra “abortar”—, solo yo.

—Entonces, pasen al fondo y usted, tumbese en la cama. Acabaremos cuanto antes.

La habitación de los abortos estaba en una alcoba de la vivienda, junto a la cocina. No tenía más de diez metros cuadrados y una ventanita diminuta por la que entraba algo de aire desde la calle.

—Lucía, tranquila. Todo va a ir bien —mintió Mercedes.

—Claro que sí. Tengo muchas cosas que hacer aún. Ese tonto del soldadito no va a amargarme la vida. Además, guardo ahorros. Quizás me vuelva a Asturias. ¿Sabes? Asturias es precioso siempre, pero, en esta época del año, más. Gano muchos dólares con mis arreglos de ropa. Todo el vecindario me busca para que les confeccione cosas.

—¿Y te da para tanto?

—¡No te imaginas a cómo se pagan mis vestidos, Mercedes! Algún día abriré mi propia tienda. “Confecciones Modernas”, la llamaré. Hay señoras de las avenidas centrales que vienen a que les coja patrones. Cada vez se paga mejor. Al principio, cuando me vine de Asturias con mi familia, lo pasé mal, ya sabes. Luego, como todos se murieron cuando la Depresión, me quedé muy sola. Pero ahora... ahora va bien la cosa.

Las dos callaron. Por el ventanuco entraba algo de aire, tan tamizado, que

apenas daba para respirar en aquella insalubre habitación.

—Gracias por acompañarme, Mercedes. Esto es muy importante para mí.

—Es lo mejor —continuó con gravedad Mercedes, fingiendo una sonrisa—. Para esta tarde se te habrá quitado de encima el problema. Llorarás unos días, pero no arrastrarás durante toda tu vida un hijo que no deseas de un hombre que te ha abandonado.

—¿Y tú? ¿Cómo llevas tú tu embarazo? ¿Estás contenta?

Mercedes iba a contestarle que sí, mintiendo. No quería contarle que no, que no estaba feliz, que dudaba de todo, que no sabía si lo mejor era mandarlo todo al garete después de lo que había sabido de su marido. Pero no le dio tiempo porque entró la partera, una mujer enorme que se movía con torpes gestos. Llevaba una suerte de bata remangada y lucía unos brazos fofos y blancos. Portaba en las manos ramas verdes y una especie de ventosa de aspecto siniestro.

—No estoy segura de ello —musitó Lucía.

—¿De qué no está segura, niña? —dijo la partera con voz recelosa.

—Mercedes —siguió Lucía—, no estoy segura de no desear este hijo.

—¿Nos permite un minuto? —pidió a la partera.

Esta salió nuevamente de la habitación, farfullando, empezando a sospechar que aquella señoritinga *gallega* le estaba haciendo perder el tiempo a ella, a la gran Jimena Sosa Trinidad Macaray, la partera oficial del norte de la isla, la estupenda, la siempre ocupada y siempre bendita Jimena, la infalible y directa, la solicitada y expeditiva partera cubana.

—¡Lucía! ¡Mírame a la cara! ¡Deja de llorar! ¡Mírame a la cara, Lucía! Este hijo es de un hombre que abusó de ti y te abandonó. Te pregunté si querías abortar y me dijiste que por nada del mundo; al día siguiente habías cambiado de opinión. No puede ser, Lucía, querida. No puede ser. Decidas lo que decidas, yo te apoyaré. Jamás te reprocharé lo que decidas. Jamás te diré que tenías que haber tomado la otra opción. Nunca jamás te reprocharé nada, en serio. No soy quién para hacerlo. Pero la decisión la has de tomar tú; solamente tú. No puedes decirme que no quieres abortar y al día siguiente que sí y ahora dudar. No puedes, Lucía, porque eso sí te torturará el resto de tus días. Así que decide. Si quieres perder ese niño, el fruto de una pasión estúpida con un hombre que te ha utilizado, adelante. ¡Acaba ya con todo! Cierra ese capítulo, olvídate de él, olvídate del niño y empieza una vida sin arrepentirte de nada, convencida. Yo te apoyaré y estaré a tu lado. Pero si

dudas, si tienes la más mínima duda, deja vivir a esta criatura, quiérela como tu hijo, como el hijo que es, prescindiendo de quién sea el padre. Ámalo día a día y enséñale que su madre, por encima del amor a un hombre, supo amar a un hijo. Tenlo, críalo y ámalo. Lucía, mi criatura... ¡no dudes! Piensa que, si lo que te hace dudar es tu soldadito, tu soldadito no va a volver. No ha vuelto ya y no va a volver. ¡Sé valiente contigo misma! Coge a tu hijo y empieza una vida nueva, lejos de esta ciudad que te asfixia como nos asfixia a todos. Hagas lo que hagas, siempre estaré a tu lado.

Entró la partera nuevamente. Lo más probable era que hubiese estado tras la puerta escuchando, así que no dio opción a que nadie se echara atrás y obligó a Lucía a abrir las piernas. La cama crujió cuando esta se recostó y, con las rodillas dobladas, dejó que la vieja le levantara la falda y le sacara la ropa interior.

Mercedes observaba callada, hasta que la echaron.

—Es mejor que se vaya —le dijo la vieja—. Lo que va a ver no es agradable.

Dispusieron toallas y un barreño con agua templada; también, un mordedor de cuero que ofreció a Lucía con la orden de apretarlo con los dientes si veía que el dolor era muy fuerte.

—Prefiero quedarme —contestó Mercedes.

—Como quiera.

Lucía cesó su llanto. Veía la escena como si ella misma no fuera la protagonista de lo que iba a suceder. Por su cabeza pasaban a velocidad de vértigo los rostros de su gente. Y un dolor en el pecho le recordó que estaba sola en Nueva York, sola en el mundo.

—Mercedes... vámonos. Por fin voy a tener a alguien en mi vida. Este niño ha de crecer sano en mi vientre y lo pariré con orgullo y con fe. ¡Marchémonos de aquí!

Cuando desandaban el largo camino de vuelta al East River, Mercedes comprendió que si aquella chiquilla iba a ser capaz de encarar la vida con su criatura, también ella daría a luz, aunque Marcel, el traidor de Marcel, no estuviera.

* * *

Joaquín se había ido en el *Silver River*, un barco de poca eslora que unía América con España, lento e inseguro, tan ruidoso que hasta las olas se apartaban de su proa para permitirle pasar. Hizo escala en Cuba y, desde allí, navegó hasta las Canarias, donde una avería les retuvo por más de una semana, antes de llegar finalmente a las costas andaluzas.

Era un muchacho de febril energía y bruscos ademanes, gesto sereno y mandíbula prominente, capaz igualmente de emocionarse con una puesta de sol como de enfrentarse a puñetazos en una taberna si alguien le provocaba. Para la edad que tenía, se sentía totalmente autónomo, y una vez que pisó suelo europeo, pensó que se abría ante él un universo sin límites.

Empezó por visitar Sevilla, donde vio la casa de sus abuelos maternos y algunos parientes lejanos que le acogieron de buena gana, con tal de tener noticias de Mercedes. Se encontró un país devastado por la guerra pero una ciudad ansiosa de luz que le cautivó. Sus plazas, sus gentes, el aroma de los vinos en las plazuelas, el bullir de las mujeres bajo sus mantillas, el color de las fachadas. ¡Todo era tan distinto a Nueva York! En Triana conoció el flamenco; en las orillas del Guadalquivir, pícaros mozos con los que jugó a ser torero, tirando de trapo ante unas astas montadas sobre una carretilla; en la catedral, aprendió de moros y conversos; en las callejas, se acercó a las tertulias de poetas en las que parecía que nunca hubiera habido una guerra. Tenía noticias de Falange y Franco, escuchaba el *Cara al sol* por bulerías y leía periódicos que alertaban sobre lo que sucedía al otro lado de los Pirineos. Atendía los seriales radiofónicos en los enormes aparatos de radio que había en los bares, y le enseñaron a jugar a los naipes y a beber de botijo.

Nazaret era hermosa como el brillo del río al pasar bajo la Torre del Oro, tan canela ella, tan confortable, que Joaquín comprendió, desde el mismísimo instante en que ella le sonrió, que jamás la olvidaría. Tenía el cabello negro morlaco y los ojos profundos y claros de la luna sobre la Cartuja.

Ella caminaba por el puente de Isabel II. La brisa besaba su cabello negro, recogido en un moño grueso a la altura de la nuca, y sus manos, gráciles y oscuras, parecían dibujar filigranas en el espacio. Él, hipnotizado por la vista del río, no atendía sino el transcurrir de las aguas y las sombras onduladas del tajamar, por eso no vio que, al encuentro de la joven, llegaba un tipo malencarado y grande, con gorrilla de medio lado, barba hirsuta y manos en los bolsillos.

Al cruzarse el tipo con Nazaret, ella se separó dos pasitos a la izquierda

para no coincidir con él, pero él también se movió y cortó el paso de la muchacha.

—Hay qué ver qué triste está el sol hoy, señorita, que *sá quedao* eclipsado por la belleza de sus *ohos*.

Nazaret sonrió y continuó adelante. Estaba acostumbrada a piropos y halagos, pero no por ello se sentía cómoda. Ante las palabras del hombre, Joaquín levantó la vista y observó lo que sucedía.

—¡Ya me gustaría a mí que esos *ohos* me miraran, morena!

Nazaret se violentó. Una cosa era una flor y otra, un grandullón agarrándola del brazo.

—¡Suélteme, por favor! ¡Me hace daño!

Nazaret forcejeó. El tipo sonrió y la agarró también con la otra mano.

—¿Qué pasa, gitana? ¿Es que no te *dehan* mirar a un payo?

—¡Déjeme en paz!

Joaquín se puso alerta. No sabía si debía intervenir o no, pero se fue remangando la camisa hasta la altura de los codos.

—Dame un besillo, morena...

—¡Está borracho! ¡Déjeme en paz!

Y Nazaret, que en absoluto era una muchacha sumisa ni débil, se revolvió contra su agresor y le escupió en la cara. Al instante, el bravucón levantó su enorme mano para descargar contra ella un manotazo, pero alguien le agarró la muñeca: Joaquín.

—Deje a la señorita. Será mejor así.

El tipo lo miró estupefacto, dio la espalda a la mujer y se plantó frente a Joaquín.

—¿Se *pué* saber qué haces, chaval?

—Deje en paz a la muchacha.

—*M'a escupió*. La muy zorra, *m'a escupió*.

—Váyase por donde ha venido. La señorita lo único que ha hecho ha sido defenderse. Usted ha sido un grosero.

—¡Me cago en *tó* lo más sagrado! ¡Me cago en *tó* y me cago en tu calavera y en el vientre de tu madre! ¡Te voy a partir la nuez, *desgraciao*!

Y el tipo lanzó un puñetazo hacia el rostro de Joaquín que este esquivó sin dificultad, respondiendo con un certero golpe en las costillas del hombre y un *crochet* en la mandíbula cuando se doblaba por el dolor. Sin darle tregua, le propinó un nuevo derechazo, esta vez en la barbilla, y un nuevo izquierdazo

en el mentón. El tipo caía desplomado al suelo.

–¡Déhalo, déhalo, bruto! ¿Es que no ves que lo *va'amatá*?

El bravucón se levantó. No tenía ganas de recibir más. Humillado y dolorido, se separó unos pasos de Joaquín y le aseguró que eso no quedaría así, que ya se encontrarían, ya, y que se anduviera con cuidado por los callejones porque cualquier noche arreglarían cuentas, pero lo cierto es que fue retrocediendo hasta desaparecer por el extremo del puente y abandonar la escena.

–Gracias –le dijo ella secamente. Y siguió su camino en dirección a Triana.

–¡Espera! ¡Espera, mujer! –urgió Joaquín alcanzándola.

–Mejor te será si te vuelves *pa* donde has *veníó*. Yo voy *pa* mi *bairro* y en mi *bairro* no son de *recebir* a extranjeros.

–Dime al menos tu nombre, muchacha.

–*Nasaré*. Y *agora*, *déhame*. *Musho mehó* así.

–¿Nazaret? Qué bonito nombre. Me llamo Joaquín, Joaquín Hugarte...

–*Encantá, Hoaquín*. Y *agora*, *déhame*. No *m'asía farta* que tú me defendieras. Soy una Vega, de la familia Vega de Triana *desque* hay Triana. Me sé *defendé* solilla.

Nazaret aceleró el paso y Joaquín se quedó allí, en mitad del puente de Isabel II, viéndola marchar pizpireta y alegre, seguramente sonriente. No era solo hermosa, era poderosa. La violencia de sus ojos, la potencia de sus gestos...

–¡Y no soy extranjero! ¡Nací en América, pero soy muy de aquí. Muy de aquí, Nazaret Vega, de la familia Vega!

Entonces echó a correr y la alcanzó. Se interpuso en su camino y, exultante y seguro de sí mismo, no le permitió continuar caminando.

–¡Quita, *pesao*! –rio ella.

–No soy extranjero. ¿Por qué dices que soy extranjero?

–Míralo, encima *presumío*. Anda que no es tu ropa rara y tu acento como de inglés. Anda, anda, *salamero*, *mehó* te vuelves que Triana no es bueno *pa* los *salameros*.

–Me voy si puedo volver a verte. Si no, te seguiré allá donde vayas.

–Míralo tú el extranjero, *salamero* y terco –rio ella, realmente complacida por la insistencia del apuesto joven.

–Dime cuándo puedo volver a verte. Haré guardia en este puente...

–*Déhame* o mi *pare* te partirá la crisma. ¡O yo misma te la partiré si no me *dehas*!

–Esta noche, cuando se meta el sol, aquí mismo. Te esperaré aquí mismo. Dime que vendrás. Dime que acudirás. Yo te esperaré. Y si no vienes, si me abandonas, me arrojaré a las aguas del Guadalquivir...

–¡Ja, ja, ja! ¿Pero de *d'ande has salío* tú?

–Te recitaré versos.

–¡Anda, anda!

Joaquín, como si fuera la reencarnación de su padre, el mismísimo Marcel Hugarte, brincó hasta el pretil del puente, con la espalda hacia la caída en vertical sobre el río. Nazaret se sobresaltó. Le pidió que bajara; le dijo que le daba vértigo, que se iba a caer, que no fuera loco. No sabía si reírse por la gracia o asustarse por el peligro. Se sentía halagada, fascinada, transportada, como si todo aquello que le estaba sucediendo, fuera del guion previsto para una mujer como ella, no fuera cierto sino una ilusión.

–¡Que te *bahe* ya, *pesao*!

Y Joaquín, abriendo los brazos en cruz, comenzó a recitar:

*Mírame a la cara, chiquilla,
dame el jardín de tu duende,
que se escondan de repente
palomas de miedo y duda.
Dame tu voz bendita
en las piedras de este puente
y haré de Triana hasta Sierpes
versos con mi fortuna.*

–¡Ja, ja, ja! ¡*Báhate* de ahí, extranjero! ¿Eso es *tó* lo que se te ocurre *paconquistá* una *muhé*? ¡Pues no eres tú tunante ni *ná*!

Joaquín no se amilanó. Implorando al cielo como si fuera un actor en una tragedia romana, declamó:

–*Love is a smoke made with the fume of sighs.*

–¡Anda tú! ¡Y también en *inglé*! No, si ya digo yo que *e* un tunante el extranjero este. ¿Poeta en *inglé*!

–Shakespeare –reconoció.

–Pues *pa* mí, ni *Sespi* ni *Sespa*. Además de guapo, culto nos ha *veníó* a

salir este.

–Te veo esta noche aquí mismo –ordenó Joaquín, saltando hasta los pies de la muchacha.

–De eso *ná*. Al otro lado de Triana, camino del río, hay un solar más allá de la calle Toledo. Si *nostoy*, mañana.

La historia de Joaquín Hugarte y Nazaret Vega fue la de dos amantes que se vieron a escondidas aquella misma noche, y la noche siguiente y la siguiente y la siguiente de la siguiente. La historia de dos amantes que no precisaron palabras. La del beso sobre el beso en una casucha abandonada más allá de la calle Toledo, cerca del descampado de las hogueras. La historia de un “esto es imposible” y un “yo, gitana, y tú, payo”; la de un “si nos pillan, nos matan” y la de “fúgate conmigo”. La historia de “por ti se me quitan hasta las ganas de comer” y un “¿dónde has estado todos estos años?”.

Hay historias que se escapan al guion, que no saben de bocetos ni previsiones. Son las historias que conducen al abismo o a la gloria, que alientan, confunden y producen enormes obras de arte. Son las historias a contrapié, las de las emociones convertidas en salmones remontando los ríos de la cordura. Esas que vivimos solo si somos valientes o locos o inconscientes. Las historias de amor que se saltan las balizas, las que nos colocan en el borde del acantilado y nos empujan a saltar sin saber si sobreviviremos siquiera como para poder nadar una vez estrellados contra las olas. Son las historias delirantes y gratificantes, inspiradoras y viscerales que se escriben sin credos ni prejuicios.

La quinta noche, mientras la esperaba en el solar, pensaba en su padre, a bordo de un buque en la derrota de Portugal; sabía de él, de su juventud, de su amor secreto con Beatriz Tussaud. Sus sentimientos eran encontrados. ¿Cómo no serlos si había leído a escondidas, cientos de veces, los diarios y poemas y cartas de Marcel Noviembre? Y se reconfortaba al pensar que él podría vivir un amor pleno con Nazaret, no dramático como el de su padre con Beatriz; un amor sin importar las consecuencias; un amor sin temores. Y si su padre fue un cobarde, él no lo sería. Y si Marcel Hugarte tuvo que ser Marcel Noviembre para atreverse a amar a la mujer que no debía, él, Joaquín Hugarte, jamás cambiaría de nombre para amar a Nazaret.

¡Porque la amaba! La amaba por encima de todo. La amaba por encima del dolor y el temor y el riesgo. La amaba porque la amaba. La amaba irracionalmente, como solo los grandes amores saben amar. La amaba a pesar de que solo hubieran pasado cinco días desde que la conociera. La amaba como si la llevara amando toda la vida. Y si su padre, ¡pobre de su padre, maldito por no atreverse a amar a cara descubierta!, no pudo construir nada con Beatriz, él sí podría hacerlo con Nazaret. Y si su padre, ¡pero cuántas veces había leído los papeles custodiados, y cuántas veces lo había odiado y se había compadecido y le había perdonado y lo había despreciado y lo había ensalzado y lo había compadecido! ¡Cuántas veces lo comprendía entonces, en Triana, junto a Nazaret!, si su padre no tuvo arrestos, si su padre no supo entregarse a Beatriz, él sí lo haría y se entregaría a Nazaret. Y si su padre, ¡por Dios, qué manera de escribir a Beatriz!, no la había olvidado a pesar de su madre, ¿cómo él iba a dejar escapar a Nazaret?

Su madre...

En el solar, con los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda contra una pared a medio caer, Joaquín se lamentaba por haber desaparecido tan premeditadamente de casa. Sabía que su madre estaría sufriendo por la soledad y el desconcierto, pero él, en cuanto descubrió todas las cartas y diarios escondidos de su padre, no pudo sino tomar el dinero ahorrado y escapar de Nueva York, de la casa, de la familia.

¿Y si su madre se enteraba de tantos años de infidelidad? ¿Y si su madre descubría el escondite de su padre tras el armario y encontraba sus páginas y leía las cartas? ¿Y si su madre tenía noticias de que Marcel se había casado con ella pero seguía amando a una mujer del pasado?

Su madre era la metáfora andante del desierto emocional, la soledad hecha carne. Una isla en mitad de la isla, Mercedes contaba los días sin carta de Joaquín y apuraba sus momentos de aflicción con canciones que canturreaba a la criatura que llevaba dentro, y tanto sufrimiento y tanta pena le acarreaba no tener noticias, que decidió que si aquel vientre paría una niña, la llamaría Dolores; y si era niño... ¡No! Sería niña.

Por fin, con una velita en un candelero y una sonrisa desbordándole la cara, apareció Nazaret. Llevaba un vestido oscuro, de paño tosco y mangas anchas, pero mostraba, al otro lado de la celosía de su mantilla, un escote generoso por el que afloraba su piel morena como corteza de pan recién horneado, y sobre él, un grueso collar de plata con medallitas labradas. Se

besaron antes de pronunciar palabra.

Desde el río, un arrullo de manglares y corriente traía brisa fresca. Nazaret parecía otra. Por fin, Joaquín rompió a hablar.

–Fuguémonos.

–*Tus tas loco, mi vía.*

–Por ti.

La historia de Joaquín es la historia de quien encontró el amor sin calcularlo y comprendió que nunca, nada, nadie podría arrebatárselo.

* * *

Marcel y el capitán beben nuevamente en el camarote. Han pasado muchos años desde la última vez que lo hicieron. Los dos han envejecido. El vetusto buque de carga de la Compañía Lusa de Transportes por Mar, cochambroso y destartalado, tan estropeado en su casco como los rostros de los dos hombres, cuando navega produce un quejido a lo largo de su eslora como si fuera a quebrarse, y cuando el piloto maniobra para atracarlo, parece que nunca más va a poder flotar.

El Duero sube violento con la marea y han decidido quedarse a bordo para vigilar que no cedan los cabos.

–Capitán... Tengo que pedirle un favor. Quisiera escaparme a San Telmo. Si me las apañó bien, creo que en cinco días estaré aquí.

–¿Cinco días? Imposible, piloto. En dos días zarpamos para Nueva York.

–Necesito volver a San Telmo. Mi hijo Joaquín anda por España y, según lo acordado, irá por allí este mes. Me gustaría coincidir con él... Y ver a antiguas amistades.

–No te creo nada, Hugarte. ¿Qué se te ha perdido a ti en San Telmo? ¡Hace un siglo que no estás allí!

–Bueno, yo...

El buque se mueve con los envites del río. De cuando en cuando, suenan los costillares de hierro y ambos hombres se miran sospechando que no tardarán en dar aviso de fuga de agua. Es un milagro haber cruzado el Atlántico.

–Este barco es una mierda, Hugarte. Acabaremos hundiéndonos con él.

–Resistirá, capitán.

–Está viejo, como nosotros. ¡Y pensar que yo ya era viejo cuando hicimos la derrota de Santander a América! Y tú, un loco piloto insolente. ¡Dios, qué bravura tenías, hijo! Solo pensabas en batirte el cobre con el mar y en acostarte con Mercedes, la gobernanta. Éramos jóvenes e inconscientes.

–Capitán...

–¿Qué hace tu hijo en España?

–Huir de la llamada a filas. Joaquín es joven; acabará tocándole ir a la guerra. Esta guerra nos va a alcanzar a todos. Y, si no, al tiempo

–Tu hijo lo que tiene que hacer es espabilar, viajar todo lo que pueda y aprender... y tirarse a todas las europeas que pueda, como Hemingway.

–¿Qué sabrá de Hemingway, capitán!

–Soy bruto pero no ignorante. Deberías leerlo.

–Mi hijo será un Hemingway. Quiere estudiar periodismo. Ahora anda por España. Pero volvamos a mi tema, capitán. Deme una semana. Si lo justificamos por la meteorología, puedo ausentarme cinco días. No necesito más. Quiero ir a San Telmo. He pensado que puedo conseguir un automóvil...

–¿Qué cojones vas tú a conseguir un automóvil! ¡Hugarte, por favor! ¿Es que sabes conducir?

–No tiene que ser muy difícil –sonrió, apurando su vaso y poniendo una mano sobre el hombro del capitán–. Venga, no creo que a la compañía le importe un retraso de unos días...

–Es que no y es que no. Punto pelota.

* * *

A la mañana siguiente, Marcel abandonó el carguero y enfiló por las calles viejas hasta que alguien le dio orientaciones del camposanto. No podía ir a San Telmo, pero sí podía visitar a *la Preta*; su tumba, su nombre. Caminó a buen paso, guarecido bajo su capa de agua, hasta más allá de Arrábida y llegó al cementerio. Una vez frente a su verja de acceso, recordó sus años con ella y no pudo menos que sentir una punzada en el pecho. Vagó por los carretiles, entre tumbas, lápidas y cruces, hasta que se topó con un empleado, un joven de blusón blanco y altas botas de caña que llegaba desde un extremo con una carretilla llena de herramientas para cavar. Marcel le preguntó por los muertos de 1907. El empleado se sorprendió, y aunque le explicó que no se llevaba un orden cronológico exacto, teniendo cuenta que habían pasado ya más de treinta años, estaría en la zona de los panteones.

Dos horas después, Marcel se daba por vencido. No había encontrado ninguna inscripción con el nombre de *la Preta*: Ángela Bellao. Buscó hasta pasar varias veces por las mismas tumbas, leyendo una y otra vez las filiaciones de los finados, las fechas, los epitafios.

Por fin, volvió a aparecer el mozo de antes, esta vez con varias sogas en el

hombro.

—No ha habido suerte —explicó Marcel—. No encuentro a mi amiga.

El muchacho se encogió de hombros y siguió su camino. Entonces, Marcel se colocó a su lado y le preguntó si a los asesinados sin familia se les colocaba en el mismo sitio que a los muertos con posibles, a lo que el empleado le contestó que no, que si no hay familiares o alguien que costee el sepelio, se les lleva a otro camposanto adyacente, pero que si estaba hablando de 1907, lo más probable era que no hubiera nada porque en aquella época, a los extranjeros, anónimos, miserables y gente pobre, Oporto los enterraba en un viejo cementerio de fosas comunes en la salida hacia Sobreiras, pero que ya no existía aquel lugar porque lo clausuró el consistorio por insalubre alrededor de 1920.

Aquello era como buscar una aguja en un pajar. Estaba claro que la pista de *la Preta* desaparecía en el pasado y que no había ninguna tumba sobre la que recordarla. Agradecido con el mozo, se despidió de él dándole una moneda y abandonó el cementerio de vuelta al puerto. En su cabeza rondaban los nombres de las tres mujeres. *La Preta* fue su cómplice, confidente y amiga. Beatriz, el amor de su vida. Mercedes, su amada compañera. ¿Cómo habría sido su existencia si se hubiera quedado en Oporto y hubiera construido algo con *la Preta*? ¿Y cómo si se hubiera enfrentado a Daniel Sanmartín y se hubiera fugado con Beatriz? ¿Y cómo con Mercedes, si hubiera sido valiente y hubiese cortado su vínculo con San Telmo, en lugar de mantener la llama mediante cartas y poemas?

Sus pasos le llevaron al castillo de Gobernación, que había dejado de ser prisión en 1910 y que para entonces ya empezaba a ser restaurado. Vio sus muros, algunos de ellos con andamios, y sintió un profundo dolor en las sienes al recordar el infierno que vivió en su interior. Sonrió amargamente al comprobar que lo que hacía treinta años fue su presidio, siniestro y hermético, era por entonces un apacible castillo en una hermosa loma sobre la ciudad. Se preguntó qué sería de Heliodoro de Graça, a quien todos llamaban *Grazero*, el auténtico asesino de *la Preta*, y pidió que sufriera al menos tanto como sufrió él en aquella fortaleza y en el penal de Azores.

Apoyando sus manos en las rugosas piedras de la muralla, cerró los ojos y elevó una oración que fue improvisando sobre la marcha:

—Después de una vida de tropiezos y aciertos, aún no sé si tu nombre es Dios o Padre, o como quiera que sea. Pero seas como seas y estés como estés,

deja que hoy vuelva a pronunciarte. Hace años y años que no me dirijo a ti, quizás porque tengo la certeza de que no estás, o porque estás y no necesitas de nosotros. O porque saber que existes me hace débil y vulnerable. Y hoy, frente a estos muros donde padecí aquel horror, lo que menos necesito es sentirme débil o vulnerable. Hoy lo que necesito es el calor de Mercedes, las noticias de mi hijo, el susurro alentador de una carta de Beatriz. Porque aparté de mí el credo cuando comprendí que, a los ojos de tu Iglesia, estaba pecando al amar a dos mujeres, y hoy, con el castillo de Gobernación sobre mi cabeza, te pido, Dios, que me des luz, esa que parece que siempre tienen quienes creen en ti. Luz para encontrar mi camino, para asumir que, si no voy a San Telmo ahora, seguramente, nunca más iré, y que si he de escoger a Mercedes para el resto de la vida que me queda, que no ha de ser mucha, sea Mercedes y no Beatriz. Y te juro por la memoria de *la Preta* que, si tú me indicas que ha de ser Mercedes, olvidaré por siempre a Beatriz Tussaud.

Se separó repentinamente de las piedras, se miró las manos y sonrió ante lo patético de su gesto.

—¿Olvidarme de ti, Beatriz? ¡Si supiera hacerlo...!

Y comenzó a caminar vereda abajo hasta enfilarse hacia el puerto.

* * *

La residencia Los Robles se ha engalanado para la visita de los ediles. Es evidente que han repintado los marcos de algunas puertas y que hay un inusual despliegue de floreros con azucenas en mesitas auxiliares y aparadores. Las papeleras se encuentran inusualmente vacías, no hay bombilla sin encender y la ropa de los empleados luce tan planchada que se diría que es nueva, aunque no.

Al alcalde y los dos concejales sigue una cohorte compuesta de tres escoltas, siete técnicos municipales, una jefa de prensa, un hombre de confianza, dos asesores, un fotógrafo con su ayudante, cuatro periodistas locales, un policía municipal y una mujer. Nuria.

Tras pasear por las dependencias y recibir la sonrisa nerviosa de la directora, que espera el momento oportuno para recordar a los del Consistorio que la carretera de acceso precisa de un bacheado, son conducidos a los jardines, donde los políticos van a ser fotografiados escuchando a las

personas mayores, en un claro ejemplo de cómo detrás de un cargo hay un ser humano. Eligen para ello a varios abuelos, a dos abuelas y a una enfermera con aspecto de abnegada.

Cuando los ojos se dirigen a los encuadres que ordena el fotógrafo y los periodistas entrevistan a algunos técnicos y al hombre de confianza, Nuria rompe filas, se escabulle y sale de escena para deslizarse por uno de los pasillos hacia la habitación de la señora Dolores.

Nuria no sabe que Mercedes la mantendrá en su vientre hasta el sexto mes, no sabe lo que habrá de pasar con Marcel en Oporto ni lo que sucederá cuando regrese a Nueva York. No sabe lo que Mercedes encontrará ni cómo se precipitarán los acontecimientos. Tampoco, el final de Joaquín en Sevilla.

Abre la puerta del cuarto y su sorpresa le dibuja una expresión casi cómica. Permanece con la boca entreabierta y los ojos desorbitados, hasta que frunce el ceño y chasquea con la boca. La cama, desnuda, muestra un colchón envuelto en plástico; la mesilla, desierta, y el armario, con las puertas sin cerrar para que se vea que está vacío, evidencian que ahí no reside nadie.

Nuria ignora que la señora Dolores falleció plácidamente mientras dormía hace siete días.

—¿Y sus pertenencias?

—La señora Dolores no tenía parientes conocidos. Fueron destruidas — responde con tono huraño la empleada que la ha descubierto husmeando.

—¿Cómo me dice? ¿Y Joaquín? ¿Joaquín Hugarte?

—No nos consta. No nos consta ningún Joaquín Hugarte. Y ahora, si me hace el favor, debe abandonar esta zona. Le acompaño donde el resto de los invitados. Están en el jardín, fotografiándose.

—Una pregunta, por favor... ¿Seguro que han destruido todo?

—Son las normas, sí. Si no hay herederos ni familiares reconocidos, todas las pertenencias se destruyen. Es lo habitual. Y ahora, por favor, ha de volver al grupo.

—¿Y sabe si había algún cuadro como de bruma, como de niebla...?

—No puedo decírselo, pero porque no lo sé. Siento no poder ayudarla. Y ahora, por favor, insisto: volvamos al jardín. No desea que llame a seguridad, ¿verdad?

—Una última cosa —insiste Nuria, ya saliendo de la habitación y dejándose custodiar hacia fuera—. ¿Dónde está enterrada?

—Ha sido incinerada, como es habitual.

Nuria sale al aparcamiento. No le interesa el circo de los ediles e intenta recomponerse del mazazo de saber que Dolores, la señora Dolores, ha fallecido. Camina entre los coches, mirando al suelo y uniendo el rompecabezas mentalmente. Demasiadas dudas, demasiadas lagunas.

–Disculpa. Eres la de la galería, ¿verdad?

Se trata de una joven, vestida con pantalones vaqueros y una sudadera gris. Lleva en sus manos una caja de cartón. Con paso decidido, se acerca a ella.

–Sí. Soy yo. Nuria Tussaud. Debería estar dentro, lo sé. He preferido esperar a que salgan los políticos. No me va mucho eso de las fotografías impostadas –se justifica.

–Yo trabajaba aquí. De hecho, he venido a recoger mis cosas. La directora me ha despedido.

–Vaya...

–Me llamo Maribel.

Se mantienen la mirada.

–Yo sé qué sucedió con la señora Dolores.

Nuria frunce el ceño y, con un gesto de barbilla, invita a Maribel a continuar.

–La directora es una hija de puta. Me ha despedido porque te hice llegar una carta suya. Sabes a qué carta me refiero. Un papel. Al parecer, algo que se escribió hace mucho. Fue ella quien me pidió que te lo enviara. Yo accedí. La mujer me caía bien. Era muy simpática conmigo. Algo retrasadilla, pero muy simpática.

–Vayamos por partes. En primer lugar, sé a qué carta te refieres. ¿La enviaste tú?

–Sí, yo misma. Ya sabía que estaba prohibido, pero no pensaba ni que me pillarían ni que, en caso de pillarme, me echarían a la calle por eso. Aquí las normas son muy estrictas, pero no me imaginaba que la cabrona de la directora tuviera cámaras en las habitaciones. Cuando murió la señora Dolores, revisaron las grabaciones y se desveló el asunto. Ahora, al paro. Qué putada.

–¿Por qué te dio esa carta?

–Para ayudarte.

–¿Para ayudarme a mí?

–A ver... a ver si te lo explico. Yo soy licenciada en Bellas Artes, pero,

como te imaginas, no encontraba trabajo. Así que me hice una formación profesional de asistente geriátrico. Por eso acabé en Los Robles. Y en cuanto empecé a trabajar aquí, sintonicé con la señora Dolores. Era un cielo. Un poco con sus fábulas y sus fantasías, pero muy amable. Ella había sido coleccionista, al parecer. O, al menos, eso me dijeron. Luego vi que no fue para tanto. Al parecer, trabajó toda su vida en Madrid, pero sí que tuvo algunos cuadros, sí. En su habitación guardaba varios de ellos, aunque todos iguales.

—Perdona que te interrumpa. ¿Tú sabes qué se hizo con todos esos lienzos? ¿Y por qué dices que eran todos iguales?

—Se quemaron, seguro. Yo misma ayudé a llevarlos a quemar. La directora es una histérica del orden. El protocolo indica eso. Me imagino que se pensaría que no tenían ningún valor y acabaron en la caldera. Yo vi varios y, por lo que yo alcanzo a saber, efectivamente no valían mucho. Eran todos iguales, sí. Dudo que valieran nada. La directora, si hubiera tenido la sospecha de que tenían algún valor, no los habría quemado.

—Pero... me pierdo... Veamos. ¿Por qué dices que la señora Dolores quería ayudarme a mí?

—Ni idea —dice Maribel, dejando la caja en el capó del coche y frotándose los riñones—. Un día le traje un folleto tuyo. No recuerdo cuál. Era de una exposición. Se lo di porque, como a ella le gustaban las acuarelas, pensé que le haría ilusión ver fotos de acuarelas; me refiero a las fotografías de las obras que se iban a exponer en tu galería. La cosa es que, al leer el nombre de tu galería, fue como si hubiera visto un fantasma, y me dijo que no te merecías tener que exponer aquellas mierdas. La pobre era como era. A veces no hablaba y se quedaba con la carita alelada... y otras veces charlaba hasta por los codos. Un enigma de mujer.

—¿De veras dijo eso? Vaya...

—No sé a qué mierdas se refería. La verdad es que tampoco me acuerdo muy bien. En su momento no le di mucha importancia.

—Bueno... no sé. No suelo exponer mierdas. Lo de aquella exposición de acuarelas sí sé a qué se refiere. Era un folleto grande con muchos cuadros. ¿A que sí?

—Sí. Por lo menos veinte fotos de veinte obras. Por eso se lo llevé.

—Una exposición de la Asociación de Acuarelistas de Mar. En efecto, una mierda. Una mierda, la asociación y una mierda sus cuadros. Accedí a

exponerles porque tenía el mes libre y porque pagaban un alquiler por las paredes.

—La cosa es que la señora Dolores me contó que te iba a ayudar, que sabía algo que te serviría para poner la galería en la categoría que se merecía. ¿Puede ser algo de que tienes que saber quién eres para saber a dónde vas? No lo sé. La señora Dolores a veces hablaba muy raro. Era muy cortita. Imagino que hoy en día habrían dicho de ella que era asperger o algo así. Yo creo que, simplemente, no tuvo muchas oportunidades. Le costaba una barbaridad hacer algunas cosas, pero para otras era muy viva. Bueno, supongo que como todos. Me explicó que aquella carta contenía las palabras de su padre a tu abuela o a no sé quién. Lo siento. No puedo acordarme. Dijo que con aquella carta sabrías más sobre tu abuela y que te serviría para entender algo de tu abuelo o de alguien. En fin. Disculpa. No recuerdo todo. Algo de que con esa carta entenderías tu pasado. No le di mucha importancia. Saqué la carta de la residencia y te la envié. Eso es todo.

Nuria carraspea. Piensa deprisa. Intenta unir cabos.

—Mi galería no es precisamente de la categoría de la Asociación de Acuarelistas de Mar. Creo que tengo mejor gusto como marchante...

—En fin. Lo único que sé es que ahora estoy en el puto paro. Espero que al menos te sirviera lo que te hice llegar de la señora Dolores. Me caía bien.

—Dime una cosa. Me da... me da cierto apuro preguntarlo. ¿Cómo murió?

—Murió. En Los Robles nunca se pregunta. La mitad de los viejillos están desahuciados, son terminales. La otra mitad acaba muriendo sin más. Nada oscuro. Nada macabro. La directora es una hija de puta, ya te he dicho, pero los cuida como a sus propios padres. En definitiva, son su fuente de ingresos. La señora Dolores murió una noche, tranquilita. La encontraron por la mañana. Su corazón se había detenido. Sucede con frecuencia. Yo creo que, una vez que supo que su carta la tenías tú, descansó.

—Oye... gracias por contármelo.

—De nada. Me piro de San Telmo. Esto es un asco. Que tengas suerte con tu galería. Al menos tú puedes vivir del arte. A mí me comen las telarañas. Igual me largo al extranjero.

—Prueba con Burdeos.

—Ni idea. Chao.

NADAR EN EL GUADALQUIVIR NO ES NADAR EN EL HUDSON

Lorca, en ocasiones, se queda corto.
Las emociones no entienden de limitaciones.

Tristán se encerró en el despacho. Observaba los libros de su padre en la vitrina y la colección de relojes en la balda sobre la chimenea que él mismo había ido seleccionando de entre todos los que habían pasado por “Galería Tussaud. Arte y Relojería”. Jugeteaba con un abrecartas, desinteresadamente, recostada la espalda contra la silla de cuero. Tenía estiradas las piernas y la vista perdida en las cortinas de enfrente. La vida continuaba lenta y rutinaria. El fin de año trajo el calor de los braseros, las capas de agua y las tertulias en la biblioteca de la casa, así como la desoladora certidumbre de que algunas personas nunca volverían. El trabajo, aunque cada vez de más responsabilidad, producía menos quebraderos de cabeza una vez terminada la guerra, y sus contactos con miembros de Falange, a quienes sabía contentar con bagatelas y convites en el Casino, permitían esquivar el racionamiento y la oscura época de la depresión. Lo que le preocupaba no era el hambre y el frío que asolaba los domicilios de los habitantes de San Telmo, ni los cortes de electricidad ni las detenciones que aún se seguían haciendo. Lo que le preocupaba era Matías.

Matías pareció despertar la cena de Noche Buena, cuando habló largamente, después de tantos años de evitar las reuniones familiares, y confesó que Marcel le había subido a su piso y le había regalado el dichoso cuadro.

La relación entre Esperanza y su tío Matías era extraña. A veces con la abuela Beatriz y a veces en solitario, la joven visitaba a su tío y pasaba horas en el estudio. Cuando iba acompañada, limitaba sus estancias y hablaba ella, comentando las últimas pinturas y criticando tal o cual pincelada. Cuando subía sola, se sentaba en el suelo, cubierta con una manta, y permitía que

fuera él quien tomara la palabra. Entonces, se creaba un vínculo entre tío y sobrina difícil de descifrar. Ella escuchaba con atención cuanto él le narraba, ya fueran pasajes de la vida familiar, historietas inventadas o rocambolescas teorías sobre la esencia del arte. Y él se transformaba, entregado por completo.

Con dieciséis años, Esperanza había pasado por una vida sin su madre, la muerte en una trinchera de su padre y una detención dramática. Quizás por eso, o porque en su sangre llevaba los genes Tussaud, la muchachita parecía mayor de lo que era. O puede que fuera por su rostro, seco y duro, como el de una cuaderna batida en mil galernas. O tal vez por la soledad emocional en la que vivía, con afectos robados por conmiseración.

Tristán, en el despacho, daba vueltas pensando en Matías, su hermano, el pobre. Pensaba también en Raquel, su difunta hermana, y en el sufrimiento que debía de arrastrar Esperanza al conocer la causa de su muerte. ¿Qué diablos pasó en aquel parto como para que las cosas se torcieran así? ¿Qué distinta habría sido la vida!

Y, como un relámpago, le vino a la frente el rostro de José Luis Rolando, el auténtico padre de Esperanza. Recordaba cómo Beatriz los reunió a todos, incluida la difunta tía Lina, y les hizo jurar que nunca desvelarían la verdad sobre aquella concepción. Les habló de lealtades, de apellidos y de secretos; también de emociones, de amores imposibles y de sentimientos irracionales. Les obligó a permanecer callados mientras ella continuaba y, con una severa mirada, evitó que Tristán la interrumpiera. Les conminó a respetar el nombre de Raquel y a que jamás, sucediera lo que sucediera, hablaran del desliz delante de la niña. Pero no lo hizo como lo habría hecho una matriarca recelosa de su estirpe, sino como una mujer con un grado tan infinito de amor y empatía por su hija que todavía entonces, tantos años después, Tristán se estremecía al pensarlo. Tristán se estremecía al comprobar de lo que era capaz una madre. Se estremecía al reconocer que no fue capaz de enfrentarse a la situación.

No supo plantar cara a José Luis Rolando. Pensó que no merecía la pena. Que si una vez él y su hermana Raquel estuvieron juntos, no podría reprocharle nada. Se angustiaba por las dudas: ¿Cuánto duró? ¿Cuántas veces se acostaron? ¿La amó? ¿Lo amó? Pero no se atrevió a reprocharle nada. Rolando inspiraba miedo, así que lo evitaba. Optó por no verlo. Y ni siquiera durante la guerra quiso saber nada de él ni de su pasado ni de su presente.

¿Qué vio su hermana Raquel en él? ¿Dónde hacían el amor? ¿Se veían a escondidas? ¿O solo fue aquella noche en la galería, después del concierto de violín? ¿Y David? El inocente David Astorquiza... ¿Tan ciego estuvo que no se dio cuenta de que Raquel se reconfortaba en otros brazos?

Imaginaba a José Luis Rolando como un gigante burlón y perfecto que se reía de él a escondidas. Lo veía asomado en los rincones del despacho, delirante, preguntándole si nunca había sentido el olor de sus manos en la piel de su hermana. ¿Era feliz Raquel con él? ¿Tenían planes juntos? ¿Acaso iba a abandonarlos?

Cerró el despacho y bajó a la galería. Beatriz pasaba un plumero sobre varios portarretratos. Comprobó complacido que había colgado las acuarelas de Vicente Amigo, un paisajista de Liérganes que gustaba mucho en la zona, y aunque eran muy malos tiempos para el arte –nadie compraba; bastante había con sobrevivir–, reconfortaba saber que la creatividad se seguía abriendo paso.

Besó a su madre en ambas mejillas y, a bocajarro, sin ambages, comentó:

–Jamás lo hablé con Raquel.

–¿El qué, Tristán?

–Jamás le pregunté por qué le hizo aquello a su marido; por qué mantuvo un idilio fuera del matrimonio.

Beatriz dejó sobre la vitrina el plumero, se acercó hasta su hijo y, pasándole las manos por las solapas de la chaqueta, sonrió y contestó.

–Eso ya no tiene importancia, Tristán. Esperanza es nuestra niña. Es tu sobrina y has de quererla como si fuera tu propia hija. No tenemos nada que reprocharle a Raquel. Tu hermana murió por dar la vida a su hija. Lo que pasara antes, solo Dios lo juzgará.

–¿Cómo puedes ser tan comprensiva, madre?

–No te entiendo, Tristán. ¿Juzgas tú a tu hermana?

–Juzgo lo que hizo. Se casó con un hombre amando a otro. Si realmente amaba a Rolando desde antes de casarse, no entiendo por qué se casó con otro.

–Deja a los muertos, Tristán, hijo mío.

–¿Por qué comprendes tanto a Raquel? ¿Cómo puedes relativizar lo que hizo?

–¡Porque el corazón a veces no atiende a lo conveniente! ¡Porque nunca sabemos qué sentimiento nos va a sorprender! Ahora lo importante es pensar

en nosotros, en los vivos, en Matías, en Esperanza...

Él calló. Miró alrededor y, en lugar de reconfortarse al observar los enseres que le rodeaban, muchos de ellos caros y preciados, se sentía sucio en mitad de ellos, como si su progreso profesional a lo largo de poco más de un año se debiera a un chantaje de la fortuna y no a una recompensa.

—No tiene sentido preocuparnos ahora por eso.

—Me preocupa ella. Y me preocupa Matías.

—¿Matías?

—Me preocupa que la niña solo se relacione con mi hermano. Acabará como él.

—¿Qué quieres decir con eso de “como él”? Matías está bien.

—¡Madre! Matías no está bien. Lo sabes.

—Matías es un artista. Y punto. Hay cosas de su vida que desconoces.

—¿A qué te refieres, madre?

—Déjalo estar. No tengo fuerzas para hablar contigo de esto. Tu hermana Raquel se envolvió en una relación compleja, pero no somos quienes para juzgarla. También tu hermano Matías vive su secreto. No enredes, Tristán.

—¡Vaya! ¡Acabose! ¿Un nuevo misterio en la familia? ¿Qué significa que hay cosas de la vida de Matías que yo desconozco? ¿A qué te refieres? ¡Por Dios, madre! ¿Un nuevo misterio? ¿Vas a desvelarnos más bochornosos secretos familiares como hiciste en la Noche Buena? ¿Es que no tuviste suficiente con humillarnos entonces, leyéndonos aquella carta de Hugarte? ¡Madre, por favor! ¿En qué estás pensando? ¿Otro misterio? ¿Un misterio que afecta a Matías? ¡Vive en el mundo real, madre! En el mundo real no hay misterios, hay trabajo, hay contactos, hay relaciones... ¿Sabes cuánto me está costando sacar adelante la galería? ¿Sabes qué complicado está el mundo ahí fuera? ¡Y tú te dedicas a conspirar y a inventarte misterios! ¡No entiendo por qué tuviste que leer aquella carta en Noche Buena! ¡Fue patético! ¡Mírate, madre! ¿Con más de sesenta años y escribiendo cartas de jovencita enamorada? ¡En qué mundo vivimos! Se acabaron los secretos y se acabaron las tonterías. El que padre te pegara no es excusa para que te vieras a escondidas con Hugarte. ¡No hay pretexto alguno! El que te golpeara de vez en cuando no justifica que le engañaras. Un hombre, a veces, no controla sus reacciones, pero eso no justifica tu... tu obsesión por Hugarte. ¡Y mucho menos que deshonres su memoria manteniendo durante tantos años una relación con él! ¿No estaba casado? ¿No vivía en Nueva York? ¡Pues déjalo

estar allí, en Nueva York! Nosotros estamos en San Telmo y tenemos que ganarnos el pan día a día. ¿Es que no ves cómo está el país? ¿Es que vivimos ciegos en esta casa? ¡Ya sé a qué te refieres cuando dices que hay cosas de la vida de Matías que desconozco! ¡Ja! ¿Crees que no lo he soportado todos estos años? ¿Crees que me ha sido sencillo mirar hacia otro lado? ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé, madre! ¡Lo sé todo! Y entiendo... entiendo perfectamente por qué está así mi hermano. Le compadezco y lo siento mucho, pero no me toméis a mí como si el loco fuera yo.

—¡Aquí no hay ningún loco!

—Madre... ¿crees que no lo he sabido todos estos años? ¡Claro que lo he sabido! ¡He sabido que nuestro padre te humillaba, te insultaba, que hasta te pegaba! ¡Pero eso no justifica que te vieras con Hugarte! ¡Y mucho menos que hayas mantenido una relación con él todos estos años! ¡Claro que lo sabía! ¿Pensabas que solo lo sabía Matías? ¿Quién te crees que se escondía detrás de la puerta y escuchaba los insultos y los golpes? ¿Solo Matías?

—¡Tristán, calla!

—¿Crees que no nos enterábamos?

—¡Cállate, Tristán!

—¡¿Piensas que solo él estaba al tanto?! ¡Oh, sí, el pobrecito Matías! ¡El santo! ¡El protegido de padre, de madre y hasta de Hugarte!

—¡Que lo dejes ya!

—¡¿Y crees que no he sabido todos estos años, cada día de mi vida desde entonces, que fue él quien atizó a padre y lo mató?!

Beatriz levantó la mano y propinó una bofetada a su hijo.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo, Tristán. Estás siendo injusto. No me merezco esto. Ni Matías se lo merece. ¡Ni tú! Tu padre murió porque entraron a casa a atracarnos. Respeta su memoria. ¿Comprendido?

Tristán se secaba la comisura de los labios con un pañuelo impecablemente doblado. Le dolía la bofetada de su madre, pero, más aún, el que se siguiera empeñando en encubrir a su hermano como si él mismo fuera el adversario. Tenía dilatadas las aletas de la nariz y la mandíbula tensa.

—Siempre Matías... siempre Matías...

—Ya basta, Tristán, hijo.

—Siempre Matías. Siempre el protegido. He guardado el secreto de la muerte de padre toda la vida. ¡Ni siquiera Carmen lo sabe! ¡Ni siquiera mi mujer! Jamás he dicho a nadie lo que sucedió aquella noche en nuestra sala.

Matías debía de escuchar desde la habitación; yo estaba en la cocina por puro azar. Os oí discutir. Escuché los gritos de padre y cómo te pegaba. Me asomé por la rendija de la puerta y lo vi todo, incluso cuando entraba Matías, cogía el atizador y le abría la cabeza. ¿Y crees que alguna vez se lo he dicho a alguien? ¡Ni en confesión, madre, ni en confesión!

—Deja en paz a tu hermano. No es eso a lo que me refiero cuando digo que hay cosas de la vida de Matías que desconoces, pero te juro, hijo mío, que nunca las sabrás porque no te incumben. Y punto. Y ahora, si no te importa, sal de aquí y déjame sola, tengo unos cuadros que terminar de colgar.

* * *

El coronel Ruidera acudió a la residencia del marqués de Sotillos, a una nueva reunión. La casa era soberbia, con palmeras en la entrada a cuya sombra habían aparcado algún automóvil de siniestro aspecto. Una glorieta maravillosa a un lado y un frondoso bosque de enredaderas y hojas de tomillo al otro, con jardineras colgantes y muretes de azulejería, completaban el entorno.

Le hicieron pasar a un salón amplio y luminoso, en el que, en lugar de cortinones y cuadros, de las paredes colgaban emblemas de Falange y portadas de periódico enmarcadas con fieltro. Habían dispuesto una mesa para el conferenciante y, sin demasiado orden, sillas por la estancia donde ir acomodándose los invitados. El anfitrión mandó servir copas a quien lo deseara.

Ruidera ocupó un lugar cerca del orador y, apoyando el tricornio sobre las piernas, se soltó un botón de la guerrera en claro guiño para con el organizador. A su alrededor, varios hombres más jóvenes que él, la mayoría con camisas azules, y algún militar a quien reconoció sin dificultad.

Con bastante boato, el marqués presentó al orador y este, ajustándose una flor que portaba en el ojal, se lanzó hacia una interminable perorata con voz aflautada. Se trataba de un pensador serio y gris al que sus propias palabras iban encorajinando.

—Lo que no podemos permitir, señores míos, es que la política de nuestro Generalísimo tenga que depender de las veleidades de la periferia. España es una, es grande y es libre, y habrá que demostrarlo desde este primer año de la

Victoria hasta la eternidad. Todos nosotros, productores, pensadores, paladines de la construcción económica de esta nuestra amada Sevilla, hemos de enfrentarnos, qué digo enfrentarnos, hemos de dejar hasta la última gota de nuestra sangre en la batalla contra el arancelismo interior, con el mismo ímpetu y la misma fe con la que defenderemos ese arancelismo si se trata de preservar nuestra economía frente al opresor extranjero, de no ser, por supuesto, que se trate de nuestros hermanos alemanes o italianos, que tan altos logros habrán de conseguir para esta Europa nuestra amenazada por el bolchevismo. Los aranceles son resquicios de una época pasada, son restos de siglos de proteccionismo inútil y retrógrado que limitan la libertad de...

Ruidera escuchaba al conferenciante. El resto de parroquianos lo seguía complacido, atentos a su discurso. El marqués, en primera fila, asentía con contundencia.

—... por eso, amigos míos, no podemos conformarnos con mirar resignados cómo hundan la economía de nuestras empresas aquellos que no sienten auténtico fervor patrio, cómo ponen trabas a la imaginación y la libre disposición de nuestros productos. ¿Es que tenemos que aguantar que unos politiquillos rancios y sin miras, ignorantes de los sagrados principios del Movimiento, entorpezcan el nacimiento de una gran nación? ¿Es que no tuvimos suficiente con el insufrible descalabro de la República? La Cruzada ha levantado un edificio de prosperidad que nosotros estamos obligados a culminar mediante la adhesión a los dictados de Franco. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

—¡Viva! —corearon todos para dar por rematado el discurso.

Cuando terminó el orador, Ruidera hizo ademán de ausentarse. En ese instante, le asaltó el marqués.

—¿Nos abandona, coronel? Mire usted que es después de la charla cuando más interesante se pone la tarde —le invitó.

—Sí, señor marqués. Lo siento mucho. Pero, ya sabe usted que el deber es el deber... —contestó, calándose el tricornio.

—En ese caso, deje que le comente un asuntillo que me tiene preocupado desde hace semanas y que seguro que usted puede solventar. Es sabida en todo Sevilla su pericia con casos como el que le voy a encomendar, y no me cabe duda de que sabrá encontrar una solución. Por supuesto, le agradeceré personalmente sus servicios, no me cabe duda...

—Usted dirá, señor marqués. Para el Cuerpo, y para mí, por supuesto, será

un placer ayudarlo.

—Se trata de mi campo al otro lado del río. Ya sabe, la dehesita que Franco tuvo a bien regalarme cuando, en el treinta y ocho, en pleno frente andaluz, colaboré, desinteresadamente, por supuesto, con las tropas de nuestro glorioso ejército nacional. Resulta que crío allí, además de cuatro ciervos y cuatro caballos, multitud de conejos para los días de caza menor, y alguna gallina en unas corralas. Para cuando salimos a dar cuatro tiros sin demasiada parafernalia; cuestión de divertimento, se hace cargo. No es como cuando vamos a las grandes cacerías de mis tierras de Úbeda, que son una maravilla, sino para las tardes de asueto. Por cierto que podría usted venirse un día, verá, verá qué divertido. Pero, a lo que voy: de un tiempo a esta parte, en las últimas semanas, han detectado mis guardeses que faltan conejos y gallinas de las corralas. No uno ni dos, sino a decenas. Y creen que son los gitanos de la otra orilla, ya sabe, gente despreciable y bárbara. Deben de cruzar el río a la altura de la vieja fábrica, vaya usted a saber cómo, porque el gitano es al agua como un comunista a la fe verdadera, pero la cosa es que cruzan y desaparecen conejos como por arte de magia. Y me pregunto, coronel Ruidera, si no podría usted apostar allí un retén para sorprender al malnacido y darle su escarmiento. Ya me entiende, darle un susto. Un... ¿cómo diría?... un golpe de efecto que me espante a toda la gitanada de mis orillas.

—Señor marqués, no se hable más —afirmó el coronel, cuadrándose y juntando sus tacones con un sonoro golpe—. Será un placer.

* * *

Joaquín y Nazaret corrían bajo las estrellas, de la mano, intentando no pisar los hoyos, por no tropezarse. De cuando en cuando saltaban o giraban bruscamente de dirección para esquivar un amasijo de chatarra o una montaña de escombros. El solar más allá de la calle Toledo era un erial de desperdicios y basura. Allí se abandonaban los carros viejos, los colchones enmohecidos, los restos de las obras, las bolsas terreras... Había casetillas derruidas a ambos lados del camino, perdido este por el desuso, y por doquier crecían jaras y zarzales. Al fondo, cerca ya del río, un destartado Citroën Pato, desahuciado seguramente cuando la guerra, iba siendo despiezado día a día, nadie sabía por quién, y en los lindes de la explanada, donde una

desvencijada tapia anunciaba que allí hubo una fábrica de jabón en 1921, los dos jóvenes tomaban resuello y se besaban sin mediar palabra.

Ella era poderosa, cimbreante, creativa. Él, torpe y ansioso, sin embrujo ni tacto. Ella, sutil como las nubes que cortaban rebanadas de luna para proyectar sombras y claros. Él, inocente y entregado.

Nadie en Triana podía imaginar aquello, porque nadie habría podido imaginarlo, y mucho menos que ella, Nazaret Vega, de la estirpe de los Vega de Triana, de sangre gitana y duende desbordante, pudiera perder la cabeza por un jovencito medio español medio americano. Estaba predestinada a casarse aquel año con el herrero Heredia *el Mayor*, primogénito de una familia de ferrones, cantaores y tratantes de chatarra que había hecho fortuna en los últimos lances de la guerra vendiendo balas al bando nacional y traficando con productos que traía desde Portugal, como sábanas para las mujeres de los militares, licores para los falangistas y recambios de vehículo para los coches de la Comandancia. Heredia *el Mayor* era noble, despierto y directo; cuando estrechaba la mano, su palabra era ley, y cuando miraba a los ojos, o se entraba en su mundo o te despedazaba por asomarse a él.

Aquella noche, Joaquín y Nazaret urdían sus dedos, sus vidas y sus planes de futuro. A él le daba igual vagar por una parte de España que por otra, pero tenía claro que quería hacerlo con ella. La joven, sin embargo, no conseguía concentrarse, temerosa de que, después de seis noches escapándose de casa por la reja trasera, alguna de sus hermanas la delatara.

—Háblame de ti.

—Mi mundo es Triana. Mi mundo es mi familia. No lo *eliho*. Yo quiero ser *actrí*, *actrí* de cine, y grabar películas y ser una estrella, pero me casarán y acabaré de bailaora porque los Vega han *sío* siempre, siempre, *desque* Triana es Triana, bailaores. Y me casan con un cantaor y mi mundo seguirá siendo Triana.

—Nazaret... Yo...

—No pasa *ná*. No *tó e* como queremos. ¡*Ná* de tristezas! Háblame de América, *Hoaquín*.

—No hay mucho que hablar. Allí todo es grande y feo. No hay olor a azahar ni calles mojadas por las mujeres, para refrescarlas. No hay orillas del Guadalquivir ni existen muchachas hermosas como tú.

—No seas *salamero*, *Hoaquinillo*. ¡Venga, háblame de *Nueva Yó!*

—Allí los edificios son tan altos que es de noche al medio día. Y hay tanta

gente en las aceras, que uno puede caminar durante un año haciendo el mismo recorrido, que siempre se encontrará con rostros desconocidos. Tienes metropolitano, y tranvía, y semáforos en las esquinas. Y cuando nieva, todo se viste de blanco y sale humo de debajo de las casas.

—¿De *debaho*? ¡Ay, pero qué *grasioso* que es mi *Hoaquín*!

—Las casas tienen calderas para calefacción, y las calderas están en los sótanos, y suben vapores y humos por anchas rejillas que hay en los sótanos y parece que los edificios se están quemando por los pies.

—¿Y tu familia? Háblame *dellos*.

—Mi madre es la mujer más sensible y dulce del mundo. Andaluza, como tú, aunque se ha hecho a la vida en Nueva York y dudo que jamás quiera volver. Allí solo nos relacionamos con otros españoles, y aunque todos acabamos sabiendo inglés, la verdad es que no hace falta. Mi madre casi no lo habla, y mi padre, a duras penas.

—Háblame de él, de tu *pare*.

—Mi padre se llama Marcel, Marcel Hugarte, y viviría en cualquier parte del mundo. Ahora mismo pensar en él me confunde un poco. Siempre he creído que es un gran hombre. Es valiente y fuerte, y con sentido del humor, y muy inteligente, y muy sensible... Pero, últimamente, me ha decepcionado. No sé. No sé si la palabra es decepcionar. Arrastra un secreto, y se lo he descubierto. La verdad es que no esperaba eso de él.

—¿Tu *pare*? A los *pares* hay que respetarlos, *Hoaquín*.

—¿Te cuento su secreto?

—Cuéntame, mi *vía*.

Estaban sentados en el tapial, con la espalda contra los ladrillos y las piernas sobre la tierra. Frente a ellos, el solar parecía un vergel, aunque la flora fuera escombros y las enredaderas, chatarra. Ascendía desde el río una brisa fresca que hizo que Nazaret se acurrucara contra el pecho de Joaquín, quien la acogió con sus brazos hasta hacerse los dos un ovillo.

—Mi padre estuvo enamorado de una mujer en su juventud. Ella, una señora casada, se veía con él a escondidas.

—¿Como tú y yo, mi *vía*? ¡A *escondías*!

—Encontré cartas y papeles. Por ellos he sabido que luego, una vez que ella se quedó viuda, mi padre le pidió que se casara con ella.

—¡Oh, qué bonita historia, *Hoaquinillo*! Tu *pare* es un romántico, como tú.

—Él le pidió que se casara cuando ella enviudó. Tenía tres hijos. Pero ella

le dijo que no. Entonces mi padre volvió a su empleo de piloto para escapar de la ciudad y no verla más. Entonces, en el barco que unía España con América, conoció a Mercedes, mi madre, de la que se enamoró y con la que se casó. Y nació yo.

–Tu *pare e* un conquistador. Un seductor como tú, mi *vía*.

–Mi padre es un buen tipo, pero ha vivido toda su vida atormentado por el amor con aquella mujer viuda. Ha sido violinista, profesor en un internado, tutor en casa de indios, piloto, pintor... Es un ser inquieto. Siguen escribiéndose. Él le cuenta cosas sobre Nueva York y sobre mi madre y sobre mí, y también le dice que quiere a mi madre pero que a ella también y que siempre se preguntará por qué no acabaron juntos... No sé si le envidio por haber vivido una vida tan intensa o si lo aborrezco por haber engañado a mi madre. Encontré las cartas de aquella mujer, que se llama Beatriz, y los diarios de mi padre. Los encontré por casualidad, en un doble fondo de su armario; páginas y páginas en las que él lo cuenta todo. Me pasé varias semanas leyendo a escondidas aquellas letras. Creo que por eso decidí abandonar Nueva York. Necesitaba escaparme, tomar distancia.

–Ay, qué historia más triste.

–No estoy muy orgulloso de haber leído todas las cartas y todos los diarios de mi padre. Como buen marino, lleva su bitácora, y cada día anota sus sentimientos y recuerdos en libretas.

–*Probe* de tu madre.

–Pobre de él.

Entonces, Joaquín se levantó de golpe, casi haciendo perder el equilibrio a Nazaret, y remangándose la camisa, comenzó a boxear contra su sombra en el tapial. Ella reía por la ocurrencia y él se envalentonaba como si estuviera sobre el ring.

–¿Sabes una cosa? Él me enseñó a pelear. Es un buen tipo. Ahora anda otra vez de piloto, viajando entre Nueva York y Portugal. Está viejo, aunque él se crea que todavía no; se lleva veinte años con mi madre; tiene sesenta y seis, creo. ¿Te cuento una cosa? De joven estuvo en una cárcel de las Azores acusado de un asesinato. Casi lo ahorcan.

–Y a mí que me *parece* que estás fabulando un *poquillo*...

–¡Te lo juro!

–Pues yo nunca he *salío* de Triana más que *pa* ir a la *catedrá*. Mi familia no *e* de las más *cerrás* de por aquí, pero las normas son las normas y no es

bueno *de saltarlas*. Me van a casar con Heredia *el Mayó*.

—¡Cásate conmigo! ¡Cásate conmigo, Nazaret! Huyamos. Vámonos esta misma noche. Tengo ahorros. Estuve ganando muchos dólares para mi viaje a España, y mis parientes sevillanos me ayudarán... Viviremos lejos de aquí, donde tú quieras. Te quiero como no he querido nunca.

—Ay, *salamero*. Y me *deharás* por la primera paya que *te se cruse*.

—¿Crees que puede quererse de verdad como yo te quiero? ¿Crees que en seis días puede nacer un amor como el nuestro? Seis días no son nada. ¡No nos conocemos! Apenas nos hemos visto unos ratos, y, sin embargo, sé que lo que siento aquí en mi corazón es absolutamente real.

—Me alteras, mi *vía*. Me mueves por dentro.

—¡Me he enamorado de ti!

—Pero este amor *e* una locura, *e* imposible.

—¿Y no son mejores los amores que han de sortear dificultades? No quiero ser como mi padre y preguntarme el resto de mis días por qué no fui valiente cuando me llegó la ocasión.

Joaquín la besó. Los besos de Nazaret eran un rito iniciático, un baño de elixires, un roce de vida en los labios. Sus bocas se tantearon, se reconocieron y se comieron mutuamente, hilando los alientos como hilaban los dedos. Ojos cerrados, gemido al unísono, cuerpo contra cuerpo, pecho contra pecho, pelvis contra pelvis.

—Baila para mí otra vez.

—No. Aún, no.

—Baila. La primera noche me bailaste. Solo han pasado seis días y me parece que llevo viéndote meses, y creo que es por tu baile. Tu baile embruja. Tu forma de moverte no es de este planeta; vosotros, los de Triana o los Vega o los gitanos en general no sois de este planeta. Tenéis una chispa, una llama... Así que baila otra vez para mí, mi amor. Con tus manos me enamoraste. Con tu vientre me cautivaste. Con tus movimientos me atrapaste. Baila otra vez para mí, Nazaret.

—No. Espera.

Nazaret se quitó el grueso collar de plata que descansaba en su escote. Las medallitas labradas tintinearón cuando se lo colocó alrededor del cuello a Joaquín.

—*Pa* ti.

—¿Para mí? No puedo aceptarlo... Yo... Yo no tenga nada para ti...

–No quiero *ná*.

–Es... es muy bonito.

–Es un collar gitano. Cada medalla es un episodio de la *vía* de los Vega. Ahí están *tós desde* Triana es Triana.

–No puedo aceptarlo...

–Yo te lo doy, *Hoquin, pa que t'acuerdes* de mí *toa tu vía*.

Joaquín lo tocó con las yemas de sus dedos. Estaba conmovido por aquella mujer poderosa y mágica. Ella se separó de él, se descalzó, y comenzó a moverse como los juncos en mitad del Guadalquivir mecidos por el viento. Hombro, brazo, codo. La luna daba palmas con brillos de caliza y sal. Brazo, codo, muñeca. Y los dedos, mágicos dedos como rastrillos de espuma, arañaban el espacio mágico que quedaba más allá de su cabeza. Hombro, codo, muñeca. Costilla. Mirada. Sus manos eran la esquina del mundo donde habitan los suspiros.

Nazaret nació bailando, como todo Triana. Creció bailando, aprendió bailando, se hizo mujer bailando. Aquella noche en el solar al otro lado de la calle Toledo, no necesitó guitarra ni cantaor ni palmero, ni el gesto orgulloso de su padre ni las voces templadas de su madre y otras madres. Aquella noche bailaba para él, para el americano, para el primer hombre al que había besado en su vida, rompiendo el guion que le habían escrito, violando la virginidad de sus labios con los labios de un payo, contraviniendo la tradición y la prudencia, sorteando el riesgo y dejándose llevar por el latido. Aquella noche su cuerpo decía que no le importaba haberse saltado la norma. Aquella noche era libre, como libre había sido cada una de las noches de la semana cuando se entregaba a Joaquín.

Él la miraba deleitado por sus evoluciones en aquel tablado de sombras inciertas. Pensaba que era una mujer fascinante, un ser brujo y misterioso por el que había perdido la cabeza y que, pasara lo que pasara, habría de vivir con ella y con su duende.

Con cada giro de la mujer, Joaquín se elevaba; con cada gesto, el tiempo se detenía. Las piernas pasaban de la firmeza a lo inconsistente, de lo duro de unos músculos diseñados para bailar a la sutileza de una piel pensada para moverse. Solo alguien nacido con genio podía mover la cintura como la movía Nazaret, hecha hembra, hecha danza, hecha curva de tela y cuerpo.

Seis días como seis palos, como las seis cuerdas de una guitarra. Seis días de despertar al amor, de baile nocturno, de poros abiertos, de besos. Solo

besos, tantos besos, todos los besos posibles.

Y bailaba, bailaba, bailaba poseída por el espíritu de los ancestros, mecida por la corriente del río, pensando solo en Joaquín, el muchacho de los puños veloces, tan diferente a su gente. Bailaba con Triana entera en su sexo, con la música del silencio en sus sienes, como solo ella, Nazaret Vega, podía hacer.

—¡Nazaret!

La voz de Heredia *el Mayor* irrumpió en el escampado como un trueno en mitad de la calma.

—¡¡Nazaret!!

Traía una antorcha en la mano, también una navaja. Junto a él, el padre de la muchacha y, por detrás, el abuelo, patriarca de los Vega, renqueando con un bastón, acompañado de primos, hermanos, cuñados y amigos. Una comitiva de muerte, de honor y venganza camino de donde se encontraban los dos jóvenes.

—¡Nazaret Vega!

La luna de Sevilla sabe de filos con sangre, de amores imposibles y de corazones partidos como nueces. La luna sabe de dramas y lamentos; también de alegrías, fandangos y correrías, pero aquella noche, navajas al aire, la luna supo de miedo y de nervios incontenidos. La luna, el día que hable, narrará las historias que ha visto en las orillas del río. Entonces, ni el Cristo de los Faroles se salvará de sentarse en el banquillo, porque es imposible en Sevilla vivir sin enamorarse.

Se besaron atolondradamente por última vez. Ella le empujó sin darle tiempo a reaccionar, echándolo hacia el río. Joaquín la tomaba de la mano y se resistía, ya con los pies en el agua, a abandonarla. Las antorchas avanzaban. Estaban a menos de cien metros.

—Vente conmigo. Vente conmigo, mi amor.

—Escapa. Escapa, mi *vía*.

—Vente conmigo...

El río le llegaba a Joaquín hasta las rodillas. Nazaret estiraba los brazos para ir soltándose de él.

—Te *vá* matar. Pensará que ya no estoy entera y te *vá* matar.

—Diles que te quiero. Diles que nos queremos...

A cincuenta metros, las antorchas anunciaban la voz iracunda de Heredia

el Mayor. Algunos le azuzaban para que no se lo pensara y diera rienda suelta al filo de su arma. Otros le recordaban que si la mujer no era virgen, aquello no se zanjaría con subir la dote.

—¡Nazaret Vega. Soy tu *pare*!

La mujer dio la espalda a Joaquín y salió corriendo hacia los suyos, llorando con amargura, descalza, sin sentir las heridas en las plantas de sus pies ni el corte que le rasgaba el alma. Los pies se los curarían. El alma la remendaría el día de sus nupcias con Heredia *el Mayor*, después de tener que doblar la dote y después de, con alivio para todos, pasar la prueba del pañuelo. Pero antes, en mitad de la borrachera de tristeza, Nazaret se mordía el labio, inundado el rostro canela con lágrimas de resignación, sin ver cómo las aguas del río arrastraban a Joaquín curso abajo, perdido en la oquedad negra de la corriente.

V



A AMBOS LADOS DEL OCÉANO, LOS DOS HUGARTE SE ENFRENTAN A SUS DEMONIOS

Amar en secreto no es amar menos.

Marcel pisó tierra y, tras despedirse del capitán, tomó un trolebús hasta East River, adonde tenía muchas ganas de llegar. Le apetecía volver a ver a Mercedes, estrecharla en sus brazos, reconfortarse en su aliento. Sentía no haberle escrito y sabía que ella estaría disgustada por ello, pero, asimismo, tenía la seguridad de que se lo perdonaría en cuanto intercambiaran los primeros besos. Entonces, los dos se vestirían de domingo e irían a cenar a alguno de los cafés de la calle Saint John, a cuatro manzanas de casa, y tal vez luego tomarían helado de jengibre en los puestos del río Hudson.

Pero también le apetecía saber de Joaquín. En Oporto había oído que, aunque ya en paz, España era un polvorín, y que el régimen del dictador no trataba bien ni a disidentes ni a extranjeros. ¿Habría recibido Mercedes noticias tuyas? Su hijo era un campeón, un tipo fuerte y cabal, pero no dejaba de preocuparle qué sería de él.

Subió los siete peldaños de acceso al edificio, abrió la puerta del portal y ascendió las escaleras hasta el apartamento. Pudo comprobar que nada había cambiado en aquellos meses, y que las mismas humedades, los mismos gritos y los mismos olores acompañaban a las mismas arruinadas vigas y los mismos sórdidos crujidos de la madera.

Lo que no se esperaba era que Mercedes le sorprendiera con tres noticias a cual más desconcertante. Estaba embarazada, no se sabía nada de Joaquín y había llegado una carta de Beatriz Tussaud que ella había leído.

* * *

Mi querido Marcel:

En esta recta final de la vida, con frecuencia echo la vista atrás y compruebo lo fugaces que han pasado los años. Me parece que no ha transcurrido sino un suspiro desde el día en el que me asaltaste en casa de los señores Herranza, como si la sola acción de pronunciar su nombre o el de la Sala Panorama o el de Enrique Sota de Salazar y Vinuesa, por Dios qué nombre más engolado, me fueran a transportar a aquella época de inocencia e ilusión. Tú ibas y venías, rebosante de energía y sueños, y yo, pobre muchachita, me dejé envolver por la exultante genialidad que desprendías. El siglo terminaba y nosotros amanecíamos al amor.

Hay tardes en las que no bajo a la galería. Tristán se ocupa de todo; es un hombre derecho, muy exigente consigo mismo y con los demás. Ha sabido llevar el nombre de nuestro negocio más allá de San Telmo y cada vez son más frecuentes encargos y asuntos que provienen de Bilbao, de Santander, de Burgos... y hasta de Madrid. No me siento especialmente orgullosa de cómo, con contactos y oscuros hilos, ha conseguido eludir la dura represión que ha habido después de la guerra, pero me reconforta al pensar que, como tú y yo en nuestros primeros años, también él es capaz de todo por una ilusión.

Cuando me quedo en casa y no atiendo la galería, me gusta ovillarme en la salita, descorridas las cortinas de los ventanales, y veo la lluvia azotando la fachada de nuestra casa roja o los brillos del sol colándose para invadir la calle Cruz de extremo a extremo. Por cierto que ha cambiado mucho y han levantado nuevas casas y han puesto farolas y hasta un podio para el guardia municipal en una de sus intersecciones. Y es que la vida continúa y nos arrolla sin tiempo para detenernos.

Entonces pienso en los que hemos perdido durante la guerra y me pregunto dónde estarán sus almas, si es que existen. Lina fue la primera, fusilada nada más empezar la locura. Después, tantos otros. Mi yerno David, mi empleado Eusebio y su novia Pilar, amigos, algún primo, vecinos...

Con frecuencia me asola la idea de si nuestras almas, si es que existen, Marcel, estarán condenadas a no encontrarse jamás o si vivirán la una con la otra como no han podido hacer nuestros cuerpos. Un día me explicaste que había tres vidas. La terrenal, la de la gloria y la eterna. Me dijiste que la terrenal se acabaría, y es obvio que hacia eso vamos; yo, al menos, me siento cada vez más cansada y frágil. Me aseguraste que la de la gloria la alcanzarías con tus creaciones. Y me juraste que la eterna la vivirías conmigo.

Ay, Marcel. No ha habido un solo día de mi vida que no te haya querido. Cada gesto, cada lugar, cada episodio me ha llevado a ti. En cada problema he lamentado no tenerte cerca, y en cada alegría, he suspirado por no compartirla contigo. Cada episodio ha sido incompleto por no estar tú en él, y cada proyecto ha contado siempre con la intuición de lo que tú habrías opinado.

Tuvimos que casarnos. Supongo que añorarte así, con la intensidad con la que lo hago, es el precio a mi cobardía. Tuvimos que habernos casado cuando me lo pediste y todo habría sido distinto. Ni yo habría tenido esta gana contenida, este anhelo frustrante y demoledor, ni tú habrías acabado con

Mercedes, queriéndola por no poder quererme.

Me hablas de ella y de tu hijo en todas tus cartas, desde hace tantos años que me resultan tan familiares como mis más próximos, pero descubro en tus letras siempre la resignación de quien, como tú dices, está con esa mujer porque es lo más parecido a mí que has encontrado. Eso me halaga, me ruboriza y me reconforta, a pesar de que sea un consuelo tan absurdo como cuando miro el mar a lo lejos y creo ver llegar el *Hamaika*.

Mi amado Marcel, cuídate. No soportaré la idea, ahora que envejecemos, de saber que has desaparecido antes que yo. No tenerte es un suplicio que arrastro desde que te conocí; saber que nunca te tendré, un suplicio incrementado por la amargura de la realidad.

Estimo mucho tus cartas y noticias y quiero pedirte que me sigas escribiendo con la fe y la fuerza con la que llevas tanto tiempo haciéndolo. Vuelve a decirme que me quieres en este amor clandestino, imposible y limpio, porque, cada vez que me lo dices, estiras el aliento de esta pobre mujer agotada.

Espero con febril ansia tus próximas letras.

Tuya, como siempre y para siempre,

Beatriz

Postdata: Matías es un artista. Ojalá vieras su obra y lo vieras a él, tan parecido a ti.

* * *

Nuria ha comprobado en el Registro Civil que, efectivamente, la señora Dolores ha fallecido. Sin ella en liza, se cierra una posibilidad para descifrar más aspectos de la vida de su familia, y aunque eso la contraría, siente al mismo tiempo un profundo agradecimiento para con la anciana.

Abre una botella de vino tinto, se sirve una copa y se acomoda en el sofá para deleitarse con su gusto aterciopelado. Hay dos cuestiones que no consigue cuadrar. ¿Por qué ella y el señor Joaquín han irrumpido al mismo tiempo para dar noticias de sus antepasados? y, lo que es más extraño aún, ¿por qué ninguno de los dos ha hecho nunca referencia al otro?

Alarga el brazo y toma el legajo. Relee lo que cuenta del amor imposible entre Nazaret y el joven Joaquín, y se pregunta cuánto habrá de verdad en esas páginas y cuánto de novelesca aventura lorquiana. Con todo, avanza por el diario con la confianza de encontrar nuevos datos sobre la saga y sobre el cuadro que regaló Matías a Esperanza.

En ese momento se abre la puerta de la galería y se asoma el señor

Joaquín. Nuria no puede sino saltar de un brinco, tirando la copa de vino al suelo, y correr a su encuentro. Le parece un milagro que el anciano dé señales de vida.

—¡Señor Joaquín! ¡Señor Joaquín! —su nerviosismo es tan eufórico que atosiga al pobre abuelo.

—Tranquila, tranquila...

—¡Señor Joaquín! ¡Cuénteme! ¡Pase y cuénteme! Tengo muchas cosas que preguntarle. ¡Tome asiento! ¡Tome asiento! Dígame: ¿es realmente usted hermano de la señora Dolores? ¿Sabe... sabe que falleció hace unos días? Y... ¿cómo es que no hablaron nunca el uno del otro?

El hombre, apoyado en su bastón, se deja acompañar hasta el sofá. Nuria recoge aceleradamente la copa derramada y sigue preguntando sin dar tiempo a las respuestas.

—¿Qué sucedió con Nazaret? ¿Qué sabe de ella? ¿Y con su padre? ¿Qué pasó con su padre cuando volvió de Portugal a Nueva York? ¿Cómo encajó lo del embarazo de Mercedes? ¿Y usted? ¿Sabía usted que su madre estaba embarazada cuando partió para España?

El señor Joaquín se arrellana en los cojines, deja el bastón contra la mesita. Sonríe.

—Tengo noventa y un años, querida.

—Pero... dígame. ¿Por qué ahora han surgido su hermana y usted? ¿Y qué es todo ese misterio del cuadro? ¡Señor Joaquín! ¡Tengo tantas preguntas!

—¿Y si vamos por partes?

—¿Y si usted me lo va contando todo?

—Muchacha... eres joven. A tu edad todo te parece importante. Luego, cuando has vivido todo lo que he vivido yo, tomas conciencia de que casi nada lo es.

—Pero, dígame... ¿la señora Dolores y usted eran hermanos?

—¡Y muy mal avenidos!

—¿Sí? ¡Explíquemelo!

—A su debido tiempo. Antes... ¿no querrás saber qué pasó con mi padre cuando regresó de Portugal?

—¡Me encantaría conocer esa historia, sí! ¡Y la suya con Nazaret!

* * *

–No esperaba esto, Marcel...

Mercedes, en pie en mitad de la cocina, observa severamente a su marido. Cuando él ha llegado, lo ha recibido con frialdad, midiendo los gestos, seguramente ensayados. Se está manteniendo firme.

–Mercedes...

–Dice que hay más cartas. Dice que le has escrito durante años. Marcel... ¿desde cuándo la conoces?

–Mercedes... no es lo que crees...

–¡No me digas tú a mí lo que creo o no creo! ¡No me digas lo que tengo que creer! ¡Yo sé lo que leo aquí y te aseguro que no le veo el lado bueno por ninguna parte!

–Mercedes, lo que siento por ella es distinto a lo que siento por ti...

Marcel está abatido. Le duele tanto la situación que hasta le cuesta articular palabra. Aquel papel en la mano de su mujer escapa a todo plan. Sabe que, diga lo que diga, haga lo que haga, su vida se ha ido al traste. Y con Mercedes embarazada. ¡Con Mercedes esperando un nuevo hijo!

–Marcel: te he dado cuanto has querido. Hemos pasado apreturas y jamás te ha faltado un pincel o un bote de pintura; cuando has querido navegar, lo has hecho; cuando has callado, he respetado tus silencios y cuando aficionaste a Joaquín a boxear, yo lo asumí aunque no me gustaba. Pero esto... ¿esto? ¡Esto no es de recibo, Marcel! ¿Desde cuándo la conoces?

–Mercedes, deja que te explique. Solo quiero que me permitas explicarte...

–¡No hay nada que explicar! –explota.

–Mercedes, cálmate...

–¡Dime desde cuándo la conoces!

–Desde 1898.

El silencio que envuelve la cocina llena suelo, techo y paredes de estupor frío. Es un silencio de los de muerte, de esos que entran por las sienes y escapan por los tobillos. Ni Mercedes ni Marcel se atreven a respirar. Ni a moverse. Ni a pensar.

Por fin, él se adelanta y hace ademán de abrazarla.

–No me toques, Marcel. No se te ocurra tocarme.

–Por favor...

–Eres un viejo que ha arruinado su vida. La has malgastado queriendo a dos mujeres a la vez, creyéndote el centro del mundo. Ahora, con tus años, con tus miserias, con tus mentiras, habrás de volver donde ella, porque conmigo y con la criatura que llevo dentro no voy a permitir que vuelvas. Así que vete, Marcel. Vete donde tu Beatriz o púdrete en tu soledad, pero desaparece de esta casa.

–Mercedes...

–Y no esperes que derrame ni una sola lágrima. Ya he llorado lo suficiente todo este tiempo mientras tú jugabas a marineritos. Todo este tiempo en el que no he tenido noticias ni de ti ni de

Joaquín. Solo espero que él sea más hombre que tú y no se olvide de dónde está el verdadero valor de las cosas. Tú, al parecer, lo olvidaste hace mucho, si es que alguna vez lo supiste. Te compadezco, pobre Marcel Noviembre, y te maldigo.

La calle está mojada. Un aguacero intenso ha pintado de charcos los adoquines y ha creado pequeños riachuelos de lluvia sucia en los bordillos. Huele a humedad y restos de pescado, quizás provenientes del mercado de Vinegar Hill. Aunque es de noche, Marcel observa las espigas arrastradas por los diminutos caudales y se pregunta si la existencia no sería más sencilla si nos limitáramos a ser arrastrados por la corriente. Una aguda melancolía se le instala en el pecho y le apremia a desear su propio final. La dureza de las semanas en la mar, la frustración de no haber viajado desde Oporto hasta San Telmo, los problemas a bordo del buque, la fatiga instalada en sus huesos... Y, sobre todo, el vientre de Mercedes, ese vientre que crece semana a semana recordándole que espera un nuevo hijo.

¿Un nuevo hijo a estas alturas de la vida?

Juguetea con la punta de su bota en los restos fétidos del pescado, preguntándose cómo encajar lo que acaba de suceder en su apartamento del East River.

Marcel se ve en la calle, sin siquiera recoger nada, con las manos en los bolsillos, el estómago vacío y una enorme presión en el pecho que le impide respirar. Vaga por los pantalanes del puerto hasta que le alcanza la noche. No comprende cómo su vida ha podido torcerse así, en qué momento ha perdido la prudencia o por qué no ha sido capaz de hacer entrar en razón a Mercedes. La quiere. ¡Cómo no va a quererla! Es su esposa, es la madre de su hijo –de sus hijos; ¿qué es eso de que nuevamente está embarazada?–, es su compañera, es su paciente mujer... ¿Cómo no quererla? La quiere hasta el punto de sentir que Nueva York entera se le mete por la nariz y le estalla en las costillas.

Las ciudades pueden ser magníficos bálsamos y pérfidos elixires, según nuestro pulso. Nueva York, en especial, capaz de convertirse en la novia entregada que acaricia nuestra piel con sus esquinas cálidas y sus encantos explícitos, y de ser el veneno que nos reduce mediante la asfixia a la más absoluta y delirante agonía. Y si sus edificios nos elevan a la gloria, imbuidos los ojos de placer estético, de igual manera sus sombras nos recuerdan las miserias humanas y nos matan como a pollos en la cinta continua de un matadero.

Ya de noche, se sienta en un muelle de madera en los desiertos embarcaderos de Wallabout Bay, con los pies colgando sobre el aceitoso mar del puerto. Una bombilla de luz mortecina apenas le

ilumina desde un poste inclinado que amenaza con caerse. Varias ratas salen espantadas cuando notan su presencia. Sube humedad fétida desde el agua y, por detrás, la negrura de un barrio deshabitado, los siniestros almacenes abandonados de la Golden Corn Inc., el tufo apestoso de las chimeneas del almacén de alquitrán...

¿Mercedes? ¿Beatriz? ¿Mercedes? ¿Beatriz?

Allá pasará las horas. Media noche, noche larga, noche entera, madrugada.

¿Cómo explicar al mundo que los sentimientos no se sujetan a convencionalismos? ¿Cómo hacer ver a Mercedes que el vínculo con Beatriz trasciende de toda lógica, de toda culpa, de toda responsabilidad? ¿Cómo hacerle ver que no hay toxicidad sino el franco convencimiento de que estaban destinados a sufrir sus ausencias mutuamente? ¿Cómo resumir una vida de compromiso etéreo, casi atmosférico, que les ha hecho saberse unidos a pesar de no estarlo, respetando sus matrimonios, sus hijos, sus existencias?

¿Y cómo volver a ella cuando no sabe a cuál de las dos hay que volver? ¿Volver a Beatriz? ¿Abandonar América, embarcarse por última vez y estrecharse en sus brazos para los años que les queden? Son mayores, están cansados. Poco queda por escribir ya, salvo un último capítulo que soñó para los dos. ¿Dejar a Mercedes y cruzar el océano hasta San Telmo?

¿Pero cómo renunciar a Mercedes, a su esposa, a su mujer, al ser humano más comprensivo y dulce que ha habido en su vida? ¿Cómo no volver a ella, a su apartamento del East River, a sus brazos? ¿No fue él quien una vez dijo que su patria eran los brazos de la mujer que le habitaba cada noche?

¡Y embarazada! Mercedes, embarazada. ¿Cómo no volver a ella y al hijo que lleva dentro? ¿Cómo no acompañarla? ¿Cómo condenarla a una maternidad en solitario?

El ulular de una sirena al otro lado de la bahía anuncia el cambio de turno en alguna factoría. Un ronroneo industrial y sordo inunda el ambiente sórdido de aquel puntal del puerto, mientras una draga herrumbrosa cruza ante sus ojos con estrépito de hierro, como un viejo dinosaurio vestido de hojalata.

Cuando el día empieza a clarear, tímidamente, con la sutileza de una luz que quiere aparecer por oriente pero que no se atreve a irrumpir en la ciudad, Marcel es presa de una premonición, de una imagen intensa y turbadora. Quizás sea fruto del sueño, de la noche de vigilia, de la desazón o el hambre. O quizás sea la prueba de que hay vínculos que escapan a lo racional. Piensa en Joaquín. Un escalofrío le recorre la espalda al dibujar su rostro en la mente. ¡Es tan bravo su hijo! ¡Tanto como lo fue él! Lo visualiza en España, seguramente aún en Sevilla, cautivando a los parientes y seduciendo a las andaluzas que, conmovidas por su personalidad, dejarán que les robe el corazón. ¿Por qué no ha dado noticias? ¿Ni una carta siquiera?

Frunce el ceño. Sabe que es un hombretón ágil y prudente, muy bueno con los puños y muy rápido con las piernas, sensato y despierto, pero también sabe de sobra que es atolondrado, emocional e

influenciable. Como lo era él mismo de joven. ¿Y si se mete en algún jaleo? ¿Y si no es hábil para sobrevivir en la España de la posguerra?

Cualquier cosa mejor que quedarse en los Estados Unidos y arriesgarse a ser llamado a filas para acudir a Asia o al corazón de Europa.

Entonces, un bidón de brea flotando a la deriva golpea con uno de los pilares de madera del pantalán y le hace mirar hacia el agua. Descubre allí, sobre la superficie oleosa, su propia figura, levemente iluminada por la bombilla en el poste, y parece descubrir el cuerpo de Joaquín, que no deja de ser el suyo propio cuando tenía su edad. Se sobresalta. Hay imágenes muy poderosas. De pronto, tiene una intuición, un soplo de viento en el pecho.

Se levanta. Joaquín está bien. Sabe que está bien. ¿Por qué entonces lo ha imaginado ahogándose en un río? ¿Qué es esa forma que ha visto en el agua? ¿O será su propio cadáver lo que, premonitoriamente, se le ha dibujado?

Marcel ignora que Joaquín ha huido de Nazaret, arrastrado por el caudal del Guadalquivir, y que Heredia *el Mayor* y la familia Vega al pleno han lanzado improperios hacia el río y amenazas impronunciadas, haciendo cruces en el aire con las navajas y rasgándose las camisas como juramento de venganza por la deshonra. Ignora que han tomado a Nazaret y la han obligado a calzarse para llevársela al *bairro*, donde las comadres rezarán por su virginidad durante toda la noche, mientras ella, sin dejar de llorar, hundirá su cabeza en el colchón pensando que nada en la vida volverá a ser igual. Ignora que Joaquín es un manojo de ira, miedo y pena, que nada velozmente en la corriente y que alcanza la orilla opuesta casi un kilómetro cauce abajo.

Lo que Marcel sabe es lo que siente, y lo que siente es que su lugar es con los suyos, con Mercedes, con su hijo Joaquín, esté donde esté, y con el niño que crece en el vientre de su esposa. No reniega de Beatriz, pero comprende que si han estado toda una vida condenados a vivir en la ausencia del otro, podrá sobrevivir un capítulo más con esa misma ausencia.

Amanece. Va a volver al East River. Va a rogar a Mercedes que lo escuche. Va a jurarle que jamás se separará de ella ni de la criatura que va a nacer, que pedirá que le readmitan como profesor y que, si jamás regresan a España, no le importará porque es con ella, su esposa amada, con quien quiere vivir lo que le quede de vida.

Se pone en pie y se gira sobre sus talones. La convicción es tan ardiente que, por un instante, diluye el nombre de Beatriz y solo existe en su cabeza el de Mercedes.

Mercedes, Mercedes, Mercedes. Solo Mercedes a partir de ese instante.

Ignora qué sucede con Joaquín. Ignora siquiera que existe Nazaret. Ignora que Beatriz, en San Telmo, ha caído enferma de fiebres. Ignora si volverá a verla o no. Solo piensa en Mercedes y solo le urge volver a sus brazos.

Tan acuciante es la necesidad, que no piensa sino en echar a correr hacia casa. Tan febril, que no ve a los cuatro maleantes que le cierran el paso debajo del poste de la bombilla, encendida pero ya

inútil. Parecen hispanos, aunque no españoles.

–¡El dinero!

Marcel no responde. Intenta cambiar de dirección y abandonar el pantalán por otro extremo. Se lo impiden.

–¿No has oído? El dinero, las botas. ¿Llevas reloj?

Siente ser un viejo, un hombre sin recursos. ¡Qué atrás han quedado sus hazañas, sus heroicidades!

–¡Venga! Tienes pinta de español. ¿Eres español? Todos los españoles sois unos fascistas, como Hitler.

Marcel ve en el cielo el casco del *Beatrice*, varado al otro lado del puntal, y se imagina que va a saltar a su borda desde el vapor del capitán.

–¡El dinero, cojones! ¡No nos hagas perder más tiempo!

Quiere volverse a casa. Quiere reencontrarse con Mercedes. Sabe que no todo está perdido, que su mujer tardará, pero le perdonará. Quiere vivir en paz lo que le quede de vida, y vivir en paz es vivir en paz consigo mismo. Toma conciencia de que ya no es aquel Marcel a quien nada ni nadie detenía. Decide caminar y pasar entre los cuatro rateros del puerto.

El primer golpe lo arroja al suelo. El segundo le abre la ceja. Cada una de las patadas le aleja de la consciencia y le arroja al universo de lo intangible, de lo atmosférico; ese estado en el que ni las agresiones más salvajes duelen. Mientras uno le descalza y otro le arrebató la cartera, los otros dos le propinan sonoros puntapiés con sus botas en los riñones. Cuando uno de ellos toma una piedra y se la descerraja en la cabeza, Marcel se rinde.

En Sevilla, Joaquín alcanzará la ribera, jadeante y aturdido, muerto de frío y de miedo, después de su penosa huida nadando, batiéndose contra el río. Ha dejado atrás el pánico y se afanará por sobrevivir saliendo entre juncales y piedras resbaladizas. Jadea. Una cosa es nadar en la bahía del Hudson las tardes de verano en presencia de su padre y otra luchar contra la fuerza del río escapando de un clan de gitanos con ansias de venganza. El Guadalquivir es una boa negra que ha estado a punto de engullirlo. Al otro lado del océano, su padre es arrastrado por los cuatro maleantes hasta el borde del pantalán.

El muchacho toma aire cuando es asaltado por los guardias, quienes le dan el alto, apuntándole con sus largos fusiles. Él solo ve el brillo de los tricornios y el ondear de las capas.

–¡Alto a la Guardia Civil! ¡Quién va! ¡Alto a la Guardia Civil!

Al otro lado del océano, su padre cobra las últimas patadas.

Joaquín recibe un culatazo y cae de rodillas.

–¡Alto a la Guardia Civil, desgraciado!

–El coronel Ruidera nos felicita por esto, seguro, mi cabo –comenta uno al otro, ufano y henchido de hombría–. Hemos atrapado al gitano robagallinas del marqués.

Al otro lado de la mar inmensa, en un embarcadero olvidado y apestoso, los cuatro maleantes

empujan a su padre a las aguas de la bahía.

–¡Ya te tenemos, ladrón! –le gritan a Joaquín.

–Y es gitano, mi cabo. Basta verle el collar que lleva, de esos de medallas y plata gorda. ¡La has liado parda, desgraciado!

Golpean de nuevo a Joaquín, esta vez en la cabeza. El joven está empapado, tiritando y sin comprender por qué lo están deteniendo; en Nueva York, en el viejo puerto abandonado de la Golden Corn Inc., su padre flota entre bidones y porquería. Los maleantes huyen corriendo, felicitándose por el botín y palmeándose la espalda. Solo las ratas compadecen a Marcel.


Cuando los dos guardias agarran a Joaquín de las axilas y le reprochan ser un ladrón en las tierras del marqués, él no entiende a qué se refieren; le duele el pecho por el río, la frente por el culatazo y el alma por ella, por su amor:

–Nazaret... –pronuncia.

–¡Por fin te echamos mano, rufián! ¡Se te va a acabar a ti la gracia esta de robar al marqués!

Su padre, en la Wallabout Bay, que es lo mismo que decir en otro punto de la galaxia, se hunde bajo una capa de aceite hediondo.

–Beatriz... Beatriz Tussaud –piensa antes de sumergirse.



LIBRO QUINTO, AD LIBITUM

I

EN LOS AÑOS CUARENTA, NADIE SE ESPERABA LO QUE IBA A SUCEDER, O CASI NADIE

La vida dura hasta que se extingue. Quizás algo más, pero pocos son quienes se percatan de ello.

Tristán murió de un infarto el 7 de febrero de 1942. Lo hizo al ir a levantarse de la cama, sin mayores alharacas ni dramas, casi como quien no pretende alterar la rutina de la mañana. Sin avisar. Sin llegar a calzarse sus zapatillas de cuero color coñac. Sin haberlo previsto. Con parsimonia. Con los dedos arañando las sábanas. Sin pudor. Con desconcierto. Sin abrir la ventana ni ventilar la almohada. Sin descendencia. Sin zanjar tantas cosas con su madre, con su hermano. Sin despedirse de nadie. Sin reflejos para encomendarse a Dios. Simplemente, se sintió ahogar, se echó la mano al pecho y, antes siquiera de que el dolor le nublara la vista, su cuerpo se destensó y su latido se detuvo. Fue elegante hasta en eso.

Por entonces, la galería remontaba el vuelo y había conseguido aparecer en los periódicos provinciales, y hasta en *El Alcázar*, por lo que, al fallecer, Tristán dejó tras de sí un negocio próspero y un vacío enorme, así como una excelente colección de relojes y un pintoresco automóvil Volkswagen traído de Alemania por mediación de sus clientes bávaros. La posguerra española y la contienda europea le habían producido no pocos contactos, y por conseguir vender muchas piezas a turbios coleccionistas del renovado Reich, a quienes enviaba las obras vía Hendaya y París, se había labrado fama de cumplidor y experto en acuarelas, que eran, en definitiva, los cuadros más apetitosos para los jefes nazis, carentes de escrúpulos y tan aficionados al arte, llegara de donde llegara.

Sus exequias fueron un acontecimiento en el pueblo, con comitiva fúnebre, misas en todas las parroquias del casco antiguo y un responso apologético, casi taumatúrgico, en el que se cantaron las bondades de un vecino honesto, generoso y sumamente fiel a los santos principios de la

familia y de la patria.

Beatriz, a quien los acontecimientos y la vejez pesaban como lastres de plomo, no tuvo más remedio que plantearse cerrar la galería o tomar ella las riendas, toda vez que Carmen enfermó el mismo día que enterraban a Tristán.

El deterioro de Carmen fue inmisericorde. Ni médicos ni vecinas supieron qué le sucedía. Solo, que se iba consumiendo, cada vez más muda, cada vez más delgada, cada vez más ausente, cada vez más cadáver. Se trataba de un mal generalizado que le consumió el cuerpo y que todo el mundo supuso que era tristeza. Cuando seis meses después falleció, Beatriz no pudo sino acordarse de las duras fiebres que ella mismo padeció en el treinta y nueve, aquel aciago año en el que tantas vidas cambiaron de rumbo, cuando las tifoideas la postraron en cama durante semanas y semanas, y solo los cuidados de una jovencita Esperanza consiguieron sacarla del agujero.

Enterrados en un sobrio panteón familiar que el propio Tristán diseñara, Carmen y él se perderían la irrupción de Guillermo en la vida de la casa roja de la calle Cruz, primero como novio y luego como marido de Esperanza, sus primeras citas, una vez que Beatriz diera el consentimiento, los domingos de tertulia, las nupcias en la iglesia de la Concepción...

También se perdieron la complicidad creciente entre Esperanza y su tío Matías, convertido en padrino de boda pese a su fobia por los tumultos. Fue la época en que este, además de pintar, comenzó a escribir. Escribía y escribía y solo se detenía para pintar. Pintaba y pintaba y solo se detenía para escribir. Alternaba una y otra actividad con tal entusiasmo que Beatriz tenía que enviar a Esperanza para que aquel se tomara respiros, ávido como estaba por crear.

—Crear es lo único que nos salvará de la pesadumbre —le decía—. Crear es dominar el tiempo, porque, cuando creamos, jugamos a ser dioses. No puede haber nada comparable con el acto de tomar una página en blanco o un lienzo vacío y convertirlo en algo único. Crear es trascender.

—Te he traído esto, tío —explicó Esperanza acercándole un paquete envuelto en papel de color.

—¿Un regalo? ¿Para mí? Nunca recibo regalos. No sé si me gustan o no. No estoy habituado a ellos.

—Ábrelo, tío.

Matías manipuló el paquete intentando no estropear el envoltorio, con una delicadeza extraña en un hombre de aspecto tan abandonado. Cuando

consiguió desembarazar la caja del papel, encontró una colección de lápices de diferentes grosores.

—Creo que es lo que mejor te define. Lápices de distintos tipos. Acepta este obsequio, tío, por todo lo que haces por mí. Los tienes desde los más finos hasta los más gruesos. Con ellos vas a poder pintar y escribir. Solo dependerá de la musa que te inspire en cada instante.

—¡Oh, Esperanza! Son... son maravillosos... Gracias. Muchas gracias, sí. En efecto. Con este abanico de puntas, unos días dibujaré y otros escribiré. Las musas ya pueden estar despiertas, ya.

—¡Ja, ja, ja! Me alegro de que te gusten.

—Las musas, mi querida e intuitiva sobrina —comenzó a pronunciar paseando por la habitación, esgrimiendo uno de los lápices en su mano por encima de la cabeza—, son caprichosas por naturaleza. Y sobrias. Nunca una musa se contoneará para ganarse tus favores; odian los oropeles y las ínfulas. Las musas son discretas. Odian la grandilocuencia y el boato. Llegan, susurran y se marchan, como hadas pero sin alas. Y son también imprevisibles. Hay días en los que nos empujan a crear desbordadamente y días en los que parecen callar para condenar al autor al más ruin desierto. Pero no tengo la más mínima duda de que con estos lápices las convocaré y llegarán en tropel a dictarme. Ya veremos si es dibujando o si es escribiendo.

—Me alegra oírte hablar así.

—Te prometo, sobrina mía, que no cejaré hasta desgastarlos. Hasta que estos pequeños vástagos de madera y grafito sean polvo negro en mis dedos. Dibujaré hasta extenuarme. Escribiré hasta vaciarme.

Tristán murió y los oscuros ojos verdes de Beatriz volvieron a empañarse durante días, semanas. Quizás por siempre. Puede que nunca se supere sobrevivir a un hijo, y ella ya sobrevivía a dos.

En las tardes frente al mar, dejaba vagar su vista sobre las olas y quién sabe si no se preguntaba a dónde van las almas, dónde nacen las olas o de qué están hechos los recuerdos. No hubo un día en el resto de su vida que no pensara en ello.

Sin dejar de ser la mujer hermosa que se enfrentaba al mundo con decisión, la muerte de Tristán la sumió en una melancolía de la que probablemente nunca saldría aunque apenas la mostraba.

Y a la vez que desaparecía Tristán, aparecía Guillermo.

Guillermo surgió de la nada. Era gracioso, trabajador y despierto. Se movía por San Telmo en bicicleta, a pesar de vestir siempre con chaqueta y zapato, y tan sensible se mostraba, y tan afable, y tantos detalles tenía con su novia Esperanza y con la abuela Beatriz, que no le costó cautivar los corazones de ambas.

Trabajaba como contable en varias tiendas de la ciudad, y llevaba los papeles de un par de negocios, pero lo que más le gustaba era coger su barquichuela y hacerse a la mar a pescar, como si pescar fuera un rito y él un chamán. Preparaba los aparejos, se calzaba botas, se cubría con un grueso impermeable amarillo y soltaba amarras para adentrarse milla y media más allá de la bahía, donde, si había suerte, se hacía con corvinas, doradas o sargos. A veces dejaba que la noche se le echara encima y, con la ayuda de un farol que asomaba por la borda, conseguía jibias y calamares. A Beatriz aquello la conmovía porque, inevitablemente, le recordaba a Marcel cuando huía de la tierra firme en el *Hamaika*, y aunque le aseguraba a su nieta que era una actividad inofensiva, en el fondo sabía que todo hombre que sale a la mar busca algo que la orilla no ofrece.

Una vez casados, Esperanza y él vivían en el mismo edificio de la galería. Matías seguía ocupando el principal, Beatriz el segundo y ellos el tercero, de manera que, con aquella compra, toda la casa estaba en manos de la familia. La joven ayudaba en el negocio, y como de viaje de novios fueron a Madrid, aprovecharon para contactar con media docena de establecimientos de arte y antigüedades con los que pronto empezaron a realizar intercambios y negocios comunes, con tal volumen que, para 1945, coincidiendo con el embarazo de Esperanza, Beatriz propuso a Guillermo que dejara sus empleos y se centrara en la galería, a la que, desde entonces, pasaron a llamar “Galería de Arte Tussaud”.

* * *

La “Galería de Arte Tussaud” se complacía en invitar a sus clientes habituales y a cuantos lo desearan a la inauguración de la muestra de pintura abstracta del genial Lorenzo Artigas, uno de los pintores más prometedores del panorama artístico del momento. Al menos, eso rezaban las invitaciones

que Esperanza había diseñado. Corría el mes de marzo de 1948.

Esperanza y Guillermo criaban a María, su hija, que por entonces contaba ya con tres años, y dirigían el establecimiento con eficacia, ilusión y olfato, de manera que Beatriz, con sus setenta y un años, se limitaba a disfrutar del arte y a observar complacida el mar recordando a los suyos.

Pasaba largos ratos con Matías, en su estudio, quien continuaba con su fiebre de escritor combinada con la de pintor. De tarde en tarde, paseaban hasta el puerto, donde ambos tomaban asiento en un banco frente a la bahía y conversaban sobre esto o aquello, o simplemente callaban. Matías era un hombre maduro de largo cabello, prominentes bolsas bajo sus ojos y ajadas manos, encorvada espalda y serena voz. Poco a poco había ido saliendo de su coraza, admitiendo, de año en año, que su sobrina Esperanza ordenara su estudio, ventilara su vida y aderezara su aspecto, pero fue sobre todo a raíz del nacimiento de la pequeña María cuando una bocanada de oxígeno entró en la calle Cruz y logró que pidiera a su madre que le hicieran ropa nueva y le acompañara a recorrer las calles. Quería pintar, quería pintar mejor que nunca, y terminó por domesticar sus trazos informalistas para recalar en el más recalcitrante y metódico realismo. Al tiempo, llenaba páginas y páginas con historias que nadie leía pero que él acumulaba.

Sentados en el extremo sur de la avenida del Generalísimo, cerca de donde un día estuvieron los primeros astilleros en los que trabajó Daniel Sanmartín, madre e hijo observaban las aguas tranquilas que llegaban desde el océano y morían en San Telmo unos metros por debajo de sus pies, al otro lado de la valla.

–Este banco está helado, Matías. Volvamos para casa. Aún tenemos que arreglarnos para la inauguración de Artigas. ¿Bajarás?

–Sabes que no, mamá. Detesto las aglomeraciones.

–Podrías ayudarme con María. Sus padres estarán muy atareados con los invitados. María es un soplo de aire fresco cada vez que me encargo de ella.

–A mí me sucedía lo mismo cuando Esperanza era pequeña y subía a mi estudio. Se sentaba en el suelo y me veía pintar. Solo saber que estaba allí me reconfortaba.

–Esperanza fue una bendición, y María, otra.

–¿Sueles acordarte de Raquel? Yo, a veces, hago por recordarla.

–Yo hago por recordar a todos nuestros muertos, hijo mío...

La conversación quedó en suspenso. Hablar de muertos era viajar hasta

aquella noche de 1907, cuando Matías, tan niño, abrió la cabeza de su padre, así que los dos se levantaron y, agarrando él el brazo de ella, comenzaron la lenta andadura rumbo a casa. La brisa traía olor a mar y graznidos de gaviota.

Al cabo de un rato, cuando enfilaban el nuevo bulevar, Beatriz se volvió hacia su hijo deteniendo el paso.

—La inauguración de la exposición de Lorenzo Artigas va a impactar mucho en San Telmo. Estoy segura de que mucha gente no va a entender nada de su obra. Esta ciudad no está preparada para la pintura abstracta. ¿Crees que Esperanza ha sido demasiado atrevida al organizar la muestra?

—Esperanza sabe lo que se hace. No es ninguna niña. Tiene intuición, conoce mucho, no da puntada sin hilo. Si ella cree que lo abstracto tiene cabida en la galería, tendremos que hacerle caso. Hasta ahora nunca se ha equivocado.

—Tienes devoción por tu sobrina.

—Y por mi madre —dijo permitiendo que Beatriz se apretara más contra él.

—¿Sabes una cosa, Matías? A veces temí que enloquecieras. ¡Fueron tantos años de no querer relacionarte con nadie, de vivir en tu agujero, de solo respirar pintura...!

—Literalmente hablando —rio él.

—Me gusta que ahora también escribas. Me alegra mucho sentirte tan cercano a mí.

—Ahora mismo, escribir me evade como me evade pintar. Y siempre lo he estado; siempre he estado unido a ti.

—Lo sé, hijo mío. Pero ahora, en esta etapa última de mi vida, sentirme arropada por los míos es lo último que me queda. No aspiro a nada más.

Al doblar la esquina de la iglesia de la Concepción, enfilaron el carrejo y alcanzaron la calle Cruz. Esta había cambiado mucho, con escaparates y nuevos edificios, y con un ingenioso sistema para aparcar que obligaba a hacerlo unos días junto a la acera derecha y otros junto a la izquierda. Había tendales en los pisos altos, chiquillos jugando al fútbol con una pelota de trapo y un afilador en la esquina opuesta a la casa roja.

—¿Te habrías casado con él?

—No lo hice. Solo sé eso.

—¿Y te has arrepentido alguna vez?

—Matías, sabes que sí. No tanto de no haberme casado como de no haber sido capaz de tenerlo a mi lado. La vida es así de indescifrable.

–¿Te importó que le regalara su cuadro a Esperanza?

–¡¿Cómo me iba a importar?! Me pareció un gesto precioso. De alguna manera, ese cuadro que pintó Marcel es el testigo de nuestra historia. Por ese cuadro visité el almacén de la Sala Panorama, cuando él me raptó y me sacó de aquella ridícula inauguración en la que todos competían por mostrarse más arrogantes y exquisitos. ¿Sabías tú que la Sala Panorama estaba donde ahora está el Cine Artist? Por ese cuadro dejé que Marcel me llevara al almacén y me recitara un poema en francés. ¡Ay, que embaucador! *Les sanglots longs des violons de l'automne... Blessent mon coeur...* ¿Quién iba a resistirse a un poema en francés? Por ese cuadro me enamoré de él. Que años después te lo regalara secretamente a ti es algo que me ha conmovido toda mi vida. Tenía que ser a ti. No podía ser de otra manera. Que tú se lo dieras a Esperanza cuando cumplió catorce años fue un acto muy bonito. ¿Quién nos iba a decir entonces que sería ella quien acabara llevando el negocio! ¿Lo ves? La vida es indescifrable.

–Regalar el cuadro de Marcel a mi sobrina ha sido el mayor acto de amor que he hecho en mi vida.

–Lo sé, hijo mío. Y por eso siempre estaré orgullosa de ti.

–¿A pesar de todo?

–Precisamente por todo, Matías. No lo dudes.

* * *

La inauguración de “Artigas, color y dinamismo” mantenía un elevado nivel de nerviosismo en todos, especialmente en Esperanza y Beatriz. Guillermo, al fin y a la postre, se ocupaba de la parte logística, aquella en la que se sentía seguro, y sabía que nada fallaría en cuanto a invitaciones, ágape, quarteto de cuerda contratado, instalaciones y folletos. Y de cómo se gestionaría el evento tampoco tenía dudas, convencido de que Beatriz, con la gente de su generación, y Esperanza, con los de mediana edad, sabrían sacar provecho.

Las tres mujeres de la casa lucían radiantes. La abuela eligió un vestido discreto y elegante, negro y gris con terminaciones de blonda en las puñetas y un alto cuello de cisne sobre el que colocó un camafeo; se recogió el cabello en un enorme moño circular y se pintó los labios con un potente rojo que, en

cualquier otra señora de su edad, habría sido una exageración, pero que a ella le resaltaba la sonrisa, la mirada, el orgullo de ser Beatriz Tussaud.

Esperanza y María iban de *beige*, un color muy de moda aquel final de la década de los cuarenta, la madre con una chaqueta de gales y unos zapatos de alto tacón en forma de prisma, y la niña con un sobretodo de ganchillo y unas merceditas blancas. Si una llevaba un sofisticado moño recogido a la altura de la nuca, a la otra le plantaron dos graciosos tirabuzones.

La sala estaba preparada con el convite en un extremo, los músicos en otro y las obras de Lorenzo Artigas en tres de las cuatro paredes. Desde que tomó las riendas Esperanza, la galería había mudado de aspecto, ampliando la zona de exposición, al quitar el taller de relojería, y modificando la disposición de las luces, de manera que parecía el doble de grande que antes. De haberla visto, Gerard Tussaud no habría reconocido su relojería y, sin duda alguna, se habría echado las manos a la cabeza al contemplar aquellas obras coloristas, sin forma ni dibujo, estallidos puros de color sobre color.

Fue llegando la gente con alboroto de paraguas. Los dos o tres más ostentosos aparcaron en la misma calle, aunque la mayoría se acercó caminando. Esperanza los recibía en la puerta y, una vez dentro, era Beatriz quien actuaba como anfitriona, de la mano de la pequeña María.

—¡Qué ricura de nieta tiene usted! —saludó una mujer con aspecto de ricachona, envuelto el cuello en una estola de zorro.

—Gracias. Es mi biznieta; es la hija de mi nieta Esperanza. Una bendición.

—¿Y cómo te llamas, criatura? —preguntó a la pequeña inclinándose hasta colocarle su afilada nariz frente a la cara.

—María, señora. María Castillo Astorquiza.

—Uy, qué ricura. Para servirla a Dios y a usted, se dice. ¿Y cuántas añitos tienes?

—Tres, señora.

—Muy bien. Toma, creo que tengo un dulce en mi bolso. Te lo has ganado. ¡Pero qué ángel de criatura! ¡Qué primor!

Beatriz comenzaba a incomodarse con la desconocida al sentir que la estaba privando de atender a otros invitados, pero mantuvo el tipo y aguardó paciente a que se fuera. Recibió entonces a los señores Azkune, a los Mielgo, a los Olasagasti; también, al crítico de arte Ismael Guía, y a los pintores Salazar y Rodríguez-Puerta. No faltaba nadie. La inauguración estaba resultando un éxito, al menos en convocatoria. Guillermo iba y venía de un

sitio a otro comprobando que no faltaba de nada y Esperanza, del brazo de Lorenzo Artigas, paseaba entre los invitados para desgranar los matices de la impactante obra.

Un cuadro mostraba trazos aleatorios en tonos verdes, como si hubiera germinado en su mitad un campo de helechos. Otro se componía de brochazos marrones y amarillos. Otro, naranjas. En la pared izquierda, una colección de pequeñas telas de no más de veinte por veinte recorría la paleta de Artigas con pinceladas fugaces, mientras que en la central, un soberbio lienzo de enorme tamaño presidía la estancia con una variación sobre rojos que parecía hacer reventar la pared.

Probablemente, pocos comprendían aquel arte. Artigas, que durante la Segunda Guerra Mundial había viajado por media docena de países, conocía a Kandinsky, el suprematismo de Malévich y el sincronismo de Morgan Russell, y, aunque todos ellos eran pintores consagrados, en España aquella corriente de la abstracción no contaba aún con muchos adeptos. Que fuera en San Telmo donde se expusiera por primera vez, fuera de las grandes capitales, otorgaba al evento un aire de riesgo, esnobismo y provincianismo mezclados a partes iguales.

Todo transcurría a las mil maravillas. Los asistentes se fueron animando y, aunque por corrillos departían sobre lo insufrible de aquel tipo de pintura, no abandonaban la galería porque se seguían sirviendo mistelas y en la calle continuaba lloviendo. Algunos opinaban que Artigas era un visionario; otros, que un mamarracho. Había quien aseguraba que aquel tipo de pincelada respondía a problemas de índole psicológica, seguramente motivados por su desordenada vida, mientras que otros no dudaban en considerar sus lienzos como despropósitos que atentaban incluso contra la moralidad pues en tanta borrachera de color no podía sino subyacer un velado bolchevismo, tan amigo del libertinaje. Fuera como fuera, lo cierto es que el lugar continuaba lleno. El cuarteto seguía ejecutando su repertorio y Guillermo, tan ufano como preocupado, no dejaba de calcular que no habría botellas sino para una hora más, dos a lo sumo, por lo que comenzó a racionar las copas, sirviendo cantidades más pequeñas.

Esperanza intuía que nadie compraría nada —era evidente que aquellas obras no eran del gusto de sus invitados—, pero se aseguró de que el crítico de arte quedara complacido con sus explicaciones e impresionado por la personalidad del autor. Podía decirse que todo el mundo terminaba

satisfecho.

De pronto, Beatriz se quedó petrificada como una estatua de sal en mitad de la galería. A punto estuvo de perder el equilibrio y caer desmayada, como si toda su vida pasara delante de sus ojos a la endiablada velocidad de un tren. Acababa de ver aparecer por la puerta un inesperado fantasma. Los fantasmas, en ocasiones, son así de caprichosos. Los músicos habían parado a descansar unos minutos y el silencio de sus instrumentos dio paso al barullo de los asistentes, momento que había aprovechado él para surgir, como si naciera de un rompimiento de gloria, en mitad de la sala.

Y es que era él, sin duda, a pesar de que la poblada barba lo ocultaba tras de sí. Estaba cambiado, muy mayor, como si escapara de un viejo cuadro de Delacroix, con el pelo totalmente blanco y las manos llenas de manchas, tan arrugadas que parecían uvas pasas sobre los bastones que lo sujetaban. Estos, con empuñaduras de marfil representando cabezas de león, lo sostenían con decoro, de manera que, más que apoyos, parecían exquisitos complementos de un hombre coqueto. Mantenía su inequívoco estilo de genio, de artista, de ser humano subyugante y seductor, pese al evidente paso del tiempo por su físico. Habría podido decirse de él que era un pirata retirado o un heroico capitán de navío en la reserva; o un pintor que transitaba por los campos del Olimpo de los consagrados, o un poeta reconocido, un Unamuno.

Lucía en el dedo dos alianzas, y en los pies, dos zapatos que se notaba que los habían limpiado hacía poco, relucientes y con olor a betún. Tenía la sonrisa, la de siempre, la sincera, dibujada en su rostro, a medio camino entre la timidez y la audacia, y la vista, en sus preciosos ojos, inteligente y voraz.

Reconoció el sitio, aunque estuviera cambiado, e identificó al instante la relojería del señor Tussaud, pese a los cambios y la remodelación. Recordó dónde estaba tal o cual mueble, la vitrina, los expositores de madera noble, la alfombra... Sabía que allí nunca se sentiría solo; no, al menos, con la soledad de quien abandona un pasado para encontrarse con otro.

Ella lo miraba en absoluto desconcierto, sin poder articular palabra, sin ser capaz de moverse, sintiendo cómo las ancianas piernas le flaqueaban y a la nuca le accedía una inusitada presión, un vértigo ancestral. Los fantasmas producen urticarias.

Iba acompañado de una niña. Sin lugar a dudas, se trataba de él. Hay fantasmas tan reales que es difícil no asumir que pertenecen a otro mundo. El resto de los invitados lo ignoró, ocupados en sus conversaciones. Solo Beatriz

lo vio; solo ella sintió que la sala giraba alrededor y el tiempo se detenía; solo ella tomó conciencia de que su vida acababa de dar un vuelco. Caminó hacia él y le sonrió.

–Marcel Hugarte...

–Beatriz Tussaud –respondió.

–Va a ser cierto que nada puede detenerte. Me parece estar viendo un fantasma.

–Pues soy real, Beatriz. Real y estoy aquí. Otra vez.

* * *

El Gran Cinema Principal de Sevilla rebosaba de entusiastas. No cabía ni un alfiler. Desde platea hasta palcos bullía la expectación. Después de dos años sin grabar, la actriz Magdalena León iba a reencontrarse con su público, precisamente en su ciudad, y estrenaba una nueva película. Los periódicos del momento no se cansaban de repetir que su interpretación era prodigiosa, increíble, una joya del cine español.

Había triunfado previamente, pese a su juventud, con *Bandoleros de estirpe* y *Sangre brava*, dos películas en las que encarnaba a heroínas aguerridas a la par que atractivas, aunque la censura se encargaba de que aquellos hombros y aquellos brazos y aquellos labios no sobrepasaran ninguna línea. Luego estrenó tres títulos seguidos, *La cantinera*, *Amores sensatos* y *Los ojos del capitán*, labor por la que le fue concedido un abrumador reconocimiento por parte del aparato franquista, logrando saltar a la arena de las actrices famosas que rivalizaban con las americanas.

Vivía en Madrid, en una urbanización de las afueras, con el que al principio era su representante, Gabriel Ignacio Pascual, quien la había descubierto y que terminó casándose con ella por todo lo alto en cuanto se constató que la carrera de la actriz iría a más. Era algo mayor que ella, serio, formal y cabal, muy hábil en los pasillos de ministerios y gobernaciones, amante del cine, del arte y de su mujer, algo refinado en sus gustos pero muy guasón en la intimidad, excéntrico de puertas adentro y correcto en su faceta pública. Tenía la virtud de convertir en oro cuanto tocaba, y era reconocido en los círculos empresariales por su olfato para las importaciones y exportaciones. La acompañaba siempre que podía, aunque sus asuntos en

América le obligaban a ausentarse de España con frecuencia, y nunca, jamás, ni en la peor de sus pesadillas, habría sospechado que Joaquín y su mujer acabarían manteniendo un *affaire*.

En la primera fila del Gran Cinema Principal, Magdalena León recibía parabienes, felicitaciones y ramos de flores, rodeada de lo más granado de la sociedad sevillana. Eran frecuentes las composiciones florales gualdirrojas enviadas por mandos del ejército, prohombres de Falange y políticos del más alto nivel. Aquel día, también, hasta el punto de que el gobernador, sentado junto a la actriz, pidió a un acomodador que no importunaran más a la señora y que dejara de llevar obsequios. Ella se dejaba agasajar.

—¿Ansiosa? —preguntó el gobernador.

—En absoluto. Simplemente expectante —respondió ella—. Emocionada por ver el largometraje y comprobar cómo responde el respetable.

El murmullo fue creciendo. Apenas faltaban unos minutos para que se encendiera el proyector y comenzara la magia del cine.

—Confío en que esta nueva película suya no nos genere problemas —comentó un hombre dos butacas a la izquierda de la actriz—. Con algunas de sus escenas hemos tenido serios contratiempos.

—¡Cómo son los censores! —sonrió el gobernador haciendo de menos el comentario—. La señora es una señora.

—Ya, pero a veces unos centímetros más de tela no estropean la historia y facilitan mucho la rectitud de la moral.

—La moral, querido amigo —contestó ella—, es cuestión de los ojos que ven, no de lo que se muestra.

—No tendré en cuenta su apreciación —respondió el censor—. Usted sabe que las cosas no son así y que a la gente hay que educarla.

—¡No sea aguafiestas! —riñó el gobernador—. ¡Y disfrute del largometraje! Un poco de relajón no viene mal, y... de venir, mejor que venga de la mano de una dama como nuestra gran Magdalena León.

Apagaron las luces principales e hicieron sonar el timbre de la primera llamada. El público comenzaba a callar. Entonces, un acomodador del teatro se acercó a ella y le entregó un telegrama.

—¿Es que no me ha oído? ¡He dicho que no importunen más a nuestra actriz —se quejó el gobernador—. ¡Habrás visto!

Ella lo tomó, comprobó que no llevaba remite, lo leyó, sonrió y lo guardó.

*Mírame a la cara, chiquilla / dame el jardín de tu duende, que se escondan
de repente / palomas de miedo y duda.*

* * *

Dolores cumplió ocho años en el barco que unía Nueva York con Santander. La línea había reducido considerablemente su tráfico, y solo había un barco al mes, pero también era cierto que los pasajes eran mucho más accesibles que hacía años. A Marcel le costó tomar la decisión, una vez que Mercedes había fallecido y recuperaba la custodia de su pequeña hija, pero América lo ahogaba y pensó que lo mejor sería regresar a San Telmo y vivir sus últimos días cerca de su pasado.

Mercedes y él no llegaron a reconciliarse. Lo intentó con ahínco él; lo deseó con fervor ella, pero la sombra de Beatriz planeaba por su relación y, aunque cuando nació la pequeña ambos estuvieron presentes, finalmente acordaron que el divorcio, aceptado en el estado de Nueva York, sería la mejor solución, y pese a que él rogó desesperadamente que ella no lo consumara, el 14 de abril de 1941 firmaban los papeles de separación ante un juez del Distrito 32.

A partir de allí, años de soledad, amargura y mucho miedo. Para Mercedes, miedo a no poder criar en solitario a su hija. Para él, miedo a perderla. Coincidían en efemérides y por Navidad, siempre de forma civilizada pero fría, y aunque aprendieron a asumir la cortesía como única forma de relación, ambos fueron entendiendo que jamás volverían a vivir juntos.

Mercedes continuó en su empleo hasta su muerte, apoyándose en su amiga Lucía para las cosas de Dolores. Marcel impartió clases un par de años más y consiguió una ruinoso jubilación que gastaba en malvivir en un pequeño cuarto en la parte sombría de Queens y en contribuir a la crianza de su hija, enviando cada dos semanas dinero al viejo apartamento del East River.

Algunos domingos quedaba con Dolores y pasaba con ella la mañana, o la tarde, o todo el día. La llevaba a las atracciones y sentía no tener dinero para complacerle en todo lo que le habría gustado, pero se reconfortaba al ver que por su hija pasaban los años sin sustos ni sobresaltos.

Cuando Mercedes cayó enferma, su único consuelo fue pensar que medio

Nueva York sucumbía a la gripe de 1947. Él la cuidó sus últimas semanas de vida, lavándola, dándole papillas que no conseguía tragar, achicando sus sudores y calmando sus migrañas con paños de agua fresca. Estuvo al pie de su cama noche y día, sin desfallecer, tomándole la mano y susurrándole que pronto sanaría.

El día que murió, antes de su último aliento, la miró a los ojos y le prometió que todo iría bien, que había sido una estupenda madre y una estupenda esposa. Ella sonrió desde las cuencas de sus ojos, hundidas como en una calavera, y abriendo los agrietados labios azules, le pidió que cuidara de Dolores. Después, le dijo que sentía no haberse despedido de Joaquín y que debía hacer lo posible por reunirse con él. Marcel le aseguró que así sería, y besándola en la frente, no supo si moría tras el beso o era el beso lo que la dejaba morir en paz.

En un buque de la Transatlántica de Navegación, a los trece días de enterrarla, Dolores cumplía ocho años. Habían liquidado todas las pertenencias y se habían embarcado rumbo a la incertidumbre con dos maletas: en una, algo de ropa y algunos enseres; en otra, las páginas de Marcel. En mente, llegar a San Telmo, buscar a Joaquín.

Reencontrarse con Beatriz.

* * *

–Tienes los labios rojos.

–Carmín de alizarina.

Marcel sonrió. Dejó uno de los bastones en manos de Dolores y se inclinó hacia la mujer para darle dos besos que ella recibió sin saber muy bien cómo reaccionar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. Mucho tiempo desde la última carta. Mucho tiempo desde el último latido...

La galería, envuelta en ruido, humo y olor a alcohol, continuaba rebosante de personas. Nadie prestaba atención al anciano de los bastones.

–¿Es tu nieta? ¿Es hija de Joaquín?

–No. Es mi hija. Es mi hija Dolores.

Beatriz no contestó, no replicó, no reprochó ni exigió. Algo en su interior, dentro de la ropa, de la piel, de la carne, le estaba incendiando. Una mezcla entre resquemor, duda, ilusión, felicidad; una amalgama de emociones

encontradas; un torbellino de preguntas por hacer y respuestas que dar. El pulso se le disparó, la voz se le quebró. No sabía si llorar o darse media vuelta. Aparecía allí, en su casa, en mitad de su galería, entre sus invitados. Aparecía sin avisar. Aparecía sin prólogos ni anuncios, desnudo, descarnado, abierto en canal, con una hija de ocho años y dos bastones, con mil interrogantes, con un silencio tan lapidario a sus espaldas que ni en toda otra vida habría podido perdonarlo.

Y lo hizo. Y un súbito espasmo le tintó el cuerpo de guirnaldas, desde los tobillos hasta el cabello, y comprendió que Marcel Noviembre era una constante en su vida. Daban igual los años de ausencia; un solo segundo de presencia reavivaba emociones que, por dormidas, no estaban desaparecidas. Sintió que el mentón le temblaba y no era capaz de articular palabra. Marcel, tampoco.

—No digas nada, Beatriz. Tenemos lo que queda de vida... si tú quieres. Pero, por favor, no digas nada.

Entonces acudió donde los músicos, apoyó en una silla el bastón que le quedaba (el otro aún lo mantenía su hija), tomó un violín, lo miró, lanzó un gesto risueño a Beatriz, y colocándose en el hombro, comenzó a rasgarlo. Al principio, con dos notas desafinadas, por lo que decidió sentarse. Hubo gente que atendió el momento. Y, tras inspirar y cerrar los ojos, comenzó a ejecutar una pieza que inmediatamente algunos reconocieron como de Sarasate.

—*Capricho Vasco* —susurró la mujer.

Esperanza, de repente, se percató de la situación. No hizo falta que le dijeran nada para comprender quién era aquel anciano y apuesto desconocido. Se escabulló de sus invitados, salió por la puerta interior de la sala y subió a casa de su tío Matías. Cuando su sobrina entró en la habitación como un huracán, con mezcla de excitación, miedo y alegría, él escribía; inmediatamente supo que algo sucedía.

—¡Tío! ¡Matías! ¡Adivina! ¿Sabes quién acaba de entrar en la galería?

—¿Franco? ¿La Santa Compañía? ¿Rita Hayworth? ¿Magdalena León?

—¡Marcel! ¡Marcel Noviembre! ¡Marcel Hugarte!

Aquella fue la primera vez que Matías pisaba la galería en un día de inauguración.

II

EL SEÑOR JOAQUÍN HABLA LARGAMENTE Y COMIENZA A UNIR LAS PIEZAS DEL PUZLE

La vida es demasiado breve
como para andarse con demoras.

Nuria y el señor Joaquín llevan más de dos horas charlando. A ella le parece un regalo compartir sofá y conversación con el mismísimo hijo de Marcel Hugarte. Tiene mil cosas que hacer, y al teléfono llegan constantemente mensajes, seguro que de Jorge, pero no puede dejar de escuchar la narración, sosegada y ordenada, de su entrañable anciano. Le observa las manos y se pregunta cómo esos mismos puños fueron aquellos que se batieron en pelea en el puente de Isabel II, igual que se pregunta cómo su esqueleto pudo sobrevivir a la corriente del Guadalquivir.

–Hay muchas más cosas que quiero saber. De usted, de su padre, de Beatriz en San Telmo... Incluso de la señora Dolores, su hermana. Pero... dígame. ¿Qué sucedió después de que le cogiera la Guardia Civil en los campos del marqués?

–Tranquila, jovencita. Al fin y a la postre, los protagonistas de todo esto fueron mi padre y Beatriz Tussaud. Mi historia no deja de ser la de un pobre aventurero venido a menos. Eso sí, enamorado de por vida de aquella mujer sevillana.

–Pues empiece por donde quiera, señor Joaquín. Estoy encantada escuchándole. Pero, dígame algo. Acláreme una cosa. ¿Por qué la señora Dolores y usted han irrumpido en mi vida prácticamente al mismo tiempo? ¿Es pura casualidad?

–Eso tiene que ver con la muerte de mi padre, pero te lo contaré más adelante. Ahora, ya que has encendido la llama de mi vanidad, deja que te cuente mi historia. ¿Te parece bien?

–Me parece genial.

–Pues verás... El coronel Ruidera, con tal de complacer al marqués, me

echó mano y se convenció de que yo era el pillastre que andaban buscando, el ratero que le levantaba gallinas y conejos. Eran los años del hambre en España, imagínate: la guerra había terminado hacía pocos meses y yo, ignorante como era, me dejé apresar. Es cierto que hice además de revolverme, pensando que sería capaz de escapar, pero estaba tan aterido por mi huida por el río y tan dolorido por los culatazos, que no les costó reducirme. Además, llevaba al cuello el collar que me acababa de regalar Nazaret Vega, así que me tomaron por gitano y no se anduvieron con miramientos. Ni siquiera mi acento les convenció, creyéndose que andaba yo fingiendo. Me llevaron al cuartelillo y, de allí, a la prisión provincial, donde estuve nueve semanas esperando juicio. Cuando este llegó, no tuve opción a defensa, y me condenaron a diez meses de cárcel, no sin antes darme una buena tunda para que no se me olvidara que los cotos de los marqueses son inviolables. Pasé por dos penales distintos, desconozco por qué, y finalmente, cuando cumplí la condena, me pareció que había envejecido no un año sino diez. De pronto, ya no era un muchacho con ínfulas de periodista sino un hombretón con ganas de aventura, maleado en los patios del trullo y con un cuerpo bien trabajado gracias a los sórdidos combates de boxeo en la cárcel, de tal manera que, el mismo día de mi libertad, un guardia de mi pabellón, un tal Ruiz de Pena, me dijo que, si quería ganarme unos duros, había peleas clandestinas de púgiles en las que él podía introducirme. Y acepté. Era joven, era fuerte y no tenía dinero, así que en dos días me vi pegándome en cuadriláteros improvisados con chusma de mala ralea. Allí corrían muchas apuestas, y pronto empecé a ser valor seguro, ganando todo lo que se me ponía por delante.

—¡Es increíble! ¿Boxeador? ¿Joaquín Hugarte boxeador? ¡Digno hijo de Marcel! ¿Y sus padres? ¿Escribió a su madre? ¿Sabía algo de ellos?

—No me enorgullezco, pero lo cierto es que nunca encontraba el momento. Como tampoco, de volver a Sevilla. Fueron dos años de locura, de interminables veladas en las que machacaba a mis adversarios a la vez que veía que mis caudales aumentaban. En el cuarenta y tres incluso peleé en Francia, adonde me llevó Ruiz de Pena a un combate clandestino organizado por jefazos de las SS. Aquello hizo que mi vida diera un vuelco.

—¿Las SS? ¡Dios mío! Siga, siga...

—Te voy a contar algo que te hará comprender. La vida, querida jovencita, está hecha por miles de cabos y solo basta tirar de uno para que la existencia

se acabe convirtiendo en un nudo. Todo estaba listo en un viejo gimnasio a las afueras de París. Había gran expectación. Los oficiales alemanes lucían sus imponentes uniformes negros y alguna mujer vestida como la mismísima Eva Braun adornaba el evento. También había mandos españoles, al parecer enviados por Luis Núñez, y algún hombre de traje que yo intuía empresario o político o simplemente aficionado al boxeo. Dos gigantescas banderas nazis colgaban a ambos lados del ring, y una pantalla gigantesca, la más grande que había visto yo jamás, presidía la estancia: al parecer, iban a proyectar, antes del combate, una película española en honor a los amigos del otro lado de la frontera. Ruiz de Pena me dijo que, mientras proyectaban el largometraje, fuera calentando bien los puños porque el animal al que iba a enfrentarme era, por lo visto, un gigantón impresionante al que todos llamaban *die Mühle*, el Molino, porque repartía derechazos e izquierdazos como si sus brazos fueran las aspas de un molino. Yo no le tenía miedo, claro. Hasta entonces nadie me había vencido y sabía que, si ganábamos, nos llevaríamos mucho dinero porque todas las apuestas iban con el germano. Pero la cosa es que, cuando comenzó la película, creí desmayar...

De repente, el señor Joaquín pierde la vista en el techo de la galería y suspira. Nuria le da su tiempo, aunque está impaciente por saber qué sucedió. No quiere apremiarle, pero sí se mueve en el sofá para recordar a su contertulio que ella sigue ahí, esperando la narración.

—*Sangre brava*, un bodrio propagandístico franquista que hablaba de las excelencias de la raza ibérica frente al invasor napoleónico. Algo infumable y de bajo presupuesto pero que había tenido mucho éxito en España, al parecer. Cuando salió el título y aparecieron los créditos, me lamentaba de que el combate fuera a retrasarse una hora y media por ver aquel pasquín, pero cuando salió la protagonista, creí que era una burla del destino. La protagonista del largometraje era Magdalena León.

—Magdalena León vivió hasta hace bien poco. Leí una entrevista suya no hace muchos años. Renegaba de sus principios y de aquellas películas hechas con el auspicio del franquismo, pero acabó siendo considerada una buena actriz. ¿No?

—Sí, en efecto. Ella por entonces era muy jovencita. Yo no tenía ni idea, pero, al parecer, la descubrió el que luego sería su marido. La sacó de los *tablaos* y la convirtió en un icono de la propaganda del régimen. Magdalena León era Nazaret Vega, mi Nazaret Vega.

–¿De verdad?

–Me cosieron a tortas. *Die Mühle* me machacó como a un muñeco de trapo. Yo tenía experiencia en combates rastreros contra marrulleros como yo, no contra atletas nazis de aquella musculatura. Además, estaba tan impresionado por haber vuelto a ver a Nazaret, que me fue imposible concentrarme. Volvieron a mí las emociones del Guadalquivir, los besos robados, la tensión de aquella semana con ella en Sevilla... Por cada puñetazo que recibía, visualizaba un beso, un gesto, una caricia; por cada *crochet*, ¡zas!, una palabra de amor—. El anciano bate sus débiles puños en el aire, con el dorso de las manos perlado de manchas oscuras y los antebrazos débiles como ramas a punto de quebrarse—. Magdalena León estaba preciosa en la película, con aquel rímel y aquellos labios y aquel cabello suyo tan característico... No tuve ni idea sobre qué iba la historia, pero mientras la veíamos, yo, en lugar de calentar, me había ido sumiendo en una enorme melancolía, por lo que el titán alemán no tuvo en mí ni contrincante ni nada. Me vapuleó.

–¿Y por qué no la buscó al salir de la cárcel?

–Por lo mismo por lo que no había escrito a mi madre: porque nunca encontraba el momento. Pero aquella noche, en aquel gimnasio de la Francia ocupada, cuando después del combate Ruiz de Pena me dijo entre gritos y enfados que lo había arruinado, decidí que la buscaría. El problema fue lo que sucedió después. Yo estaba solo en el vestuario, curándome a mí mismo las heridas y magulladuras, y me visitaron cuatro tipos. El resto se había marchado, incluso Ruiz de Pena, después de acusarme de aficionado, flojeras, imbécil y torpe.

–¿De verdad le abandonó su representante?

–Bueno, jovencita, Ruiz de Pena no era exactamente mi representante. Era mi chulo. Ja, ja, ja. La cosa es que allí estaba yo, más solo que la una, con el cuerpo hecho un cromo, cuando entraron dos militares españoles, uno alemán y un hombre con traje, seguramente un magnate de los negocios. Me ofrecieron algo de beber y esperaron pacientes a que terminara de recomponerme. Era uno de aquellos vestuarios de la época, tan decadentes como desproporcionados, con baldosines blancos, mobiliario de recia madera y duchas corridas. Ahora lo llamarían *vintage* y montarían un bar de esos modernos que abren por ahí como si se acabara de inventar la pólvora. Al final, hablaron, y lo que me ofrecieron me permitió una salida digna a mi

recién humillada carrera como boxeador. Aquel trajeado era un empresario textil de Tarrasa, a quien me presentaron como uno de los hombres de negocios más prósperos y afines al Movimiento que había en toda España, de intachable reputación y un gran filántropo. Apadrinaba varias causas relacionadas con la Falange, era benefactor de las obras de Los Caídos y contaba con numerosas fábricas en las cuales el *Cara al Sol* y Franco eran tan importantes como la productividad y la calidad de sus telas. Había conseguido un contrato con las SS para la confección de la tela de sus uniformes, de ahí que acudiera a aquella velada de boxeo, y, al parecer, se había enamorado de mi manera de pelear y me ofrecía un puesto como escolta suyo al que no podía negarme. Era Fabra y Flaqué.

—¿Fabra y Flaqué? ¿Ha sido usted guardaespaldas de Fabra y Flaqué? ¿El Fabra y Flaqué de Tarrasa? ¿Jaime Fabra y Flaqué?

—En efecto, señorita. Lo que tengo que decir es que se había enamorado de mi forma de pelear y de algo más —sonrió pícaramente el anciano, tocando la rodilla de Nuria con sus huesudos dedos—. Luego resultó un caballero conmigo.

—¡Qué historia! Pero... dígame... ¿En qué quedó lo de Magdalena León? No tenía ni idea de que su nombre no fuera el verdadero. Siempre he pensado que se llamaba así de verdad.

—Pues no, ya ves. Su nombre era Nazaret.

—¿Y...?

—Viví en Tarrasa un año y medio, en una mansión fastuosa que Jaime había mandado construir no demasiado lejos de su factoría. Jaime Fabra y Flaqué era tan impecable con sus negocios como desatado en sus fiestas, organizando todo tipo de divertimentos en los que nunca faltaban jovencitos imberbes, mandos militares, hombres falangistas. Yo le acompañaba a todas partes. Cuando viajábamos, ocupaba el asiento junto al chófer. Cuando paseaba, yo caminaba dos pasos por detrás. Hasta tuve pistola.

—¿En serio? ¡Señor Joaquín! ¡Menuda vida la suya!

—La verdad es que nunca usé la pistola, ni creo que hubiera sabido, pero a Jaime le gustaba que la llevara, le daba seguridad saberme cerca y armado, y yo simplemente me dejaba querer. Eso sí, en mi cabeza, solo dos cosas: reencontrarme con Nazaret y encontrar fuerzas para escribir a mi madre. Había pasado tanto tiempo que una mezcla de pudor y pereza me hacía ser un cobarde, convenciéndome de que nada de lo que pudiera contarle le

interesaría. No era como para sentir orgullo ni el haber estado en la cárcel ni haber sido boxeador clandestino ni trabajar como guardaespaldas. Ya comprendes. Yo no tenía ni idea de que ella había descubierto la relación de mi padre con Beatriz Tussaud e ignoraba que se hubieran separado. Ni siquiera conocía la existencia de mi hermana Dolores. Fui un cafre. Ahora que lo pienso, imagino cómo sufrió la pobre. No supe de su muerte hasta mucho tiempo después. Jamás me lo perdonaré... Siempre he sido un ausente.

La voz del hombre queda en suspenso en algún punto entre su boca y el infinito. Es evidente que los recuerdos lo atormentan, pero, igualmente, que necesita expulsarlos de su interior. Nuria ofrece algo para picar, quizás unos frutos secos, pero él rehúsa; se nota que quiere continuar con el relato.

—En una de sus depravadas fiestas, Fabra y Flaqué murió. Hubo que inventar una versión oficial y yo mismo me encargué de recordar a los asistentes a la orgía que, como era habitual, existían fotografías comprometedoras de todos y cada uno de ellos, por lo que les sería mejor asumir dicha versión oficial y olvidarse de comentar las circunstancias reales de la muerte de su anfitrión, que no fueron otras que el que su corazón sucumbiera al alcohol y los excesos cuando, con tres jovencitos, se empeñaba en dejarse dominar. Y así es como, a mediados del cuarenta y cinco, me vi libre, sin empleo, pero con muchísimo dinero. Fue entonces cuando me planteé viajar a Nueva York a ver a mi madre, pero sucedió algo que hizo que, nuevamente, mi vida diera un giro: conocí a Beatriz Tussaud.

—¿En serio? Todo esto es alucinante, señor Joaquín. Estoy... estoy intentando asimilar lo que me cuenta...

—Viajé a Bilbao para, de ahí, ir a Santander para tomar un barco que me llevara a Nueva York. Había decidido dar el paso y reencontrarme con mi familia. De alguna manera, pensaba que era lo correcto. Además, Jaime Fabra y Flaqué había dispuesto en su testamento que me dejaran una buena suma de dinero, así como uno de sus coches. ¡Imagínate! Con menos de treinta años yo era el rey del mambo, conduciendo un Mercedes-Benz 500 y vistiendo trajes caros... Me creía imparable, así que en Bilbao, no contento con adquirir un pasaje, me alojé en un buen hotel, en cuyo vestíbulo había un cuadro que me llamó la atención. Se trataba de una acuarela preciosa en la que aparecía un faro sobre un acantilado y, al fondo, una ciudad en la que descollaba una iglesia. El recepcionista me explicó que era San Telmo, una

próspera población vasca a no más de cincuenta kilómetros de allí, que el faro era el del puntal y que la iglesia que aparecía era la de la Concepción. También me dijo que la obra era parte de la colección que el dueño del hotel había adquirido al marchante Tristán Sanmartín, un hombre que tenía una galería en ese mismo sitio, en San Telmo. Creo que se me aceleró el corazón. Yo hasta entonces no había caído en la cuenta de que Bilbao y San Telmo estaban a solo una hora de coche, y cuando escuché el nombre de Tristán Sanmartín, me vinieron a la cabeza muchos de los papeles de mi padre. Y decidí coger mi Mercedes 500 y acercarme. Me podía la curiosidad.

—¡Señor Joaquín! ¡Qué interesante todo! ¿Y conoció a Beatriz Tussaud? ¿Y estuvo en la galería?

—Algo más que eso, jovencita. Escucha, escucha...

—¿Y con Nazaret? ¿Qué sucedió? ¿Volvió a verla?

—¡La vida es tan compleja, querida Nuria! A veces creemos que lo tenemos todo previsto y surgen personas, miradas, contratiempos o regalos que nos hacen desbaratar los planes y tener que reinventarnos. Muchas personas se empeñan en montar su cotidianidad sobre pilares de rutina porque eso les hace sentir seguras. No lo critico. Son personas que piensan que la seguridad es garantía de felicidad o, al menos, su urdimbre. Sin embargo, los años me han enseñado que, por mucho que queramos escribir el guion, siempre hay un imprevisto que nos hace cambiar de destino. A mí me pasó en San Telmo. Entré con mi Mercedes 500, enfilé la calle principal, aparqué junto al Casino y, antes siquiera de sentir el viento en la cara, ya había visto el cartel que anunciaba que en el Cine Artist se estrenaría aquella tarde la película *Amores sensatos*, de Magdalena León, por lo que, sin dudar, adquirí una localidad. Yo había oído hablar de su estreno, y de hecho había enviado un telegrama a Magdalena, es decir a Nazaret, para felicitarla por él, pero no conocía ni el argumento ni la trama ni el final. Y como me quedaban aún un par de horas antes de la proyección, tras preguntar y sin mucho esfuerzo, localicé el comercio del marchante Tristán Sanmartín, a la sazón el de Beatriz Tussaud. Era una galería coqueta y bien dispuesta, elegante y refinada, muy al gusto de aquellos años cuarenta. Tenían relojes, cuadros, figuras preciosas de mármol, alguna escultura un poco audaz, portarretratos... Me atendió Beatriz en persona. No le dije quién era, pero noté en su mirada que algo la turbaba, como si estuviera viendo un fantasma; no sé, algo extraño. Luego comprendí por qué se había alterado tanto al

verme. Me atendió sin dejar de escrutarme, y a punto estuve de confesarle quién era, pero no me atreví. Comprendí que no era el momento. En fin, esas cosas suceden. No supe cómo decirle que era el hijo de Marcel, su amor clandestino, el hombre que, como una impronta indeleble, había permanecido constante a lo largo de su vida. No supe cómo explicarle que lo sabía todo, que había leído las páginas de Marcel y que conocía su secreto. No me atreví. No encontré fuerzas para confesarle que había leído las cartas que enviaba a mi padre y que este, pese al tiempo y a la distancia, seguía suspirando por ella. No supe contarle que hacía años que no tenía noticias tuyas y que me disponía a partir hacia Nueva York para reencontrarme con la familia. Al contrario, me limité a dejarme asesorar y terminé por fijarme en un cuadrado al óleo que finalmente adquirí. Cuando me dijo que el autor era su propio hijo, Matías Sanmartín, insistió en presentármelo, asegurando que a él le haría ilusión saber que un hombre como yo le compraba una obra. Beatriz Tussaud era una anciana sencilla y elegante, quizás triste. No había dejado de observarme ni un solo segundo, y cuando bajó del piso superior con el tal Matías, entendí lo que Marcel, mi padre, había supuesto para esa mujer. A mí se me abrió el suelo, el pecho dio un vuelco y un estallido de cristales sacudió mi corazón. Matías y yo nos estrechamos las manos. Él tendría en torno a los cincuenta, yo no llegaba a los treinta. Y, sin embargo, el parecido entre él y yo era tan evidente, que creo que los tres nos sentimos invadidos por una urgente ansiedad, una especie de náusea, un vértigo ante la evidencia de que Marcel estaba presente en las vidas de los tres.

—¡No! ¿Matías y usted se parecían? ¿Quiere... quiere decir, señor Joaquín, que Marcel era también el padre de Matías? ¡Por Dios! ¿Pero no había sido el suyo un amor puro, un amor casto, un amor sin sexo? ¡Madre mía! ¿Matías? ¿Matías fue hijo de Marcel? ¿Por eso escribió él todo lo que escribió? Cuénteme, cuénteme más... ¡Hay tanto por desentrañar!

—Salí corriendo de la galería, sudoroso, nervioso. Creo que me tropecé con algo. No quería rendirme a la evidencia de que mi padre era un doble mentiroso: no bastaba con haber ocultado a su propia familia que amaba a Beatriz Tussaud y seguía escribiéndose con ella, sino que también había ocultado en sus relatos que sí que se había acostado con ella. Nunca había hecho mención a Matías... Sus libros y memorias eran su versión, pero una versión incompleta, exculpatoria. Yo odiaba a mi padre. Ignoraba que había estado a punto de morir ahogado en la bahía después de la paliza de los

cuatro maleantes, pero, de haberlo sabido, habría deseado que se hubiera hundido para siempre. Años después, me alegré de que no fuera así.

* * *

Jeremías *Fat* Lincoln era un negro enorme que vivía de los frutos de la mendicidad en los pantalanos abandonados de la Wallabout Bay y acudía a la iglesia presbiteriana de Paulding Street, donde permitía que el pastor le sermoneara a cambio de que le dejara dormir en el garaje en las noches frías de invierno. Tenía construida una suerte de cabaña de hojalata y madera en el extremo norte del Dique 43, ya en desuso, y pasaba la jornada rescatando objetos con una larga pértiga entre la porquería de los remansos, entre boyas abandonadas, bidones flotantes y basura. También tocaba con la armónica viejas melodías de jazz y hablaba consigo mismo sobre la crisis del dólar.

Vestía como el pordiosero que era, con un buzo que, de tantos lamparones como soportaba, parecía marrón oscuro, aunque fuera de color teja; unas botas con las suelas atadas con cordeles, porque estaban despegadas, y un sombrero de lana calado hasta las orejas, de manera que no se sabía si era calvo o existía pelo en aquella calavera del tamaño de una sandía.

Cuando oyó jaleo cerca del poste de la bombilla, se acurrucó en su chabola y dejó que pasara el temporal. De sobra sabía que no debía meterse en las trifulcas ajenas y que, si querían atracar al tipo raro que llevaba toda la noche musitando en el pantalán, no era cosa suya. Pero cuando vio que lo pateaban y lo arrojaban al mar, salió de su escondite. Aguardó hasta que los maleantes desaparecieron y luego, con un correr descoordinado y patético, propio de un viejo gordo, fue hasta su casetilla y esgrimió su pértiga. Se asomó al agua y vio el cuerpo de Marcel flotando entre basura. Enganchándolo por la ropa, lo atrajo hasta el embarcadero. Tiró de él sin dejar de maldecir su suerte y comentando que, de seguir la inflación como estaba, la Bolsa volvería a resentirse y los bonos del Estado caerían de nuevo en picado. Lo sacó a tierra firme.

Le dio la vuelta. Parecía vivo. Se rascó bajo el gorro de lana. Apartó la pértiga. Comentó algo sobre la recesión. Con la oreja en el pecho del infeliz, comprobó que el corazón latía. Por fin, escupió y, seguidamente, le practicó el boca a boca con sus labios ajados y su ausencia de dientes. Marcel

comenzó a vomitar agua.

–*Hurray!* –gritó.

Luego lo metió en su cobertizo, encendió un fuego maloliente en un bidón oxidado y consiguió que se calentara, aunque su aspecto era el de un perro apaleado. Marcel volvía a la vida de las manos de Jeremías *Fat* Lincoln.

Por eso, cuando ocho años después embarcaba para España con su hija Dolores, Marcel hizo que el taxi pasara por el Dique 43. Todo estaba igual que aquella noche, a excepción de que ya no solo vivía allí Jeremías, sino que una pléyade de vagabundos y parias había construido su campamento en los tapiales de las viejas fábricas abandonadas y los almacenes en ruinas. El taxista no quiso meterse más allá de la primera zona, pero Marcel insistió.

–Pare, pare aquí.

Acababa de verlo. No había cambiado. Quizás el buzo no fuera el mismo, pero desde luego que sí el gorro. Dolores miraba por la ventanilla sin entender qué hacía su padre.

–¡Jeremías! ¡Jeremías! –llamó.

El hombre se levantó del noray en el que empuñaba la pértiga y caminó hacia el vehículo. Debió de pensar que se trataba de algún nuevo pastor o de alguien que se había perdido en aquel barrio poco recomendable. Una vez junto al taxi, miró a Marcel sin reconocerlo. Habían pasado tantas cosas en la vida de uno como ninguna en la del otro.

–Ten. Es para ti. Haz buen uso. Es la mitad del dinero que he conseguido liquidando mi vida en Nueva York. La otra mitad la necesito para volver a casa.

Y antes de que Jeremías *Fat* Lincoln abriera la maleta con los dólares y comenzara a proferir gritos en contra de los fondos de pensión, el taxi ya rodaba rumbo al puerto donde zarparía el barco a España.

* * *

–Supongo que tenemos mucho que contarnos –dijo finalmente Beatriz.

–Mi hija y yo nos alojaremos en el hotel, junto al Casino. San Telmo está muy cambiado. Dudo que tengamos dinero para mucho tiempo. No sé qué fue de mi casa... Nunca llegué a venderla. Ni siquiera sé si sigue en pie. Hemos venido directamente desde la estación de tren. Tenemos las maletas

en la entrada...

–Supongo que estás cansado.

–No te imaginas cuánto, Beatriz.

La gente se fue marchando de la galería. Alfonso Artigas se despidió de Esperanza y Guillermo emplazándose para hablar a la siguiente semana. Poco a poco solo quedaron los próximos. Por fin, Marcel pensó que había llegado la hora de despedirse.

–Nosotros nos vamos. Dolores está agotada y aún tenemos que registrarnos en el hotel...

–Marcel –suspiró Beatriz–, de ninguna de las maneras. En esta casa hay habitaciones suficientes como para albergar un regimiento. Os quedáis aquí.

–No quiero ser una molestia...

–Marcel, maldito cretino –dijo ella sonriendo con gravedad–. Llevas siendo una molestia desde que te conocí.

Guillermo se encargó de subir el equipaje, mientras Esperanza aireaba una de las habitaciones del primer piso, junto al estudio de su tío. Dolores lo miraba todo sin acabar de comprender quién era aquella gente desconocida que tan familiarmente trataba a su padre.

Ascendiendo con dificultad por las escaleras desde la galería, Beatriz comprobó que las piernas de Marcel sufrían al flexionarse, pero no comentó nada. Al contrario, se vio asaltada por una pregunta suya.

–No he visto a Tristán...

–Tristán murió hace años, Marcel.

–¿Y Matías? ¿Matías está...?

–Matías ha bajado antes, pero no lo has visto. Él a ti sí. Está arriba.

–¿Lo sabe?

La mujer se giró hacia él, un peldaño por encima. Le miró firmemente a los ojos, sin pestañear, aunque sintiendo que un nudo le atosigaba las palabras, y, todo lo comedido pero sería que pudo, le dijo:

–Marcel, quizás estemos condenados a tenernos y no tenernos. Llevamos toda la vida con presencias prohibidas y ausencias resignadas. Hace mucho tiempo que no sé nada de ti. Desapareciste y lo asumí como parte del contrato que tenemos. No te imaginas lo que he sufrido, lo que te he llorado y lo que te he condenado. No alcanzas a entender lo que supuso para mí tu amor, tus cartas en la distancia, tu saberte ahí... ni lo que ha supuesto tu silencio y tu carencia. Tampoco acabas de entender lo que supone para esta vieja tonta –

ahí ya, sí, Beatriz notó que irremediablemente los ojos se le hundían en lágrimas— el hecho de que hayas reaparecido. Hoy soy la mujer más feliz del mundo. Pero te advierto, Marcel. Yo podré sufrirte porque te he querido como nadie ha querido. Podré volver a maldecirte y a desesperarme si vuelves a fallarme, pero te advierto de algo, Marcel: no hagas daño a los míos. No hagas daño a Matías.

* * *

Nuria y el señor Joaquín han cambiado de postura. El anciano ha tenido que ir al servicio y Nuria ha aprovechado para mirar el reloj —por favor, qué tarde se ha hecho—, para sacar frutos secos y para consultar el teléfono: siete llamadas de Jorge, doce mensajes de Whatsapp. Las lee a todo correr. Él le pide verse para cenar, tiene algo importante que contarle. Ella calcula que todo dependerá de a qué hora termine el señor Joaquín su historia, pero prevé que no habrá problema para que Jorge pase por la galería a las nueve. ¿Algo importante que contarle? ¿Va a ir como primero de lista?

Por fin regresa su contertulio. Le parece increíble estar ahí con él. Es como si la historia de su familia se hiciera carne.

—¿Por dónde íbamos? Esta cabeza mía está cada vez más chocha... Parece la cabeza de mi hermana.

—Hábleme de su hermana, de Dolores. Según las páginas, cumplió los ocho años en el viaje entre Nueva York y España. Y según he leído, cuidó de su padre hasta la muerte de este...

—Bueno, sí. Mi hermana... He sido ausente en su vida... y en su muerte. Ni siquiera fui al funeral. Me enteré por las esquelas, esas que, por cortesía, ponen los de Los Robles. Ausente, siempre un ausente. ¡Pero no, carajo! Estábamos hablando de lo que me pasó cuando conocí a Beatriz Tussaud y a su hijo Matías. ¡Imagínate qué golpe para mí! Si ya me había costado asumir que mi padre fuera un mentiroso y hubiese engañado a mi madre, figúrate cómo me sentía al comprobar que, además, nunca había desvelado que Matías era su hijo.

—¿Pero lo era realmente?

—Solo te digo una cosa: cuando apareció en la galería y nos vimos cara a cara, era como si yo me reconociera con veinte años más. No sé cómo

decirte. El mentón, los párpados, la forma de la nariz... Éramos la viva estampa de Marcel, de nuestro padre. Ambos. Eso es muy impactante, jovencita.

–Eso explica muchas cosas. Explica que Marcel regalara a Matías el cuadrito cuando era niño...

–No acabó allí mi sacudida. San Telmo, querida Nuria, me zarandó los sentimientos no te imaginas hasta qué punto. Hui de la galería y busqué ansiosamente mi Mercedes 500, pero cuando estaba sentado al volante, sudoroso, nervioso y conmovido, volví a fijarme en el cartel que anunciaba, sobre la entrada del Cine Artist, la película *Amores sensatos*. Y sucumbí. En lugar de coger el coche y salir de allí, decidí entrar a ver la película. ¡En mala hora!

–Ja, ja, ja. ¡Señor Joaquín! ¿Qué más podía sucederle?

* * *

La señora Magdalena León, adalid del buen gusto y perfecta representante del mejor cine español, protagoniza *Amores sensatos*, una película espléndida dirigida por el reconocido cineasta don Álvaro Real, que ya firmó obras como *Indomables corazones* y *Los guardianes de la tormenta*.

En este *filme*, la susodicha actriz, además de actuar, ha sido coautora de la historia en la que interpreta a una bailaora sevillana envuelta en una encrucijada amorosa entre un hombre de su mundo al que van a casarla a la fuerza y un seductor periodista americano.

La película se rodó íntegramente en la hermosa ciudad del Guadalquivir y para su desarrollo la productora no escatimó en medios, recreándose los escenarios del momento en la que se ambienta la tormentosa historia, que no es otro que el año primero de la Victoria, esto es, 1939.

El espectador podrá deleitarse con los hermosos decorados levantados para tal efecto y con las recreaciones de Triana que se instalaron para caracterizar a los personajes.

Precedida de un merecido reconocimiento de público y crítica, Magdalena León, quien ha confesado que hay mucho de sí misma en los lances flamencos de esta película, asegura a este periódico que confía en que nuevamente España valore su denodado esfuerzo por poner el talento al servicio de los valores correctos, de igual manera que está convencida de que solo los amores sensatos son los que deben considerarse como tales, demostrando que, además de una actriz de la talla de las estrellas de América, es una mujer cabal a la que los destellos de los focos no han hecho perder el juicio.

* * *

—La película —explicaba el señor Joaquín como si estuviera viéndola proyectada en las paredes de la galería, ante los ojos de Nuria— era algo mejor que la que había visto años antes en aquel gimnasio nazi a las afueras de París, pero con ese tufo franquista que tenían las producciones de la época. Aparecían alegres gitanas que no eran sino muchachas maquilladas, y joviales mozos caracterizados casi como maniqués de un museo etnográfico. Era todo muy de estampa, muy de propaganda. Las recreaciones de los patios de Triana eran tan artificiales que cualquiera, hasta alguien de la otra punta de la península, entendía que aquello no podía ser tan perfecto, tan ideal. Y los diálogos. Y los efectos de luces y sombras... Sin embargo, Magdalena León brillaba con fuerza, quizás porque era su primera película de verdad con emoción. Al menos, eso pensaba sentado en la butaca del Cine Artist, rodeado de espectadores que suspiraban, aplaudían y gritaban cada vez que las secuencias lo pedían. No como yo, que me mantenía absorto mirando la pantalla e intentando encontrar en los ojos de la actriz los ojos de Nazaret. Y es que el argumento me conmovía. Verás, Nuria: la historia era la de una gitanilla a la que van a casar con otro gitano, un tío rudo y de estirpe pura, cantaor de flamenco y muy fiel a la ley de su pueblo. Entonces irrumpe un periodista americano. La muchacha y él se miran y se enamoran, después de que él le recite unos versos en el puente de Triana. Resultaba todo muy empalagoso, muy romancón; al gusto del cine franquista de aquellos finales de los cuarenta. Los dos protagonistas empiezan a verse a escondidas en las orillas del río. Después de unas noches, en las que los censores se encargaron de limitar los besos y arrumacos, el futuro marido de la chica les sorprende, y el periodista tiene que huir. Antes de lanzarse al Guadalquivir, la bailaora le regala un collar que había pertenecido a la familia. Pero el guapo muere ahogado y ella reconoce, a pesar de su tristeza, que es con los suyos con quien tiene que quedarse. Al fin y al cabo, la moralina de la película va con el título, y viene a decirnos que lo sensato es quedarse con el amor lógico, no con el verdadero.

—Pero... ¡esa es su historia, señor Joaquín!

—Imagínate cómo me quedé yo en aquel cine de San Telmo: pegado en el asiento. Nazaret había escrito e interpretado nuestra historia. Yo me

emocioné. Creo que también me desasosegué. Ella me daba por muerto; al menos, así acababa yo en su guion. Entonces me di cuenta de que se me habían pasado casi cinco años, ocupado solo en mi vida. Y decidí encontrarla. Fuera como fuera.

* * *

El Mercedes 500 devoraba los kilómetros. Cuando algún camión o algún carro se interponía en su camino, los adelantaba sin guardarse de los que venían de frente, ocasionando más de un susto al tener que coincidir tres vehículos en paralelo en aquellas estrechas carreteras.

Quiso continuar, pero el calentamiento del motor y su propia excitación le empujaron a hacer noche en un hotelito de Burgos, en donde, en lugar de pegar ojo, estuvo media noche intentando ordenar sus ideas. Se le atropellaban en la cabeza cientos de imágenes, como si una nueva película se le estuviera escribiendo al otro lado de la frente. Se levantó de la cama, salió al balcón y, con el torso desnudo, apoyó sus manos en la barandilla y miró el transcurrir negro del río, levemente iluminado por las farolas del Espolón.

Matías... Matías Sanmartín. ¿Su hermano? ¿Era posible? ¿Era posible que en aquellos primeros momentos del idilio entre su padre y Beatriz Tussaud dejaran actuar al instinto? ¿Era posible que ambos hubieran mantenido aquello en secreto? ¿Era posible que jamás ninguno de los dos lo hubiese mencionado en ninguna carta? ¿Qué clase de monstruos eran que, pasada toda una vida, no reconocían lo que había sucedido?

¿O resultaban todo fantasmas, imaginaciones, juicios infundados? Quizás el parecido entre ambos no fuera tan evidente. ¿Cuántos años tendría Matías? Era un hombre mayor. ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y dos? ¿Cincuenta y cinco?

¿Cuándo lo concibieron? En los diarios de Marcel no había resquicio para la duda. Según él, todo había sido puro, incorpóreo, estrictamente espiritual. Complicidad, deseo contenido, honestidad... No había habido piel...

¡Santo Dios! ¿Cómo no haberse dado cuenta de eso antes? ¡Su padre mentía! ¡Su padre mentía para protegerse... o para proteger a Matías... o a Beatriz... o a los suyos, a ellos mismos! ¡Claro que mentía! ¿Cómo no iba a hacerlo? Era imposible que dos enamorados se hubieran estado viendo a escondidas en casa de él durante tanto tiempo y que nunca pasara nada. ¡Su

padre era un indeseable! ¡Un cabrón mentiroso!

¿O no?

El aire que subía desde el Arlanzón le provocaba escalofríos, pese a lo que no entró en la habitación. De alguna manera, aquella sensación le reconfortaba o, al menos, le mortificaba. A su izquierda, las agujas de la catedral se adivinaban en la penumbra como tridentes arañando el oscuro cielo burgalés.

¿O no? ¿O tal vez sí era posible contener el cuerpo cuando el alma ama tanto? ¿No le había sucedido eso a él con Nazaret? Se vieron cinco noches. La pasión era evidente, la atracción era evidente, las ganas lo eran, como evidente era el deseo de sus pelvis y sus manos. Y, sin embargo, solo hubo besos. Solo caricias. Solo palabras.

Nazaret, Magdalena, Nazaret... Solo palabras. Solo besos.

¿Realmente le daba por muerto? ¿Y por qué entonces hacer una película contando esa historia? ¿Era un mensaje que le mandaba, una súplica, una llamada? ¿Le estaba invocando? ¿O solo se trataba de una siniestra casualidad? Quizás Magdalena León se había visto obligada a escribir una película y el único argumento que se le había ocurrido había sido ése.

¿Para qué inventar si la vida nos ofrece situaciones a cada paso?

Miró el reloj, calculó que en un par de horas amanecería, recogió sus pocas cosas y bajó a recepción donde, al no haber nadie, pagó dejando siete duros en el casillero de la llave de su habitación. Salió a la calle, se sentó al volante y reemprendió marcha rumbo a Madrid. Iba a encontrar a Magdalena, iba a ponérsela cara a cara e iba a descifrar qué había aún entre ellos. Iba a preguntarle si los amores sensatos son los lógicos.

¿Qué fue de Heredia *el Mayor*, su prometido? ¿Qué fue de Triana? ¿Cómo había llegado a actriz? ¿Por qué había sido capaz de traicionar a su destino para acabar protagonizando películas y no para haberse fugado con él?

¿O es que estaba destinado a vivir amores tóxicos, como su padre? ¿Estaría marcado por las ausencias y las presencias? ¿Por la mentira?

Matías no se merecía aquello. Él, tampoco.

Amanecía sobre los campos de Aranda de Duero cuando el Mercedes 500 tomó la curva a noventa por hora y las ruedas chirriaron hasta perder el

control. El coche se salió de la calzada y empezó a dar vueltas de campana por el trigal. Lo último que pensó Joaquín fue qué pena terminar así sus días, tan solo.

* * *

Beatriz paseaba de la mano de su biznieta, María. La niña acompañaba sus tres añitos con canciones infantiles que le había enseñado su madre, sin dejar de abrazar una muñeca vestida de brillante rojo. Salieron de la galería y enfilaron hacia el puerto. Al pasar por la iglesia de la Concepción, la mujer no pudo evitar leer los nombres de los caídos por España y por Dios, y se lamentó de los anónimos que jamás serían reconocidos. Como una fotografía de almanaque, vio el rostro joven de su hermana. Musitó su nombre y apretó los deditos de la pequeña. “Lina”, pronunció.

Llegaron al dique principal, después de atravesar el parque del Casino. El viento levantaba olas minúsculas, como pellizcos de agua y sal, y las nubes amenazaban nuevamente lluvia. Avanzaron hasta la punta del muelle, donde una torre de cemento con una bombilla roja anunciaba la entrada de la bocana. Inevitablemente, Beatriz pensó en Marcel.

Se había presentado con una hija de ocho años, dos bastones y un par de maletas. Se alojaba bajo su mismo techo y comía de su mismo pan. ¿Y quién era, sin embargo? ¿Dónde quedaba el Marcel que ella conoció, que ella amó?

–Mira, mi niña: por allí se dobla el puntal y se sale a la mar abierta.

–A Catalina le gusta.

–Mi muñeca.

Carmín de alizarina, sonrió Beatriz al percatarse del intenso color encarnado del vestido de Catalina. Y viajó, como quien lo hace a través de un túnel imposible, hasta su juventud, hasta la Sala Panorama, hasta los primeros momentos con él, hasta las hortensias y los pinceles, hasta el infierno con Daniel, hasta los golpes recibidos, hasta el *Hamaika*.

–Mira, por allí llega papá –anunció la niña.

En efecto, el balandro de Guillermo se acercaba hacia el dique, donde arribaría para atracar. Habían ido a recibirlo, mientras Esperanza organizaba papeles en la galería. Al final, la inauguración de Artigas fue un éxito y vendieron tres cuadros. Con aquello, el negocio sobreviviría un semestre.

Marcel hacía ya cinco semanas que había llegado y parecía que pronto solucionaría el asunto de su propia vivienda, declarada en ruina por falta de uso pero fácilmente recuperable si la burocracia se ponía de cara. Quizás fuera lo mejor que se fuera a vivir lejos de la calle Cruz, cuando tres manzanas es ya lejos.

—¡Papiiii! —gritó sin soltar las mano de la anciana.

Guillermo correspondió el saludo desde la barquichuela, que entraba alegre y pizpireta saltando de ola en ola hacia la zona de amarre. Beatriz sonrió y recordó las veces que Marcel abarloaba su nave a otra nave, como hacía con su cuerpo con el de ella. Una nube de vergüenza y desasosiego le turbó la frente. Caminaron hacia el embarcadero. Guillermo adujaba los cabos.

Era tan afable, tan dispuesto, tan sensato aquel hombre. Era tan atento y tan discreto. Tan buena persona...

Se saludaron. Beatriz permitió que María corriera hacia él y este lo recibiera con un cálido abrazo. Luego, se acercó a la anciana y le dio dos besos, uno por mejilla, a la vez que mostraba tres flamantes sargos en un balde de hojalata.

—Tenemos cena.

Y Beatriz se derrumbó. No hubo tiempo para sujetarla. Ni siquiera para prever que iba a caerse. Cayó desplomada a los pies de Guillermo, sobre los adoquines mojados de la rampa de embarque, sin pudor ni cálculo, empapándose el vestido en el agua acumulada. Como un saco de huesos inconexos, así Beatriz se desinfló en el puerto sin que nadie pudiera evitar que, al hacerlo, se golpeará el costado contra el suelo y un sonoro “cloc” anunciara el impacto de su cabeza.

* * *

Se trataba de una consulta aséptica e impersonal que el doctor Peuman poseía en el centro de San Telmo. El despacho estaba presidido por una maciza mesa de nogal oscuro y una réplica de la obra de Rembrandt *Lección de anatomía*, comprada a Tristán hacía años. Varias ventanas colgaban hacia una populosa plaza de la que ascendía una algarabía de chiquillos. Un armario archivador con puerta de persiana y algunos útiles de galeno

completaban la espartana decoración, convirtiendo al mismo Peuman en un elemento más de aquella escena, como si jamás abandonara su atalaya de nogal. Vestía un traje caro, una pajarita de un atrevido azul y una bata impecable a la que no le faltaban buenas dosis de apresto en el cuello y los puños.

Allí atendía todo tipo de casos, siempre y cuando hubiera dinero suficiente, y no poco, para costearlos, aunque su especialidad eran las cardiopatías. Quizás por eso mismo trataba con cierto desdén los casos que él consideraba menores, como el sarampión, las fiebres, las afecciones pulmonares o los problemas de vista, y con tanta ilusión todo aquello que tuviera que ver con la sístole y la diástole. Disponía de una pequeña y exclusiva clínica a la que se accedía desde el despacho, por una puerta de dos hojas que escoltaban la vitrina y el maniquí de madera. Contaba con un quirófano con los últimos adelantos científicos, incluida la anestesia, amén de un sinfín de aparatos con los que agujerear, sajar, trepanar y coser. También disponía de una sala de partos y un pequeño cubil en el que se escayolaban las piernas y brazos de los jovencitos pudientes de la ciudad.

Aquella mañana atendió a Beatriz, convencido de que se trataba de un caso realmente urgente, crucial, prácticamente desesperado, y cuando, tras examinarla, concluyó que lo único que tenía el corazón de la mujer era cansancio, no pudo disimular su desencanto.

—Su corazón está mayor, señora Tussaud, pero no debería usted preocuparse. Se le ha juntado lo que yo llamaría una neumonía con un brote de fatiga. Parece que su riego sanguíneo no va mal del todo y que podrá dar usted aún mucha guerra. Le aseguro que ha sido más peligroso el topetazo en la cabeza, cuando se ha caído, que lo que yo puedo ver con los rayos equis. Piense usted que no somos infalibles, y que, como bien dice su hija de usted — y señaló a Esperanza, quien no se preocupó en solucionar el error y explicar que era su nieta y no su hija—, lo que le ha pasado es que tiene usted demasiadas emociones en su vida. Haga como yo, señora mía, y dedíquese a vivir.

Escribió algo en un recetario, lo firmó y se lo entregó a la joven.

—Eso sí, esa neumonía habrá que tratarla. Yo dudo que el corazón dé más sustos, aunque esa arritmia habrá que vigilarla. Me ha contado que hace años ya pasó usted unas malas fiebres. El cuerpo lo recuerda todo y quizás ahora estén aflorando antiguos desajustes. Van a hacer una cosa: tomará este

medicamento, me prometerá que va a descansar más, recuperará las siestecitas y luchará por bajar esa fiebre. ¿Sabe qué le vendría bien? Olvidarse del incidente, tomarse un anisete y adquirir una ilusión.

–¿Perdón? –preguntó Esperanza, guardando en su bolso la receta.

–A lo del anisete no me haga mucho caso, pero a lo de la ilusión, sí. No hay mejor aliado de un corazón que un espíritu ilusionado.

* * *

–Vamos a ver, señor Joaquín... ¿Me está diciendo que tuvo un accidente con el coche y no llegó a Madrid?

–En efecto, Nuria.

–Pero... ¿qué pasó entonces? ¿Nunca se encontraron Magdalena y usted?

–¡Claro que nos encontramos, jovencita! ¡Todavía queda lo mejor! Pero deja, deja que vaya poco a poco. Permíteme que te lo cuente a mi ritmo. ¿Tú sabes cómo es un Mercedes 500?

–La verdad es que no tengo ni idea, pero puedo mirarlo en internet.

–Da igual. Te explico yo. El Mercedes 500 era una auténtica máquina de correr en aquella época. Tenía un volante cómodo y unos asientos mullidos, calefacción en los pies y hasta espejo en el lado derecho, cuando casi ningún vehículo contaba con ello. Pero lo mejor de él no eran sus prestaciones ni el amplio maletero ni la caja de herramientas que llevaba bajo el asiento; lo mejor era su seguridad, sobre todo, en el techo. Así son los alemanes. Aquel bólido estaba pensado para que, si volcaba, la cubierta no se aplastara contra el habitáculo, y eso me salvó. Así que, aunque di tres o cuatros vueltas de campana, el Mercedes no acabó como un acordeón y pude salvar la vida. ¡Figúrate! Cuando vi que perdía el control y me salía de la carretera, solo pude pensar que qué fastidio, que menudo asco, que morir allí, en medio del páramo de Aranda, era una estupidez. Me quedaban muchas cosas por hacer, entre otras reencontrarme con Nazaret y enfrentarme cara a cara con mi padre.

–¿Qué pasó? ¿Fue muy grave?

–Pasé varias horas allí dentro, con el volante metido en las costillas y el cuello torcido. ¿Te crees que esto del bastón es por ser viejo? ¡Pues no, ya ves tú! También en eso, mi padre y yo coincidimos. A él le dejaron cojo las

patadas de los cuatro maleantes del pantalán, en Nueva York, cuando lo atracaron y lo tiraron al Hudson; al parecer, le pegaron en los riñones y eso le dañó la espalda, la columna. Desde entonces tuvo que apoyarse sobre dos bastones porque las piernas, a la altura de las caderas, no le respondían. Pobre diablo, pobre Marcel Noviembre. De ser el héroe de San Telmo a ser un inválido dependiente de dos muletas. Me imagino que no debió de ser nada fácil para él. Aunque, si pensamos que estuvo a punto de perder la vida, debería estar agradecido a la fortuna y a Jeremías *Fat* Lincoln, el vagabundo que lo rescató del agua. Yo, al menos, lo estoy. Siempre tendré una deuda con el campesino que me sacó del Mercedes. He tenido cojera desde entonces, fruto de las lesiones, pero gracias a él no morí en aquel trigal de Aranda. Se llamaba Sinforoso, lo recuerdo bien. Sinforoso Montesdeoca, un aldeano de un pueblo de la comarca. Iba hacia el campo con su burro, al alba, cuando descubrió mi coche estampado a varios metros de la curva. Me sacó del asiento y me llevó a su casa. Yo estaba inconsciente. Cuando desperté, me habían trasladado al Hospital Militar de Burgos.

—¿En el Militar? ¿Y eso?

—Bueno, Nuria... en aquella época era adonde me tenían que trasladar. Además, piensa que mi pasaporte era americano. Debieron de pensar que yo era un tío de los Estados Unidos, porque, aunque llevaba ya tiempo en España, mis papeles seguían siendo los de Nueva York. La cosa es que desperté en una habitación corrida, en compañía de otros veinte o treinta heridos, enfermos y desahuciados. Fue una larga y desagradable época.

—¿Estuvo mucho allí? ¿Y no mandó noticias a nadie?

—Yo no tenía ni idea de lo que pasaba en casa. Estuve ingresado más de un año, con intervenciones en la rodilla, una detrás de otra. Creo que hasta siete veces me operaron la pierna. Al final, terminé cojo como mi padre y dependiente de un bastón. Por fin, me dieron el alta. Recuerdo la sala, las cortinas, los orinales de porcelana bajo las camas, los biombos de tela blanca, la estufa en el centro de la estancia, las bombillas amarillas... Me despedía de algunos compañeros de penurias, de las ausencias de los que habían muerto, de los que simulaban estar mal para no volver a filas, de las monjas que actuaban como enfermeras, del médico cirujano. Por fin, a inicios de aquel cuarenta y ocho, me enfrentaba a la dolorosa realidad de tener que reinventarme, apoyado en un bastón y sin saber muy bien hacia dónde dirigirme.

—¿Y seguía sin saber nada de su madre y de Marcel?

—Ni idea. Desconocía lo que había sucedido en Nueva York. No tenía ni idea de que mi madre estaba enferma y de que mi padre la cuidaba hasta el último aliento. Tampoco me enteré hasta mucho después de que la enterró en el cementerio católico de Nueva York, el de la calle 13, ni de que, para cuando yo tomaba un tren rumbo a Madrid, mi padre embarcaba con Dolores hacia Santander. ¡Ni siquiera sabía que existía mi hermana! Habían pasado casi diez años y no había encontrado la manera de reencontrarme con ellos. Empezaba a pensar que había condenado mi vida a la soledad.

—Me parece tan fuerte... tan inaudito...

—¿Inaudito? ¡No, Nuria! Inaudito, no. Con frecuencia, las personas dejan que transcurra el tiempo sin decidirse a dar un paso y, para cuando lo quieren dar, la distancia es tan grande que con un solo paso no es suficiente. Es lo que les ocurre a muchos matrimonios, a los amantes, a los padres con los hijos y a los hijos con los padres. ¿O es que tú crees que siempre has hecho lo que debías cuando debías? ¿Nunca has tenido la impresión de ir demorando decisiones, conversaciones o juicios porque nunca te viene bien sentarte a coger fuerzas? Así estaba yo. Perdido, avergonzado y cojo. Mi vida era un desastre.

—¿Y qué pasó?

—Tendría que hablarte de Magdalena León, pero eso da para otra tertulia. ¿Qué tal si mañana continuamos? Ahora estoy cansado y empiezo a perder la cabeza. ¿Podrías acompañarme hasta casa? Será un placer que me acompañe la hija de María, la nieta de Esperanza y Guillermo.

—¡Claro, claro! ¿Mañana? ¡Por supuesto! Mañana si quiere, paso a recogerle. Y ahora... por supuesto. Ahora le llevo a su casa, claro. Dígame, ¿dónde vive? ¿En San Telmo o fuera?

—Ja, ja, ja... en casa de Marcel, muchachita. ¿Dónde, si no?

III

MARCEL Y JOAQUÍN, JOAQUÍN Y MARCEL

Algunas frases llegan a la eternidad; otras se quedan en lo doméstico. Tanto unas como otras tienen el poder de transformarlo todo.

Hay encuentros que marcan una vida. Hay reencuentros que salvan esa vida o la condenan para siempre. Nadie los prevé; nadie es capaz de identificar cuándo el otro, la otra, se va a colar por una rendija de nuestra existencia y va a terminar ocupando nuestra cotidianeidad. Nadie sabe quién va a quedarse, quién va a habitarnos. Mucho menos, quiénes habrán de reaparecer después de los años y explicarán nuestro pasado, cambiarán nuestro presente o condicionarán cualquiera de los futuros posibles.

El buró que utilizaba Matías había llegado a casa de la mano de Tristán y, a pesar de sus diferencias, escribir en él era, a la vez que práctico, una suerte de respeto, de homenaje a su memoria. Contaba con dos gavetas inferiores, bajo el sobre, en el que guardaba cuartillas de papel de carta. También, un secreter con portezuela abatible y llave, en cuyo interior se acumulaban las hojas escritas, los cuadernos con apuntes y los cientos de páginas con poemas, reflexiones y memorias. Sobre el mueble, una cajita de marquetería albergaba los tinteros y las plumas, junto a una lamparilla que otorgaba al espacio un halo romántico y becqueriano.

Lo habían situado frente a la ventana, custodiado por una planta y una estantería con baldas repletas de libros, manuales y diccionarios, una enciclopedia y catálogos de exposiciones. También, cerca de una gramola en la que, de vez en cuando, Matías y Esperanza escuchaban viejos discos. En ocasiones, cuando transcurrían las horas y solo se oía el crujir del puntero metálico de la pluma sobre la rugosidad del papel, parecía estar viéndose a Marcel componiendo sus poemas, aquellos que hizo en San Telmo en su

juventud, los que inventaba en su camarote a bordo, los nunca publicados del apartamento del East River.

A Matías con frecuencia se le pasaba la hora de comer, la de dormir, la de respirar. Escribir, como pintar, era parte de su epidermis. Crear no admitía límites ni condicionantes mundanos como alimentarse, descansar o seguir vivo. Crear era transpirar. Crear era desnudarse.

Sí es cierto que con los años Matías había ido ganando en sociabilidad y educación, aunque continuaba siendo reservado, hostil ante las aglomeraciones y fanático de sus mundos interiores. Esperanza primero y la pequeña María después le habían ayudado a tender puentes, pero era sobre todo su madre quien le mantenía a flote. Por eso, el día que la llevaron desmayada a casa y la acostaron sin saber qué le sucedía, Matías olvidó sus temores, abandonó su buró sin siquiera guardar la pluma y bajó atropelladamente las escaleras abriéndose paso entre Guillermo, Marcel y las niñas. Dolores observaba todo sin comprender qué sucedía; María lloraba en silencio.

Llegó un médico. Llegó otro. Charlaron. Pidieron silencio y cerrar las ventanas. Ordenaron calma. Sugirieron paciencia. Examinaron a Beatriz. Hablaron con Esperanza. Diagnosticaron fatiga.

—Lo mejor será dejarla descansar. Su corazón está débil, late flojito. La caída el otro día en el muelle, cuando se desplomó, debió de ser un aviso. No es por la edad, setenta y un años no es como para pensar que debemos rendirnos, pero habrá que darle tiempo al tiempo. Ha sufrido muchas emociones...

Guillermo se llevó a las dos niñas fuera de casa. De alguna manera, no le pareció buena idea que pasaran allí la tarde, en aquel ambiente tan lúgubre y triste. Las acompañó hasta el parque de los patos y estuvieron tirando piedras al lago. Dolores exploraba cada rincón, cada gesto, cada expresión como si fuera una extraterrestre intentando descifrar un mundo ajeno; María, por su parte, parecía haber superado el susto y se entusiasmaba con los cisnes y espantaba palomas a palmadas.

En casa, Esperanza colocó una silla junto al cabecero de la cama de Beatriz. La habitación se mantenía en penumbra. Olía a agua caliente y polvo proyectado en las rendijas de la persiana, creando celosías de luz suspendida que dibujaba rayas en la colcha de la enferma. El silencio rasgaba las paredes. Allí estuvo hasta la noche, callada, mirando el rostro calmado y plácido de la

anciana, convertida, por arte de sueño, en un ángel centenario, como si nunca antes aquellos labios se hubieran abierto, como si nunca antes hubiera salido sonido de aquella garganta, como si los ojos, dulcemente cerrados bajo unos párpados de piel fina, jamás se hubieran abierto. Tenía las manos, huesudas y venosas, sobre la ropa, quietas como barcos varados, mecidos por la respiración pausada de su frágil pecho.

Hay momentos en los que el cuerpo sostiene una pena. No el alma o la consciencia, sino la pena. Porque la pena es el sustento de esa parte no tangible de la existencia, esa dimensión inapelable e imposible de aprehender que surge de la melancolía y dicta los designios de la identidad. En esos momentos, la pena se hace dueña y marca los latidos, las inspiraciones y expiraciones, los gestos, las miradas.

Beatriz estaba en uno de esos momentos y la pena le colmaba la vida. Quizás la pena de reencontrarse con Marcel cuando ya no había tiempo para construir nada juntos. O quizás la pena de no haberlo construido. O la pena de haber construido algo en la juventud y no haberse atrevido a ser coherente con lo que se construyó.

En el piso de arriba, Matías volvió a sus papeles, pero no llevaba ni veinte líneas escritas cuando Marcel picó en el marco de la puerta, que, aunque abierta, no invitaba a entrar sino a esperar. El hombre se giró en su silla y vio allí al anciano, apoyado sobre sus dos bastones, observando con profunda curiosidad la profusión de libros, cuadros y objetos que colmaban la habitación.

—¿Puedo?

—Pasa.

—También yo apilaba los cuadros así, poniendo una tela blanca y papel secante entre uno y otro.

—Es pura conservación —contestó seco aunque cordial—. Se evita que la humedad les afecte. A veces no hago caso y los amontoño sin más. Hubo un tiempo en que los rompía nada más pintarlos.

Marcel se encorvó y arrastró con gran esfuerzo una pesada maleta hasta ponerla delante de sus pies. Matías la observaba, levantando la vista de cuando en cuando hasta el rostro cansado del anciano.

–Quiero darte esto.

–¿De qué se trata? –preguntó sin levantarse de la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies recogidos hacia atrás.

Hay instantes en los que los fantasmas revolotean por encima de las cabezas. Al fin y al cabo, la historia de una familia es la historia de sus muertos, de sus portarretratos con fotografías de personas que nunca volverán, de voces que se reconocen pero no se reproducen, de rostros que van diluyéndose y nombres que se suceden unos a otros hasta confundirse.

Matías vio en la atmósfera cargada de su estudio los fantasmas de su vida: el rostro diluido de su padre, no con la cabeza rota por el atizador sino sonriente y amable, brindando por algo con una copita en la mano y los zapatos relucientes. También a Tristán, quien lo mira desde detrás de un sofá. Y a la pobre Raquel, que no tiene gesto cuando se posa junto al buró y le coloca la mano en el hombro.

Hay instantes en los que los fantasmas se hacen carne e impregnan con sus olores cotidianos las ropas y los muebles y los cuadros y las lámparas. Al fin y al cabo, la historia de una familia es la historia de sus ropas, de sus muebles, de sus lámparas y cuadros, impregnados por el alma de aquellos que fueron antes que nosotros.

–Esta maleta es para ti.

–¿Qué hay ahí dentro?

Marcel volvió a encorvarse y la abrió. Aparecieron cientos de hojas sueltas...

–¿Qué es todo eso? –repitió Matías.

–Llevo años escribiendo. Es un defecto de marino, ya te imaginas. Aquí está todo.

–¿Todo? –dijo con voz recelosa.

–Creo que deberías leerlo y, si te parece bien, reescribirlo, pasarlo a limpio. Hay muchas páginas que hablan de mis singladuras, de problemas en tal o cual barco, de las derrotas en este o aquel mar... Eso no guarda importancia. Pero hay igualmente párrafos y párrafos que desgranar la vida de la familia, desde que conocí a tu madre...

–Marcel, no sigas. No me interesa.

—¿No te interesa saber la verdad sobre todo?

—No hay verdades, solo interpretaciones.

—¡Pues interpreta tú! Estas letras albergan todo cuanto yo he sido. Aquí está cada instante de mi vida y, por lo tanto, lo vivido con tu madre. Creo que te lo debo y creo que ambos se lo debemos a quienes lleguen después de nosotros.

—¿Crees que puedes reaparecer en nuestra vida como un apacible anciano de larga barba blanca y ponernos nuevamente patas arriba? ¿Crees que puedes asaltarnos de esta manera y hacer como que nada ha sucedido? ¡Mi madre ha sufrido por ti! ¡Mi madre se ha pasado la vida esperándote! ¿Crees que tienes derecho? No, Marcel. Guárdate tus páginas y haz con ellas lo que quieras, pero no me hagas a mí responsable de tu honorabilidad. ¡Mírate! ¡Mira en qué te has convertido! ¿Dónde está Marcel Noviembre? ¿Dónde está el hombre que mi madre amó? ¿Dónde está el que amábamos todos? No sabes lo que te admiré, Marcel. No sabes la de veces que quise ser como tú. ¡Oh, sí! ¡El gran aventurero! ¡El gran hombre del renacimiento! ¿Y qué eres ahora? Un viejo que apenas se sujeta con dos bastones y que no ha sabido querer. ¿Cómo piensas educar a la pobre Dolores? ¿Qué clase de padre eres con ella? ¿Y Joaquín? ¿Dónde está Joaquín? ¿Qué clase de padre eres que no sabe dónde está su hijo?

—Matías... No estás siendo justo conmigo. En estas páginas se cuenta todo. Por favor, léelas, reescríbelas...

Matías se levantó y en tres pasos se puso cara a cara con Marcel. Nadie habría sido capaz de decir si iba a pegarle, a abrazarlo o a ignorarlo. Finalmente, se agachó y tomó al azar una hoja.

—Tú escribes, Matías... Eres un excelente pintor y un excelente escritor. Me lo ha dicho Esperanza. Esperanza tiene debilidad por ti. Es una mujer hecha y derecha y sabe lo que dice. Esta maleta tiene que ser para ti. Tienes que narrar la vida de tu familia...

—¿Y salvarte a ti?

—¿No lo harías por...?

—¡Marcel! ¡No sigas! ¡Cállate! Mi padre era Daniel Sanmartín, que murió en un atraco a nuestra casa en 1907. ¡Esa es la única verdad! El resto es fantasía. Y si esperas que cambie el rumbo de la verdad, estás muy equivocado. Tú eres Marcel Hugarte. Punto. No vuelvas a intentar decir otra cosa.

—Tu madre está en cama, enferma. Tal vez yo no me merezca tu remisión, pero sí ella. Hazlo por ella, Matías. Escribe su historia. Escribe su historia, Matías. La historia de Beatriz Tussaud, la historia de una mujer que no pudo casarse con el hombre de su vida...

—¡Pues no sé a qué esperas, maldito cobarde, para casarte con ella de una vez! ¿A qué te crees que has venido a San Telmo? ¿A enseñarnos a tu hija? ¿A ver morir a mi madre? ¿A que sintamos pena por ella? ¡Eres un egoísta y un cobarde! —Matías estaba fuera de sí—. Cobarde por lo que viviste con mi madre antes de que naciera yo. Cobarde por haber escapado de ella cada vez que tuviste que enfrentarte a tu destino. Cobarde por estar tantos años sin dar señales de vida. ¿A qué has venido a San Telmo? ¿A morir en paz? ¿A que mi madre te llore y así dejar que sea ella, una vez más, la que sufra tu ausencia? ¡Por Dios, Marcel! ¡Cásate con ella de una vez! ¡Cumple su sueño! ¿No ves que está muy mayor, muy cansada? ¿No ves que sus fuerzas se agotan? ¿Otra vez vas a estar ocupado en tu propio ego en lugar de satisfacerla a ella? ¡Cásate con ella! Ni te imaginas, Marcel... ni te imaginas lo que ha sufrido. Ni te imaginas la cantidad de veces que ha estado destrozada en esta misma habitación, contándome que tus presencias empezaban a no compensar tus ausencias... ¡Ni te imaginas, viejo engreído, cobarde y escurridizo Marcel! Hazla feliz en el final de sus días. ¿O vas a escapar nuevamente? ¡Hazla feliz y cástate con ella aunque sea lo último que hagas o lo último que haga ella! Entonces, tal vez sí, te merezcas mis letras y que redima tu nombre, pero... por favor, por lo que más quieras, no inflijas más dolor en esta casa, Marcel Hugarte. Sé Marcel Noviembre, aunque sea la última vez en tu vida.

* * *

Joaquín llegó a Madrid y fue derecho a las oficinas de la productora que firmaba *Amores sensatos*. Se trataba de un despacho amplio y lujoso en el principal de un edificio noble cerca de Sol, en la calle Carretas. Le atendió una recepcionista voluntariosa y amable, vestida con una blusa blanca y tocada con un alto moño que, de tan tirante como lo llevaba, parecía que le iba a rasgar la piel de la cara.

Tras sonreírle y decirle que no podía darle la dirección de la señora

Magdalena León por motivos de discreción y seguridad, le invitó a abandonar las instalaciones, no sin antes, y siempre con una flamante boca llena de dientes, recomendarle que no se perdiera su película *Amores sensatos*.

El muchacho insistió, pero vio que no podría sacar nada, así que se dio por vencido y giró sobre sus talones, quemando su último cartucho cuando ya agarraba el pomo de la puerta de salida.

—Mi prima se apenará... haber venido desde Sevilla y no poder verla...

—Ah, pero... ¿son familiares?

—Sí, primos. De Triana... Pero no se preocupe, la comprendo perfectamente. Una mujer como usted, tan diligente y tan amable, seguro que cumple perfectamente lo que le dicen sus jefes. Basta fijarse un poco para comprobar lo eficaz que es, además de tener usted mucho estilo. Es muy guapa. ¿No se han fijado sus jefes en lo guapa que es? Yo que ellos, no la tendría aquí, en recepción, sino que le daría un papel en cualquiera de las películas.

—Uy —se ruborizó ella, tocándose con el dorso de las manos ambas mejillas—, no me diga usted eso... No sea exagerado.

—No, no, se lo digo en serio. Parece mentira lo ciegos que están sus jefes. Seguro que su novio ya le ha dicho a usted lo guapa que es y lo elegante... A ver, póngase en pie...

Ella obedeció, ostensiblemente avergonzada pero igualmente halagada. Sonreía con nervios.

—¡Mi novio es un cenizo! ¡Si ni siquiera me echa un piropo de cuando en cuando!

—¡Pues no merece usted a su novio, señorita! Ya le digo yo que usted podría estar en la gran pantalla haciendo un papel... ¡Qué digo un papel! ¡De protagonista! ¡Que se ande con cuidado mi prima, que cualquier día le quita usted el puesto!

—Pero qué zalamero es usted...

—Se lo digo de verdad, señorita...

—Tina. Antonia Núñez Feijoo, pero todos me dicen Tina.

—Antonia Núñez —proclamó Joaquín estirando los brazos, bastón incluido, y simulando estar viendo un cartelón publicitario de cine—, protagonista de *Los amores escasamente sensatos y el novio cenizo*.

—¡Ja, ja, ja! Es usted un caso... ¡Ja, ja, ja!

—¡Oiga! ¡Tina! Se me ocurre una idea: quizás pueda hablarle de usted a mi

prima.

–Oh, sí, sí, claro... ¿Lo haría? A veces sí que he pensado que podría servir para el cine, sí. En fin, en el colegio de las Madres Redentoristas hice mis pinitos en alguna obra de teatro. Poca cosa, no se crea usted.

–Seguro que deslumbró con luz propia. Mire, deme la dirección de Magdalena, que voy ahora mismo para allí.

–Tenga, anote.

Una hora después, un taxi dejaba a Joaquín en el número 33 de la calle Olmos, frente a un caserón de corte clásico, muy al estilo de los Austrias, rodeado de una alta verja de hierro verde con afiladas lanzas despuntando hacia el cielo y precedido de un jardín bien cuidado. Este estaba concebido como un laberinto de setos y enredaderas, con encrucijadas verdes y curvas vegetales, casi como una lámina extraída de un libro de mitología.

Miró entre los barrotes de la cancela y descubrió varios vehículos aparcados en una cochera contigua, un cenador de piedra en medio de un oasis de palmeras, un estanque con nenúfares y una casita que parecía en desuso y que debió de pertenecer a los guardeses.

Por fin, se decidió a pulsar un timbre dorado enmarcado en una ostentosa placa de mármol negro con vetas blancas. Al poco, un hombre apareció por la puerta principal de la casa, recorrió el jardín y, mirando a través del enrejado, preguntó a Joaquín quién era y de qué se trataba, a lo que él no pudo sino decir la verdad.

–Mi nombre es Joaquín Hugarte, amigo de juventud de la señora Magdalena.

El sirviente le observó de arriba abajo. No cabía duda de que su aspecto era respetable, bien vestido y con el cabello y la barba cuidados, pero no le cuadraba algo, quizás lo de “amigo” o quizás lo de “juventud”. Así y todo, pidió que esperara allí mismo.

Joaquín se preguntaba si sería tan sencillo. También, si se acordaría de él o si debería haber usado otro pretexto. Y si ella lo reconocería después de diez años. Y si seguiría siendo poderosa y vibrante. Y si aquello no dejaba de ser una tontería. Y si...

–La señora indica que puede usted pasar. Por favor, acompáñeme.

Se le disparó el corazón. ¿Así de fácil? ¿Sin más? ¿Sin tener que mentir? – se acordó de la pobre Tina y se lamentó de haber sido tan mezquino—. ¿Sin preparación para aquel momento? ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo sería estar

nuevamente cara a cara? ¿Qué sucedería después del reencuentro?

Era poderosa. Era vibrante. Incluso sin maquillar ni aderezar, vestida con un elegante pero sobrio conjunto marrón, sentada en su sofá de piel, rodeada de cojines con arabescos y cortinas recargadas. Incluso con el cabello más corto que cuando se conocieron. Incluso sin su acento de Triana.

–Joaquín...

–¿Magdalena? ¿Nazaret?

–Me encanta que estés aquí...

La estancia era un despropósito de riqueza y acumulación de objetos caros, con muebles soberbios y cuadros de firma, candelabros en las cómodas, alfombras sobre alfombras, juegos de té en las vitrinas y carteles de las películas indicando el camino hacia las escaleras de acceso al piso superior. A media pared, una cabeza de rinoceronte y otra de león competían por llamar la atención de cualquier visitante, como la pata de elefante convertida en mesita de centro. En una estantería, libros, premios y fotografías enmarcadas. Sobre una mesita, junto al teléfono, flores exuberantes. Custodiando el piano, una estola de seda y una bola del mundo.

Magdalena mandó servir licores. Sus manos, que seguían siendo racimos de nube, peinaban el aire como si dirigieran una orquesta invisible, la de su cintura, y sus pies, alegres, jugaban con el suelo cuando cruzaba y descruzaba las piernas.

Hablaron largamente, quedamente, sin demasiadas palabras. No hizo falta mucho. Él le relató de forma sucinta su detención y juicio, su cárcel, su boxeo y su tiempo como escolta, su accidente con el coche, su hospital. Apenas necesitó veinte frases. Ella, su debut como bailaora poco antes de casarse, en el tablao de *la Junquera*, y cómo allí la vio el que era ya su marido, Gabriel Ignacio Pascual, y se la llevó a Madrid poniendo a su *pare* y a Heredia *el Mayor* en pie de guerra. Y cómo su *pare* murió ya y Heredia se casó con *la Asuquita*, una bailaora muy buena y muy leal. Y cómo ella empezó a hacer películas como churros y le llegó la fama sin preverlo. Y cómo su marido andaba volcado en sus negocios, siempre viajando a América. Apenas necesitó otras veinte frases.

Cenaron en el comedor, los dos solos, servidos por una mujer de aspecto humilde pero uniforme elegante. Charlaron sobre la vida, vaguedades sin importancia. Renunciaron al postre. Volvieron al salón a tomar más licores. Ella narró las cacerías de su marido por África. Él, su desasosiego por no

saber nada de los suyos. Ella le dijo que echaba de menos bailar, y que en *Amores sensatos* se había dado el gusto de volver a vestirse con bata de cola. Él, que no sabía qué hacer con su vida. Ella, que se quedara a pasar la noche allí, en la vieja casa de los guardeses, convertida en alojamiento para invitados. Él, que sería un placer. Ella, que sería inolvidable.

Hay capítulos que escribimos sin prólogo ni boceto. No los prevemos. Simplemente suceden y, para cuando tomamos conciencia de que nos ocupan tiempo y energía, ya están redactados. Son esos que confieren a la vida vibraciones especiales. Un taconeo a tiempo, un verbo, un gesto rozándonos la barbilla. Nunca sabemos dónde va a surgir el párrafo que cambiará nuestra existencia.

* * *

Marcel estudiaba cómo había cambiado San Telmo. Las viejas casas de pescadores se mantenían, aunque muchas habían mudado el aspecto y lucían cerramientos, tejados renovados y portales metálicos. El puerto, ampliado antes de la guerra y remozado después de ella, ya no era el pequeño reducto donde abarloada el *Hamaika*, sino un tinglado de buques, diques y casetas por el que deambulaban gentes de todo tipo. Se acordó del viejo capitán y sonrió.

Dolores le acompañaba. Desde que llegaron de Nueva York, la niña intentaba analizar cuanto sucedía alrededor, pero debían de ser muchas y demasiadas cosas porque, con frecuencia, se le veía con la vista perdida y la boca entreabierta, como si un halo de sorpresa la hubiese convertido en sal.

A sal olía en el puerto, y a pescado fresco y a combustible de los barcos, a brea y agua podrida, a mujeres cosiendo las redes entonando canciones populares, a sudor de los hombretones al descargar, a grasa de los motores, a mar. En las calles adyacentes, las antiguas tabernas fueron sustituidas por bares y solo el Casino, con sus vidrieras y su techo afrancesado, parecía resistir el paso de los años.

Marcel pidió a Dolores sentarse en un banco. Sus piernas flaqueaban y decidió descansar un poco.

–Si la señora Beatriz se casa contigo... ¿Será mi nueva madre o mi nueva

abuela?

Marcel respingó, se mesó la barba y sonrió a su hija.

–Ni una cosa ni otra, mi vida. Será viejecita como una abuela, como yo. Pero no será tu abuela. Y no será tu nueva madre porque mamá solo ha habido una y nadie la puede sustituir. Pero, dime... ¿de dónde has sacado tú eso?

–Le oí a Matías hablar contigo.

–No deberías escuchar las conversaciones de los mayores.

–Lo siento –dijo humillada la niña.

–No, no, mi niña. No tienes nada que sentir. No has hecho nada malo –le respondió pasándole el brazo por la espaldita para acogerla contra su encorvado cuerpo.

–Matías es raro.

–Matías es muy inteligente, hija mía.

–¿Entonces le vas a hacer caso?

–¿En qué, mi vida?

–En lo de casarte con la señora Beatriz.

–¿A ti te gustaría?

–No sé.

–¿Sabes lo que te digo? ¡Que igual Matías tiene razón!

–Pero la señora Beatriz está malita. ¿Se va a morir?

El sol, colándose por un hueco entre las nubes, dibujaba una ventana de aluminio en mitad de la bocana. Regresaban los faluchos; tal vez Guillermo volviera con sargos o doradas.

–¿Te cuento una cosa?

–¡Sí!

–Cuando yo era un jovencito muy jovencito, más jovencito que Esperanza y que Guillermo, tenía un barco con el que salía a navegar. Se llamaba el *Hamaika* y era el más bonito y el más rápido y el más valiente de todos los barcos del puerto.

–¿Un barco puede ser valiente?

–¡Por supuesto, señorita! –dijo Marcel poniéndose de pie, agarrando los bastones y haciendo como que tripulaba su velero tomando el timón–. ¡Todo a babor! ¡Orzad! ¡Sí, mi piloto! ¡A sus órdenes! ¡A toda vela! ¡A cruzar el mar!

–¡Ja, ja, ja!

–¡No te rías, pequeñaja! ¡Y caza la trapa! ¡Vamos! ¡A bolina! ¡A bolina!

–¡Ja, ja, ja!

Agotado por su pantomima, Marcel volvió a tomar asiento. Estaba sudoroso y radiante, aunque le temblaban las piernas.

–Estoy viejo, hija mía.

Y una sombra negra y pesada le nubló la mente. Quizás fuera que la ventana de aluminio se había esfumado en la oscuridad del mar, o quizás que la evidencia de su edad ponía en jaque la supervivencia de su propia hija, pero lo cierto es que se le humedecieron los ojos, se le hundió el cuello y cayeron sus manos sobre las rodillas.

–Estoy viejo, hija mía. Y no sabemos qué es de tu hermano Joaquín, dónde estará o qué habrá sido de él. Es muy duro no saber nada de un hijo, Dolores. A veces me resisto a darle por muerto porque me resisto a pensar que ya no está en este mismo planeta nuestro, aunque sea en la otra punta. Otras veces, sin embargo, quisiera que lo estuviera y que alguien me lo confirmara, porque a un muerto se le guarda el luto pero a un desaparecido solo se le guarda la ausencia. ¡Pero no! ¡No está muerto y cualquier día aparecerá! ¡Te va a encantar tu hermano Joaquín! Y hasta que aparezca... ¿Sabes qué vamos a hacer?

–¿Qué?

–¡Vamos a casarnos con la señora Beatriz! Así su familia será tu familia y, si yo falto, tendrás quién cuide de ti. ¿Qué te parece?

–Que yo no quiero que faltes.

–¡Claro que no, Dolores, hija mía! Es un hablar, es un hablar.

* * *

Sería media noche. Joaquín, en ropa interior, contaba las vigas del techo con las manos anudadas bajo la nuca. La luna tintaba de azul palo el haz que proyectaba a través de la ventana, como un tobogán de partículas de polvo desde la pared hasta los pies de la cama. No quería pensar, solo sentir.

Cuando oyó la llave abriendo la puerta de la casa de invitados y adivinó la figura de Nazaret en el quicio de la puerta, apenas se movió. Simplemente sonrió, se echó a un lado y permitió que ella se metiera bajo las sábanas. A partir de ahí, solo la luna habló; con luz, pero habló; con pudor, pero habló.

Luz que oculta sin enseñar; pudor de quien sabe que lo que ve no debería haber sucedido nunca o debía haber sucedido antes.

Otra vez la luna, como si Lorca se hubiera empeñado, maldito poeta bendito, en apadrinar los encuentros, desencuentros y reencuentros de Joaquín y Nazaret. Como si sus poemas fueran para ellos o ellos, ambiguos sustantivos como hombre y mujer, no fueran sino piezas de sus versos.

Luna madrileña, no de Triana. Luna castiza y prohibida, no flamenca. Luna que esconde bajo las sábanas dos cuerpos amándose sin pronunciar palabra, soledades que se unen no para estar acompañadas sino para multiplicarse por dos. Esa luna de los gitanos incluso cuando han dejado de serlo; la de los hombres que salieron un día de casa y no saben si volver, cómo volver, cuándo volver o para qué hacerlo.

Por la mañana, Nazaret se vistió, besó en la boca a Joaquín y, antes de abandonar la casa de invitados, le dijo:

—Joaquín Hugarte. Gracias por jugar a ser mi novio esta noche. Gracias por ser un caballero, por hacerme el amor y por acogerme en tus brazos. Gracias por haberme reencontrado. Gracias por moverme aquí dentro —y se agarró el vientre— y por besar como besas. Mi marido llega hoy de La Coruña y mañana viaja a Barcelona para tomar un avión a Nueva York. No te sorprendas. Han inaugurado una línea desde El Prat hasta Nueva York y mi marido, como no puede ser de otra manera, la va a utilizar para acudir a América a no sé qué negocios. Tú irás con él. Preséntate en el aeropuerto de Barcelona. Yo lo arreglaré todo. Le diré la verdad; le diré que eres un amigo de juventud y que tienes que ir a reencontrarte con tu familia en la ciudad de los rascacielos. A él no le importará y a mí me encantará facilitarte ese reencuentro con tus padres igual que tú has facilitado el nuestro. Pero tienes que prometerme tres cosas. Prométeme que harás lo posible por buscar a los tuyos. Siempre he sentido no haberme despedido de mi *pare*. Prométeme que olvidarás lo que ha sucedido esta noche y que nunca más, jamás en tu vida, intentarás acercarte a mí. Y prométeme, por lo mucho que nos amamos aquellos cinco días junto al Guadalquivir, que siempre, siempre, vas a guardar un cachito de Nazaret en tu corazón.

* * *

El Lockheed Constellation, a quienes todos llamaban *Connie*, era un flamante avión de la Pan American World Airways con cuatro hélices, potentes motores radiales Wright-3350 y dieciocho cilindros, capaz de unir Barcelona y Nueva York en un tiempo récord. Pero lo más sobresaliente, más incluso que su confortable interior, era su espectacular fuselaje, brillante como un espejo, reluciente como una armadura recién bruñida, con sus remaches y sus letras impresas, de manera que, cuando Joaquín lo vio en la pista número 7 del aeropuerto de El Prat, no pudo sino sentirse como cuando conducía su malogrado Mercedes 500: un tipo con suerte.

Gabriel Ignacio Pascual le acogió con inusitada hospitalidad, tal vez porque ser magnánimo aumentaba su autoestima, o quizás porque realmente se creyó que era un viejo amigo de su mujer. Le cedió el asiento de ventanilla y le contó que aquel prodigio de la ingeniería californiana le permitía hacer negocios en Nueva York en cuestión de tres días, que era prácticamente lo mismo que tardaba en ir y volver desde Madrid a cualquier parte de España.

Despegaron con estruendo de chapas y motores y, en cuanto tomaron altura, Joaquín empezó a sentirse mal, entre mareado y angustiado, pensando que, si el aparato caía en mitad del mar, de nada le serviría haber sido un nadador tan avezado.

Cuando tomaron tierra, estaba descompuesto, nervioso y aterrorizado por saber que en veinticuatro horas habría de volver a subirse al dichoso Lockheed Constellation.

—Veinticuatro horas. Es lo que necesito para zanjar mis asuntos aquí. Espero que tengas suerte con la búsqueda de tu familia. Si necesitas algo, me alojo en el Astoria. Preguntas por Gabriel Ignacio Pascual o por *Mister Maní*. Mis negocios aquí son de cacahuetes. ¿Comprendes? ¡A ver si todo va a ser cine! En fin, lo dicho. Veinticuatro horas. Si no estás en esta misma terminal en veinticuatro horas, entenderé que te quedas en esta horrorosa ciudad de rascacielos y negros. Si estás, será un placer volver a compartir viaje contigo. ¡Pero cambia la cara, hombre! Eso es por el desfase horario. Como tardes mucho en espabilar, se te pasarán las veinticuatro horas. Suerte. Me voy. Puedes tomar un taxi o el metropolitano. ¡Cómo son estos americanos! *Gudbai*, amigo.

Nueva York es siempre un reencuentro. Incluso quien viaja a ella por primera vez, se siente acogido como cuando nos reconfortamos en los brazos de una antigua persona amada. Hasta en eso, y a pesar de que no hay luna sino lunas, tantas como miradas, Nueva York es lorquiana; tanto, que pareciera que lo lleva prendido del ojal de su asfalto.

El edificio estaba exactamente igual que como lo dejó. Al menos, así lo recordaba. El East River apenas había cambiado, salvo algunas aceras nuevas y algunos comercios cerrados. Incluso la gente tenía la misma cara y el aire la misma densidad. Solo los coches evidenciaban la década larga que Joaquín llevaba fuera; y puede que también el uniforme de los policías que regulaban el tráfico.

Subió las escaleras de acceso al portal. El corazón le latía tan fuerte que le golpeaba la camisa, la chaqueta y el abrigo. No sabía si era por el desfase horario, por el vértigo del avión o por la impresión de tener que batirse en duelo con sus fantasmas, pero, cuando su bastón y él llegaron a la puerta de casa, se preguntó qué diablos diría a sus padres, con qué frase arrancarían, quién rompería a llorar primero.

Picó. A los pocos segundos abrió una mujer. Joaquín se sintió marear y creyó desmayarse.

Marcel estaba mareado cuando subían Dolores y él desde el puerto hasta casa. Había sido un exceso la payasada de fingir que pilotaba un velero, y notó que sus pulmones no alcanzaban a darle resuello. La niña le acompañaba en silencio, ausente como siempre. La dejó en la galería, donde Esperanza embalaba los cuadros de Artigas, y subió a ver a Beatriz. Esta llevaba dos días con algo más de ánimo, aunque sin poder levantarse de la cama. Los médicos prescribían reposo y ella, que en otra época se habría resistido, obedecía con la resignación derivada de que sus fuerzas no la acompañaban.

–Marcel... –musitó arrellanando la nuca en el almohadón.

–Beatriz, no me voy a andar con rodeos –dijo dejando los bastones en el suelo y sentándose sobre la colcha, al lado de la mujer; se rascó el cogote y se pasó la mano por la barba–. Ya sabes que siempre he sido un hombre de palabras y de palabra. A ver cómo ordeno hoy lo que te quiero decir. A ver cómo lo hago para que, de una vez, me digas que sí. Porque, desde luego, te

advierto que ahora no huiré. No podría. Soy un viejo al que ya las piernas no le dejan escaparse ni de su sombra. Así que allá voy, Beatriz Tussaud: ¿quieres..., Beatriz Tussaud, quieres...?

–Sí, Marcel Noviembre. Sí quiero.

EL CÍRCULO SE CIERRA, CASI; HAY CÍRCULOS QUE NO LLEGAN A CERRARSE NUNCA

Te daré mis manos para que hagas madejas.
Como laberintos indescifrables,
las familias tejen sus historias.

— ¿Me está diciendo que tuvo un lío con Magdalena León? ¡Señor Joaquín! ¡Es usted un seductor!

—No te burles de mí, jovencita.

Nuevamente en la galería, departen amistosamente con la parsimonia que caracteriza al anciano. Cuando ella lee en el cuaderno el relato de los últimos años de Marcel, se lo imagina con el aspecto de Joaquín, de tal manera que a veces no sabe muy bien con quién habla o si, cuando el señor Joaquín le narra su propia juventud, no es de la de Marcel de la quien hace relato.

—No me burlo. Continúe. Continúe.

—Pues poco más que contarte. Yo desde entonces fui fiel a mi promesa, y nunca más me encontré con ella. Eso sí, en cada estreno de cada película suya, le hacía llegar el mismo telegrama que cuando estrenó *Amores sensatos*, enviándole el poema, el fragmento de un poema, con el que la enamoré en el puente de Isabel II, en Triana: *Mírame a la cara, chiquilla / dame el jardín de tu duende, / que se escondan de repente / palomas de miedo y duda*. Lo hice hasta que estrenó la última de sus películas, dos años antes de fallecer, tan guapa y tan poderosa como lo había sido siempre. Estoy seguro de que a ella le infundía seguridad.

—¿Me quiere decir, señor Joaquín, que nunca, jamás de los jamases, volvió a estar con ella?

—Jamás de los jamases, jovencita.

—No le creo.

—Créeme. Nazaret ya no existía salvo en el instante en el que ella leía mi poemita. Y a mí no me interesaba Magdalena León, con su dinero y su fama

y su forma de olvidar el acento y a Triana. Toda mi vida he amado a Nazaret. Incluso creo que la he esperado, con la idea de que alguna vez despojara a Magdalena de su identidad y volviera a bailar para mí en el solar del Guadalquivir. Pero ese momento nunca llegó.

–Su historia es triste...

–¡No! Mi historia es hermosa. ¡Ni Marcel habría conseguido algo tan romántico como enviar poemas a la mujer amada a pesar de que esta se escondiera en otro nombre!

–Es un poquito retorcido.

–La vida es retorcida.

–¿Como su regreso a Nueva York?

–Creí desmayarme. Estaba absolutamente mareado por el avión y el aterrizaje y el maldito desfase horario. El pasillo que accedía al apartamento estaba exactamente igual que cuando lo había dejado una decena de años antes. Abrió una mujer enorme, negra y cargada de niños. Recuerdo sus labios como dos salchichones carnosos y su nariz como una montaña de moca. Me quedé estupefacto. Creo que le di pena, por eso me hizo pasar. Y de pronto me vi sentado en lo que había sido la sala de mi casa, en un sofá desgastado, con media docena de críos alrededor, escuchando el relato de cómo habían alquilado la casa porque Harlem era peligroso e insalubre, y cómo la anterior inquilina, una española, estaba muerta. Y cómo lo sentía mucho, si era mi madre. Y cómo, según las vecinas, mis padres se habían divorciado pero cómo él, que estaba parálítico por una reyerta en el puerto, la había cuidado a ella hasta su muerte, maldita la gripe que desoló Nueva York por entonces, y cómo luego cogió a su hija de ocho años y lo vendió todo y se fue a España.

–Vaya trago, señor Joaquín.

–El suelo y el techo me daban vueltas, y los niños me asfixiaban. Los habría asesinado a todos. Intenté obtener más información, pero la negra aquella no sabía más, y me emplazó a las vecinas, que todo lo saben, pero ni siquiera ellas pudieron decirme nada concreto. Sí parecía seguro que yo tenía una hermana, y sí era cierto que se habían separado. No se ponían de acuerdo con lo de la reyerta de mi padre, y algunas me dijeron que era que le habían atracado y otras que es que él era un pendenciero y había encontrado la horma de su zapato. Fuera como fuera, me juraron y perjuraron que habían regresado a España en un barco, a Santander, y que la niña, la pobre, parecía

muy triste y muy tímida. Un repentino calor me ascendió al pecho y odié aquella ciudad con todo el peso de mi alma.

—¿Y qué hizo? ¿Volvió a tiempo de coger el avión?

—Mi vida siempre ha sido llegar tarde a los sitios.

* * *

Marcel ha bajado por la iglesia de la Concepción, ha recorrido el paseo junto al mar y ha llegado al barrio de los indianos, reconvertido en zona residencial. Se alternan a un lado de la carretera las viejas casonas con los modernos chalés y, al otro, solares vacíos con edificios de seis plantas y lujoso aspecto. Descubre fuentes públicas, glorietas con bancos de cemento y un quiosco en el que venden barquillos y revistas.

Quiere ver la vivienda en la que trabajaba Daniel Sanmartín y a la que acudió aquella noche a pedirle cuentas por la paliza que había dado a Beatriz. Como una mala pesadilla, piensa en aquel episodio y se avergüenza, aferrado a sus bastones, de haberse llevado por la violencia. Recuerda al señor Cortázar... y cómo, tal vez por cobardía o tal vez por desidia, huyó en el *Hamaika* de lo que podía haber sido otra vida.

Observa un grupo de chicos que llegan de la escuela próxima, al parecer de monjas, y sigue sus juegos, empujones y risas. Se da cuenta de que Dolores debería estar escolarizada. Llevan ya varias semanas en San Telmo y aún no se ha planteado qué hacer con ella. Sí es cierto que Esperanza lo sugirió el otro día, e incluso se ofreció a interceder delante de la directora, pero aún no han tomado la decisión. La chiquilla pasa los días entre casa, la galería y los paseos a los que alguien la saca. Algo habrá que hacer.

Dolores es tímida, apocada, como ausente. Solo sus pecas otorgan algo de dinamismo a un rostro que, por naturaleza, parece ajeno a cuanto acontece alrededor, como si simplemente analizara el entorno pero no reaccionara ante él. La tristeza se ha instalado en su interior y ni los guiños de Guillermo, que se porta exquisitamente con ella, ni los detalles de Esperanza parecen hacerla salir de sí misma.

Solo con Matías se muestra locuaz. Por alguna extraña razón, Matías, a quien Dolores debe de ver como un abuelo tan abuelo como Beatriz o como el propio Marcel, sabe sacarle una sonrisa o una conversación. Puede que para el hombre sea recordar la época en la que criaba a Esperanza, o puede que, efectivamente, Matías tenga el don de llegar donde nadie llega, a pesar de su fobia por las aglomeraciones.

Matías y la pequeña Dolores han sintonizado. Él, que tose con insistencia y luce ojeras de hombre derrotado, se empeña en escucharla, y hasta ha habido tardes en las que la ha sentado en un

taburete y la ha pintado a carboncillo, arrebatándole, entre sonrisas y sonrisas, datos de su vida en Nueva York y anécdotas de Mercedes.

Marcel gira en el cruce y llega al estudio de Sanmartín. El edificio que fue de Cortázar está vacío, algo ruinoso, con las ventanas enladrilladas y la puerta protegida por un grueso parapeto de tablones. Un jardín descuidado y una valla derrumbada le dan paso, aunque más bien lo evitan. El anciano entra en el recinto y siente el olor a madreSelva, a humedad y a herrumbre. Alcanza los peldaños de acceso y los sube, no sin dificultad. Acaricia los tablones y rememora la escena del encontronazo.

Después de un rato, deshace sus pasos y vuelve a la calle. Necesitaba, de alguna manera, despedirse de Daniel Sanmartín antes de casarse con Beatriz. No lo odia. Tampoco lo desprecia. En realidad, siente que no ha existido.

Un escalofrío le recorre la encorvada espalda cuando llega al portal de lo que fue su vivienda. Hasta ahora no ha querido enfrentarse a esos fantasmas, los propios, mucho más exigentes y crueles que los de Daniel. Está muy cambiado. Han sustituido la antigua puerta por una nueva, también de madera pero más fina; también han colocado timbres y una placa junto al marco que anuncia que en el primer piso hay un despacho de abogados. Eleva la vista hasta el tejado y se imagina cómo estará su piso allá arriba.

Aprovecha que sale alguien para acceder al interior del edificio. Lo recibe una oquedad fría que se alivia al encender la luz de las escaleras. Poco a poco va subiendo, comprobando que no han cambiado el pasamanos ni el zócalo de azulejos que delimita las paredes. Con dolor en las piernas y una punzada en el pecho, se planta frente a la puerta de su vivienda. Han pasado tantos años, tantos y tantos años, que, cuando saca la llave que lleva en el bolsillo, su trémula mano no atina a introducirla en la cerradura. Por fin lo hace y gira dos veces. Un estallido de luz le inunda el pecho como si, de repente, no fuera un anciano, no tuviera el cabello blanco y el cuerpo castigado. Es un milagro que haya conservado esa llave durante todo este tiempo, guardada junto a sus bitácoras. Es un milagro que la cerradura ceda. Es un milagro que la vida se abra paso.

Abre la puerta de par en par, pero no entra. No se atreve. No sabe qué va a encontrar. Habrá humedad, olor a cerrado, polvo, quizás ratas; habrá muebles estropeados, evidencias de la podredumbre, moho; habrá recuerdos indigestos; también agradables; habrá ausencias, dudas, temores, dolores... No se siente capaz de hacer esto en solitario y toma una decisión: hay que casarse con Beatriz y hay que casarse sin perder más tiempo.

* * *

El “Gatuno” es un bar agradable y discreto al que Jorge acude con

frecuencia, hoy con Nuria. Beben sendas cervezas negras. Ella se da cuenta de que es la primera vez que sale de la galería en tres días. Quizás él tenga razón y se esté obsesionando con el asunto del señor Joaquín, de la familia y del pasado. Ha accedido a tomar algo y a distraerse, y quién mejor que Jorge para sacarle de su agujero.

—He investigado. Tengo datos que te convendrá saber.

—¿Cómo que has investigado?

—He hecho mis pesquisas.

—¡Jorge, por favor! ¡Si estás en campaña! Me riñes por estar todo el día con el tema de Marcel y Beatriz, y resulta que ahora eres tú el que te metes a detective. ¡Vaya dos!

—No ha sido difícil. He tirado de algunos hilos... ¿Quieres escucharme? —pregunta mientras saca de su maletín varias páginas fotocopiadas, un documento que parece una partida de defunción y una libreta con anotaciones—. Tengo amigos con mucho tiempo y pocas ganas de trabajar. Escucha: Dolores estuvo matriculada en el colegio de las monjas. Eso no ha sido difícil de conseguir. Lo guardan todo y no me ha costado llegar a su ficha de matriculación e incluso a sus notas. Al parecer tenía tal retraso que repitió varios cursos. Mira —le invita a ver unas fotocopias—, suspenso, suspenso, suspenso, suspenso... Incluso hay un informe hecho a mano por alguien, no sé si sería una profesora o la directora o quién, que dice que se le recomendaba dejar la escuela porque nunca alcanzaría el nivel deseado.

—¡Qué fuerte! ¿Crees que la consideraban retrasada?

—Vete tú a saber. En aquella época se llamaba retrasado a todo el que se salía de la norma. Cualquiera con una dificultad habría sido un retrasado en los años cincuenta.

—Cómo se nota que eres concejal de Educación —se burló levemente ella, apurando su botellín y levantándose de la mesa para volver desde la barra con otros dos.

—Mira más cosas. Ahí perdemos la pista de Dolores. No tenemos ni idea de qué pasó, si la sacaron del colegio o la echaron. Hay unos años en los que debió de vivir con Marcel, o con alguien de la familia... No lo sabemos. Pero sí sabemos algo que te va a poner los pelos de punta.

—Joder, Jorge, me tienes en ascuas.

—¿Sabes quién ha estado pagando la residencia?

—¿Los Robles? Ni idea. ¿Ahorros suyos?

–Frío, frío.

–Pues, no lo sé. ¿Joaquín? ¿Su hermano Joaquín?

–Te vas acercando.

–¡Ay, Jorge, dímelo! No seas pesado.

–Con la excusa de las auditorías a los servicios municipales, se hizo un informe de Los Robles. Los Robles no es municipal, pero tiene un acuerdo con el consistorio para acoger a funcionarios... Bueno, una cosa de esas que se heredan de legislatura en legislatura. La cosa es que se hizo un informe y, a raíz de él, llegué a ver las aportaciones que se realizaban por cada residente. ¿Y a que no sabes quién pagaba la residencia de la señora Dolores? ¡Es más! ¿A que no sabes quién dejó estipulado en su testamento que se siguiera pagando mientras la señora Dolores viviera?

–¡Joder, Jorge! ¡Qué pesado! Dímelo ya. ¿Matías?

–Qué va. Mira, te explico –y sacó un documento fotocopiado que plantó delante de Nuria para que esta lo tomara y lo leyera.

–¡No me jodas!

–En efecto. ¿Cómo te has quedado?

–¡No me lo puedo creer!

–Ya ves que sí. Dejó una provisión de fondos, una auténtica fortuna, para que se cuidara a Dolores hasta su fallecimiento. Incluso... ¡mira! Incluso los costes de la incineración han salido de ese fondo de provisión.

–¡Qué fuerte! ¡Nazaret Vega!

–Parece que entre tu Joaquín y Nazaret Vega hubo algo más que una amistad.

–¡Ya te digo! ¡Pagar la residencia de la hermana de Joaquín! ¡Hay que preguntárselo!

–¿Crees que le hará gracia que sepamos que eso fue así?

–No lo sé, pero habrá que intentarlo. ¡Qué sorpresa! Magdalena León...

–No acaba ahí la cosa. Escucha –extrae nuevos papeles que extiende sobre la mesa–. Tirando de la lana... ¿Cómo es el dicho de la lana y del ovillo? Bueno, da igual. Resulta que la residencia estaba pagada por una provisión a nombre de Nazaret Vega. Pero es que se me encendió la bombilla, investigué y resulta que he averiguado que Dolores Hugarte fue empleada del hogar de Nazaret Vega. Al menos, así lo indican estos papeles de admisión en Los Robles.

–¿Qué papeles? ¿De qué hablas? ¿Y cómo has conseguido tú eso?

–Bueno... la directora de la residencia está muy preocupada con el resultado de las nuevas elecciones... Le he prometido estudiar sus peticiones... Je, je, je. No ha sido difícil, Nuria, en serio. Resulta que cuando Dolores ingresó en la residencia, se archivó allí la documentación referente a su vida laboral, y... mira las fotocopias... vemos que trabajó toda su vida al servicio de Nazaret Vega, para el mundo, Magdalena León.

–¿Crees que el señor Joaquín tuvo algo que ver en eso?

–¡Tú me dirás! Si no, menuda casualidad. Yo me he hecho mi película. Para mí que tu Joaquín usó su influencia con Nazaret para que acogiera a Dolores, que no debía ser muy espabilada. Sus notas en el colegio fueron horribles y no parece que hiciera otra cosa. A los veinticuatro años entró a trabajar como interna. Yo creo que es como que Nazaret la medio amadrinó. Cuando Dolores cumplió esa edad es cuando Marcel murió. ¿No te dijo el señor Joaquín que Marcel vivió noventa y un años? ¡Tate! 1964... justo cuando Dolores empieza a trabajar al servicio de Nazaret.

–¡Qué fuerte! ¿El señor Joaquín la metió a trabajar en Madrid?

–Sería su manera de ayudarla. ¿Con quién mejor que con Magdalena León? Sabía que a su hermana no le faltaría de nada. Si, como parece, no tenía muchas luces, Joaquín hizo lo que mejor le pareció.

–¿Y por qué no se hizo cargo él de su hermana? ¿Y por qué Nazaret aceptó? ¿Tú crees que es que seguían manteniendo su lío ella y el señor Joaquín? Aquí todo el mundo tiene amores imposibles, Jorge.

–Mira, Nuria. Quizás nunca lo sepamos. Igual hay cosas que es mejor que no sepamos exactamente cómo fueron. En todas las familias, en todas las vidas, hay episodios que no podemos descifrar. Igual el señor Joaquín no sabía qué hacer con su hermana o igual se sentía en deuda con ella por haber sido un hermano ausente... O puede que, simplemente, decidiera que eso era lo mejor para ella. No creo que preguntárselo sea decoroso. Déjalo estar. La señora Dolores nunca hizo referencia al señor Joaquín, así que hasta cabe la posibilidad de que ni siquiera supiera de su existencia. ¡Quién lo sabe! No le des más vueltas.

* * *

Marcel habló con Esperanza y Guillermo. No es que pensara que tenía que

solicitar su permiso, pero, de alguna manera, le parecía elegante comentarles que, según lo previsto, la semana siguiente Beatriz y él se casarían en una ceremonia absolutamente íntima. Ellos asintieron, sin entusiasmo aunque sin pegas, salvo el hecho de dejar por escrito, a sugerencia de Guillermo, que los bienes y propiedades de Beatriz continuaran siendo de la familia, de manera que tanto Marcel como sus sucesores renunciaran a ellos en caso de fallecimiento de Beatriz. Fue duro plantearlo, pero había que hacerlo, y Marcel lo aceptó sin problemas y hasta de buen grado.

Después llegó el turno de Matías. No sabía muy bien cómo exponérselo, pero no fue costoso cuando fue él mismo quien le llamó y le citó en el estudio.

–Escribiré vuestra historia, dame tus páginas –le dijo de golpe, sin girarse en su silla del buró cuando le sintió entrar–, pero te pondré una condición.

–Voy a casarme con tu madre.

–Tienes que hablar con Esperanza. Ella tiene tu cuadro, aquel que le enseñaste a mi madre en la Sala Panorama cuando os conocisteis, el que me regalaste cuando yo era niño –por fin, se dio la vuelta y miró a los ojos a Marcel–. Tienes que prometerme que nunca reclamarás ese cuadro. Ni tú ni los tuyos.

–No hay problema.

–Y ahora, vete, Marcel. Tengo cosas que hacer.

* * *

Joaquín lloró a lágrima viva mientras bajaba del apartamento. El East River se le caía encima. Los edificios se derrumbaban, la gente se despeñaba desde las azoteas y los coches se estrellaban contra muros y escaparates. La urbe lo engullía. Luego lloró deambulando por las calles. Lloró con rabia, con miedo, con asco, con furia, con gritos, con mocos, con fuerza, con blasfemias, con dolor en los pies, con mareo, con fatiga. Lloró sentado en un banco del parque, entre palomas y mendigos. Lloró en los diques de la bahía. Lloró en ayunas. Lloró perdiendo la bufanda, perdiendo el bastón, perdiendo la dignidad, perdiendo las fuerzas. Lloró sin lágrimas pero con los ojos rojos cuando se reencontró con Gabriel Ignacio Pascual en el aeropuerto y este, afable y ufano, le estrechó la mano y le contó que sus negocios habían ido a

las mil maravillas y acababa de firmar un acuerdo que le proporcionaría por lo menos quince millones de pesetas. Lloró al embarcar en el Lockheed Constellation y al ver Nueva York desde la ventanilla como la tumba de su madre. ¡La tumba! Lloró afligido al pensar que ni siquiera se había interesado por la tumba de su madre, por el cementerio, por la lápida. Lloró avergonzado al pensar que no se había despedido de ella o, al menos, de una piedra con su nombre. Lloró con la cabeza apoyada contra el cristal, escuchando a Gabriel Ignacio Pascual relatarle lo que haría con el dinero: comprar una casa en San Sebastián, como todos los importantes, rodar una nueva película de su mujer y, quién sabía, quizás aumentar su colección de coches con un Jaguar inglés. Lloró afónico y mareado. Lloró con el vértigo y el ronroneo de las hélices. Lloró al llegar a Barcelona y al despedirse, sintiéndose el ser más miserable, solo y perdido del universo.

—Mi chófer me lleva a Madrid. ¡No sabes, amigo Joaquín, las ganas que tengo de llegar a casa y contarle a Magdalena mi nuevo éxito! Hoy mismo nos pondremos a pensar en un nuevo largometraje, algo impresionante, espectacular. ¡Con actores de Hollywood y todo! ¿Necesitas que te acerque a algún sitio? Ha sido un placer compartir viaje contigo. Siento mucho que tus pesquisas no hayan ido bien. En fin —se despidió estrechándole la mano—, ya sabes dónde estamos. Estaré encantado de volver a verte. Si vienes por Madrid, no dudes en visitarnos. Yo ahora me voy ya, me muero de ansiedad por estar con Magdalena. Hasta otra, muchacho.

Lloró en el tren a Zaragoza y lloró en Pamplona y en el autobús a Bilbao y lloró en el viejo convoy de vía estrecha que partía de la estación del Norte rumbo a San Telmo.

Y dejó de llorar cuando bajó como un muerto viviente. De repente, se le habían evaporado llantos, lágrimas y penas. Le asaltaba la ridícula idea de que allí encontraría a su padre, a su hermana, o, al menos, pistas sobre sus paraderos.

Se desembarazó del hambre comiendo en un bar de las inmediaciones de la estación. Devoró varios platos (no probaba bocado desde el Lockheed), después de cuatro días de autobuses, trenes, sueños entrecortados y vagabundeos por apeaderos y marquesinas. Tomó conciencia de que había perdido el bastón en Nueva York, la pierna empezó a dolerle tanto como el pecho, ansioso por cerrar la brecha de su desarraigo.

¿Con qué cara enfrentarse ahora a su padre? ¿Y si había muerto también?

¿Y si lo repudiaba? ¿Y si lo odiaba? ¿Y si no le perdonaba haber desaparecido?

Se lavó las manos y la cara en los lavabos del restaurante. Su aspecto era deplorable. En lugar de rondar los treinta, parecía haber superado los cincuenta. Tenía el pelo largo y sucio, la barba descuidada y la ropa hecha una piltrafa. En el espejo, veía un monstruo desaliñado y ajeno, un ser de otra vida, un guiñapo que no merecía misericordia.

Pagó la cuenta y salió a la calle. La gente iba y venía elegantemente vestida; tomó conciencia de que era domingo. La iglesia de la Concepción anunció las doce del mediodía. En el quiosco de la plaza, junto al Casino, la banda aguardaba a la salida de misa mayor para entonar los primeros compases de su retahíla de pasodobles. Cientos de banderas de España adornaban los balcones para celebrar que al día siguiente sería la festividad del 1 de noviembre.

De pronto sintió frío. No el frío del alma, el de la soledad, que también, sino el del aire que entraba por la bocana y producía nubes de vaho en la boca, bajo la nariz enrojecida. Iba a buscar la galería de la otra vez e iba a preguntar por Marcel Hugarte. Aquel hombre, el autor de aquel cuadro que compró, tenía que ser su hermano. No había duda. Si alguien daba noticias de su paradero, serían Beatriz Tussaud y los suyos.

V



LA BODA

¿Y el alma? ¿Existe el alma? ¿Depende del cuerpo?

O será que no sabemos no poner nombre a todo,
incluso a lo que no comprendemos.

El 31 de octubre de 1948, Beatriz Tussaud y Marcel Hugarte iban a casarse.

No iba a haber invitados ni festín, solo una ceremonia sencilla en la que el párroco de la Concepción, después de ser convencido por Guillermo y tras recibir con agrado un succulento óbolo, oficiaría una misa nupcial sin cánticos ni jolgorios. Asistirían solo ellos, los de casa, con Dolores y la pequeña María vestidas para la ocasión, Matías y Guillermo de traje y Esperanza con ropa de domingo.

Así lo habían hablado y así lo habían decidido. Beatriz llevaba un par de días algo mejor, todavía con fiebre pero, al menos, con fuerzas para levantarse de la cama y dejarse bañar, peinar y vestir. Era un pequeño esqueleto andante. Su corazón latía despacito, a ritmo de barco abarloado a resguardo, y su piel, blanca como la ralladura de la harina, caía sin tensión como queriéndose escapar del cuerpo, pero sus verdes ojos, vívidos como en su juventud, albergaban la ilusión de que, por fin, Marcel y ella iban a cerrar un capítulo, y sonreía quedamente al pensar que aquel viejo cojo, encorvado y tristón sería su marido para el resto de sus días.

Joaquín subía por la cuesta de la iglesia hacia la calle Cruz, desde el restaurante de la estación, reconociendo algunos rincones de cuando, antes de su accidente, estuvo allí con su Mercedes 500.

Beatriz bajaba las escaleras de casa hacia la galería, despacito, agarrada al pasamanos y sufriendo en cada paso. Solo la convicción de querer dar sentido a su vida, que no era poco, le insuflaba fuerzas para continuar descendiendo sin caer desplomada en los peldaños.

Marcel entró en la galería y vio a Beatriz sentada en una silla. Venía de

dar un paseo antes de la ceremonia. Iba elegante y sobrio; se le notaba satisfecho. No disimulaba una honda preocupación por la enfermedad de Beatriz, que no remitía pese a los cuidados, las medicinas y los consejos de los doctores, pero sabía que, una vez casados, todo habría de ir bien. Hay convicciones que escapan de los diagnósticos y las evidencias.

Mientras, Joaquín alcanzó la calle Cruz.

Beatriz sonrió a Marcel; estaban los dos solos. En cuestión de un segundo, volaron por la galería las hortensias y los poemas, las notas al violín, los cuadros, las palabras dichas y las silenciadas, las cartas enviadas a través del Atlántico, los secretos, las confesiones y lo inconfesable. Era como si estuvieran en la azotea de la casa de él y toda una vida se abriera delante de ellos como el paisaje salpicado de chimeneas y tejados. Esperanza aún preparaba a las niñas en el piso de arriba y Guillermo había ido a esperar al cura a la salida de la misa mayor.

Joaquín caminó hacia la galería. Matías aguardaba la hora en su balcón, mirando impaciente el reloj.

Marcel se sentó en la silla contigua a la de Beatriz, dejó los dos bastones en el suelo y le tomó la mano, ambos con la vista al frente, sin cruzarse las miradas, y sintió que toda su vida se concentraba en aquel íntimo gesto.

A Joaquín le sorprendió la figura enhiesta y severa de Matías en el balcón de la casa roja. Era como había sido su padre, aunque resultaba evidente que se trataba de él, del autor del cuadro que fue a comprar allí hacía tiempo, el hijo de Beatriz, el hijo oculto de Marcel, su hermanastro. ¡Su propio hermanastro! Se reconoció en el gesto y en las facciones de la cara. Otra vez. Otra vez la prueba de que su padre había mentido durante tantos años. Otra vez el fruto de una vida basada en la ocultación y el engaño. Otra vez aquel hombre que era él mismo con unos años más; que era Marcel con unos años menos. Se miraron, tal vez. Se estudiaron. Duró un segundo. Joaquín sintió que el mundo crujía a sus pies y no lo dudó. Pudo más el miedo a saber la verdad, que la necesidad de enfrentarse a ella.

Desapareció desandando su camino, pese a la cojera, pese al dolor, pese a todo. Huyó de la figura delatora de Matías, de la calle Cruz, de las certidumbres, de las ataduras de saberse unido a alguien, del reproche de su padre, del dato, de la coincidencia, de la amargura de saber que Marcel había falseado sus páginas y sí había concebido un hijo en Beatriz.

En el cruce, se tropezó con Guillermo y el párroco, llevándose a este por

medio. Repuesto del choque, bajó hasta el parque, cruzó por el Casino y llegó a la estación, donde compró un billete para el primer tren que pasara por allí. Acababa de decidir que nunca, jamás, intentaría acercarse de nuevo a su familia. Mejor ignorante que dolorido.

Entretanto, la galería observaba muda y elegante cómo Marcel sentía que dos lágrimas le discurrían por el rostro sin poder evitarlo, tan lentamente que más que de agua parecían de almíbar; dos lágrimas sin rumbo pero con el destino predecible del borde de su barba. Ambos se mantenían estáticos, petrificados, como si mover una sola célula del organismo hubiera supuesto rasgar el cielo. Ni siquiera había motas de polvo cayendo sobre los objetos.

El silencio era absoluto y podía oírse el corazón del hombre; no así el de ella. El de ella reposaba.

Habían estado a punto. Les habían faltado unos minutos. Y Marcel, sentado en su silla, no se atrevía a mirar a Beatriz. Sabía que ya no estaba, no al menos su alma, que quizás vagaba por la galería buscando una rendija para escabullirse, o tal vez anidara, desde ese preciso y precioso instante, en alguna dimensión extraña a la que el ser humano no alcanza a poner nombre. O puede que el alma no exista, y sea el recuerdo lo que transita la eternidad.

Beatriz sonreía agradecida con la cabeza inerte. Él se aferraba a ella convencido de que, en cuanto girara la cabeza, su certeza se haría evidente y ya no habría vuelta atrás.

* * *

*Vino a traerme presencias cotidianas
o casi
y hoy no tengo suyo
sino silencio.*

*Vino a llenarme los bolsillos de palabras
y gestos
y hoy solo escucho
ausencia.*

Marcel dobló el papel con el poema, lo guardó en su chaqueta y extrajo

otro. No sabía si iba a ser capaz de leerlo. Por fin, tragó su pena y, como si nadie le escuchara, recitó nuevos versos, quién sabe si escritos o si improvisados.

*Tus dedos hacen alambradas de espinos
cuando buscan los míos
como empalizadas de carne
como serpentinas de hueso
como muros de nudillo*

*pero no para defendernos
no para estar al margen*

*tus dedos hacen alfombras de piel bendita
cuando toman los míos
como fuentes claras
al borde de algún camino*

*pero no para violentaros
sino para hacer nubes
de dígitos como amuras
y días como diccionarios*

*cuando la vida terrenal se esfuma
y queda la eterna
que es más grande
que la vida de la gloria
porque la pensé para los dos.*

* * *

Esperanza y las niñas encontraron a Beatriz Tussaud y Marcel Hugarte en la galería, Nadie se atrevió a hacer nada. Los dos estaban sentados en sus sillas, Beatriz con la cabeza agachada, de manera que la barbilla apuntaba

hacia el pecho; Marcel con su mano agarrando la de ella, sin importarle que las lágrimas le hubieran inundado la barba.

Finalmente fue Guillermo quien se acercó a la abuela y comprobó su fallecimiento, ajeno a que el alma de esta sobrevolaba la galería conmovida por ver a Marcel tan afectado. A este lo levantaron, le dieron los bastones y lo subieron a casa. El cura esgrimía sus latines sobre la frente de Beatriz mientras las niñas observaban estupefactas qué era un cuerpo sin vida.

Fue Matías quien se las llevó, confundido, taciturno, sin saber cómo se suponía que tenía que reaccionar. Las dejó en el piso de Esperanza y él se recluyó en el suyo. Su instinto le llevaba a cerrar la puerta del estudio y no salir nunca, jamás, pasara lo que pasara, aislado del mundo.

El mundo giraba, decían. En el mundo se sucedían las estaciones y habitaban las personas; había países y paisajes. El mundo simbolizaba aquello que somos capaces de palpar, medir y narrar. El mundo era la gente del mundo. ¿Y de qué le servían? ¿Para qué los climas, los países o las personas?

Dio un portazo al entrar en su estudio.

¿Para qué medir, narrar o palpar? ¿Para qué la gente, si la gente se moría? ¿Para qué la gente, si la gente no comprendía que la felicidad podía estar en un pigmento, en una letra, en un soplo, en una idea? ¿Para qué la gente, si estaba sorda?

Agarró sus lienzos y los arrojó al suelo. Pisó uno a uno todos ellos. Lloraba.

¿Para qué la vida, si la vida era incontrolable? ¿Para qué los secretos, si los secretos eran losas? ¿Para qué amar, si el amor produce escamas?

Comenzó a rasgarlos hasta convertir la habitación en una nube de hilos.

¿Acaso alguien le había preparado para aquello? ¿Es que todos los ángeles de la guarda estaban ocupados? ¿Es que Dios era tan perverso que apuraba las historias sin importarle qué sentían los protagonistas? ¿Quién había dicho que su madre hubiera de irse?

Odiaba al mundo, a la gente, a Dios. Odiaba a su madre por morir. Odiaba a Marcel por haber necesitado toda su vida para llegar a aquel punto y llegar tarde. Odiaba los relojes y los calendarios. Se odiaba a sí mismo por no haber mantenido la calma ante el cadáver de su madre, frágil como una pompa de jabón en el borde del lavabo.

El cadáver de Beatriz era hermoso cuando lo tumbaron para el velatorio, vestida para su propia boda, peinada, plácidamente dormida como si fuera a despertar en cualquier instante. Era un cadáver sucinto, breve. Así yaciendo, ocupaba menos aún que cuando vivía, como si al huir el alma de su interior se hubiera reducido. Daban ganas de conversar con él, con el cadáver, porque era un cadáver hospitalario y amable, dulce, con las mejillas relajadas y los párpados hechos de seda malva.

* * *

El día que murió mi madre, tomé varias decisiones, algunas totalmente irracionales y otras sopesadas después de varios segundos de reflexión.

La primera, cortarme el pelo al cero. Ella siempre bromeaba con mis canas y mi flequillo, y pensé que, si ya no estaba, ni mis canas ni mi flequillo tenían derecho a existir. Dejé a las niñas en casa de Esperanza y Guillermo y me guarecí en la mía, entré en el lavabo y, asiendo unas tijeras, comencé a esquilarme mi calavera. Cada borbotón de pelo en el suelo (se quedaron allí durante semanas y semanas), me recordaba que había sido ella, mi madre, el ser más absolutamente maravilloso del mundo, quien me había salvado de una vida marcada por los desatinos. No lloré. Sustituí las lágrimas por el cabello que me llovía desde la cabeza y encharcaba de mechones los zapatos y el futuro.

Un futuro que, a partir de aquel día de 1948, estaría marcado por la figura tambaleante de Marcel Noviembre, convertido desde entonces en un fantasma al que le acababan de robar la brújula. Pasaba los días en el puerto, mirando el mar. Se levantaba temprano, bajaba por las calles desiertas hasta el dique, lo recorría penosamente con sus bastones y, cuando llegaba al extremo de la torrecita roja, se sentaba y dejaba pasar las horas. Supongo que la soledad fue más fuerte que la debilidad, de ahí que no muriera de pena sino, al contrario, daba la sensación de que, con tal de sufrir la ausencia de su Beatriz, estaba dispuesto a vivir hasta los doscientos años.

La segunda decisión que adopté el día de la muerte de mi madre fue contar su historia, escribir su historia. Y no por Marcel, sino por ella. Llevaba muchas páginas redactadas, desde que me legó las suyas, pero aquel día empecé a redactar de forma distinta: en primera persona. De alguna manera, pensaba que ya no tenía sentido ocultar la autoría de la biografía, y aunque jamás volvimos a hablar sobre mi concepción con Marcel, creí que sería un homenaje a mi madre si lo que se contaba era una historia de amor auténtico y no un rosario de ausencias y sufrimientos.

Me puse a ello con ciega fiebre. Escribía como había hecho de joven, sin aliento, sin esquemas, sin suspiros ni lloriqueos, sin importarme el dolor de espalda o no comer durante días. Ni siquiera

acudí al funeral. ¿Para qué? Me despedía de ella con mis letras. ¿No es así mejor? ¿Ir al funeral? ¿A llorar?

Dicen que acudió todo San Telmo. Dicen que oficiaron tres curas. Dicen que había flores como para poblar un erial. Dicen que Marcel leyó poemas. Dicen que, para la gente, fue como que ya estuvieran casados.

¿Qué me aportaba a mí hacerme presente en aquella pantomima, soportar a la gente, aguantar los lloriqueos mocosos de los demás, resistir impertérrito el sermón de un sacerdote que hablaría de vidas eternas y otras lisonjas?

¿Dónde residen las palabras que no se han dicho? ¿Dónde las palabras, los besos, los gestos? ¿Dónde se guardan los recuerdos?

¿Y las almas? ¿Dónde se sientan las almas en los funerales? ¿De verdad escuchan y se reconfortan? ¿Acaso el alma de mi madre habría sonreído por saberme en la iglesia de la Concepción?

La tercera decisión, que adopté cuando aún me rasuraba el cabello, fue la de no acudir a ese horripilante funeral, por más que luego el entierro en el cementerio municipal fuera íntimo y recogido. Y la cuarta, atender a Dolores. Era evidente que Dolores era como de otro planeta. Quizás Nueva York fuera otro planeta. Como Marcel. Después de su locura de salir al mar con el balandro de Guillermo, cayó enfermo y, durante semanas y semanas, Dolores no hizo sino cuidar de él, noche y día, sin dejar de hablar y sin dejar de chismorrear, como si de repente, y pese a que solo era una niña con la mirada perdida, los años se le hubieran echado encima. Aquello la marcaría para siempre.

También pasaba muchas horas conmigo, mirando cómo escribía. A veces era ella misma quien agarraba las plumillas y quien escribía, nunca supe qué. Le regalé un juego de lápices y un cuaderno de papel grueso (la verdad es que se lo encargué a Esperanza y fue Guillermo quien lo consiguió). Ignoro si lo usó. Cuando se lo entregué, me recordó a Esperanza, aquel día que le di el cuadro de Marcel. No me extraña que después, con el devenir de la vida, la muchacha no hiciera sino cuidar de aquel viejo egoísta que era su padre, sin otro quehacer a lo largo del día que pasearlo, alimentarlo y vestirlo, escucharle, sonreírle y quererle como, quizá, él no sabía quererla.

LA VIDA SE ABRE PASO IRREMEDIABLEMENTE; LA VIDA NO ENTIENDE DE PARÉNTESIS

Te di mi alma.

—**D**ice el piloto que no sale con este cielo, que se avecina mala mar y que no se arriesga.
Un hombre mayor, serio bajo un grueso abrigo de marino, con gorro calado y gigantescas botas, cabeceaba de un lado a otro.

—Le pagaremos lo que haga falta —aseguró Esperanza mientras el del remolcador continuaba negando.

—Ya lo he intentado —confirmó Guillermo—. No hay manera. Esperanza: estoy preocupado. Ese insensato de Marcel ha embarcado por su cuenta y riesgo. Está loco. Ha cogido mi barco y se ha hecho a la mar. ¡Por Dios santo! ¡Y la mar se ha vuelto peligrosa! Tan peligrosa que ni el capitán quiere ponerse al timón. Marcel... a sus años... con sus piernas...

—¡Buscaremos otro capitán...! —resolvió la mujer.

Comenzó a llover. Aquella primavera de 1948 fue especialmente lluviosa y, aunque los días se alargaban y pronto llegaría San Juan, el Cantábrico se había empeñado en caer desde el cielo y levantar enormes olas.

No quedaba nadie en el dique. No se veía ni un alma en las inmediaciones. Imposible. No habría quien quisiera arriesgarse con un mar tan picado. El aguacero alcanzó a los tres. El marino, sin mediar palabra, los saludó e hizo ademán de girarse. Guillermo le asió por el brazo, deteniéndolo.

—¡Por Dios! ¡Por favor! Tiene usted que ayudarnos. Tiene usted que apiadarse de nosotros... y de ese pobre viejo. Es un hombre mayor... ¡y anda con dos bastones! No sobrevivirá a la marejada con mi barquillo. ¿Comprende? Tiene que desamarrar esa barca, encender los motores y salir del abra a buscarlo.

—No.

—¿Es cuestión de dinero? ¿Es eso? ¿Quiere más? ¿Cuánto le ha ofrecido

Esperanza? Se lo doblo. Se lo triplico. ¡Pídanos lo que quiera!

El marino sonrió. No había malicia en su gesto; si acaso, dudas. Miró al cielo y permitió que la lluvia le calara el rostro.

—Ustedes son los de la galería de los cuadros, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero un cuadro.

—¿Un... cuadro? ¿Usted quiere un cuadro? ¿Un cuadro? ¿Cómo que quiere un cuadro?

—Siempre he querido un cuadro mío, un retrato de esos como los que hay en la Cofradía. Un retrato mío al timón.

—¿Un cuadro? —repitió Esperanza.

—Sí. Seguro que conocen pintores. Quiero un cuadro. Con esta mar, sacar el remolcador me puede costar caro. Ya ve qué sencillo. Solo pido un retrato.

—¡Qué caprichosos pueden llegar a ser los hombres! Si no lo necesitara para echarme a la mar, si no estuviera en su puñetero remolcador la salvación del pobre Marcel, le aseguro que no le tomaría en serio.

—¿Hay trato?

—¡Por supuesto que hay trato! —afirmó Esperanza estrechándole la mano.

—Entonces, vamos. Zarpamos ya. Suelte amarras. Ese viejo Marcel debe de estar en apuros y mi *Virgen del Carmen* lo encontrará.

Cuando abandonaban la bahía y se perdían por la bocana, Guillermo continuaba dudando. Estaba empapado hasta el tuétano, le temblaban las pupilas y las manos y un extraño presagio le desasosegaba más aún que el fuerte viento que se había levantado. No sabía si había hecho bien, si aquel lobo de mar sería capaz de encontrar un velerito como el suyo en mitad de un infierno de olas o si, por el contrario, iban de cabeza al infierno.

Habían avisado en la galería. Un vecino de la calle Cruz vio a Marcel ponerse al timón del balandro de Guillermo y salir de puerto en mitad del oleaje. Inmediatamente comprendieron que el anciano había enloquecido. ¿A quién se le ocurría? ¿Qué pretendía, matarse?

Hay locuras sanas, locuras tóxicas y locuras de amor, que tiene componentes de las dos primeras. Hay otra locura que es la que surge de la tristeza, supera la melancolía y atenaza el pecho. Es esa que nos impide comer, beber, respirar, pensar, pero que nos puede llevar a ascender los picos

más altos solo por arrojar desde ellos el nombre de la persona anhelada; la misma que nos empuja a componer canciones a golpe de cuerda o la que nos invita a aflojar la baderna y permitir que la caña del timón vuele libre sobre las olas cuando son montañas de vidrio y sal.

Hay locuras que edifican y otras que suicidan. Hay locuras que nos pringan los dedos con el recuerdo de otros dedos entrelazados, el tacto con el tacto, el beso con el beso. Locuras pasajeras pero ciertas. Son las del poeta, las del marino, las del invierno de los sentidos.

El barquillo se mecía en mitad de un océano negro, intimidatorio e infinito. Se oían cientos de sonidos siniestros que parecían amenazar la propia fragilidad de aquel pobre cascarón a la deriva. Crujían las maderas y chasqueaba la quilla como si quisiera desprenderse del barco. Los cabos sueltos, arrancados en la tormenta, arrojaban latigazos contra los costados y golpeaban el mástil. Había sacudidas repentinas que zarandeaban el velero y repartían fantasmagóricos ruidos como si un eco de ultratumba repitiera las olas a través de un gramófono gigante. Estaba claro que el mar acabaría engullendo a Marcel. Miles de piedras de sal salpicaban desde proa y él, con la vista fija en el difuminado horizonte, mantenía el equilibrio apoyándose en el timón, toda vez que arrojó sus dos bastones al agua.

Gritó. En su grito, toda la rabia de una vida. La pena de una muerte. La duda, el dolor, la ausencia. Atrás quedaban meses de luto sin luto, paseos en solitario preguntándose por qué no se les había concedido el minuto de eternidad necesario para casarse, por qué el destino se había burlado de él, de ellos, llevándose a Beatriz antes de jugar a ser marido y mujer. Meses de calvario, de silencio, de arrastrarse hasta el dique para interpelar a las olas; de soportar el mutismo, de esquivar las miradas, de sufrir en su mano la mano ausente que le dio ella unos segundos antes de marcharse.

Mercedes lo amó y él no supo corresponderle, traicionando los votos por aferrarse a Beatriz. Beatriz lo amó y él no supo llegar a tiempo, nunca a tiempo, siempre tarde, siempre fuera de plazo.

El cielo caía con violencia sobre el balandro, sin que Marcel hiciera sino soportarlo con la frente fija en proa, subiendo y bajando desde la cima de las olas, hundiéndose para resurgir, peligrosamente sacudido por la furia de todos los océanos del planeta.

Meses de inanición, de desilusión, de hibernación, duelo sin duelo, negro sin negro, pena enorme en cada gesto, en cada giro, en cada palabra. Meses de parsimonia, de vergüenza, de no atreverse a pasar por el que fue su portal, mucho menos a subir a la que fue su casa.

Mercedes lo amó y él no supo redimirse en el final de sus días. Beatriz lo amó y no supo despedirse en el final de los suyos.

—¡Ahí está! —gritó el lobo de mar a Guillermo—. ¡Ese maldito viejo ha virado en el puntal! ¡A toda máquina!

El *Virgen del Carmen* enfiló hacia el balandro, que aparecía y desaparecía con cada cuesta de mar. Guillermo pensaba en Esperanza, que seguramente habría ido en coche al faro a ver si divisaba algo; o a casa, a cuidar de las niñas; o a la galería, a hacer que la vida continuaba a pesar de que, desde la muerte de Beatriz, parecía que se había detenido.

—¡Lo alcanzamos en menos de veinte minutos, si esta puta mar no nos da la vuelta antes!

—¿Cree que podemos volcar?

—Tranquilo, ja, ja, ja, antes lo vuelca a él. ¿Pero es que está loco? ¿Por qué no arría las velas? Así no va a conseguir más que alejarse de la costa. ¡Me cago en todo!

—Igual es lo que quiere —gritó Guillermo en la cabina del puente, elevando la voz por encima del rugir del motor. El olor a gasóleo era insoportable. Empezó a marearse.

—¡Pues a mí que no me joda! Si se aleja media milla más, le van a dar por el culo. Yo no meto a mi *Virgen del Carmen* en el puto mar abierto.

Marcel no se percató de que por popa llegaba el remolcador, brincando sobre la superficie del mar como un caballito de tiovivo. Tampoco escuchó la bocina ni el estruendo de las bielas en la tripa del barco. Solo se acordaba del día que con el capitán salvó al *Beatrice* y se lamentaba de haber perdido las fuerzas, el tino, el tacto; de haberlo perdido todo.

Con una habilidad pasmosa, el lobo de mar alcanzó el balandro y se colocó a babor. Guillermo gesticulaba. Marcel, al verlos, no supo si alegrarse o resignarse o lanzarse al mar.

* * *

Mi querido, mi muy querido Joaquín:

He recibido tu carta y he de confesarte que me he sentido confundida a la vez que alegre y excitada, como una jovencita al descifrar las notas de su amado. Ya ves tú qué tontería, después de toda una vida aprendiendo a olvidarte sin lograrlo.

Desde que nos despedimos hace años, tras aquella maravillosa noche, no he vuelto a saber nada de ti. Nada, salvo los telegramas que, religiosamente puntuales, me han ido llegando cada vez que he estrenado una película. Has cumplido tu palabra; eres un caballero, quién lo iba a decir cuando me asaltaste en el puente de Isabel II.

¿Te confieso una cosa? Voy a hacerlo: muchas veces he desfallecido en los rodajes o me he desanimado o no he visto clara tal o cual escena, y siempre, sin dudar, me ha movido la alegría de saber que tú estarías presente en mi estreno con tus versos, fuera cual fuera tu destino, estuvieras donde estuvieras. Y en ocasiones, en los momentos de penumbra o de desolación, tu telegrama me ha sostenido y me ha hecho olvidar la tristeza o la fatiga.

Hay amores que se viven en presente. Me dijiste que tu padre y una mujer habían mantenido una relación clandestina marcada por las ausencias. Aquellas noches en Sevilla me contaste muchas cosas. ¡Santo cielo todo lo que ha llovido desde entonces! Yo me reía y solo quería comerte a besos, y supongo que no comprendía que alguien pudiera querer sin abrazos, sin la calidez de la piel del otro, sin el aliento en el aliento. Era una ignorante y una alocada. Hoy comprendo, porque es lo que me sucede contigo, que se puede querer sin todo ello cuando son las almas las que están unidas.

Mi amor no se vive en el presente, Joaquín. Mi amor se vivió en el pasado, pero guardo tan grato recuerdo, guardo tan profunda huella, albergo en un cachito de mi alma tantos instantes de felicidad de cuando nos conocimos y de cuando pasamos la noche en la casa de los guardeses, que entiendo, ahora ya en mi edad adulta, que siempre serás una constante en mi existencia.

Creo que ha llegado el momento de entender a Marcel, tu padre, y aquella historia que me contaste a la orilla del Guadalquivir.

Por eso estoy confundida. Han pasado más de quince años desde nuestra noche, y solo he tenido de ti esos telegramas deliciosos. Eres un hombre de palabra, me lo has demostrado. Te pedí que jamás te acercaras nuevamente a mí, salvo con tus versos, y lo has cumplido... hasta este momento.

Ahora, sin embargo, acudes a mí para solicitarme que acoja a tu hermana, que ha quedado desamparada tras el fallecimiento de tu padre, lo que siento enormemente y por lo que te envío mi más sincero pésame. Ignoro las razones por las que no lo haces tú mismo, pero intuyo que serán de fuerza mayor y que, si te atreves a romper tu promesa y vuelves a mí con este ruego, es porque no te queda más remedio. Puedes estar tranquilo. Inicio los trámites para traérmela a Madrid y no dudes de que mi personal de servicio y yo misma la acogeremos y mantendremos sin que nunca le

falte de nada. Tienes mi palabra gitana, Joaquín.

Solo espero que, a cambio, continúes alentándome con tus versos en mis estrenos, y que nunca, suceda lo que suceda con tu vida, olvides que en la orilla del Guadalquivir bailé para ti con la luna como palmera.

Siempre tuya, siempre en deuda,

Nazaret Vega

Madrid, febrero de 1964

—Nazaret acogió a mi hermana. ¿Sabes, Nuria? Me cuesta mucho hablar de ella como mi hermana. Creo que me entristece.

El señor Joaquín deja volar su mente, alejándose de la galería y de los sillones donde dialogan Jorge, Nuria y él. No ha probado bocado, pese a que los pastelitos que ha llevado el joven son exquisitos, ni ha bebido ni una gota del vaso de agua que hace rato ha solicitado. Está cansado, como si contar su historia le vaciara, le desinflara. Dentro de su camisa, parece que no hay sino aire. Nuria imagina su cuerpo blanco, su carne mate, y quiere pensar que Marcel, cuando se embarcó en el balandro de Guillermo, era el mismo viejecito que el que tiene ahí enfrente.

Por fin, parece volver de sus ensoñaciones. Ha estado pensando en Dolores, en cómo creció cuidando de su padre, en cómo Matías la amparó hasta la muerte de aquel, y en cómo, al fin y a la postre, había sido mucho más hermano que él.

—Fui un mal hermano. Nunca me hice presente.

—¿Quiere decirme que Dolores nunca supo que usted existía?

—Dolores sabía que mis padres habían tenido un hijo muchos años antes, pero jamás me hice presente en su vida. Por eso, cuando murió mi padre, lo único que pude hacer fue encomendarla a Nazaret. Piensa... pensad... que Nazaret y yo tuvimos una relación muy especial, un vínculo muy firme. Ya sé que cuesta creerlo, pero hay cuestiones del amor que solo se explican con los años, o ni eso.

—¿Nunca volvieron a verse? Después de lo que sucedió en la casa de los guardeses... a lo largo de tantos años... ¿Nunca quedaron? ¿Nunca quisieron estar juntos?

—¡Muchas veces! Querer estar juntos, muchas veces. Estarlo, nunca. Yo le enviaba el mismo telegrama con el mismo poema en cada nuevo estreno suyo, o cuando sabía que se alojaba en tal o cual hotel. Pero jamás volvimos a

vernos cara a cara. Te doy mi palabra. Sin embargo, ella sabía que yo estaba ahí y yo sabía que ella permanecía ahí. Raro, ¿verdad?

–Raro, sí –interviene Jorge.

–Romántico –dice Nuria.

–Ha habido dos ocasiones en las que he estado a punto de romper mi promesa. Una fue hace muchos, muchísimos años. Todavía vivía mi padre, aunque estaba muy mayor. Sería a principios de los sesenta. Nazaret estrenaba *La Luna*, y yo, fiel a nuestra costumbre, fui a la estafeta y redacté el telegrama con mis versos.

–*Mírame a la cara, chiquilla / dame el jardín de tu duende, / que se escondan de repente / palomas de miedo y duda* –recita Nuria de memoria–. Es precioso. No me extraña que Nazaret siguiera prendada de usted, señor Joaquín.

–La cosa es que redacté mi poema y lo hice enviar, pero, en el instante en el que el empleado de Correos dio por cursado el telegrama, sentí una punzada en el pecho, una especie de desazón; algo parecido a cuando se recibe la noticia del fallecimiento de un ser querido o cuando te explican que tienes una enfermedad terminal. Una profunda e infinita desolación invadió mi cuerpo y pensé que no podía seguir toda la vida así, ausente. Siempre he sido el ausente. Ausente de mi madre, a quien abandoné y a la que regresé demasiado tarde; y ausente de mi padre; y de mi hermana, qué decir de mi hermana. No quería ser el ausente de la vida de Nazaret. Y no me lo pensé dos veces. Tomé mi coche, mi Morris-Mini, y viajé todo el día hasta Madrid. Yo por entonces vivía en Valencia, por mi trabajo. La cosa es que me presenté en la capital, acudí al Cine Príncipe de Vergara e intenté asistir al estreno de *La Luna*. Allí estaba lo más granado de la cultura; no había localidades. Aguardé en la puerta, donde nos agolpábamos cientos de aficionados al celuloide, seguidores de Magdalena León, fanáticos de su obra. La gente empujaba y gritaba y empleados del Príncipe de Vergara, junto con algunos policías, nos contenían tras unas vallas. Cuando por fin Magdalena llegó a bordo de un Cadillac, se bajó y recorrió la acera hasta la puerta del cine. Imaginaos la histeria de la gente. Y yo, como un pazguato, lo único que pude fue verla pasar a dos metros de mí, hermosa y estrella. Quise gritar su nombre, pero no fui capaz. De haberlo hecho, habría roto nuestra promesa.

–Es usted un caballero.

–Soy un tonto, jovencita. Ella no se percató de que estaba allí. Mi único

consuelo es pensar que, una vez dentro, le hicieron llegar el telegrama.

—¿Vivía en Valencia? ¿Y eso?

—Estuve casado diez años. Ni uno más ni uno menos. Ja, ja, ja. ¿Sorprendida? He tenido mi vida también. Por fin digamos que me ordené; al menos, un poco. Después de una juventud tan ditirámica como la mía, senté la cabeza. No me arrepiento de haber seguido queriendo a Nazaret pese a estar casado, aunque tampoco me siento especialmente orgulloso. Diez años duró, maravillosos, de paz, de sosiego al menos. Justo diez, hasta que a la pobre Adela la venció el cáncer. Y digo justo diez porque mi mujer falleció en nuestro décimo aniversario, caprichos del destino. Se llamaba Adela y fue maravillosa. Teníamos una tiendita de telas en el barrio del Carmen, que ella atendía todo el día y yo solo por las tardes. Por las mañanas, yo me empleé como profesor de mecanografía en una academia de detrás de la catedral, un sitio muy serio y respetable en el que aceptaron con igual entusiasmo mi contratación como mi despido, cuando, ya viudo, me mudé a Madrid.

—¡Señor Joaquín! ¡Es usted una caja de sorpresas!

—Cualquier vida lo es. Si echas la vista atrás en la vida de cualquier persona, verás que hay capítulos que nadie sospechaba que se llegarían a escribir. Yo jamás pensé que encontraría a Adela, después de la vida tan desordenada que había llevado, y jamás pensé que volvería a intentar ver a Nazaret.

—¿Y cuando estuvo casado siguió enviándole telegramas?

—Sí, por supuesto. No fallé en ningún estreno. E incluso le envié la carta pidiéndole que se hiciera cargo de mi hermana. Verás, en mis años en Valencia volví a tener contacto con el mundo textil, aquel del que viví durante los años que estuve con Fabra y Flaqué, el magnate de Tarrasa. Incluso hice negocios con sus herederos legales y acabé asumiendo la representación de sus hilaturas, que yo movía por toda la provincia de Valencia. Fueron años prósperos en los que se ganó mucho dinero. De nuevo fui el ausente en la vida de alguien, en aquella época en la vida de Adela. Viajaba mucho, pasaba días, semanas, fuera de Valencia, en reuniones, ferias comerciales, visitas a proveedores y clientes... Fue así como me sucedió lo que me sucedió con Nazaret.

—E intuyo que nos lo va a contar... —solicita Nuria, deseosa de conocer los entresijos de la vida del señor Joaquín.

—Yo mantenía una relación más o menos estable con Matías, por carta... a

veces por teléfono... Él, desde San Telmo, me daba noticia de los suyos, que eran los míos, en especial de Dolores. Me contaba que se dedicaba básicamente a cuidar de mi padre y que apenas se relacionaba con nadie más. En varias ocasiones estuve tentado de ir allí y presentarme como el hermano ausente, pero, al parecer, ella era una joven de veinte años, cortita de entendederas, muy limitada la pobre, a quien la reaparición de un hermano no acarrearía ningún beneficio. Al menos, así lo pensaba yo. Matías me daba noticias sobre ella y sobre mi padre, y bastaba. Hasta que mi padre empezó a empeorar de su salud. Ni siquiera Marcel Noviembre fue eterno. Al poco de morir Beatriz, tomó prestado un barquillo que por entonces tenía Guillermo, el marido de Esperanza, y se hizo a la mar, metiéndose en el ojo de una galerna y teniendo que ser rescatado por un remolcador. Se salvó, pero desde entonces tuvo una fiebre obsesiva con echarse a la mar, algo enfermizo, de manera que optaron por prohibirle bajar al puerto y acercarse a los barcos. Sus piernas flaqueaban, su espalda se curvaba y no era cuestión de que repitiera la travesura. Matías era taxativo cuando me lo contaba, pero yo, he de confesarlo, me reconocía en la tenacidad de mi padre. El pobre Marcel caminaba hacia su final y, aunque todos lo veíamos, nadie tenía agallas para reprochárselo.

—Pero... —interrumpe Nuria—. ¿Y la historia con Nazaret? ¿Qué pasó? ¿Qué es eso de que intentó volver a verla?

—¡Ah, sí! Se me va el santo al cielo. Perdonad...

—Hablaba de su época como comercial del mundo textil —ayuda Jorge.

—Matías por entonces empezó a pintar de nuevo. No solo redactaba las memorias de mi padre a partir de sus bitácoras, sino que también volvió a agarrar los pinceles con frenético entusiasmo. Nunca supe lo que hacía, jamás vi lo que pintaba, pero, a juzgar por la cantidad de lienzo que me encargaba, yo calculé que hacía del orden de dos o tres cuadros por semana. La verdad es que no sé de dónde sacaba las fuerzas. Había superado los sesenta y llevaba una vida caótica en cuanto a rutinas, comidas y horas de sueño. Al faltar Beatriz, se sumió en el desgobierno, y nadie conseguía introducir un poco de cordura en su día a día. Solo pensaba en pintar y pintar y pintar. No dejaba de producir. Y yo, que tenía contactos, le proporcionaba regularmente tela para lienzo de gran calidad, ya cortada y con apresto. A cambio, porque jamás se la cobré, me daba noticias de mi padre y de Dolores. Fue una época extraña en la que todos nos volvimos grises.

—¿Y nunca se confesaron mutuamente? Quiero decir... ¿nunca le dijo él que era hijo de Marcel?

Jorge da un golpecito en la pierna a Nuria. Quizás la pregunta haya sido demasiado íntima, demasiado indiscreta. Puede que no hiciera falta contestarla. La joven se incomoda por el reproche de él, y no insiste.

—Lo cierto es que, cuando murió Marcel, me alegré mucho de que Matías siguiera mis instrucciones y acudiera con Dolores a Madrid, a acompañarla a casa de Magdalena León, Nazaret.

—¡Uy! Ahí sí que hay un par de cosas que me extrañan, señor Joaquín. ¿Me dice usted que Matías, incapaz de acudir al funeral de su madre, sí lo fue de ir a Madrid? ¿Matías en un tren? ¿Matías en Madrid? Uf, no sé. Me extraña mucho. Casi tanto como el que Nazaret acogiera a Dolores. ¿Tan enamorada estaba de usted? Y no es que diga que usted no se lo merezca, pero... ¿acoger a Dolores? ¿Tenerla con ella? ¿Incluso dejar una provisión de gastos para que, cuando ella muriera, Dolores volviera a San Telmo, a Los Robles? Demasiados interrogantes, señor Joaquín.

—¡Ja, ja ,ja! Jovencita... Soy hijo de Marcel Hugarte. Si todo fuera previsible, no sería un Hugarte. ¡Ja, ja ,ja!

* * *

Aquella fue la primera y última vez que Matías viajó en taxi. Dolores, con el rostro cuarteado por las lágrimas, veía en silencio el paisaje, verde y húmedo, a ambos lados de la carretera. No hacía ni dos días que habían enterrado a Marcel y los ojos aún no sabían no llorarle. Matías, sin embargo, se limitaba a preguntarse si estaba actuando bien, pero Joaquín se había mostrado inflexible en sus argumentos y, a fin de cuentas, no existían motivos para no hacerle caso.

Aquella fue también la primera y última vez que montaría en tren, primero, para ir a Madrid pasando por Miranda de Ebro y, después, para regresar, vacío, hosco y nervioso. La primera vez que vio tanta gente junta, en la estación, y la primera vez que supo qué era un compartimento de vagón, con personas hacinadas en bancos corridos hombro con hombro.

Fue la primera vez que vio una ciudad tan grande, pero no la última. Y la primera vez que montaba en un tranvía. Y que vio edificios tan altos y bocas

de metro que se le antojaban escupideras de personas. Y cantidades de coches imposibles de contar, y mendigos, y calles infinitas en las que no se adivinaban los extremos.

Pero sobrevivió. Cómo lo logró, por qué se empeñó en acompañar a Dolores, por qué salió de San Telmo, de su casa, de su cuarto. Por qué no aceptó que fueran ni Guillermo ni Esperanza quienes hicieran el viaje. De qué manera soportó el olor de otros humanos, la claustrofobia de los viajes, la angustia de las multitudes. De qué forma encontró la casa de Magdalena León y cómo hizo por no desmayarse de ansiedad a cada instante. Cómo supo superarse y no sucumbir, fue algo que nadie supo, tal vez ni él.

Pero sobrevivió. Sobrevivió porque fue la manera de hacerle el luto a Marcel Hugarte, a Marcel Noviembre.

Dos días llevaba bajo tierra, y su ausencia era tan honda como lo había sido cada una de sus ausencias, aunque aquella, con la tranquilidad de que sería definitiva, de que no sorprendería con ninguna de sus habituales reapariciones a son de violín o de volatines.

No, no reaparecería. No era una ausencia de la que nadie sabía la duración. No era un marcharse para, tal vez, regresar. No era uno de sus paréntesis. Era su muerte. Al menos, la terrenal.

Matías sobrevivió a la turba de rostros anónimos, a las aglomeraciones, al Hotel Granada, con su vestíbulo lleno de viajeros, a la certidumbre de tener que soportarlo porque, si no, no habría servido de nada todo lo que llevaba haciendo a lo largo de su vida, que no era sino ocultarse del mundo para encontrarse a sí mismo. Y supo llevar a Dolores hasta Magdalena León, y despedirse de ella como un caballero, como un hombre entero, como el hermano mayor que le habría encantado que alguien en el universo hubiera sabido reconocer.

A Guillermo y Esperanza les dio pena, pero estaban ocupados con la galería, que marchaba mejor que nunca, y con María, hecha una señorita, divertida e inteligente, vívida, atenta a todo, despierta en sus estudios y tan coqueta como pretendida por los jovencitos de la parte antigua de San Telmo. ¡Tan diferente María de lo que había sido Dolores a su edad! ¡Tan cariñosa! ¡Tan prudente y discreta! ¡Tan educada y culta! Con aquel saber estar y aquella manera suya de camelar a todos...

Magdalena León abrió la puerta en persona, recibió a Matías y a la joven afectuosamente, y los hizo pasar a la biblioteca, donde, tras las presentaciones

y después de ofrecerles algo que tomar, les contó lo mucho que apreciaba a Joaquín, lo contenta que se sentía de tener allí a Dolores y lo honrada que se sentía de poder corresponder a la familia con aquel gesto. No pudo, sin embargo, disimular cierto desasosiego al descubrir, por una parte, que Matías se parecía tanto, salvando la distancia de la edad, a Joaquín, o, al menos, a la imagen que tenía de él. Y, por otra, al comprobar que, en efecto, Dolores, a pesar de tener veinticuatro años, evidenciaba una descarada inmadurez. Pero no comentó nada, como dama que era, y pronto hizo que los tres se sintieran cómodos; todo lo cómodos que se podía estar en aquella situación.

Alojaron a Dolores en la casa de los guardeses y le relataron, aquella misma tarde, cuáles serían sus funciones en la casa, de qué forma ayudaría a la encargada del servicio doméstico y qué cosas estaban permitidas y cuáles no en la residencia de Gabriel Ignacio Pascual. A partir de ahí, su vida estuvo vinculada a la de Nazaret.

Por eso, al ver las luces de San Telmo desde el taxi, después de su aventura madrileña, Matías supo no solo que había sido capaz de superar sus fobias, fantasmas y ansiedades gracias a Dolores, sino que, de alguna manera, había sido el espíritu de Marcel Hugarte el que lo había guiado a través de las multitudes como hacía él cuando, al timón, esquivaba los bajíos o abarloaba su barco. Y, también, que el gran ausente, Joaquín, como ausente lo había sido Marcel, contaba con aquella oportunidad para redimirse ante su hermana, aunque eso le hubiera llevado a vender su alma a Nazaret Vega.

* * *

–Creo que vendí mi alma a Nazaret.

–¿Por qué lo dice?

–Liberé a Matías del peso de tener que hacerse cargo de mi hermana, nuestra hermana, a cambio de llevarla a casa de Nazaret.

–¿Y Esperanza y Guillermo?

–Bueno, ellos estaban ocupados con lo suyo, con la educación de María, con la galería...

–Pero Dolores ya era mayor. Podía haber vivido sola...

–No, Dolores no habría podido vivir sola. Había fallecido Marcel. Habría sido una carga para tu familia, Nuria. Pero no nos pongamos serios. Os he

convocado aquí porque creo que esto va tocando a su fin... –dice mirando primero a la joven y luego a Jorge; a ambos les invade un escalofrío—. Ya hemos atado prácticamente todos los cabos, pero queda uno que me gustaría descifrarte en otro sitio. Para eso, querido mío –y se va levantando a la vez que toma su bastón y se dirige a él–, vas a tener que dejarnos. Debemos dejar esta galería y ver algo juntos, pero solo Nuria y yo. Lo siento mucho.

Es evidente que a Jorge le molesta el giro en las explicaciones, y hasta se siente enojado, aunque no se queja y comprende que, si hay algo realmente interesante, ya se lo contará Nuria

–En ese caso... me despido –se resigna, ya en pie y estrechando la mano al anciano—. Llámame esta noche, Nuria.

–Te llamaré, sí, Jorge.

–¿De verdad?

–Sí, Jorge. Claro.

–Nuria... deberías pensar en lo que te dije el otro día. Tendrías que volver a darle una vuelta.

–Jorge –susurró—. Está todo hablado. Te quiero demasiado como para arriesgarme a volver a equivocarnos. Y ahora –comentó alzando la voz y dirigiéndose al anciano–, creo que tenemos algún cabo que atar. ¿A dónde vamos, señor Joaquín?

–Al único lugar donde podemos terminar esta historia.

* * *

La agente inmobiliaria Estela Lorenzo aparcó su Audi-Q7 en la acera, apagó el GPS, cogió su iPhone, rebuscó en su Hermès hasta encontrar las llaves y entró en el recinto de la formidable casona que un día había pertenecido a Gabriel Ignacio Pascual y Magdalena León.

Empezó por el jardín, que exploró rodeando la propiedad: estaba abandonado, en un estado deplorable y con maleza en lugar de plantas, pero se adivinaba perfectamente el diseño de un laberinto ideado con setos. Le recordó a los que a veces hay en los *châteaux* y anotó en sus papeles que, con bien poco arreglo, aquello sería un plus a la hora de vender.

Luego se centró en la casa de los guardeses, una sencilla pero bien concebida construcción junto al edificio principal. Atinó para abrirla y

accedió. Tuvo que correr algunas cortinas para que entrara algo de luz, y, al hacerlo, no pudo sino sorprenderse. Lo que vio escapaba a toda lógica. Por un instante pensó estar en una cámara oculta o, si no, en el surrealista escenario de alguna película de cine negro.

—¡La madre que los parió!

Aquello no parecía la residencia de una de las interinas, como le habían dicho, sino el almacén de una pinacoteca. Había cientos de cuadros, todos del mismo tamaño, apilados por doquier, de manera que parecía inconcebible que alguien hubiera podido vivir allí. Pilas y pilas de lienzos competían por llegar más alto, alcanzando algunas de las torres hasta el techo. También estaban sobre los sofás, junto al aparador, bajo la cama... Aquello solo podía ser la obra de un obseso, de un enfermo con el síndrome de Diógenes o de alguien que, simplemente, no tenía dónde guardar semejante colección.

Miró uno de ellos, luego otro, después un tercero. No salía de su asombro. Era desasosegante. No comprendía nada y le turbaba no comprender. Ella era Estela Lorenzo, la mejor vendedora de pisos de lujo de su empresa, así que no se entretuvo en intentar descifrar el misterio de los cuadros de la casa de los guardeses.

—¡Menuda mierda! Habrá que sacar todo esto de aquí —se quejó.

Decidió abordar aquel asunto más tarde, y volvió al jardín para ascender a la casa. Llevaba cerrada desde la muerte de la dueña, años después de que fuera su marido quien desapareciera. Estaba llena de polvo y comenzaba a presentar humedades, pero pensó que, con muy poca reforma, sería sencillo venderla; al tipo de clientes que tenía la empresa no le afectaba la crisis.

Recorrió el salón y se maravilló por la decoración, la calidad de los muebles y los adornos de tipo colonial, y aunque pensó que toda aquella colección de cabezas de animales y patas de bichos era detestable, no quiso quitarlos del informe por si a algún ricachón hortera le apetecía mantenerlo.

—Los rusos son así de exagerados— pensó.

Las habitaciones olían a cerrado y a rancio, pero calculó que, con los suelos en perfecto estado y las paredes sin grietas, no costaría mucho rehabilitarlas. Lo mismo que la cocina, el *office* y la zona del servicio doméstico. Y lo mismo que los siete baños y la biblioteca, espléndida.

En la escalera, se entretuvo en mirar los carteles de las películas de Magdalena León, y se preguntó si había visto alguna, aunque fuera en alguna reposición en la televisión. Observó el rostro de la protagonista, siempre

radiante, y sonrió al sentir cierta envidia. Seguro que fue muy feliz, se dijo. ¿Quién no lo sería? Lo tenía todo.

Entró en la alcoba principal, un auténtico santuario del estilo recargado. La cama, con dosel y dos enormes mesillas, ocupaba una de las zonas de la estancia, mientras que en otra había un tocador con silla y, junto a la ventana, un escritorio. Quitó la sábana que lo cubría y examinó su tapa y la cerradura; no había llave, pero no se dio por vencida. Con un abrecartas que había sobre él, la forzó. Se sintió una profanadora, una ladrona de tesoros, como quien roba a un faraón o expolia un pecio. Estaba invadiendo la intimidad más profunda de una de las estrellas del cine durante décadas; estaba hurgando en sus cosas, en su mundo oculto; estaba husmeando, violando la parte humana de la estrella León. ¡La gran León! ¡La fabulosa Magdalena León! Y ella estaba colándose en sus secretos. Le latía el corazón en la sien, e incluso le pareció que alguien la observaba a su espalda, algo que, al darse la vuelta, vio que no era sino fruto de sus imaginaciones. Y es que era excitante descubrir qué ocultaba bajo llave aquella diva del celuloide.

Por fin abrió el secreter y su decepción fue enorme: no había coquetos sellos, diarios o cartas de amor. Podía haber encontrado contratos o mensajes de admiradores o fotografías de sus amantes, si los hubiera tenido. O postales de su Sevilla, la ciudad que jamás abandonó su corazón. Y podía, igualmente, haberse topado con la carta que, hacía tantos años, escribió a Joaquín. Esa que redactó una y otra vez, buscando las palabras, los giros, las frases. Esa que corrigió hasta encontrar cada sentencia, entre lágrimas y suspiros, a escondidas, temerosa del mundo. Esa carta que jamás envió por miedo o vergüenza o lástima. O porque amaba tanto a Joaquín que nunca quiso irrumpir así en su vida. Esa carta que guardó esperando que llegara el momento de sumar fuerzas. Una carta atroz, descarnada, a corazón abierto.

Podía, en efecto, haberla encontrado. Podía haberla leído y haberse enterado, quizás sin comprender, del tétrico secreto que arrastraba Nazaret: la carta en la que le confesaba que, la noche que pasaron juntos en la casa de los guardeses, ella se entregó sin fronteras, convencida de sus sentimientos; en la que le decía que se había quedado embarazada. Sí, embarazada. Portadora en su vientre de una criatura hija de Joaquín.

¿Cómo destrozar al hombre al que había amado contándole qué hizo con aquella vida?

La carta en la que le narraba que, angustiada y con urgencia, abortó

discretamente sin que ni siquiera su marido acabara sabiendo nada. La carta más demoledora y directa que ella había escrito nunca, esa en la que le confesaba que toda su vida se había arrepentido de aquello, de haber priorizado su carrera, su matrimonio y su bienestar.

Estela Lorenzo podía haberla encontrado y haberla leído. Habría descubierto las letras de una mujer atormentada que encontró en el hecho de acoger a Dolores la única forma de exculpar el pecado de no habérselo dicho nunca a Joaquín.

Dolores. Bendita Dolores. Pobre Dolores. Inocente Dolores.

Acoger a Dolores, asumirla en su casa, aceptarla, admitirla formalmente como parte del servicio, cuidarla, atenderla, garantizarle atenciones cuando ella no estuviera... Todo era poco para calmar su remordimiento. ¿Por qué, si no, habría de aceptar la petición de Joaquín?

Dolores. Sencilla Dolores.

Quizás, de haber encontrado aquella carta, Estela Lorenzo ni la habría leído; y, de leerla, puede que no habría entendido por qué Magdalena León pedía perdón a Joaquín Hugarte por su cobardía, por su silencio y por su ausencia. Hay cuestiones que una agente inmobiliaria que conduce un Audi-Q7 quizás no llegue a comprender.

Pero no la encontró. Solo se fijó en un puñado de telegramas anudados con un lazo, seguramente de algún seguidor fanático. En todos decía lo mismo:

*Mírame a la cara, chiquilla
dame el jardín de tu duende,
que se escondan de repente
palomas de miedo y duda.*

* * *

–Si no hubiéramos puesto ascensor, no habría podido seguir viviendo en este piso. Las escaleras son un calvario para alguien de mi edad, Nuria.

–Es muy emocionante subir al piso de Marcel Hugarte, señor Joaquín.

–Mi padre sabía lo que se hacía cuando traía aquí a Beatriz. Este apartamento tiene las vistas más bonitas sobre la bahía de San Telmo. Ya

verás.

Una vez dentro, Nuria no es capaz de procesar toda la información que le proporcionan los detalles, los rincones, las paredes... Se imagina allí a Beatriz Tussaud y a Marcel Noviembre, le parece escuchar sus voces, quién sabe si sus risas o gemidos o las notas del violín, el tintineo de las gotas en los cristales, el susurro del agua de la regadera sobre las hojas de las hortensias en la galería, el crepitar de los troncos en la chimenea. Se estremece. No comprende dónde ha estado el señor Joaquín durante tantos años, tan cerca, tan lejos. Observa cada centímetro de la casa, incluso cuando su anfitrión la conduce de la salita a la ventana, cada milímetro, cada átomo de aquella atmósfera mágica.

—Mira. Aquello es la iglesia de la Concepción, y más allá de aquel bloque horroroso de pisos modernos, está el puerto. Y a la izquierda, el puntal y el faro. Y mira por esa otra cristalera: verás la bocana y los viejos astilleros donde trabajó Daniel Sanmartín. Y la playa. Y el mercado. Y por esa de más allá, la de al lado del sofá, el mar entero, como si agudizando la vista se pudiera descubrir Inglaterra.

—Estoy... estoy conmovida.

—Siéntate y escucha. No sé si Marcel y Beatriz tuvieron una relación como él describe en sus libros y tú has leído en las páginas de Matías. No sé si jamás llegaron a tocarse o si, en efecto, concibieron a Matías sin querer o queriendo. Ignoro si mi padre mintió en sus papeles para preservar la dignidad de Beatriz o si, realmente, nunca tuvo noticia de su paternidad. No tengo ni idea. A veces he querido pensar que fue un hombre con doble rasero moral, tal vez porque así yo me siento menos culpable por haberles faltado a él y a mi madre y a mi hermana Dolores, y por haber mantenido una relación con Nazaret a pesar de estar casado con Adela. Parece como si, asumiendo que Marcel Hugarte fue Marcel Noviembre y a este se le perdonara todo, mi vida no hubiera sido tan vacía como lo ha sido. Porque, mi querida Nuria, a mis noventa y un años, echo la vista atrás y pienso que he fallado a todos cuantos me han tenido cerca. Hui de Nueva York y volví demasiado tarde. No perdoné a mi padre hasta su muerte. No me acerqué a mi hermana ni cuando estuvo en Los Robles. ¡Ay, Dolores! He sido un cobarde con ella. Fui el ausente en su vida, incluso en el final de su vida; y el ausente en su muerte. Jamás di señales. Para mí, que estuviera en Los Robles era igual que si hubiera estado en la Patagonia. Mi orgullo... o quizás mi vergüenza... me

hacía posponer siempre mi presencia. Ni siquiera lloré cuando murió. Soy un cretino, Nuria. Un egoísta que hoy, contigo, intenta redimir su pecado. ¡Qué sé yo! Creo que me entiendes. Y eso, por no hablar de Matías, de quien siempre hui porque era la evidencia de que mi padre había montado su historia en una mentira, la mentira que surgió entre estas cuatro paredes.

Nuria escucha absorta. Piensa que el anciano se va a derrumbar, pero, en lugar de eso, este sonrío y parece recobrar la energía. Se pone en pie y prosigue su monólogo paseando por la sala.

–Compré esta casa cuando decidí venirme a San Telmo. No fue complicado. Después de la muerte de Adela, continué en Valencia unos años, pero, al cabo, me deshice de mi cartera de clientes, de la tienda y del piso que teníamos allí, y me vine aquí. De alguna manera, pensé que aquí en San Telmo sería donde tendría que escribir mi último capítulo. Ja, ja, ja. Hace unas semanas, llegó una notificación de una inmobiliaria de Madrid. Al parecer, cuando fueron a preparar la casa de Magdalena León para venderla, encontraron algo en la habitación de mi hermana; en realidad, en la casa de los guardeses, que fue su vivienda todos los años que vivió allí. ¿A que no sabes qué encontraron?

–Ni idea. ¿Me lo va a contar?

–Todos los cuadros que estuvo pintando Matías con los lienzos que yo le enviaba. Los pintaba y se los hacía llegar a Dolores. Uno tras otro. Llámalo estar loco o tener una obsesión o haber perdido el rumbo... No sé. Quizás pensaría que ella podría venderlos o quizás simplemente no sabía no hacerlo. No me preguntes por qué lo hacía. ¿Estaba Matías mal de la cabeza? Igual fue el más cuerdo de toda la saga.

–¿Y Dolores los conservaba?

–Pues... por lo visto sí. Algunos los debió de traer a la residencia. Me imagino. Y cuando falleció Nazaret, debieron de cerrar la casa sin tocar nada, y así se ha mantenido hasta nuestros días. La cosa es que me llamaron de la inmobiliaria de Madrid porque, por la firma, supieron de quién eran y pensaron que tenían que hacérselos llegar a su legítimo dueño. Más bien creo que se los querían quitar de en medio y no se atrevieron a destruirlos. O yo qué sé.

–¿Estaban firmados por Matías?

–No. Eso es lo gracioso. Estaban firmados por “M. Hugarte. San Telmo, Galería Tussaud”.

–¡Matías los firmaba como “M. Hugarte”! ¡Matías Hugarte! Renunciaba a su apellido y firmaba con el apellido de Marcel.

–Eso parece, sí.

–Entonces... entonces, está claro, señor Joaquín. Matías pintó todos esos cuadros con la firma “Hugarte” para que el mundo supiera que él era hijo de Marcel. ¡Reivindicaba a su padre! El problema es que Dolores no los movió y se quedaron allí, entre cuatro paredes.

De pronto, Nuria siente una duda. Ve al anciano acodado en la repisa de la chimenea, sujetándose con ayuda del bastón en la otra mano. Quiere ver en él los rasgos de Marcel, de Matías. No dice nada, pero finalmente, pregunta:

–¿Y por qué no me avisaron a mí? Yo soy la Galería Tussaud.

–Lo hicieron, por lo visto. Según me dijeron de la inmobiliaria de Madrid, te mandaron varias cartas por el internet, pero me dijeron que no te llegaban.

–¡Claro! Tengo mal la conexión en la galería. ¡Mierda! ¡Llevo semanas queriendo arreglarla!

–Entonces debieron de hacer lo que se hacía antiguamente. Buscaron el apellido Hugarte en la guía de San Telmo. No veo otra explicación. Y dieron conmigo. No hay más misterio.

–¿Dónde están todos esos cuadros?

–Tranquila. Son tuyos. No tengo ninguna intención de quedármelos. Los hice traer desde Madrid y están en un almacén aquí, en San Telmo. Pero... ¿sabes lo mejor de todo? ¡Ja, ja, ja!

–¿Lo... lo mejor de todo?

–Los cuadros... ja, ja, ja... los cuadros de Matías... ¡qué listo mi hermanastro, si es que realmente era mi hermanastro! Los cuadros de Matías eran siempre el mismo, copia de copia de copia. Ja, ja, ja. Cientos de veces el mismo cuadro.

–¿El mismo cuadro?

–¡Este cuadro! Ja, ja, ja.

Y el señor Joaquín levanta su bastón y señala un lienzo a su espalda, sobre la chimenea. Nuria, por primera vez, toma conciencia de él. Se levanta. Tiene la boca abierta. No da crédito a lo que ve.

–¡Ja, ja, ja!

–¿Es...?

–Sí, lo es. Se lo compré a María, tu madre. La pobre no andaba bien de dinero, fue cuando murió tu padre y la galería andaba floja. Creo que no fui

honesto con ella; me aproveché de la crisis. Era la época de la desindustrialización, por los noventa. Piensa que toda la historia sobre tu familia que ahora conoces ha estado oculta durante años. Dudo que tu madre supiera nada de las aventuras de Marcel y Beatriz. A ella le tocó sacar adelante la galería y sacarte adelante a ti. O quizás sí supo algo y nunca quiso revolver. No es que timara a tu madre, pero nunca le hice saber que detrás de este cuadro había toda una historia. Ahora que soy viejo y he sentido la necesidad de reconciliarme con el mundo, he querido sacar a la luz todo... incluyendo este cuadro. Lo he disfrutado, pero ya va siendo hora de que vuelva a vuestras manos. Tómallo, es tuyo. No tenía que haber dejado de ser de la familia, pero Beatriz seguro que me perdona la vanidad de haberlo tenido yo este tiempo. Este cuadro vuelve a casa, Nuria, y vuelve contigo. Nunca debía habérselo comprado a tu madre.

Nuria rompe a reír, a llorar. Se echa la mano a los labios, con la cara ya cubierta de lágrimas. Le tiembla la barbilla cuando le surge una carcajada, húmeda y sentida, al acercarse a la chimenea, estirar los brazos y tomar el cuadro. El señor Joaquín ríe ufano y satisfecho.

Ella apoya el lienzo contra unos cojines del sofá y abraza al anciano.

—Qué jodidos los Hugarte —dice con una flamante sonrisa él.

Nuria se deshace en un llanto alegre y exultante.

* * *

Ya no pinto. Me limito a garabatear en libretas o papeles. Me da pereza el olor del óleo y los disolventes golpean mis sentidos, tal vez porque me trasladan a épocas anteriores. Así que no pinto. Me vacié cuando copié el cuadro de mi padre una y otra vez, y he acabado por aborrecer los pinceles. Supongo que es el precio a los pecados no asimilados.

Tampoco escribiré más. Estas son mis últimas letras. No tengo intención de continuar con la historia de Marcel, que es la historia de mi familia. He cumplido con él y con nuestro apellido. No necesito seguir desgranando los alambicados vericuetos de nuestra derrota; tampoco me siento con ganas de enfrentarme a mis fantasmas cada vez que empuño la pluma. Soy un hombre mayor y solo. Los míos tienen sus vidas, la galería, en manos de María, funciona a trompicones, y San Telmo, de la que dicen que ha sabido reinventarse, no me inspira mayores emociones. ¿Para qué continuar con estas páginas? Queda dicho lo importante; el resto, que se averigüe. Ni siquiera creo que merezca la pena hablar con María de todo esto.

Soy feliz; razonablemente feliz. Y no por ignorancia sino por opción, ahora que la vejez me recuerda que ni la más convulsa de las vidas ni la más turbulenta de las existencias merece un “tenía que haber hecho esto o lo otro”. Soy feliz y sonrío al dejarlo aquí, convencido de que estas palabras, si alguna vez llegan a manos de alguien, servirán para redimirnos a todos, desde el digno Gerard Tussaud hasta el firme Joaquín, desde Tristán hasta Lina o Esperanza; desde la pobre Raquel hasta José Luis Rolando, desde Nazaret Vega hasta Dolores. Y, por qué no, desde Daniel Sanmartín hasta Beatriz Tussaud y Marcel Hugarte.

Supongo que para cerrar este relato me falta hablar de su final, y supongo también que, de alguna manera, se esperaría de él un último golpe de guion, pero no fue así. Marcel murió de viejo. Después de una vida marcada por la aventura, el riesgo y las hazañas, murió de viejo en su cama, una noche de marzo. No hubo dramas, no hubo nada sobresaliente, no terminó sus días con volatines ni violines. No hubo barcos en su muerte, ni galernas, ni rescates heroicos.

Cuando lo encontraron, parecía dormido, plácidamente tumbado, con el rostro relajado y una sonrisa de paz en sus labios. Estoy seguro de que se marchó satisfecho, cansado, liberado y soñando con las olas.

En su lápida grabaron el epitafio que él mismo dejó escrito y que todos entendieron como despedida. No hablaba nada de la gloria, que creo que a esas alturas ya no le interesaba, pero sí de la vida eterna, la que iría a vivir con mi madre.

Con ese epitafio doy por terminado mi relato. No se me ocurre mejor manera. De haber sido poeta, como él, sabría rubricar con alguna cita brillante o se me ocurriría ese aforismo oportuno con el que despertar una sonrisa o un llanto, pero no lo soy, por lo que ni lo intento.

Dice así:

Aquí yace Marcel Hugarte. Marino.

Aquí yace Marcel Noviembre, poeta, pintor y, ahora, eterno.

* * *

El día que Joaquín Hugarte encontró en el buzón de su casa un legajo de folios encuadernados, no tenía ni idea de lo que hallaría escrito en él, ni de que para dejarlo allí, Matías había hecho uno de sus últimos esfuerzos.

En cuanto leyó la primera frase, comprendió que habría mucho de qué hablar:

Se llamaba Beatriz Tussaud y no se casó con el amor de su vida.

El final de esta novela fue escrito entre junio y septiembre de 2017,
en los ratos en los que no estuve navegando.

Mikel Alvira

AGRADECIMIENTOS

A Mikel Elorza, lector-cero, con quien tejí la vida de Marcel Hugarte una tarde de febrero en el viejo café Mellid; por escudriñar en cada palabra y cada estructura y aportar fiel su opinión. A Gonzalo Giner, que leyó esta historia cuando empezaba a tomar cuerpo, orientándome.

A Fermín Alvira, mi hermano, que me ha enseñado lo necesario para que Marcel sepa pintar; por su azul-prusia y su carmín de alizarina. Al personal del Museo Marítimo de Bilbao, donde me he documentado. A mis compañeros del *Artako*, por hacerme vivir a bordo lo que ha vivido Marcel.

No puedo olvidarme de Jon Zubeldia, por acompañar mis pasos con los suyos; por celebrar el alumbramiento de esta novela con el mejor de los brindis y por hacer que su txakoli Astobiza sea el caldo de mis letras.

A Nuria Rodríguez, profesora de música, por inspirar los pentagramas de esta novela y por darme nombre y rostro para la Nuria de este libro. A Matías Koller, por permitir que, *in extremis*, le robara el nombre para uno de mis personajes.

A Prado Gutiérrez, por hacer equipo, por creer, por confiar; por fliparnos a todos con su sana locura; por leer el manuscrito; por abrirme las puertas a un mundo infinito. A Pablo Ledesma, por buscar que los finales sean reales; por dejarme el timón de su barco, el *Indómito*. A Alberto Morillo e Ingunn Viste, por ofrecerme experiencias sin las que estas letras no habrían sido posibles. A Renata Carneiro, por enseñarme el Oporto que no conocía.

A Carlos Goñi, del grupo Revólver, por regalarnos su mar, su *San Pedro* y su lírica.

A Idoia, mi hija, por su continuo apoyo, por sus *booktrailers*, por conocer de antemano el final de Beatriz y callárselo, como tantas otras cosas de mis libros.

Cómo no, a Rosa Puente, a quien dedico esta novela desde el más profundo respeto y la más absoluta admiración, por irrumpir en mi

creatividad con la suya, por las charlas en su *atelier* y su compulsividad, por recordarme que, en efecto, tengo que seguir tirándome a la piscina.

Y, para acabar, a Ana, mi cómplice. Por enseñarme el color de las mareas.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO, 1898

- I CON FRECUENCIA UNA MIRADA PUEDE SER EL PASO A UN MUNDO INFINITO
- II ALGUNOS COLORES DEBERÍAN ESTAR PROHIBIDOS, SOBRE TODO, VISTAS SUS CONSECUENCIAS
- III EN LOS PUEBLOS CON MAR, LA BRISA TRAE VERSOS, PECADOS O SIMPLEMENTE LA LIBERTAD DE SENTIR VÉRTIGO, POR PARADÓJICO QUE PAREZCA
- IV LAS GALERNAS SE DESATAN EN EL MAR Y EN EL PECHO

LIBRO SEGUNDO, 1907

- I LA VIDA ESTÁ HECHA DE DETALLES, GESTAS Y SECRETOS
- II LOS MOMENTOS, LOS DEBERES, LOS HORRORES, LOS PESARES
- III LAS DECISIONES MARCAN LA VIDA; LAS DECISIONES Y LAS CASUALIDADES
- IV LAS COSAS QUE NO SE DICEN MUEREN; LAS QUE SE DICEN, A VECES, MATAN
- V MÁLAGA NUNCA VERÁ DE LO QUE ERA CAPAZ
- VI LOS AÑOS AL OTRO LADO DEL MURO

LIBRO TERCERO, 1922

- I LA NOSTALGIA SALVA CUADROS
- II LA BODA, SIGUE EL CAMINO, SIGUE LA HISTORIA
- III NO SIEMPRE LOS VIOLINES INSPIRAN MOMENTOS ÍNTIMOS; PUEDE QUE LO QUE HAGAN SEA CAMBIARNOS LA VIDA
- IV DE AMOR, DE PASIÓN, DE SECRETOS, DE DECISIONES
- V Y DE NUEVO UNA MIRADA SUPONE UN CAMBIO DE DERROTA

LIBRO CUARTO, 1939

- I TERMINA LA GUERRA DEJANDO UN REGUERO DE AUSENCIAS Y UNA PRESENCIA TINTADA DE SOLEDAD

II CENA DE NAVIDAD DE 1939

III EL MAR, LA MAR, SIEMPRE AMANTE Y SIEMPRE CONDENA

IV NADAR EN EL GUADALQUIVIR NO ES NADAR EN EL HUDSON

V A AMBOS LADOS DEL OCÉANO, LOS DOS HUGARTE SE ENFRENTAN A SUS
DEMONIOS

LIBRO QUINTO, AD LIBITUM

I EN LOS AÑOS CUARENTA, NADIE SE ESPERABA LO QUE IBA A SUCEDER, O CASI
NADIE

II EL SEÑOR JOAQUÍN HABLA LARGAMENTE Y COMIENZA A UNIR LAS PIEZAS DEL
PUZLE

III MARCEL Y JOAQUÍN, JOAQUÍN Y MARCEL

IV EL CÍRCULO SE CIERRA, CASI; HAY CÍRCULOS QUE NO LLEGAN A CERRARSE
NUNCA

V LA BODA

VI LA VIDA SE ABRE PASO IRREMEDIABLEMENTE; LA VIDA NO ENTIENDE DE
PARÉNTESIS

AGRADECIMIENTOS